

Selección RNR

UN PASEO POR EL PARAÍSO

Andrea Pereira



Romance Actual

UN PASEO POR EL PARAÍSO

Andrea C. Pereira



1.^a edición: marzo, 2015

© 2015 by Andrea C. Pereira

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B 9381-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-062-8

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Este libro quiero dedicarlo a la persona del aliento eterno,
a la del apoyo incondicional,
a la de la plegaria optimista: para mi mamá Silvia.*

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Epílogo

Capítulo 1

Febrero 2012, Mendoza

Esperaba emocionarse al atravesar el paso interprovincial que daba la bienvenida a Mendoza; no obstante, nunca pensó que lo haría de la manera intensa que lo estaba haciendo. Escalofríos. Ella sabía de escalofríos, pero éstos eran muy diferentes; no le engarzaban el cuerpo con un ansia irrefrenable de huir. El coche seguía su camino y un nuevo cartel ahondó más esos estremecimientos que, desde hacía mucho tiempo, no sentía; éste anunciaba la entrada a San Carlos, ciudad cabecera del departamento al que pertenecía su pueblo.

Al detenerse en algunos semáforos que ordenaban la pequeña ciudad, que precedía unos quince kilómetros su pueblo, algunas personas la habían reconocido. Maylen saludó a todos con la mano extendida y una sonrisa en los labios. No eran vecinos ni conocidos, pero su nuevo trabajo tenía esos efectos colaterales.

El aire estaba lleno de aromas, y cada uno encerraba un recuerdo. El camino del cóndor, la ruta nacional cuarenta la devolvía a su tierra como una mano suave que suelta un cachorro. Nunca podría haber adivinado que se sentiría así; estaba emocionada hasta la médula y un poco más.

La radio que sonaba en el equipo de audio de su modesto auto azul anunció que superaban los treinta grados a las diez de la mañana, sin importarle la elevada temperatura, Maylen apagó el aire acondicionado del vehículo y bajó la ventanilla para llenarse del perfume de su tierra; el aire fresco que bajaba de la montaña arrastraba el aroma de la piedra mezclada con el de las nieves eternas; el perfume dulzón de las flores de los jarillales se combinaba armoniosamente con la áspera fragancia de las verdes hojas de vid y sus aterciopelados y maduros frutos, y no podía estar ausente el inconfundible aroma de los pinos que había por centenares, y las más diversas variedades

dibujaban el contorno de la ruta; algunos de ellos alfombraban la banquina con sus finas agujas, otros regalaban sus gigantes frutos en forma de piñas; los más distinguidos exhibían orgullosos sus frutos: pequeños y cerrados. En ese erial todo se conjugaba para conquistar el lugar y darle una personalidad única en aroma y paisaje.

El calor y el polvo que entraban por la ventanilla eran molestos, y Maylen estaba segura que llegaría hecha un desastre, pero no le importaba. Después de saludar a toda la familia, sacaría el solero floreado, se metería en un bañador, e iría al lago que estaba detrás de la plantación: espejo cristalino y manso, responsable directo de toda la vida en El paraíso, y responsable de la verde vegetación en aquel suelo árido que, en primavera y verano, regalaba una explosión de colores tan vivos como el arco iris.

Aferró el volante con las dos manos para girar en la pronunciada curva cerrada y sonrió con ganas cuando vio un cartel amarillo, de esos que colocan los de la municipalidad, que indicaba: «Curva de Libko», con su correspondiente símbolo de precaución. Ella le había dado el nombre a esa curva. Frenó el auto y bajó para acercarse a tocar la señal. Recordó que, a los tres años, a su hermano Libko le regalaron una bicicleta; ahí comenzó la leyenda. Nunca pasaba por esa curva sin caerse, el camino pedregoso y árido era traicionero. Maylen, junto a su hermano más pequeño, Lautaro, aprendieron rápido a tener cuidado en ese lugar; sin embargo, Libko quería vencer a la naturaleza. En el décimo cumpleaños de Libko, ella hizo un cartel en madera y pintura en aerosol, con grandes letras que evocaba «Curva de Libko», y lo llevaron en ceremonia para colocarlo en el lugar. Su hermano, con una rodilla en carne viva, producto de su última caída, sostuvo el cartel mientras su tío lo golpeaba con un pesado martillo y lo dejaba firme, inaugurando el lugar. Estuvo allí durante años, por aquel entonces, ese camino sólo era transitado por los ocasionales clientes que llegaban a la viña. Después de 2005, cuando la economía nacional comenzó a transitar el lento camino hacia la estabilidad económica, la finca comenzó a convertirse en un paseo elegido por los turistas. Actualmente, como en la mayoría de

plantaciones y bodegas de la región, recibía miles de turistas al año. Motivo por el cual habían oficializado el nombre en un letrero de señalización vial.

«Finca El Paraíso» exhibía el cartel que, finalmente, le hizo derramar las lágrimas que se habían rebelado contra su obstinación, que intentaba mantener a raya y que resbalaron definitivamente por sus mejillas. Siete años. Había pasado tan rápido el tiempo que no podía creer que se hubiera ausentado del pueblo durante tantos años. Estaba llegando al lugar que la vio nacer, y por el cual paseó tantas veces durante veinte años. Allí estaba toda la gente que verdaderamente la conocía, la quería, la extrañaba y esperaba su regreso: sus padres, su abuelo, su tío, sus hermanos, sus amigas y Gabriel.

«El Paraíso» era el nombre que su bisabuelo le había dado a la tierra que ocupó cien años atrás. Realmente lo parecía. Atravesando el camino de tierra, unos pocos kilómetros de páramo desértico que separaba la carretera principal de la propiedad, se encontraba El Paraíso: una extensión de valle verde al pie de la Cordillera de los Andes. La vista desde la ruta de tierra y grava que llegaba hasta allí era incomparable: el fondo nevado de los picos de las montañas más altas de América, con su magnificencia absoluta, era el marco; podían observarse los verdes cultivos de vid acompañar el último tramo de ladera y luego extenderse por el valle. La casita que había construido su bisabuelo era el primer edificio que se veía desde la carretera. Ya no era una casita en el sentido estricto de la palabra, pero para la familia lo sería siempre; fue modificada por su abuelo, luego ampliada y mejorada por su tío y su padre, convirtiéndola en una digna representante de las construcciones del lugar, con sus paredes de troncos y piedras, y sus techos de tejas de dos aguas. Maylen no había visto la cabaña transformada en restaurante; a su regreso, ella la recibía orgullosa.

Los Timerman, familia centenaria del lugar, eran conocidos en toda la provincia. Sus vinos «Cabañas del Valle» eran expuestos en cada acontecimiento local, provincial, nacional y, últimamente, habían alcanzado renombre global al ser premiados internacionalmente.

La responsabilidad de perpetuar aquello por lo que tres generaciones de

Timerman habían peleado tanto, era un peso específico demasiado grande como para escapar a pesar de que su deseo desde pequeña siempre fue ser periodista. Al cumplir veintiún años, Maylen se había resignado a que su vida continuaría en la finca, y estaba feliz; ya ni recordaba su anhelo de la infancia, el negocio había florecido después de la crisis de 2001, llegando a niveles de rentabilidad y expansión como jamás los habían tenido en el pasado, y ella había encontrado el verdadero amor. Además, consideraba que, en la balanza de su vida, el sueño propio era mucho más efímero que el peso de tres generaciones de Timerman.

Sin embargo, Maylen, intempestivamente había abandonado todo aquello. Aquella tragedia había torcido su destino. Llegó a pensar que tal vez... ese era el verdadero Destino, y ella sólo fantaseó por poco tiempo que sería diferente.

Vivir en el Pedemonte y escalar sus picos era un reto que ningún joven del pueblo se perdía, al igual que hacer *rafting* en los rápidos del río Tunuyán, en época de deshielo, o esquiar y hacer *snowboard* en el invierno, momento en que la nieve está firme sobre la montaña. Los deportes extremos, al alcance de la mano, tan provocadores y atractivos, succionaban a los jóvenes y eran pocos los que lograban resistirse. Siete años atrás, con un grupo de amigos salieron equipados para escalar una de las montañas cercanas. Un pico que, hasta aquel momento, el grupo jamás había alcanzado. De los que emprendieron la aventura, dos no regresaron. Aun antes de curar sus heridas, Maylen tomó sus cosas y viajó a Buenos Aires con la intención de no regresar jamás.

Maylen estaba de regreso, un poder inexplicable, poderosamente persuasivo y contundente la impulsó a suspender el viaje a Brasil y volver a ese lugar, para intentar cerrar una herida que seguía sangrando a pesar del tiempo, y estaba cansada de llevar aquella pesada mochila de culpa en la espalda, que no le permitía ser feliz. Se quedaría por unos pocos días y estaba segura que, ni bien pusiera un pie en la casa, sería como si nunca se hubiera marchado. Nunca perdió contacto con sus padres, ni con sus hermanos; sin embargo, no era lo mismo una o dos visitas al año en su pequeño departamento

de Buenos Aires que la convivencia divertida que tenía con sus hermanos en la finca; ellos la hacían reír aunque no tuviera ganas, sola en Buenos Aires reía muy poco o casi nada.

Sacudió la cabeza para despejársela de la incipiente angustia, y tomó el móvil para avisar que, en diez minutos, llegaría a la casa familiar. Su llegada sería toda una sorpresa; había hablado con su madre del viaje que pensaba hacer a alguna isla del sur del Brasil para disfrutar de sus ansiadas vacaciones, que tardaron tres años en llegar.

El griterío de Millaray, su madre, y de Rosa, la mujer que trabajaba en la tienda contigua, se colaba nítido por el auricular y Maylen tuvo que alejarse del aparato para no quedar aturdida.

—¿Diez minutos? ¿Dijiste diez minutos? —escuchó la pregunta, a pesar de la distancia a la que sostenía el móvil.

—Mamá, estoy en la curva de Libko. —Maylen acercó de nuevo el móvil para hablar con su madre.

—¡Eso son menos de diez minutos! —fue lo último que entendió que decía su madre, y sonriendo cortó la comunicación porque todo eran gritos desde el otro lado; su madre comenzó a llamar a todos a viva voz, sin pensar que, en cada una de las dependencias en que podían estar los hombres, había extensiones telefónicas y que, además, todos tenían su propio móvil.

Todavía con la sonrisa en los labios a causa del cartel y la reacción poco femenina de su madre, que era la imagen de la serenidad, Maylen estacionó el coche frente a la galería comercial, para encontrarse con una docena de personas esperándola en la puerta de la casa ¿Cómo lo había logrado su madre en tan poco tiempo? Era un misterio. Largas caminatas iban desde los viñedos a las bodegas, y ni hablar de éstas a los almacenes o a la embotelladora. Generalmente, dentro de la propiedad se movían en camionetas o tractores, pero todas las personas que ella apreciaba estaban allí.

Los abrazos y besos fueron interminables. No se colaron recriminaciones ni reclamos en la bienvenida. Sus hermanos la alzaron por los aires cuando les tocó el turno de saludar.

—¡Ustedes dos son unas bestias! —regañó a sus hermanos cuando la dejaron en el suelo, y pudo por fin acomodarse el vestido que se le había subido hasta el muslo.

—Ya no puedes darnos coscorrones, hermanita —bromeó su hermano menor, que le sacaba una cabeza de altura.

Libko era seis años menor, y Lautaro ocho. Cuando ella se marchó, sus hermanos eran más bajos y más delgados, sobre todo Libko, que había robustecido su cuerpo ya de por sí grande. Lautaro era alto, pero seguía siendo muy delgado a sus veinte años. Hacía un año que no los veía. El último viaje de Libko a Buenos Aires coincidió con un viaje de trabajo que ella tuvo que realizar para cubrir las noticias que sucedían en el interior de la provincia.

Los tres hermanos tenían nombres mapuches, comunidad originaria del lugar del que eran descendientes; la sangre nativa corría por sus venas tanto como la europea y la criolla. La plantación daba refugio y trabajo estable al pueblo mapuche, comunidad originaria de la región, que colaboró con el bisabuelo Timerman desde que llegó de España y comenzó con la viña en esas tierras. Su madre, Millaray, era mitad mapuche y mitad alemana; un escalador alemán dejó su bandera en un pico nunca antes alcanzado por ningún escalador, y su semilla en el vientre de la bella guía nativa que acompañó a la expedición. Francisco Timerman, abuelo de Maylen, llegó a la comunidad aborígen buscando al trabajador de la finca, que se había enfadado con él, y regresó a su comunidad para encontrarse con la joven parturienta, sola y enferma. Millaray nació en la finca y su madre la abandonó pocos meses después; nadie supo nunca qué había pasado con ella. A los ocho años, Facundo, el hijo del dueño de la plantación, mayor por cinco minutos, decretó que se casaría con ella, quien entonces sólo tenía cinco años, y así lo hizo al volver de la guerra. Millaray era una mujer exóticamente bella: alta, de fina figura, de piel acanelada, tersa y suave como el terciopelo; verdes ojos rasgados en una cara ovalada, y pómulos altos; con el fino cabello color caramelo fundido, siempre con un temperamento apacible, tranquilo pero firme. Maylen era físicamente igual a su madre, sólo unos centímetros más

alta, y con el pelo más rebelde y ensortijado, pero era todo lo contrario en temperamento; ella tenía sus momentos de tranquilidad, de sosiego razonable, pero también de rebeldía y obstinación obsesiva. Libko era como su padre, su tío y su abuelo: alto, de cabellos claros, aunque los de su abuelo ya habían cambiado a blanco; ojos grises, cuerpo grande por el trabajo con la tierra, y sonrisa cínica, pero con un corazón tan grande como la misma plantación; y Lautaro era un rebelde en todos los sentidos: altísimo, desgarrado, cabellos oscuros y ojos azules; y exhibía la sonrisa más pícaro que pudiese existir, y por el momento poco le importaba la vida del resto del mundo si no estaba comprometida en algo con la suya.

—No, ya no puedo en la cabeza, pero se me dan bien los puntapiés a la espinilla.

—Sin peleas, niños —regañó Rosa a los hermanos, y apartó a Libko para abrazar a la hija pródiga. —Bienvenida a casa, hija, espero que podamos tenerte por un buen tiempo —dijo con su voz dulce.

Rosa era como la tierna abuela que ella y sus hermanos no llegaron a conocer, la que en su momento fuera una hermosa señorita de Buenos Aires, proveniente de una tradicional familia porteña, que su abuelo tuvo el atrevimiento de enamorar y alejar de su vida citadina, a la cual ella renunció sin miramientos por el amor que sentía por él. Rosa vivió en la viña desde que comenzó a trabajar en ella cuarenta años atrás, cuando un matrimonio tan joven como ellos mismos les dio trabajo y vivienda a una pareja con ganas de progresar; era viuda desde hacía veinte años, su esposo fue capataz de la plantación hasta que murió, puesto que actualmente ocupaba uno de sus hijos, que ese día allí se encontraba, junto a tres hermanos más, dando la bienvenida a la niña mimada de la finca.

Terminados los saludos, la familia entera dejó todas las ocupaciones en manos de sus dependientes, y se instaló en la casa grande para interiorizarse de la vida de Maylen. Ella les contó de sus trabajos, de las noticias que más la habían impactado últimamente, e informó a todos que sólo estaría de visita por veinte días. Volvería a Buenos Aires para disfrutar de los restantes días libres

antes de que su móvil sonara a cualquier hora y cualquier día de la semana, anunciando la llamada que le requería ir a cubrir la noticia del momento.

Maylen, desde hacía tres años, trabajaba para un importante noticiero de un canal de aire, muy visto a nivel nacional; pero hacía sólo un año que trabajaba como cronista de exteriores, y su cara comenzó a aparecer en los televisores de todo el país, y todos solían verla por la televisión, cubriendo los sucesos que eran noticia en cualquier punto del país. Su familia ya lo sabía, pero igualmente Maylen narró a todos los presentes que la oportunidad en el noticiero se la dio Irina, su compañera y única conocida, a la que podía llamar amiga de la ciudad, que quedó embarazada y dejó libre el puesto de cronista. Durante dos años, Maylen fue la fotógrafa que siempre acompañó al móvil del canal hasta que, un día, dos minutos antes de salir al aire, Irina comenzó a descomponerse en medio de una batalla campal entre la policía y personas que habían usurpado un edificio público en plena ciudad. Uno de los asistentes se llevó a su amiga hasta el móvil, a la espera de la ambulancia, y en ese momento ella agarró el micrófono y pidió al camarógrafo que siguiera la contienda mientras narraba lo que sucedía. A los ejecutivos del canal les gustó mucho la cobertura de la situación, a Irina Reyes le prescribieron reposo absoluto durante todo el embarazo; y Maylen, con el título de Comunicadora Social sin estrenar bajo el brazo, aceptó la propuesta de comenzar a trabajar como cronista.

Maylen tenía otra pasión que la llevó a conseguir el trabajo que actualmente tenía: la fotografía. Tenía un don para captar las imágenes, a lo que agregó estudio y técnicas de diseño, que hacían que sus fotos se publicaran en las revistas más importantes del país. Pudo conciliar sus dos pasiones y, por el momento, podía con ambas; hecho que no le dejaba tiempo ni para respirar. Corría de un lado a otro todos los días del año. No podía quejarse, eso había ido a buscar lejos de su hogar, y lo había conseguido. Tenía el título de periodista, trabajaba ejerciendo su profesión, sacaba réditos de su otra vocación, y su cabeza tenía poco tiempo para pensar en el pasado.

Se hizo una larga sobremesa después de comer, rodeada de decenas de

personas conocidas que se acercaban a medida de que la noticia de que Maylen estaba de regreso se extendía por la finca. Ella conversó con todos, y repetía hasta el hartazgo la respuesta obligada a la pregunta infaltable de todos ellos: «No, no tengo novio.» Se puso al tanto de las últimas novedades en el pueblo, repartió los regalos que había llevado a todos sus afectos más cercanos, y antes de que bajara el sol resolvió llevar a cabo la segunda de las cinco visitas planeadas que la habían llevado nuevamente a aquel lugar. El lago Cristal: uno de los hijos menores del río Tunuyán que, brillante y solitario, reposaba al pie de la montaña, ofreciendo sus aguas heladas con los minerales elementales para la vida en aquel lugar; y que, con su opalescencia, reflejaba las imponentes montañas, desafiando la omnipotencia de los colosos, e hiriendo sus entrañas con sus brazos audaces internados en la roca, la recibió con toda su gloria. Maylen volvió a conmoverse al observar aquella postal, que era bordeada por verdes pinos que se perdían en el camino pedregoso que llegaba hasta él, y se extendían por todo el largo límite de la propiedad Timerman. Aquel santuario solitario y pedregoso era una de las cosas que más extrañaba, y era el momento de regresar a él.

Capítulo 2

Maylen descubrió, en esos pocos días, lo agradable que era disfrutar del silencio del móvil. Los días pasaban, y ella disfrutaba de su glorioso silencio tanto como de su familia. Tenía un móvil exclusivo del trabajo, que pensó dejar en la ciudad, pero su vocación fue más fuerte y se lo llevó consigo. Y tenía el móvil personal, que sonaba más que el del trabajo; pero eso era a causa de su familia, y en ese momento ellos tenían la oportunidad de decirle las cosas a la cara o gritárselas, como hacían sus dos hermanos; no faltó más que unas cuantas horas para que volvieran a la rutina de peleas que alegraban la casa para todos, inclusive para los contrincantes, que recuperaron una parte muy valiosa para convertir un cruce de palabras en una verdadera contienda.

La vida en la finca seguía su curso, estaban en pleno verano, los turistas eran una constante, y ella se sumaba a sus filas. Con un grupo de turistas italianos recorrió las Bodegas Timerman, para escuchar a su abuelo Francisco explicar pacientemente el proceso de almacenaje y añejamiento de los vinos; escucharle hablar del roble inglés de sus barricas, y cómo su familia trabajó durante décadas para obtener el punto justo de las cepas necesarias para elaborar el mejor vino Malbec de la Argentina, bebida que representaba por excelencia al país. Se lo había escuchado decir cientos de veces, pero con todo el *boom* turístico era distinto. Don Francisco, un hombre dinámico, con sus setenta y tres años, se veía fuerte, de pasos firmes y seguridad al hablar. Su abuela lo había dejado muy joven; ella murió cuando su padre y su tío, hermanos gemelos, tenían sólo seis años, y aunque nunca dijo una sola palabra sobre el asunto, todos sabían que su abuelo se sentía responsable de la muerte prematura de su mujer, por haberla arrastrado junto a él a aquellas tierras lejanas y realizar un trabajo tan sacrificado. Nunca volvió a casarse; su vida la dedicó a sus hijos y a la finca, él era el responsable de la administración general vitivinícola, y lo hacía tan bien como lo hizo su propio padre. Era el

único heredero de la finca, después de perder a su hermano, que no soportó quedarse viudo a tan solo tres meses de casado. La soledad se había ensañado con esa generación de Timerman.

La nueva y moderna galería de tiendas, a un costado de la casa principal, estaba constantemente llena de gente desde que abría, a las nueve de la mañana, hasta las seis, que bajaban las persianas. Maylen se sentaba algunas tardes a escuchar la explicación de su madre sobre el proceso de conserva artesanal de los tomates, ajíes, dulces frutales, y aceitunas que vendía junto a la producción vitivinícola. La producción de conservas fue una iniciativa de su madre, y se convirtió rápidamente en un éxito. Antes de que ocurriese la tragedia, se decidió que esa administración sería responsabilidad de Maylen; su madre, todavía muy ocupada con dos hijos menores, no tenía tiempo para hacerse cargo de un puesto tan importante, pero el tiempo demostró lo bien que lo había hecho.

El rústico restaurante, atendido por su padre y una decena de ayudantes entre cocineros, mozos y asistentes, alimentaba a los turistas que se acercaban a pasar el día en la finca. Todos los comensales alababan sus exquisiteces, y le felicitaban a él, y a los cocineros, por tan esmerado menú de delicias regionales que conjugaba con el aspecto campestre del lugar, y el aroma de los elementos de la naturaleza del que estaba construido, para complementar los platos con un sabor único. Todo el lugar estaba construido con troncos y piedras de la región; lo habían hecho entre varias generaciones, con sus propias manos. La cabaña fue la primera edificación que construyó su bisabuelo. Años después, cuando se construyó la casa grande, quedó abandonada para resurgir, más tarde, en forma de restaurante. Las mesas, las sillas, los estantes, las barras... Todo había sido construido por los hombres de su familia.

Rosa atendía la tienda de artesanías mapuches que los mismos nativos dejaban allí para que se los ofreciera a los turistas, y eran objetos de recuerdo que nadie dejaba de comprar.

Su tío Fernando, hermano gemelo de su padre, era el guía de los turistas

que querían recorrer las vides y hacer cabalgata en la misma expedición. Con él y un numeroso grupo de turistas, Maylen recorrió, a lomo de un manso bayo, los campos que pertenecían a su familia, y rememoró el sinfín de veces que corrió entre las vides y se ganó, junto a sus hermanos, sendos castigos por llegar con la ropa manchada con el jugo de las uvas. Su tío explicaba todo lo referido a los cultivos, a la tierra, a las montañas, al lago y al clima. Maylen, más que oír la exposición de su tío, disfrutaba del sonido de su voz; él era quien más la había malcriado, defendido y consentido en todos sus caprichos. Su madre decía que lo hacía porque ambos eran iguales. Él seguía igual, terco como una mula, y tan reacio al casamiento como el gato al agua; tenía sus fundamentos, sin embargo ninguno perdía la esperanza de que algún día cambiase de parecer. Maylen comenzaba a entender la verdad en las palabras de su madre. A ambos el miedo los dejó solos.

Increíblemente, a sus hermanos les habían relegado obligaciones. Maylen no podía creer en la inconsciencia de su abuelo, pero desde que cumplieron dieciocho años, a cada uno se le asignó una tarea, y ya eran bastante prácticos en sus deberes e insólitamente responsables. El viejo Tim, como todos llamaban a su abuelo, le había contado que, luego de lo que sucedió con ella —que según él, había esperado demasiado antes de asignarle una obligación a Maylen, y por eso ella abandonó su hogar— comenzó bien temprano el reclutamiento y adiestramiento de sus nietos menores. Ellos eran los encargados de los numerosos empleados del lugar. Libko, con sus ayudantes, se encargaba de los empleados de las plantaciones; y Lautaro, aprendiendo con profesionales que trabajaban en ella, era el responsable de las bodegas. Ambos se tomaban su tiempo para estudiar en la Universidad de La Ciudad de Mendoza; Libko estudiaba Administración de Empresas, y Lautaro había iniciado sus estudios de Licenciatura en Enología.

Todos tenían su función en la finca, todos eran necesarios para que la aceitada organización del lugar se mantuviera en armónico movimiento. Ella pudo ver lo bien que se habían organizado, y estaba orgullosa de su familia. Llevar la finca adelante era un trabajo arduo; más de cien personas trabajaban

diariamente en ella. Entre visita y visita a los diferentes lugares de la finca, Maylen recordaba los años duros que les había tocado vivir a todos; muy poco faltó para que la gran crisis económica que padeció el país en los primeros años del nuevo siglo se tragara todo el esfuerzo de tres generaciones. La notable intuición, y el desarrollado sexto sentido de su madre, legado de sus antepasados indígenas, según ella, había sido una bendición.

Sin saber por qué, su abuelo se vio sacando todos los ahorros del banco que manejó su dinero por cincuenta años; pero la insistencia desesperada de su nuera fue aceptada sin rechistar. Meses después, por decreto del poder ejecutivo nacional, se trababan los fondos de los inversionistas de todo el país como medida arbitraria y compulsiva para evitar la colosal fuga de dinero de la nación a causa de la crisis económico-financiera. El famoso «corralito» de 2001 había atrapado los recursos monetarios de cientos de miles de personas, que no pudieron seguir con sus operaciones normales y quebraron. Varias fincas de los alrededores se subastaron o, directamente, se vendieron como «ganga» por sus dueños, intentando así salvar algo antes de que la crisis se lo llevara todo. Ese momento triste había pasado, y todo era renacer en el pueblo.

La familia Timerman no sufrió esa situación; pero, como todos, padeció el sufrimiento de sus compatriotas. Ellos compraron dos fincas vecinas que anexaron a la inicial, y mantuvieron a sus empleados. La producción de vid era excesiva para el consumo de aquel momento; su madre, para no tener que despedir a los empleados que nada tendrían para mantener a sus familias, planteó a su suegro la diversificación de la producción en tomates, ajíes, olivos y frutales. Con el visto bueno de Francisco Timerman comenzó un nuevo desafío, prontamente convertido en éxito. Los productos en conserva que actualmente vendían eran una marca registrada que daba excelencia a la región. La crisis pasó, y la finca tenía el doble de tamaño que antes de que comenzara. Maylen había decidido quedarse y continuar con la tradición, pero eso no era lo que el designio de la vida tenía planeado para ella, y poca fuerza tenía en aquel momento para desafiar y plantarle cara al destino.

Capítulo 3

A una semana de llegar a su hogar, ya había hecho los arreglos para llevar a cabo el cuarto objetivo del paseo; el tercero lo había disfrutado el fin de semana anterior, en una cena con sus dos mejores y únicas verdaderas amigas: Silvia y Eleonora. Quedaba lo más duro de la visita, sin embargo; después de una semana de mimos ilimitados, de amor incondicional y apoyo absoluto en sus decisiones, había recargado su maltrecho amor propio, y sentía renovadas fuerzas para llevar a cabo los dos penosos y duros caminos a recorrer para cumplir con la meta que se había propuesto.

Maylen ayudaba a Rosa en la tienda de recuerdos, riendo con los eventuales clientes, unos turistas belgas, cuando Libko entró por una puerta lateral, saludó a todos los presentes con un potente «buenos días» y se llevó a Maylen por el mismo lugar por el que había entrado.

—¿Qué es eso de que irás a escalar?

—¿Ya anduviste tras mis pasos?

—Hablo en serio, Maylen, no puedes ir; estás fuera de estado. No es lo mismo ir a un gimnasio de ciudad que escalar una montaña.

—Leandro irá con nosotras —replicó, a la defensiva.

—¿Qué tiene que ver eso? —Preguntó, indignado con la pobre excusa—. ¡No utilizarás sus piernas para ascender! Y no creo que las tuyas tengan la preparación necesaria para hacerlo.

Su hermano la estaba regañando como si se tratara de una niña pequeña que había cometido una travesura, y ella se defendía del mismo modo olvidándose de sus veintiocho años.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer. ¡Soy mayor que tú! —replicó, comenzando a enojarse con Libko.

—Es muy peligroso ¿Acaso no recuerdas lo que pasó la última vez?

—No fue mi culpa —contestó y quiso poner determinación en su expresión,

pero sonó a disculpa.

—Lo sé. Ninguno de nosotros nunca te culpó de lo ocurrido. Pero sabes que aquello te apartó de la familia —afirmó con congoja.

Maylen sintió la aflicción que embargó a Libko al pronunciar las palabras y sintiéndose culpable lo abrazó, y estuvieron varios segundos prendidos en el abrazo.

—Tengo que volver —susurró pegada a él.

—Iré contigo.

—No puedes, tienes que estar aquí para los preparativos de la cosecha —se apartó y le acarició la mejilla—. Sólo serán tres o cuatro días, volveré para la cosecha y luego festejaremos la vendimia.

—¿Lo saben los viejos?

—Sólo el tío Fernando, y ahora tú. —Recuperando la postura de hermana mayor ordenó—: No se lo digas a nadie.

—No me extraña que el tío te apañe en esto —expresó sin extrañarse—. Siempre lo ha hecho, por eso eres tan testaruda.

—El tío Fernando no me apaña, me entiende.

Libko la obsequió con una de sus miradas cínicas, marca registrada, que demostraba su escepticismo a las palabras de Maylen.

—Puedo hablar con Gabriel, ha preguntado por ti.

—No, a nadie —repitió con más ímpetu.

—¿Por qué estás evadiendo a Gabriel? Me parece que se merece una charla.

—Lo veré en la fiesta de la vendimia —respondió rápidamente y se alejó, sin dar más explicaciones, dejando a su hermano pensativo y absorto—. Te queda muy bien el sombrero —le gritó cuando se acercaba a la puerta de entrada de la casa grande, aludiendo al sombrero de vaquero que ella le había obsequiado.

Escapaba, escuchar aquel nombre era la alerta para que saltara de donde estuviera y se alejara de aquel sonido que pronunciaba la palabra proscrita

para sus oídos. Gabriel sería su última misión, y estaba codo a codo con la que estaba a punto de realizar; no podía clasificar cuál le resultaba más dolorosa, más triste y que le quitaría las piedras más grandes y pesadas de la espalda.

—Ya me lo has dicho —replicó su hermano y, sacudiendo la cabeza, llegó hasta su camioneta y salió rumbo al pueblo.

Maylen esperaba en el porche de la casa grande que Leandro y Eleonora vinieran a por ella. Pasarían la noche en una posada, al pie de la montaña, para comenzar el ascenso bien temprano a la mañana siguiente. Maylen había anunciado a la familia su ausencia durante los siguientes días; no se lo dijo a sus padres, pero ellos sabían hacia dónde se dirigía.

Silvia era otra integrante de la partida, al enterarse que Eleonora, y por ende su esposo, acompañaría a Maylen a la montaña, no dudó en sumarse. Leandro era un experto montañista y amigo de la infancia; se había casado con Eleonora tres años atrás, y sus días transcurrían en las bases del cerro Aconcagua: la montaña más alta de América y, por tanto, desafío indiscutible de miles de escaladores de todo el mundo. Los dos trabajaban allí; él como guía y rescatista, Eleonora como una de las enfermeras de la primera base. Casualmente, estaban de vacaciones en el pueblo como Maylen. En el emotivo encuentro con Eleonora, después de cuatro años de no verse, ella le comentó su idea de volver a la montaña donde había ocurrido la tragedia; su amiga no dudó en unirse al ascenso y Leandro no tuvo otra opción.

El objetivo a escalar era el volcán Bravard o Tupungatito, como se le conoce comúnmente en la región, el volcán tiene más de cinco mil novecientos metros de altura, pero parece el hermano menor del gran volcán Tupungato, con una altura mayor a los seis mil seiscientos metros, que se encuentra a su lado; de ahí el diminutivo familiar de la gente de la zona.

Irían en el todoterreno hasta la base de la montaña, y comenzarían el primer tramo de ascenso a caballo. En la primera base, a poco más de mil doscientos metros sobre el nivel del mar, tendrían que dejar los animales y comenzar el

recorrido a pie.

En ningún momento Maylen planeó subir a la montaña con sus viejos amigos. Después de unos días tranquilos con su familia, tenía pensado viajar hasta la base del Bravard y contratar un guía para que la ayudara a llegar hasta la grieta. Al hacerle el comentario a Eleonora, el día que se reunieron para cenar, no hubo manera de disuadirla de la intención de acompañarla; lo mismo que Silvia, su otra amiga inseparable del pueblo, ella era la que siempre sembraba la cuota de humor en el grupo, con su baja estatura, su cabello pelirrojo, y con la cara regada de pecas claras seguía pareciendo una adolescente; no había cambiado nada en todos esos años y, cuando se le metía algo en la cabeza, seguía comportándose como tal. Distinto había sido el paso del tiempo con las otras dos mujeres: Eleonora y la propia Maylen habían cambiado sus facciones, endureciéndose y adoptando un semblante adulto y serio. Las tres eran muy bellas, pero cuando estaban juntas Silvia, que medía un palmo menos que las otras dos, parecía no haber llegado todavía a la mayoría de edad. Con Silvia no se veían desde que Maylen abandonó el pueblo. Para realizar el ascenso con sus amigos, Silvia había pedido licencia en el hospital de la ciudad de San Carlos, donde era jefa de enfermeras. Se presentó a la hora señalada para la cita con el bolso listo y una sonrisa en los labios.

Los cuatro habían sufrido lo mismo, sabían adónde se dirigían. El viaje era silencioso; cada cual cavilaba sobre lo ocurrido, y lo procesaba lo mejor que podía. Hasta Silvia se había mantenido callada y seria en el primer tramo de viaje, rumbo a la montaña. Leandro, además de su silenciosa nostalgia, apenas dirigía la palabra a Maylen; la recordada sonrisa fresca, siempre presente en su agraciado rostro, había sido reemplazada por una mueca que le endurecía las facciones. No la trataba mal, pero era distante. Sólo con Eleonora era el muchacho alegre que recordaba. Él era un guía experimentado, buen escalador y esquiador; Maylen lo conocía muy bien y sabía que la trataba con reservas, e integraba aquel grupo, sólo porque Eleonora se lo había pedido o le había dicho que ella subiría a la montaña, y a él no le quedó otra alternativa más que

acompañarla. De cualquier manera, los cuatro avanzaban hacia un lugar que les había abierto una herida tan grande, que siete años habían pasado y, según podía comprobar, todos seguían padeciendo por ella.

A más de cuarenta minutos de camino en el todoterreno, Eleonora y Silvia le contaron sobre la única vez que volvieron en helicóptero a la grieta; en esa oportunidad, sus familiares y amigos las habían acompañado. Una misa se celebró en el lugar, y se levantó un altar para recordar a los jóvenes que habían perdido la vida en aquella travesía. También le contaron que Gabriel y Leandro lo habían hecho muchas veces los primeros años.

Al volver a instalarse el silencio, la mirada de las jóvenes se perdía en el altísimo muro de pinos que se erguía a ambos lados de la ruta, acotando el paisaje, y no dejaba otra opción que fundirse en su verde intenso, sin intentar distinguir lo que se abría detrás de ellos. Oscuros pasadizos, entre los gruesos troncos de cerradas ramas, no le daban permiso a los rayos del sol, y dejaban vagar la imaginación de los que perdían la vista en sus profundidades, recordando anécdotas que se mezclaban con antiguas leyendas nativas sobre lo que podría encontrarse en sus negras fauces.

—Gabriel debería estar con nosotros —irrumpió de repente Leandro, rompiendo el silencio que sólo era cruzado por la voz modulada del locutor de radio, que escuchaban a muy bajo volumen mientras viajaban en el todoterreno. El tono de reproche no amedrentó a su esposa.

—Tiene que estar en la finca, es el último día de vendimia —advirtió Eleonora.

Eleonora, en la cena, intentó sugerir que podían informar a Gabriel de que ellos subirían a la montaña, pero Maylen se negó de plano replicando que nadie le impedía a Eleonora hacer el ascenso con Gabriel, pero ella no formaría parte de un grupo donde él estuviera. Solo hablaría con su hermano después de bajar de la montaña, fueron sus últimas palabras sobre el tema, y Eleonora sabía que si insistía en ello Maylen rechazaría que la acompañase.

—Nosotros deberíamos acompañarlo.

—Lo hacemos todos los años desde que tengo uso de razón, no matará a

nadie que nos perdamos un solo día. Lo recuperaremos en la fiesta del departamento — arguyó a Leandro, que no podía ocultar su mal humor.

Cuando Eleonora fruncía el ceño lo hacía de la misma manera que su hermano Gabriel, y su parecido se acrecentaba aún más. A Maylen le provocaba estremecimientos. El mismo color oscuro de cabello, los mismos ojos negros de pestañas arqueadas y largas; la cara angulosa en Eleonora era un poco más delicada, pero sus facciones eran iguales; sus gestos, pintados.

—Si lo llamamos, puede alcanzarnos mañana por la mañana y subir con nosotros.

—Mañana tendrá tanto trabajo como hoy. De no ser así, seguramente querrá descansar después del arduo trabajo.

—No hables por Gabriel, Eli, si él no está aquí no es por el trabajo.

—Yo no quería que Eleonora se lo dijera —explicó Maylen.

Leandro no continuó, agitó la cabeza negativamente, fijó la vista en la carretera que tenía por delante, y el silencio volvió a instalarse. En su momento Leandro había sido el mejor amigo de Gabriel; era un año menor y, junto a Martín, el más pequeño de los tres, se podía ver al trío recorrer el pueblo y los poblados vecinos, rompiendo los corazones de las muchachas. Gabriel, el mayor y el más grande físicamente: alto, ancho de espaldas, de pelo negro y piel muy clara, tenía un rostro tan apuesto como el rubio Leandro, de impactantes ojos verdes y sonrisa fácil; él era el más bajo de los tres, aunque de ninguna manera se le podría haber llamado petiso. Martín era tan alto como Gabriel pero mucho más delgado; de piel trigueña y cara angelical, era el anhelo de las chicas del pueblo y los alrededores. Por lo que Maylen podía observar, la amistad entre Leandro y su actual cuñado continuaba.

—¡Mujeres! —exclamó Leandro, después de varios minutos golpeando con las dos manos el volante del todoterreno, pero ninguna de las tres dejó de mirar por la ventanilla.

Capítulo 4

¡Cómo le dolía pensar así! Pero, desde que había llegado a su pueblo, Maylen no podía dejar de preguntarse qué hubiera pasado si alguno de los dos hubiera actuado de un modo diferente. Comenzando por el infinito reproche de haberse involucrado con él, luego se lamentaba por el estúpido juego que quiso jugar cuando él intentó conquistarla, inmediatamente después venía el reproche y la culpa volcada hacia Gabriel porque se fue con otra, pero terminaba otra vez aceptando que el pecado era sólo suyo. Si ella no hubiera actuado como lo hizo, no hubiese ocurrido nada... Nada de lo que ocurrió habría pasado. Había tantas posibilidades. Pensaba una y otra vez en cada una, y siempre terminaba de la misma manera: no podía cambiar lo que ocurrió. No había forma de modificar el pasado. Sólo existía la posibilidad de convivir con lo ocurrido. Por ello, quería volver a aquel lugar, pedir perdón y seguir con su vida intentando reconstruirse, pero primero debía poner fin a aquel castigo auto-impuesto.

Siete años atrás, Maylen estaba enamorada de Gabriel. Diez años atrás también. Desde aquella sonrisa triste que le regaló cuando ella tenía diez años y lo encontró llorando en un rincón oscuro de la plantación de su finca, días después de que su madre los abandonara para volver a su país natal, no concebía un momento de su vida sin recordar lo feliz que era cuando él le sonreía.

Se conocían desde pequeños. Él no había nacido en el pueblo, pero sus padres llegaron al pequeño poblado de Eugenio Bustos cuando Gabriel tenía cinco años, para comenzar una nueva finca lindera a la de la familia Timerman, la cual por aquel entonces festejaba el nacimiento de la pequeña Maylen. Eleonora, cuatro meses mayor que ella, fue su compañera de escuela durante toda la primaria y la secundaria. De niñas, era muy frecuente que durmieran una en casa de la otra. Desde muy pequeña, Maylen se sintió atraída

por el malvado hermano mayor de Eleonora, que siempre estaba destrozándole las muñecas o rompiendo cualquier artilugio que ellas diseñaran en sus días de juego al aire libre. Las niñas, incluyendo a Silvia, que vivía en el centro del poblado y conocía a Maylen porque su madre trabajaba en la finca El Paraíso y la llevaba desde que era un bebé, solía sumarse a sus juegos. Ellas siempre estaban creando casas, levantando tiendas en el patio, o armando los muñecos de nieve más grandes al caer las primeras nevadas; y él era el arma destructora que hacía añicos sus creaciones. Gabriel, cinco años mayor que las niñas, ante sus padres era el apenado niño que prometía ir a jugar a la pelota, lejos de las niñas, la próxima vez, pero constantemente tenía que estar disculpándose frente a sus padres por sus dañinos juegos. Algunas veces solían sumarse Leandro y Martín. De las tres niñas, la que tenía las mayores agarradas con los niños era Maylen; y como Gabriel era el mayor de los varones, se ponía al frente para menospreciar a la pequeña, pero ella no se quedaba atrás en altanería. Los años fueron pasando, y la altanería de Maylen fue menguando a medida que crecían; a Gabriel ya no le atraía molestar a las niñas si no obtenía una buena riña como antes y, en su lugar, obtenía el llanto desconsolado de Maylen, que pedía a gritos que la llevaran a su casa. Pasó, en pocos años, de ser su mayor hostigador al protector necesario, en el que se cobijaba cuando Martín y Leandro comenzaban a molestarlas.

El día que Maylen cumplió los dieciséis años se propuso conquistar a Gabriel. Él acababa de entrar en la mayoría de edad, y poco tiempo tenía para observar un par de ojos verdes que lo miraban con un anhelo abrumador; pero ella asumió la determinación de obligarlo a que se fijara en ella.

Maylen era codiciada por los muchachos de su edad, que apreciaban su belleza; sin embargo, ella no tenía ojos para nadie más, sólo para Gabriel. Las visitas a casa de Eleonora eran cotidianas, pero el objeto de su deseo estaba muy poco relacionado con ella. Las salidas nocturnas no eran viables para dar con él, pues ella no podía salir de noche, y las mayores conquistas de Gabriel se hacían en terrenos que estaban vedados para una muchacha de dieciséis años. Maylen nunca utilizó su amistad con Eleonora para que le hiciera de

Celestina; muy al contrario: a ella la avergonzaba hablar de Gabriel con su hermana en cualquier término.

El tiempo fue pasando, y Gabriel dejó de repeler el asedio de Maylen; a los dieciocho años ella se había convertido en la reina del departamento de San Carlos. Literalmente. Había ganado el concurso local de «Reina de la Vendimia», y tenía la oportunidad de ir a por el reinado nacional en la fiesta en Ciudad de Mendoza. Ese año Gabriel descubrió que Maylen se había convertido en una mujer hermosa. Sabía de los intentos de la muchacha por llamar su atención; hasta ese momento jamás había atendido a esas señales, prefería mirar para otro lado, no sabía hasta dónde llegaría su control con una muchacha tan hermosa, que era toda una tentación aunque él ya hubiese superado largamente los veinte años. La noche de la coronación su padre, Reynaldo Iriarte, le entregó la corona, y él su total atención. Ya no tenía la sensación de ser un perverso por sentirse atraído por una mocosa. Maylen era toda una mujer.

Al volver con la banda de Primera Princesa de la Fiesta Nacional de la Vendimia, Gabriel la consoló diciéndole que era una injusticia porque ella era la chica más hermosa de la provincia y del país. Maylen jamás esperó oír aquellas palabras en boca de Gabriel, y asombrada por el halago y el cambio en el trato que le dispensaba el hermano mayor de Eleonora, huyó y no apareció por la casa de su amiga durante un mes.

Era increíble para ella, pero desde que había recibido la consagración de Primera Princesa, quien visitaba asiduamente la finca de su familia era Gabriel, y quien desestimaba todo acaloramiento con su presencia era Maylen. Indiferente. No daba señales de entender la presencia que la buscaba con la mirada y presentaba cualquier excusa para estar cerca.

Sus padres comenzaron a dejarla asistir a las fiestas del pueblo y algunos sábados a los boliches: locales donde los jóvenes se reunían para bailar y divertirse. El juego del gato y el ratón se había revertido, y eso llenaba de entusiasmo a Maylen, que no podía creer, y al mismo tiempo le divertía, estar dando plantones al reclamado Gabriel, quien aparecía donde ella estaba; había

terminado con las conquistas fáciles de las muchachas del pueblo que caían a sus pies, y se le pegaba evitando que cualquier otro tocara lo que había decretado que era suyo; lo irónico era que él tampoco lo tocaba.

Gabriel era un hombre apuesto, de cara recia, mandíbula cuadrada y un adorable hoyuelo en el mentón, por el cual las mujeres suspiraban. Ojos negros enmarcados en largas y gruesas pestañas arqueadas. Tenía un cuerpo grande, de músculos desarrollados, y el andar de alguien pagado de sí mismo, que sabe su valía y la hace notar. Siempre con la barba de uno o dos días, que le daba un aspecto de agradable dejadez seductora. El negro cabello no era lacio ni con rizos, ni llegaba a ser largo, pero tampoco era corto. Maylen no dejaba de suspirar por Gabriel, pero no olvidaba fácilmente los años de indiferencia; antes de sucumbir a aquellos ojos de fuego negro, le haría beber un poco de su propia medicina.

En aquel verano que Gabriel y Maylen jugaban a mostrarse, para luego esconderse del otro, Paloma llegó al pueblo. La impoluta dama de ciudad había arribado al pueblo con su familia. Llegaban a Eugenio Bustos para comenzar de nuevo; la familia se mudaba a una vieja casona que le pertenecía por herencia, y que estuvo abandonada por muchos años. El lugar había pertenecido a la abuela de Paloma, y la crisis hizo sus jugadas para que volviera a habitarse. Todo el pueblo, dentro de sus posibilidades, ayudó a la nueva familia a asentarse.

Paloma era una belleza rubia y quebradiza. Era la típica cara de ángel de las postales. Ojos azules, rizados cabellos dorados, y una elegancia natural al andar, al hablar, y hasta para reír. La familia entera era muy distinguida; llegaban desde Buenos Aires, y todo lo que tenían era la vieja casona, arruinada por el abandono, con un gran pastizal lleno de pasto duro y jarillales, que ocupaba lo que antes eran un bello jardín interno; el lugar, de importantes dimensiones, estaba situado en el centro mismo del pueblo, frente a la plaza central, y en el pasado había funcionado como una hostería. Paloma, de veinte años, y su pequeño hermano, de quince, se integraron rápidamente al grupo de jóvenes del pueblo; sobre todo la bella Paloma con los muchachos,

que no dejaban de babear en presencia de la beldad rubia, y era el nuevo desafío de conquista para todos.

Las muchachas la aceptaron pero tenían sus recaudos, no terminaba de agradecerles que Paloma se quejara, todo el tiempo, de la mala suerte que la llevó a ella y a su familia a terminar en aquel lugar.

El acercamiento entre Maylen y Gabriel se vio interrumpido a causa de Paloma. Él comenzó a frecuentar la casona, como lo hacían muchos, para ayudar a los nuevos pobladores a reparar la vieja casa y volverla habitable antes de la llegada de la ruda temporada de invierno. Entre visita y visita, también agasajaba a Paloma, y ella no lo rechazaba ni se hacía la distraída ante sus insinuaciones, como hacía Maylen. Seis meses después de vivir en el pueblo, eran novios formales. La decepción de Maylen no tenía consuelo. Gabriel la había vuelto a apartar como hizo durante toda su vida.

En el verano siguiente comenzaron los coqueteos de Maylen con el deporte de riesgo. Su objetivo era apartarse del pueblo y la pareja feliz. Leandro la aceptó como aprendiz, se unió a él, quien ya estaba convirtiéndose en un experto montañista, y Eleonora la siguió. Los tres no dejaron pasar la oportunidad de escalar las montañas más bajas y cercanas del segundo cordón montañoso de la cordillera. Silvia se sumó al grupo semanas después de enterarse que estaban escalando, y Martín completó el equipo que meses después aceptaría un integrante más.

No era novedad para ellos salir a escalar, siempre habían estado subiendo y bajando sierras cercanas que no superaban los mil doscientos metros de altura, y no necesitaban equipo. El primer cordón montañoso, bajo y cercano, que estaba detrás del lago era tan conocido por los integrantes del grupo como la palma de su mano, pero hasta ese verano sólo Leandro lo había hecho en montañas verdaderas y con el equipamiento especial.

Los padres de Maylen se oponían fervientemente al riesgo que corría cada vez que salían, pero su tío no dejaba de alentarla. La ayudaba con el equipo que él mismo compraba, y después peleaba largas horas con su hermano, hasta que lo convencía de dejarla ir. El argumento infalible era que él nunca tuvo

autorización de su padre para ir a escalar sus montañas, como siempre se refería a la cordillera, pero lo obligaron a ir a la guerra con dieciocho años; cuando volvió, no era el mismo; tendría que usar bastón de por vida, y un pie ortopédico. Facundo, el padre de Maylen, había ido a la guerra con él; sabía del sufrimiento de su hermano, tanto lo que padecieron en aquella absurda guerra en las Malvinas, como lo que padecía por no poder hacer aquello que tanto le gustaba. Y de la contienda, que se sucedía cada vez que Maylen le pedía a su tío que intercediera por ella ante su padre para obtener el preciado permiso, era la que siempre salía ganando.

Poco tiempo le duró a Gabriel el papel de novio fiel; a mitad del otoño, en la última expedición que realizó el grupo de escaladores al volcán Maipú: el pico más alto del departamento de San Carlos, se sumó a ellos. Era la primera vez que se aventuraban a ascender más de cinco mil metros. Llegar a la cima representaría cubrir un ascenso total de cinco mil trescientos veintitrés metros. Gabriel, con la excusa de acompañar a su hermana en un ascenso tan peligroso, formó parte de la comitiva, y no hubo quien lo apartara de Maylen durante toda la aventura. Durante el primer día Maylen rehusó la ayuda de Gabriel, esquivó su mirada y evitó estar a su lado, pero Gabriel desoyó sus objeciones y la mantuvo sujeta más de la cuenta cuando la tomaba de la mano o la ayudaba a subir alguna cuesta. Se pegaba a su espalda para tomar su cintura a la menor oportunidad, y sonreía con descaro cuando ella le recriminaba con la mirada. El grupo era testigo del comportamiento encendido de los dos, pero no emitía opinión alguna.

Las jornadas se extendían desde que aparecía el sol hasta que se ocultaba. La primera noche acamparon cerca de la base de rescate; el tiempo era agradable y nada hacía pensar que pudiera alterarse. Gabriel y Eleonora ocuparon una de las tres tiendas enanas, con capacidad para dos personas; Maylen y Silvia, otra, y Leandro con Martín la última. El ascenso duraba cuatro o cinco días, en los cuales dormían en tiendas que montaban en medio de la montaña; generalmente buscando cuevas rocosas que los resguardara del siempre peligroso viento que bajaba de la cordillera. El segundo día de

ascenso, Maylen quiso continuar con su postura fría e indiferente hacia Gabriel, pero el cansancio de su cuerpo, la debilidad que sentía por ese hombre y la insistencia de él en demostrarle que estaba interesado en ella, hicieron que, lentamente, cambiara su actitud. Comenzó aceptando su mano para que la ayudase a sortear algún tramo, no se quejó cuando, por la tarde, la tomó de la cintura y caminó junto a ella con el pretexto de hacer más fácil un acceso; después de eso, la tensión de ambos se descomprimió, el trato se volvió más natural y casi tan amigable como antes de que Paloma entrara en sus vidas. La tomaba de la mano para avanzar por la ladera, ayudándola a saltar grietas, y la abrazó con fuerza cuando el recio viento comenzó con sus fríos latigazos en el rostro de los escaladores antes de que encontraran donde guarecerse. Cada apretón o acercamiento tenía implícita una caricia, un roce insinuante o una sonrisa cómplice. Llegando a la proximidad del ocaso, aceptaba de buena gana las atenciones de Gabriel, se sonreían mirándose a los ojos, sin prestar atención a nadie más. Eran ellos dos y la montaña. La tercera noche de ascenso, a más de cuatro mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, los encontró una fuerte tormenta de nieve, con una ventisca violenta que los obligó a encontrar refugio antes de lo previsto, y entrar rápido en las tiendas para resguardarse del viento helado. Las parejas de las noches anteriores no se repitieron. Ante la mirada inquisitiva, y un tanto acusadora de sus amigos, Gabriel y Maylen esa noche ocuparon la misma tienda.

Capítulo 5

—No deberías estar aquí, Gabriel —lo increpó Maylen al verlo a gatas detrás de ella, que también lo estaba, en la recién levantada tienda. Gabriel sacó a Silvia en el mismo momento en que se metía detrás de Maylen; la reemplazó con su enorme cuerpo y cerró rápidamente la cremallera de la puerta ovalada en su cara.

—Sólo será hasta que se calme la tormenta ¿No tendrás miedo de estar conmigo? —preguntó, desafiando a Maylen a que admitiera que temía su presencia.

—No tengo miedo de ti, pero no es correcto que estemos en la misma tienda. Además, Silvia estará furiosa contigo —dijo Maylen, que se sentó sobre su bolsa de dormir para enfrentar a Gabriel en una posición un poco más digna.

—Ya se le pasará. Me quedaré sólo un rato hasta que se serene un poco el viento.

—¿Por qué no cuidas a Eleonora? A eso has venido, ¿no?

—Leandro lo hará. Ya deja de hablar, Maylen, nada puede pasar entre nosotros; estamos exhaustos, y ni hablar de las tres capas de ropa que llevamos encima, y este espacio tan reducido. Cuando te haga el amor quiero una cama grande, calefacción y una copa de vino en las manos.

Las palabras de Gabriel dejaron atontada a Maylen.

El descarado afirmaba, con toda frescura, que le haría el amor. No podía creer lo cretino que podía ser Gabriel, y tampoco podía controlar el cosquilleo que sentía en medio del estómago, y el calor sofocante que le hacía sentir el peso y la temperatura que atrapaban esas tres capas de ropa de las que hablaba Gabriel.

Maylen, aún con la boca abierta, se envalentonó para replicar con una ferviente negativa en el momento exacto en que Gabriel la tomaba de la nuca

para apresar su boca con la suya sin ninguna alternativa de escape.

El contacto fue como ser golpeado por un rayo para ambos. Apenas sus bocas se sellaron, un poder afrodisíaco cayó sobre ellos. Los dos habían esperado mucho tiempo ese beso.

Maylen dejó la mente en blanco para sentir el calor de aquellos labios sensuales, que devoraban los suyos con una urgencia desesperada. Con su ansiedad, la conminó a que separara los labios para dar paso a una lengua prendida fuego, que encendía los rincones de la boca de Maylen e invitaban a la suya a unirse en aquel baile frenético. Se enroscaban y se fregaban con voracidad, encendiendo en su roce cada centímetro de piel de los dos cuerpos, que cada vez se pegaban más. Lentamente, Gabriel fue ganando espacio y comodidad al tender de espaldas a Maylen para acomodarse sobre su cuerpo. Los besos no saciaron el deseo que habían ido cultivando aceleradamente las dos jornadas anteriores. El frío era un recuerdo lejano; y el viento, música que intensificaba con sus rugidos la efervescencia de sus sentidos. Cada vez necesitaban estar más pegados para saciarse, y al mismo tiempo esa intimidad enardecía las ganas de tomar más.

—Dime que no quieres que esto ocurra y me iré ahora mismo —jadeó Gabriel, que no estaba seguro de poder cumplir con lo que estaba diciendo si Maylen realmente afirmaba que no lo quería.

El silencio de ella fue un bálsamo momentáneo y le permitió volver a arremeter con su lengua en llamas en aquella dulce boca que lo estaba llevando a la locura.

El frío de la montaña no pudo con el fuego que desprendían sus cuerpos. Sin promesas, sin compromisos ni reclamos, Maylen y Gabriel tuvieron su primer encuentro en aquella fría tienda, castigada por los vientos que bajaban de la cordillera.

—Hace mucho calor aquí —susurró Gabriel, sin soltar los labios de Maylen, que tenía apresados con los dientes.

Ella comenzó a reír; fuera estarían a más de diez grados bajo cero, pero también se moría de calor con toda aquella ropa encima. El rugido del viento

no cesaba, y en ese momento a ella se le antojó salir un rato para que el aire helado le calmara el ardor del cuerpo.

—No sé qué harás tú, pero yo me sacaré el equipo de gore-tex; me estoy cocinando —sin dejar de hacer lo que decía, con bastante dificultad a causa del reducido espacio, Gabriel se iba despojando de la campera y el pantalón exterior, confeccionados con una tela especial que impedía que el calor escapara.

—Creo que tendría que hacer lo mismo —titubeó Maylen, sentándose.

—He notado que también tenías calor. No tengas miedo, Maylen; prometo controlarme aunque tengas poca ropa, y me aseguraré de que tú también lo hagas —adujo Gabriel, sonriendo socarronamente.

Gabriel, a pesar de su cuerpo grande, pudo sacarse el equipo sin problemas y ayudó a Maylen, que se enredaba con todo lo que estaba a su alrededor; su ayuda no había sido tan desinteresada porque, en el mismo intento de sacar el pantalón tirándolo hacia abajo desde los pies, arrastró otro fino pantalón de algodón dejando a Maylen con una ajustadísima calza de lycra, tela que se adhería a su cuerpo como una segunda piel.

—Ahora tengo más calor que antes —declaró él ante la visión del curvilíneo cuerpo de Maylen, que ya conocía a la perfección y le hacía enardecer la sangre cada vez que lo tenía cerca.

En todo el verano había evitado ir al lago con sus amigos para ahorrarse la vista panorámica —y prohibida— de Maylen en traje de baño, mostrando esas largas piernas doradas nacer de unas nalgas duras y redondeadas. Teniendo tan cerca y a disposición ese cuerpo tan ansiado, su promesa se venía abajo como un castillo de naipes sorprendido por el viento cordillerano.

Maylen veía el deseo encendido en los ojos de Gabriel, pero confiaba que cumpliría su palabra. Ella estaba segura de que no pasaría nada; su cuerpo no tenía la experiencia del sexo en su memoria, ausencia que podía esperar al menos a estar en un lugar más cómodo. De lo que Maylen no tenía duda era que Gabriel sería su primer hombre. Jamás había sentido nada parecido a lo que estaba sintiendo: ese calor sofocante que la obligaba a exigir más calor en

lugar de aplacarlo.

Gabriel quedó en camiseta de algodón de manga larga y un fino pantalón deportivo, de cintura elástica, y Maylen en calzas y una fina polera, también muy ajustada a su cuerpo.

—Te ha quedado el pelo todo revuelto —dijo Gabriel, pasando las manos sobre el cabello de Maylen que, ante la pasarela de ropa de la que fue víctima, quedó desordenado.

Las manos de Gabriel, que habían comenzado con una noble tarea, pronto desvirtuaron el camino y descendieron hasta los pechos de Maylen, expuestos y destacados notablemente a través de la fina tela. La caricia comenzó suavemente, los dedos de Gabriel pasaban rasantes sobre el pezón, sin presionarlo. Maylen, de rodillas frente a él, que había extendido todo su cuerpo sobre el desparramo de ropa, miraba hipnotizada las manos que se paseaban por su cuerpo, y le producía tal mezcla de escalofríos, cosquilleos y ansiedad que no sabía definir en qué punto de su cuerpo se encontraba el epicentro; como la corriente eléctrica, podía sentir cómo su sangre llevaba esas emociones a cada poro de su piel con la misma intensidad.

Gabriel miraba a los ojos de Maylen, que se mantenían fijos sobre sus manos; no quería amedrentarla ni que se asustara. Para su tormento, había visto a Maylen salir con varios chicos del pueblo, y alguno no tan chico del cual él se había encargado de alejar, y a pesar de estar convencido de que Maylen todavía no había tenido relaciones, no podía estar cien por cien seguro. Pensar en sexo, teniendo a Maylen de aquella manera, no era prudente; sus manos comenzaron una caricia más profunda, tomando ambos pechos con las manos, y se irguió para apresar nuevamente su boca.

Ella no opuso resistencia cuando la arrastró consigo hacia la improvisada cama de ropas, y sus manos se prendieron a su trasero para acariciarlo. Maylen sentía la dura erección de Gabriel sobre el muslo; con un solo movimiento, él acomodó los cuerpos de manera que las entrepiernas quedaran a la misma altura, y comenzó un movimiento rítmico presionando sus nalgas al tiempo que levantaba las caderas para intensificar el roce de su miembro, y

asaltaba su boca penetrando la lengua en la boca de Maylen hasta que le faltara el aire.

El deseo abrazaba fuerte a los dos; la tímida caricia de Maylen, que había comenzado lentamente cuando ella introdujo una mano bajo la camiseta y sintió la piel ardiente de Gabriel, se transformó en un movimiento desesperado por explorar con frenesí cada punto de su duro pecho, y dar mordiscos inconscientes sobre el hombro cuando lo sentía succionarle el pezón sobre la polera.

—Debemos detenernos ahora o no podré dentro de un minuto —carraspeó Gabriel, apoyando la cabeza sobre el hombro de Maylen. Sus manos fueron más lentas para entrar en razones; ellas seguían acariciando las nalgas y la entrepierna de Maylen sobre la calza.

—De acuerdo —sonó una voz desfallecida que a Maylen le costó reconocer como suya.

Ella se alejó rápidamente y tomó toallitas húmedas de la mochila que descansaba en un rincón, debajo de la pila de ropas. La pose que inocentemente había tomado Maylen para alcanzar lo que deseaba no ayudaba a apaciguar a Gabriel, que se abalanzó sobre ella.

Se quedó quieta al sentirlo a su espalda, ella estaba en cuatro patas y él arriba.

—No me provoques, Maylen, no sé hasta dónde podré controlarme.

—No estoy provocándote, Gabriel, sólo quiero sacar unas cosas de la mochila. Será mejor que pasemos la noche separados.

—¡No! —dijo, tajante, y se pegó más a ella para besarle la nuca.

—Gabriel, esto no va a funcionar —jadeó Maylen al sentir las manos otra vez en sus pechos.

—Ven, deja eso.

Gabriel acomodó las mantas, la bolsa de dormir, apagó la lámpara de baterías, la recostó de espaldas a él y la abrazó. Sus piernas encajaban detrás de los muslos de ella y su erección se pegaba a sus glúteos.

—Durmamos, mañana será un día agotador.

Quince minutos después nuevamente el sudor cubría sus cuerpos, sus bocas no se habían separado desde el momento en que Maylen giró hacia él, diez segundos después de acostarse, y ella dudaba si había respirado en todo ese tiempo.

Las manos de Gabriel se habían perdido debajo de la calza de Maylen y una de ellas había encontrado el caliente nido que albergaba sus dedos en su dulce néctar.

Gabriel bajó la calza de un tirón y Maylen abrió los ojos, la cordura la golpeaba por momentos y quiso detenerlo.

—Prometiste que nada pasaría, Gabriel, yo...

—Tranquila, amor, solo quiero... —las palabras murieron en la boca de Gabriel cuando retomó nuevamente el beso. No sabía qué decir o sí lo sabía. Lo que no podía era explicar a Maylen que, llegado ese punto, sólo la muerte podría evitar que la hiciera suya.

Sus dedos confirmaron sus sospechas. Maylen sería solo suya, y lo sería aquella noche. Estaba preparada para recibirlo, y él no podría dar marcha atrás. Gabriel posicionó su cuerpo sobre el de Maylen, que había olvidado la protesta. La oscuridad de la tienda la volvió más osada; se atrevía a nuevas formas de besar y entregaba el cuerpo con mayor soltura, meneando las caderas para salir al encuentro de las manos de Gabriel.

—May, te deseo tanto, déjame amarte —resopló agónicamente en su oído a la vez que le besaba el lóbulo de la oreja—. Ya estás preparada para mí, May —siguió hablando y besándole la oreja al tiempo que sus dedos le mostraban a qué se refería—. Lo haré despacio, nena, pero no me pidas que me detenga, por favor —rogó tan agónicamente como había suplicado hacerle el amor.

Maylen se retorció al sentir los dedos de Gabriel hundirse en su interior y liberar su canal para untar su entrepierna con el fluido caliente y suave que su deseo provocaba. Las palabras veladas de Gabriel, cargadas de deseo, la incitaban a ser más atrevida, y el miembro duro que se pegaba a su muslo, poco a poco, fue ganando el lugar que ocupaba la mano caliente de Gabriel.

—May, nena, dime algo —susurró con las últimas gotas de voluntad que le quedaban.

—No me llames May —jadeó ella, y levantó la cadera para recibir el miembro listo de Gabriel que sólo esperaba el asentimiento.

Gabriel sintió el movimiento y se sumergió en esas profundidades inexploradas que tanto deseaba. De una sola embestida desgarró el himen y llegó hasta el fondo del caliente canal. Esperó la reacción de Maylen, pero ella sólo necesitó unos segundos para volver a menear la cadera.

Maylen sintió un pinchazo en medio de sus entrañas, pero el dolor fue fugaz. Estaba haciendo el amor con Gabriel; fue todo lo que necesitó recordar para que el dolor se mitigara y un gozo, como nunca había sentido en la vida, la colmara entera.

Ninguno de los dos recordó a Paloma aquella noche. Un poco más de ocho meses llevaba aquel noviazgo; pero ella, esa noche, no existió.

Definitivamente, en aquella fría velada, no era ropa lo que necesitan para entrar en calor. Antes de finalizar su primer gran encuentro ambos se despojaron de toda la ropa para sentir la piel del otro. Besos apasionados y hambrientos despertaron en Maylen sensaciones que no conocía, y una urgencia por besar el cuerpo de Gabriel de la misma manera que él lo hacía con ella. Él la llevó a un estado de total entrega. No mediaban palabras en aquella contienda. No había nada que decir. Se deseaban con desesperación.

Durante todo el año anterior, desde que apareció Paloma, Maylen intentó darle una oportunidad a sus sentimientos y probó liándose con muchachos de su edad, pero con ninguno consiguió pasar de la segunda cita. No fueron muchos, pero se dio cuenta de que Gabriel era el único que lograba hacerle hervir la sangre si estaba cerca. Además, Maylen estaba casi segura de que Gabriel no era indiferente a esos sentimientos; en las ocasiones en que coincidían en algún lugar, él no la perdía de vista. Cada vez que su mirada se desviaba hacia él, allí estaban sus ojos: observando sus movimientos.

Paloma no vivía feliz en el pueblo de Eugenio Bustos. No podía

acostumbrarse a la tranquilidad y lentitud de la vida pueblerina. No dejaba pasar ocasión para decir que lo único que la ataba al poblado era el amor de Gabriel. Al comenzar el otoño y el ciclo de clases en la Universidad, le confesó que, gracias a la ayuda de una tía, se había matriculado en una universidad de Buenos Aires y se mudarían a la ciudad, a la casa de ella. Gabriel, ante la unilateral decisión de su novia de obligarlo a mudarse con ella, le aclaró que ella podía estudiar donde le viniera en gana, pero él no abandonaría el pueblo ni las obligaciones que tenía. Además, le dejó clara la situación de ambos: ellos eran novios, no un matrimonio. Él sabía de las costumbres de la ciudad, que permitían que dos personas vivieran juntas después de la primera semana de conocerse; no objetaba ni criticaba esas nuevas formas de convivencia, pero la gente del pueblo era distinta, y él era tan pueblerino como todos sus vecinos, de los cuales ella tanto se quejaba. También le aclaró que no viviría con una persona con la cual no estaba seguro que llegara a tener una relación seria. Y a su criterio, en el corto tiempo que llevaban de noviazgo, no lo podía saber.

Dos semanas después Paloma viajó enfadada con la actitud de Gabriel, y convencida de que en pocas semanas lo tendría golpeando las puertas de la casa de su tía, pidiéndole perdón.

Aquella noche, en la tienda, Maylen no tuvo ni ganas ni tiempo de pensar que Gabriel estaba con ella porque Paloma estaba lejos. No le importó. Gabriel era tierno y entre dientes confesaba que las ganas de tomar su cuerpo, como lo estaba haciendo, lo había atormentado durante años. Maylen ya no era una niña; tampoco era una mujer de mundo, pero sabía que lo que más quería en la vida era que Gabriel fuese su primer hombre, allí en la fría montaña, sin importar el mañana, ella le entregó su cuerpo y su alma al amor que, durante años, desveló sus noches. No se sentía usada, ni tampoco una puta por entregarse a un hombre la primera vez que estaba a solas con él. Se buscaron, se provocaron, se insinuaron cientos de veces a lo largo de los años, y nunca concretaron nada. Esa noche era todo o nada. Y los dos decidieron entregárselo todo.

Para enojo de sus amigos, y gozo de la fortuita pareja, el temporal de ventisca nevada que se desató de modo imprevisto sobre la montaña duró dos días. Dos días más tardó el grupo en hacer cumbre, pero entre ellos había una pareja que había llegado a la cima varias veces.

Capítulo 6

El lugar estaba lleno de turistas. Tiendas comerciales en la base de la montaña proveían a los visitantes de todo el equipo necesario para que los más avezados tuvieran sus jornadas de ascenso por las laderas de las montañas. Se incluía vestimenta necesaria y obligatoria; guías experimentados; bases de rescate, y aprovisionamiento en diferentes etapas del ascenso; y los planos, mapas y folletos necesarios, con las indicaciones básicas. Como conocidos vaquéanos del lugar, sobre todo Leandro y Eleonora, no esperaron turnos con los guías, o el correspondiente turno para el registro. Leandro se había hecho cargo de la situación, entrando directamente a la oficina de registros, y diez minutos después el grupo, con la mochila al hombro, los lentes y los cascos puestos, llegaron hasta los enormes establos. Los primeros mil doscientos metros de ascenso no representaron ninguna dificultad. En la primera base, todavía muy concurrida de turistas, dejaron a los animales y tomaron lo que necesitaban para continuar el ascenso. Todos sabían que, a partir de los dos mil metros, el recorrido se volvía más difícil. Se tomaron un descanso de treinta minutos, revisaron el equipo y continuaron el segundo tramo.

—Todos revisen nuevamente los materiales —ordenó Leandro, ni bien comenzaron el segundo tramo—. ¿Tienen bien ajustados los gatos? —Preguntó, refiriéndose al calzado básico del escalador: «pies de gato»—. Tienen que estar bien ajustados —insistió por enésima vez.

Las mujeres pusieron los ojos en blanco y revisaron nuevamente sus calzados, y además que estuviera la bolsa de magnesio en su lugar, los mosquetones y las sogas aseguradas al arnés, que estaba sujeto a la mochila. Estaban seguras de que Leandro no avanzaría un metro más si no lo obedecían estrictamente en todo lo que ordenaba. La primera gran prueba de destreza se superó sin dificultad. Leandro escaló en primer lugar una gran pared rocosa,

de aproximadamente veinte metros, y ajustó a su paso los «gorigori»: sujetadores que los mantendrían clavados a la piedra en caso de soltarse o perder el agarre con las manos.

Jadeando las mujeres, llegaron a la cima de la gran roca basáltica. La tarde iba cayendo sobre ellos; tenían que llegar a la segunda base de la montaña para reponer agua, después buscar refugio, y armar las tiendas para pasar la noche. Ascendían rápido, no lo hacían por el habitual camino turístico, igualmente les llevaría otra jornada llegar al santuario.

Maylen había llevado su cámara profesional, y antes de que el sol se perdiera tras las cimas de las montañas había tomado unas fotos increíbles del valle del Tupungato y los picos más bajos. Los colores que obsequiaban las nobles montañas eran captados con fidelidad por la lente de Maylen: los ocre, los naranjas, los grises, los rojos y los amarillos de las rocas se fundían con el verde malva del musgo y los retamos que desafiaban las alturas y la falta de oxígeno con sus fibrosas ramas retorcidas, chatas, y sus gruesas hojas verdes; todo enmarcado en el azul del cielo y los picos más altos con sus cumbres eternamente blancas.

A más de tres mil metros de altura, los vientos son despiadados y la temperatura cae en picado cuando se esconde el sol, a pesar de estar en pleno verano. Rápidamente armaron la tienda en una abertura de la roca, y sacaron las bolsas de dormir y los abrigos térmicos.

—Estuviste bien, a pesar de llevar siete años sin escalar —elogió Leandro.

Maylen jugaba con una lámpara a batería, y se detuvo sorprendida al escuchar el elogio de Leandro.

Durante el ascenso, Leandro fue mejorando su antipatía inicial. Él estaba en su elemento, y eso le hacía mejorar el humor hacia todos; llegó a preguntarle a Maylen sobre su nuevo trabajo y algunos casos que le había tocado cubrir.

—No dejes de correr, subir, bajar, saltar y pasar todo tipo de riesgo cuando estoy trabajando —se rio ella, definiendo su profesión como un deporte.

—Te vimos trepando escombros en la cobertura de la caída del edificio, en

la ciudad —dijo Silvia.

—Fue una tragedia con suerte; el edificio se agrietó, provocando una vibración en varias manzanas a la redonda, pero dio tiempo a los ocupantes a bajar con lo puesto, antes de desplomarse —relató el último trabajo que tuvo que cubrir antes de comenzar sus merecidas vacaciones.

En la boca de una gran caverna rocosa montaron dos tiendas para pasar la noche, habían apagado las lámparas a batería, y la última luz de la pequeña fogata que iniciaron para preparar un vigorizante café bien cargado se iba extinguiendo lentamente. Leandro y Eleonora ocuparían una tienda, Silvia y Maylen la otra. Las pequeñas tiendas, en forma de iglú enano, no dejaron de despertar en Maylen recuerdos inquietantes de hechos que se habían producido en ellos años atrás. Se cercioraron de que el fuego estuviera bien apagado antes de acostarse, y cada uno se metió en su bolsa de dormir. El cansancio del agotador día, y la penosa tarea que tenían por delante no promovía la conversación alegre. Ascender por la montaña impregnaba al grupo de recuerdos dolorosos. Mucho más en el momento de cerrar los ojos para tratar de descansar, cada uno revivía lo ocurrido siete años atrás a su manera, y no lo compartían entre ellos.

Maylen cerró los ojos y se sumergió en los recuerdos.

Después del ascenso glorioso a la cima más placentera de su vida, tenía que enfrentarse al mundo. La culpa recayó sobre Maylen al poner un pie en el valle. Se apartó de Gabriel y le pidió que no volviera a acercarse a ella. Él tenía una novia a la que debía respeto. Paloma volvería al pueblo en pocos meses; cuando aclarase la situación con ella, hablarían nuevamente.

Eleonora, Maylen y Silvia estudiaban diferentes profesiones en la ciudad de San Carlos. Maylen lo hacía en administración, Eleonora y Silvia estudiaban enfermería. Se encontraban asiduamente para viajar las tres juntas, pero desde que habían bajado de la montaña, Maylen lo hacía sola. Faltaba bastante seguido a las clases, y no quería atender a sus amigas cuando la llamaban por teléfono. Eleonora la fue a visitar a la finca y habló con ella

sobre lo que había pasado en la montaña, y entendió a su amiga. Silvia fue un poco más dura y le recriminó directamente su falta; pero no de moral, sino de decisión para poner las cosas en claro con Paloma. Silvia pretendía que Maylen llamara por teléfono a Paloma y le confesara que se había liado con su novio y que, de paso, le comentara que todo hacía suponer que Gabriel la iba a dejar para quedarse con ella. Silvia, sobre todo, quería que le aclarase a Paloma que, si era necesario pelear por Gabriel, ella estaba dispuesta a hacerlo. Dicha sugerencia no fue aceptada por Maylen, y ni siquiera objetó al alocado plan; no tenía palabras para hacerlo. Sin embargo Silvia, que sabía que su amiga no actuaría como ella pretendía, igualmente entendió a Maylen; conocía lo que sentía por Gabriel desde hacía años.

A pesar de la indiferencia que presumía aparentar ante la relación de Gabriel con Paloma, sus dos amigas sabían cuánto sufría Maylen por aquella situación, y también aseguraban, por el comportamiento que últimamente demostraba Gabriel cuando estaba en algún sitio en el que se encontrara Maylen —antes de que ocurriera lo de la montaña— que iba a dejar a Paloma para estar con ella; luego de lo ocurrido, no tenían dudas de que así sería. Gabriel formalizaría su relación con Maylen en cuanto regresara Paloma y pudieran aclarar la situación. A partir de ese momento, ambos podrían vivir libremente su relación tan largamente postergada.

Maylen pensaba distinto; para ella, lo ocurrido en la montaña fue sólo un momento y no volvería a repetirse.

Gabriel no dejó de buscar a Maylen durante semanas, pero ella pudo evadirlo. No quería hablar con él, no había nada que decir; Gabriel tenía novia y ella fue sólo una distracción momentánea en la soledad del hombre que espera. Estaba segura de que Gabriel amaba a Paloma ¿Cómo no hacerlo? Ella era tan etérea y delicada. Tan culta y elegante. Una mujer hermosa. A su medida. No había comparación posible entre ella y Paloma; a su lado, no era más que una alocada muchacha de pueblo. Por eso, en cuanto Paloma llegó, la dejó de lado para involucrarse con ella. Después de lo ocurrido, más alocada que nunca. Y si Gabriel la buscaba era porque sabía que ella le daría el sí

fácilmente. Estaba enojada con Gabriel, pero más enojada estaba consigo misma por haber perdido el control.

Semanas pasaron hasta que Maylen y Gabriel volvieron a encontrarse en un boliche del centro de San Carlos. Bajo la insistencia de sus amigas, Maylen accedió a volver a salir con ellas.

Apenas la reconoció él en la sala en penumbras, con luces intermitentes y el gentío que se agolpaba en el lugar; Gabriel llegó hasta ella para llevarla de la mano hasta un rincón oscuro donde poder besarla vorazmente mientras le reclamaba no haber atendido las numerosas llamadas que le había hecho durante más de un mes. Sin una contestación coherente, Maylen pudo soltarse de su captor y volver con sus amigos; pero el coqueteo recién empezaba, Gabriel desplegó esa noche toda la experiencia acumulada hasta el momento, y su innato poder de seducción, para atraer a su presa y envolverla en sus redes; con pasos lentos, balanceos suaves, caricias calientes y prohibidas, susurros jadeantes, recordando momentos compartidos, y la promesa de mejorar aquello que a ella le había sabido maravilloso. Al terminar la noche, estaba tan desesperada y hambrienta del cuerpo de Gabriel como él lo estaba del suyo. Bajo la influencia de la noche, después de unos cuantos bailes, y la complicidad de unos pocos tragos, nuevamente se fueron juntos. Maylen no podía evitarlo, su cabeza le gritaba que no era correcto. Si bien Paloma no era su amiga, era una muchacha del pueblo, y sabía que los secretos en aquel lugar no duraban mucho.

Gabriel no demostraba el menor signo de culpa, él se comportaba como un hombre que tenía la libertad de reclamar su propiedad y la potestad para pedir explicaciones de sus actos; no temía que la gente del pueblo los viera juntos, a Maylen hasta le parecía que quería que lo hicieran; se comportaba como un desesperado por su cuerpo, y no medía las consecuencias de la polvareda que podía levantar si comenzaban a correr los rumores. Gabriel solo pensaba en satisfacer su deseo, pero luego de tomarla parecía no querer dejarla ir y eso confundía a Maylen.

—¿Te veré esta noche? —le susurró al oído al llegar junto a ella, en la estación de servicio en la que Maylen estaba cargando combustible a su camioneta, y por la que casualmente pasó Gabriel; estacionó su propia camioneta frente al mini-market y caminó directamente hacia la muchacha.

—¿Cómo estás, Gabriel? —le sonrió, dejando pasar el momento para que los estremecimientos en la piel que le provocaba el aliento de Gabriel pasaran.

—Bien, ahora que estoy contigo —contestó, también sonriendo.

—Gabriel, hay gente. Ya he escuchado algunos comentarios y... —le reprendió ella cuando él intentó meter la cabeza por la ventanilla para besarla en los labios.

—No me importan los comentarios —la cortó, pero se alejó de la ventanilla.

—Pues a mí sí, y lo sabes —suspiró y pagó la cuenta al asistente de la gasolinera—. Te veré esta noche, tenemos que hablar —dijo ella, y arrancó el motor de su camioneta para alejarse rápidamente del lugar.

Después de la noche en que se fueron juntos de la disco, los encuentros con Gabriel eran más frecuentes de lo que ella hubiera querido. Se sentía fatal por cometer lo que consideraba una gran traición, pero no podía evitarlo. Su cuerpo ansiaba y necesitaba cada vez más el de Gabriel, y su corazón no entendía las razones que le exponía su propia razón. Gabriel tampoco colaboraba para llevar sosiego a su alma, no dejaba pasar un solo día sin interceptarla en el camino de regreso del instituto, y no le costaba mucho convencerla de ir a la casa del lago. Por eso había decidido dejar el pueblo. Un curso de capacitación en la gran ciudad de Mendoza la mantendría alejada, a una distancia prudencial de Gabriel, y como beneficio adicional podría aprender nuevas técnicas para agregar a su pasión que era la fotografía. Esa noche tenía previsto ver a Gabriel sólo un momento, y comunicarle la buena nueva sin sucumbir a sus encantos.

El lugar de los encuentros clandestinos era una vieja cabaña en la propiedad de Gabriel, sobre el lago que compartían ambas fincas. Antes de la

cena, Maylen se disculpó con su familia y salió con el argumento de reunirse con Eleonora para intercambiar unos libros. Tenía pensado hacer exactamente eso después de comunicarle a Gabriel su decisión.

Tres meses lejos de su influencia y atracción le devolverían la cordura y el juicio que perdió en alguna parte de la montaña meses atrás.

—Te esperaba, ansioso —le dijo Gabriel no bien Maylen puso un pie en la puerta de la cabaña, y la arrastró hacia adentro tomándola de la cintura para pegarla a su cuerpo y reclamar su boca con un ardiente beso.

No podía contra eso. Sus brazos, recobrando voluntad propia, se alzaron para rodear su cuello y acariciar el suave cabello que crecía en la base de la nuca de su amante.

La levantó del suelo y en volandas la llevó hasta el centro de la sala, para sacarle la chaqueta frente al encendido hogar que, con sus llamas, era el encargado de iluminar el lugar. Dos copas de vino esperaban, servidas en la pequeña mesa ratona de vidrio colocada a un costado del gran sillón de cuero color bordó muy oscuro, que ocupaba una proporción importante de la sala de la pequeña cabaña. Entre el sillón y el hogar, una mullida alfombra, testigo de sus abrazadores encuentros, hundió sus moradas fibras bajo el peso de sus cuerpos que, unidos, se dejaron caer con suavidad.

Cuando pudo recuperar algo de compostura, Maylen se acomodó la camisa que Gabriel había desabotonado hasta la cintura, apresuradamente; se levantó y se sentó erguida en el sillón. La cremallera del pantalón tejano quedó tal como la dejó Gabriel, ella sólo se colocó la chaqueta sobre el regazo, y esperó que él le prestara atención.

—Cariño, ¿qué sucede? —preguntó él al ver que ella no tenía intenciones de retomar lo que habían interrumpido en la alfombra. Se pasó una mano por la despeinada cabeza y se sentó junto a Maylen.

—Gabriel, he venido a decirte que me marcho.

—¿Cómo que te vas? ¿Adónde?

—Mañana salgo hacia la ciudad de Mendoza, asistiré a un curso de

fotografía en una academia, y me quedaré allí por tres meses.

—¿Por qué?

—Porque me gusta la fotografía, sabes que...

—No quieras hacerte la lista conmigo, Maylen. ¿Por qué te vas?

—No puedo con esto Gabriel, me siento mal si te veo, y me siento peor si no lo hago.

—¿Por qué te vas?

—Ya te lo he dicho

—No, no lo has hecho.

—Sabes lo que siento por ti, y también que esta situación no me gusta. Tienes novia; estás comprometido con ella y yo soy la chica fácil con la que desfogas tus ganas hasta que ella regrese.

—No estoy comprometido con Paloma. —Gabriel se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro, frente al hogar—. Y prácticamente terminamos cuando ella se fue.

—¿Prácticamente? —Preguntó, sarcástica—. ¿Terminaste claramente con ella o no?

—No.

—Gabriel, sé que empezamos sin compromisos, pero lo que pasa entre nosotros se está saliendo de sus carriles; yo me siento superada por mis sentimientos, y no me gusta sentirme de esa manera —explicó ella—. Creí que todo quedaría en la montaña.

—Mujer de una sola noche, ¿eh?

—No tienes derecho a reclamarme nada. Tú estás comprometido —replicó al comentario malicioso de Gabriel—. Tú, más que nadie, sabes que eso no es cierto.

—¡No estoy comprometido! ¡Qué obsesión con el compromiso! —Gritó, alejándose de ella, y levantando ambos brazos para darle más ímpetu a sus palabras—: Sé quién eres, siempre lo supe.

—Eres su novio, es lo mismo.

—Te dije que terminaría con ella. Cuando regrese al pueblo todo acabará y quedará bien claro como tú quieres —dijo deteniéndose frente a ella para arrodillarse a sus pies—. Formalizaremos entonces, si quieres, puedo ser tu prometido —declaró sonriendo burlonamente.

—Volveré luego que eso ocurra —aclaró ella, sin dejarse conmovir por las palabras dulces de Gabriel—. No estaré aquí para ver cómo me haces a un lado nuevamente.

—Iré a buscarte, no dejaré que te alejes —declaró, tomándole las manos—. Nunca te hice a un lado antes, Maylen, tú no querías saber nada conmigo.

—Necesito un tiempo.

—No, me necesitas a mí —dijo, y asaltó sin aviso la boca de Maylen, que no se resistió al beso. Las manos de Gabriel, nuevamente con presteza, desabrocharon todos los botones de la camisa y la apartaron de su cuerpo; recorrieron lentamente su talle para detenerse en los costados del pecho. Un dedo juguetón buscaba el pezón sobre la fina camiseta y el sostén, pero se sentía tan febril como si estuviese sobre la misma piel—. Maylen, no quiero que te vayas —le dijo, pegado a su boca, devorando su voluntad con el beso—. Quiero que te quedes conmigo, quiero vivir en este rancho, por siempre pegado a ti —continuó mientras le besaba el cuello, y sus manos se deshacían de la camiseta y el corpiño. Instantes después nada se interponía entre su piel y Gabriel. Su boca bajó hasta el pezón para succionarlo con fuerza, y una mano acariciaba el otro. Maylen tiraba del suéter de Gabriel para que pasara sobre la cabeza, arrastrando la camiseta del algodón en el mismo intento; instantes después el amplio y caliente torso se pegó al de Maylen, aplastando sus suaves pechos. Ella sabía que no podría superar la debilidad que sentía por Gabriel si permanecía cerca. Quedarse en el pueblo significaba seguir martilleando su maltrecho sentido de la decencia. Jadeante, en la dulce agonía que la hacían vivir los besos de Gabriel, decidió marcharse; pero esa noche ya estaba perdida. Sus bocas se encontraron nuevamente, y la voz de la culpa calló.

Gabriel la levantó del sillón sin soltar su boca, la acostó en la alfombra

nuevamente mientras empujaba los jeans hacia abajo. Maylen colaboró con presteza y tiró de los pantalones de lona de Gabriel, dejando el cuerpo que tanto amaba sin barreras para sentirlo en plenitud. No había más sosiego para sus ardientes cuerpos que fundirse uno con el otro. Gabriel levantó las cadera de Maylen, y de una sola embestida se hundió en sus profundidades con un grito de conquista.

Capítulo 7

Otro amanecer radiante; Maylen abandonó la tienda en el mismo momento en que Leandro salía de la suya, alisándose el pelo y vestido para continuar.

—¿Has dormido bien? —preguntó, desperezándose de cara al sol naciente.

—Poco, pero he descansado bien —dijo, arreglándose la ajustada ropa que utilizaría para el ascenso, y preparando los elementos para un rápido aseo matinal.

—No continuaremos si no puedes —anunció Leandro, renovando la antipatía anterior.

—Estoy bien. He venido al pueblo a esto. Lo haría sola si nadie hubiera querido acompañarme —rebatió Maylen, para aclararle que ella no le había pedido su compañía en aquella empresa, y reflatando su cuota de terquedad.

—Siempre has sido una cabeza dura —replicó él—. Haces lo que quieres sin pensar en los demás.

—No es justo que me digas eso, Lean, yo...

—Siempre tú, tú y tú.

—¿Acaso tienes algo que decirme?

—Sí, sabes que sí. No he querido tomármelas contigo porque se lo prometí a Eleonora, pero no aguanto el nudo que tengo atravesado en la garganta.

—Suéltalo ya, Leandro, y luego márchate —apremió Maylen, que se paró delante.

—Lo haré, pero no me iré, y seguiré siendo tu amigo aunque tú no me consideres como tal después de lo que voy a decirte.

Maylen dio vuelta a la cara y miró el valle. Las lágrimas se le atascaban en los ojos y un dolor lacerante le corría desde el pecho hasta el estómago.

—También era su hijo. Le destrozaste la vida. Lo dejaste solo con su dolor.

—Yo también estaba sola.

—¡Pero tú decidiste abandonarlo!

—Si me hubiese querido, habría ido a buscarme.

—¿Cuántas veces tenía que ir a buscarte? —Se paró detrás de ella y la hizo girar para que lo enfrentara—. Gabriel ya no es el mismo. Se ha convertido en una persona sombría, cínica, amargada. Vive solo para el trabajo.

—Oí que tenía novia nueva.

—Ha tenido novia nueva todas las semanas, durante los últimos cuatro años. Después de resignarse a que no ibas a regresar. Sólo las usa. Él no puede ser, ni puede hacer feliz a nadie. Es mi amigo además de mi cuñado —abandonando el tono de reprimenda, preguntó abatido—: ¿Por qué lo dejaste? ¿Por qué te fuiste de esa manera?

—No podía quedarme. Tres muertes sobre mi conciencia eran demasiadas.

—No eres la culpable de ninguna de ellas —dijo suavemente Eleonora, que había salido de la tienda y estaba escuchando atentamente a su amiga, que había comenzado a llorar.

—Sí soy culpable; nunca tendría que haberme involucrado con tu hermano. Sabía que él tenía novia. Nada de aquello hubiera pasado de no ser por mi estupidez.

—Eres terriblemente terca, Maylen, ése es tu mayor problema —arguyó Leandro, apartándose de ella.

Maylen se secó las lágrimas, que se derramaban sin control por sus mejillas, y arremetió contra sus amigos.

—Pueden marcharse cuando quieran. Y llévense a Silvia, yo continuaré sola.

—Yo no iré a ningún lado —discrepó Silvia, asomando su roja cabeza por la abertura de la tienda, también lista para continuar.

—Todos seguiremos hacia arriba. Yo sigo a cargo del grupo —determinó Leandro—. Maylen, ponte el casco y asegúrate de que tienes todos los elementos en su sitio.

Veinte minutos les llevó levantar el campamento, armar las mochilas,

prepararse un rápido desayuno a base de almendras, nueces y miel, y comenzar el último tramo.

Leandro iba a la vanguardia, seguido de Eleonora; Maylen, unos metros más atrás, era seguida de cerca por Silvia, que cerraba la marcha. Los siguientes trescientos metros de ascenso fueron tranquilos, pero todos sabían que por ese camino, rumbo a la cima, había un gran abismo entre la roca partida que sería el último escollo a sortear. Después de varias horas de caminata, saltos y trepadas, Leandro le dio al grupo una hora de descanso para reponer energías y adaptarse a la cambiante atmósfera que imperaba en la montaña a esas alturas. La falta de oxígeno se hacía sentir en algunos tramos, y en otros no influía. Faltaba por hacer el último tramo: el más difícil, y Leandro quería que lo hicieran con el cuerpo relajado. Tendrían que descolgarse por una pared de granito que tenía unos doscientos metros de alto, y un abismo de más de dos mil metros hacia abajo, con salientes rocosos de la ladera que harían que cualquier cosa grande que cayera por él llegara al fondo en porciones. Otra vez las horas de caminata fueron amenizando los ánimos; necesitar de la colaboración mutua para llegar al objetivo, dejaba las disputas de lado y sólo quedaba el trabajo en equipo.

Nunca sabré cómo Paloma pudo trepar por esta pared —dijo Leandro, levantando la vista hacia el borde superior de la pared de piedra.

—La furia tuvo que haberla ayudado —soltó Silvia.

—Además del guía —agregó Eleonora.

—A nosotros nos costó muchísimo la primera vez, y teníamos muchas escaladas encima —dijo Silvia, y se acercó a Leandro.

—Con Gabriel recorrimos este camino muchas veces, y no pudimos descubrir cómo lo hizo Paloma; ella no saltaba ni un charco, sin embargo subió la cuesta hasta aquí y luego se descolgó por esta piedra; es cierto que, en ese momento, no era tan escarpada pero aun así era peligrosa.

—El amor lleva a la gente a cometer locuras —expuso Maylen, llena de angustia.

—La locura lleva a la gente a cometer locuras, no el amor —la reprendió

Silvia.

—Paloma estaba obsesionada con Gabriel, no enamorada —dijo Eleonora.

—No pueden saberlo —objetó Maylen.

—Después de que él la dejara, no volvió a Buenos Aires; se quedó sólo para perseguirlo a todas horas, abandonó su carrera y prácticamente vivía en mi casa. Gabriel estaba todo el tiempo en la finca para evitarla y María Teresa no sabía qué hacer para mandarla a su casa —contó Eleonora—. Su madre llamaba para pedir que dejáramos ir a su hija, y mi padre no sabía cómo explicarle que no podía sacársela de encima. Yo creo que sí estaba obsesionada.

—No quiero hablar más de Paloma, por favor —rogó Maylen, y se alejó de sus amigos.

El gran desafío que tenían enfrente era peligroso. El ascenso hacia el primer descanso, a más de doscientos metros, era oblicuo. Irían ajustando su paso hacia la derecha de la pared de piedra para llegar al piso deseado, pero dejaban la seguridad del descanso anterior para posicionarse sobre el abismo y sus alas letales. Las mujeres habían sorteado esa cuesta una sola vez. Pero habían escalado decenas de rocas parecidas en otras montañas. Todos estaban tranquilos y sabían que podían hacerlo sin mucha dificultad; necesitaban mucho esfuerzo físico y la más absoluta concentración. Para descargar tensiones, Maylen sacó su cámara e hizo fotos extraordinarias del abismo interno que se abría a sus pies y de un curso de agua que, a mitad del abismo, se colaba en la roca y se volcaba en caída libre, liberando un manto plateado hacia la oscuridad de sus profundidades. La imagen aquella era fantástica; luego de sacar varias fotos, guardó la cámara en la mochila y sólo se quedó observando el lugar, respirando profundamente el aire helado, e intentando poner la mente en blanco para focalizarse en lo que venía.

Leandro iba al frente, él conectaría la vía a los puntos de anclaje que ya había en la peligrosa roca. Las montañas, que eran muy concurridas por los escaladores generalmente, contaban con anclajes fijos colocados por los precursores en el ascenso; sin embargo, antes de confiar en ellos, Leandro

debía comprobar su resistencia. Eleonora le seguiría, fijando el arnés con la cinta exprés de Leandro, que quedaba suelta hasta que ella la fijara a los soportes. Si Leandro se desprendía de los primeros anclajes antes de que Eleonora los fijara, caería al hoyo negro.

Maylen sólo tenía que escalar siguiendo la vía, y si quería desprender sus manos de la pared gris sólo tendría que sujetar su cinta exprés a los anclajes. Silvia se llevaría con ella la cinta exprés, pero dejaría la vía sujeta al anclaje fijo para el descenso.

A mitad del trayecto se encontraba lo más duro y difícil; Leandro seleccionaba con ojos de águila los salientes de los que se agarraría, para cargar el peso de su cuerpo sin desprenderlos; si eso llegara a suceder, quedaría colgado de las vías varios metros más abajo que las mujeres. Su paso era lento pero firme, las instrucciones y advertencias hacia sus guías eran tranquilas y claras. Ni una pizca de miedo o nerviosismo se podía observar en sus palabras, que eran seguidas por las mujeres sin desviarse un solo milímetro de lo que él había indicado. A cuatro mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, la terquedad no existía, y la falta de atención podía ser letal.

A medida que se aproximaban al piso que los acunaría en el abismo, Maylen comenzó a sentirse ansiosa; la proximidad del lugar al que tantas veces quiso regresar y no encontró la fuerza necesaria para hacerlo le hacía perder la concentración. Por su cabeza pasaba, una y otra vez, la cara de Paloma cayendo por la grieta, mirándola con odio en su caída.

Leandro había alcanzado el piso y ayudaba a Eleonora a llegar. Maylen respiró hondo y se sujetó con el arnés al anteúltimo anclaje, que tendría que pasar para llegar al descanso. Hundió las manos en la bolsa de magnesio y levantó la vista para ver cómo Eleonora era izada por Leandro.

—¿Estás bien Maylen? —le gritaron desde arriba.

—Sí —contestó ella—. Ya los alcanzo —dijo, sonriendo.

—¿Realmente estás bien, Maylen? —preguntó Silvia, que se había fijado al anclaje anterior, esperando que Maylen avanzara.

—Dame un segundo —contestó ella sin responder directamente.

—Todos los que quieras, Maylen —concedió Silvia, y aprovechó la oportunidad para secarse las manos con el magnesio—. ¿Te falta el aire? —preguntó, varios segundos después.

—No, me falta valor —sonrió y soltó una respuesta nerviosa.

—Nada de lo que ocurrió fue tu culpa, Maylen, no pienses en eso ahora.

—No puedo evitarlo.

—Sí puedes, mira a Leandro.

—Maylen, te voy a subir —anunció Leandro con firmeza, al ver que Maylen movía nerviosa las manos.

—No, Leandro, puedo subir sola —gritó ella desde abajo—; sólo necesito tomar aire.

—Te subiré —afirmó—. Suelta el arnés —ordenó.

Maylen no volvió a objetar, se tomó de las vías y caminó en sentido horizontal mientras Leandro tiraba de las sogas. Silvia soltó su arnés de la soga que la unía a los otros tres, y decidió subir sola los últimos cuarenta metros.

—Silvia, ¿estarás bien? —le gritó Eleonora, que la miraba a ella.

—Sí, Eli, puedo hacerlo sola.

—Engancha el arnés —indicó Eleonora, que le alcanzaba una soga de seguridad para poder levantarla como estaba haciendo Leandro con Maylen si llegaba a tener algún problema.

—¡Qué pesada eres, Eleonora!

—Engánchala —reprendió Leandro que estaba atento a la conversación de las mujeres, al tiempo que terminaba de subir a Maylen.

—¡Sí, General! —dijo Silvia, y enganchó el arnés a su cinturón de seguridad y a la vía.

—Estás temblando, no habrías podido escalar este último tramo —aseveró Leandro al tomar la mano de Maylen.

—Lo sé. Gracias.

—Vete con Eleonora, yo guiaré a Silvia.

El lugar al que habían llegado era como una pequeña meseta angosta y curva, un glaciar entre las altas montañas. Antes de comenzar a andar sobre el glaciar, se cambiaron el calzado por uno apropiado para esa superficie: unas botas con picas metálicas para clavarlas en el hielo y no resbalar. Caminarían unos doscientos metros en sentido horizontal para rodear una especie de pico menor, que terminaba a esa altura, y llegarían al camino por dónde se ascendía al tramo final para llegar al cráter del volcán; pero su camino terminaba al llegar al inicio de ese último tramo. El clima a esa altura era frío; eran menos de las cuatro de la tarde, y el viento era helado. Las cimas de nieves eternas estaban cerca, y el aire no alcanzaba a desprenderse totalmente de la nieve cuando llegaba hasta ellos. Los cuatro se reunieron, y las mujeres se abrazaron cuando estuvieron juntas. Leandro sugirió ir a buscar la caverna, que una vez ya habían usado como refugio nocturno, siete años atrás, y armar las tiendas antes de llegar al santuario.

Acabaron de armar las tiendas y esperaron el tiempo necesario para recuperar el aire; a esa altura el cuerpo necesitaba más tiempo para recuperar el aliento, los movimientos eran más lentos, las reacciones desaceleradas, y las emociones mucho más intensas.

—La fisonomía del lugar cambió, Maylen —le explicó Leandro antes de seguir hasta el lugar de la tragedia—. La montaña cambió aquel día.

—Tuvo que hacerlo cuando nosotros estábamos en ella —se lamentó e inició la marcha.

Todo lo ocurrido aquel día se agolpó con nitidez en su cabeza. No le había sucedido en todo aquel tiempo. Su mente se negó durante siete años a hilar los acontecimientos tal y como habían sucedido. Hasta ese día los recordaba por partes, y tenía nebulosas en las secuencias y en el orden. Hasta ese día.

Capítulo 8

Una de sus amigas hizo el comentario sobre el precioso ejemplar que esperaba afuera del instituto, y al levantar la vista se encontró con dos ojos oscuros que la miraban intensamente. Gabriel la esperaba a la salida del instituto de fotografía y diseño. Ella iba saliendo con un grupo de chicas que había conocido en el curso, y se quedó de piedra al verlo sonreír: tan apuesto, recostado en la puerta de su camioneta. Se había sacado el sombrero vaquero con el que podía vérselo todos los días en la finca. Su cabello se alborotaba con la suave brisa que flotaba en la ciudad, estaba con ajustados jeans y camisa a cuadros; era irresistible.

Gabriel caminó hacia ella y se presentó como su novio ante las babeantes amigas de Maylen. Ella sólo le sonrió y asintió con la cabeza. Se había quedado muda; después dijo algo, a modo de despedida, y alejó rápidamente a Gabriel de las tontas risillas de las chicas que lo miraban alejarse. No se detuvo hasta que llegaron a una plaza cercana, y allí lo enfrentó después de refugiarse tras un grueso tronco de araucaria.

—¿Qué haces aquí?

—¿Por qué te marchaste del pueblo?

—Te dije que lo haría, pero no quisiste oírme. ¿Qué haces aquí? —volvió a preguntarle.

—Tenía que hacer unos trámites en la ciudad y decidí visitar a una vieja amiga.

—¿Por qué les dijiste a esas chicas que eres mi novio?

—Para que no me saltaran a la yugular ¿No has visto cómo me miraban?

—¡Qué creído eres, Gabriel!

—Además, te has ganado la envidia de tus amigas.

—No son mis amigas, las veo sólo tres veces por semana desde hace dos meses. Si las llamara amigas, tu hermana y Silvia no volverían a hablarme en

la vida.

—¡Cuánta lealtad! ¿Me has sido leal a mí?

—No lo eres tú conmigo ni con nadie. ¿Por qué tendría yo que serlo?

—¿Has conocido a alguien este tiempo?

—A mucha gente. Me gusta la ciudad. Creo que podría vivir en ella.

Al hablar, Gabriel la arrinconaba contra el tronco del árbol y acercaba su cuerpo cada vez más. En un momento, Maylen no veía otra cosa que no fuera el amplio pecho de Gabriel; se concentró en las líneas que formaban los cuadros de la camisa: finas líneas de colores claros que superponían un cuadrado sobre otro en una base de tela blanca; llevaba los puños remangados hasta el codo, y la parte baja metida en la cintura de los Jeans. Botas de gamuza marrón gastadas y... ¿La piel erizada? Volvió la vista a sus brazos y, efectivamente, tenía la piel erizada. ¡Claro! Estaban en pleno invierno, y él con la camisa remangada. Ella estaba cubierta de un tapado de paño de cuerpo entero, y debajo tenía un ropero.

—Tienes frío —afirmó ella, levantando la vista para encontrar unos ojos negros cargados de deseo.

Él asintió con la cabeza mientras se acercaba lentamente para tomar su boca. El beso fue plácido; sus labios nada tenían de frío, estaban calientes y suaves. Tenía unos labios rellenos y muy sensuales en una boca que a Maylen le robaba la voluntad; devolvió el beso. Gabriel la tomó de la nuca y la pegó más a él, y reclamó la lengua de Maylen con la suya.

Nada había cambiado, creyó que la distancia apaciguaría el ardor que sentía por el cuerpo de Gabriel. Que después de un par de semanas de no verlo, podría manejar la situación y rechazarlo con firmeza si insistía en usarla de reemplazo hasta que regresara la novia titular. Pero no era sí; estaba sedienta de Gabriel, la distancia sólo había servido para acumular un deseo incontrolable.

Por su parte, Gabriel, al enterarse de que Maylen se había marchado, después de que le pidiera que viviera con él, creyó que era lo mejor para ambos. Lo pensó fríamente y se convenció de que, alejado de ambas mujeres,

podría decidir mejor, tal y como le había propuesto Maylen la última noche que estuvieron juntos. Una semana después de que ella se marchara estuvo desesperado; en lo único que podía pensar era en que Maylen podía conocer a algún hombre en la ciudad, que lo desplazara a él de su cabeza y de su corazón. Paloma era un recuerdo lejano, y le importaba muy poco si se acostaba con todos los hombres de Buenos Aires. Tal vez le heriría un poco el orgullo si Paloma llegaba a confesarle que se había relacionado con otro; pero la conclusión general era que se sentiría aliviado. Con Maylen era otra historia; si ella lo dejaba de lado por otro hombre, lucharía por ella hasta arrebátársela a quien fuera. Maylen era suya; se había entregado a él por primera vez, y eso lo llenaba de satisfacción y una fuerza posesiva desconocida. Con Paloma había compartido buen sexo, aunque escaso para su gusto, y las últimas veces que habían intimado, terminó irritado de tantas quejas. Y ni siquiera era virgen cuando la conoció.

—Ya no tengo frío —sonrió, pegado a su boca, con los brazos metidos dentro del sobretodo negro que había desprendido para abrazar a Maylen.

—Creo que ha quedado claro que no quiero ser la golfa del pueblo — espetó Maylen furiosa, apartándolo de un empujón.

—No eres ninguna golfa.

—Tú me has convertido en una —le gritó, alejándose de él.

A la tarde del día siguiente, al salir del instituto, Gabriel estaba esperándola nuevamente. Ese día no compartía curso con las chicas que habían conocido a Gabriel y salía sola.

Para mortificación de Maylen, era demasiado guapo. Las mujeres pasaban y le sonreían con descaro, a lo que él devolvía la sonrisa con un guiño de ojo. Le enfermaba.

—¿Por qué no te has marchado ya?

—¿Acaso controlas a los visitantes de la ciudad?

—Sólo a los que me visitan a mí y no son bienvenidos.

—No he venido a pelear, Maylen; quiero que hablemos.

—Pues habla, hoy es viernes y tengo que prepararme para salir.

La tarde caía sobre la gran ciudad de Mendoza; Maylen alquilaba un departamento a pocas cuadras del instituto donde hacía el curso, en pleno corazón de la ciudad. Todos los días caminaba hasta el edificio donde se encontraba el departamento y eso mismo hizo esa tarde, con Gabriel pegado a sus talones.

—Paloma llega en dos semanas —informó él—. Apenas llegue, hablaré con ella.

—Arruinarás sus vacaciones de invierno —comentó, sarcástica.

—Quise cortar con ella por teléfono antes de venir hacia aquí, pero no quiso escucharme.

—Si tenías tantas ganas de terminar de una buena vez, hubieses viajado a Buenos Aires.

—Tuve que hacer otros viajes por negocios, y luego quise verte a ti.

—Gabriel, termina con Paloma y luego hablamos.

No dejó que se acercara ni mucho menos que la tocara. Siempre un paso más adelante, Maylen reconoció cuándo Gabriel dejó de caminar a su lado, pero no miró atrás; siguió su camino y, a pesar del deseo desenfrenado de sentir los brazos de Gabriel, que la detenían para que se quedara con él, sintió alivio de que no lo hiciera.

A la semana siguiente volvió a esperarla; esta vez lo hizo frente al edificio donde vivía. Al bajar del tercer piso, lo vio a través de la puerta de cristal que daba a la vereda. Perfectamente abrigado, como el clima de nevada que reinaba obligaba a todos, esperaba al frente del hall del edificio. El estómago de Maylen vibró cuando lo reconoció, y a punto estuvo de salir corriendo para esconderse nuevamente en el reducido ascensor, pero reprimió el impulso y caminó hacia la salida.

—¿Otro trámite? —indagó cuando la puerta principal del edificio se cerró, y ella quedó frente a Gabriel.

—No, tenía ganas de verte.

—Tengo curso hasta las siete.

—Lo sé, sólo quiero invitarte a cenar esta noche. Pasaré por ti a las nueve.

—No he aceptado todavía.

—Por favor, Maylen, no soporto estar alejado de ti tanto tiempo. No tenías razón. No necesité quedarme sólo para poder decidir. Te lo dije antes de que dejaras el pueblo: sólo me importas tú.

—En una semana estarás libre, yo regresaré en menos de un mes para ayudar a mis padres con el inicio de la temporada, y podremos iniciar una relación sin que el pueblo me señale con el dedo —dictaminó Maylen, reuniendo todas sus fuerzas para hablar con firmeza.

—Será una cena de amigos, Maylen, como las que miles de veces compartimos.

La gran ciudad de Mendoza le daba a Maylen unpreciado anonimato que no tenía en el pueblo; allí podía compartir una cena con Gabriel, y no estaría en boca de nadie al otro día.

Sonrisas, guiños, miradas, roces... Todo se estaba saliendo de control. El modesto y sencillo restaurante que habían elegido estaba repleto de gente, pero ninguno de los dos percibía otra cosa que no fuera la mutua compañía. Gabriel le contó todas las novedades del pueblo, que Maylen ya sabía por las frecuentes llamadas de su madre varias veces al día, y de sus viajes de negocios a las provincias del norte. También le contó que el padre de Paloma había terminado con la reparación de la casona, y había reabierto la hostería. Maylen le habló del curso y de las nuevas técnicas de diseño sobre fotografía que había aprendido, y de la vida en la ciudad. También hablaron de todo lo que tendría que estudiar Maylen para rendir las materias de la carrera de administración, a las que había dejado de asistir en San Carlos. Gabriel se lamentó de ser el culpable y se ofreció para ayudarla en todo lo que pudiera cuando regresara al pueblo.

La tensión sexual aumentaba a medida que las horas transcurrían. Las caricias inocentes de Gabriel sobre las manos de Maylen se habían extendido

a los brazos y la cara. La voluntad de Maylen de no ceder ante Gabriel se resquebrajaba más a cada segundo, y caería sin lugar a dudas, como una pared de cristal herida mortalmente, si no se levantaba y se iba; pero su cuerpo se resistía a abandonar aquella agónica ansiedad que le hacía hervir la sangre.

Gabriel estaba ganando la silenciosa batalla, y el lento proceso de convencer a Maylen de pasar la noche con él ya era una victoria consumada cuando su móvil sonó con insistencia.

—¿Cómo? —Preguntó, y escuchó la respuesta con el ceño fruncido—. ¿Cuándo? —volvió a preguntar, y otra vez esperó.

Maylen no necesitó mucho más para deducir que algo importante había ocurrido, y por el ceño de Gabriel también supo que era algo grave.

—Tranquilízate, averiguaré lo que pueda y te llamaré.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella, aún antes de que Gabriel cortara la comunicación.

Gabriel levantó la mano para indicarle que aguardara un momento por la contestación.

—Iré ahora mismo, tú tranquilízate. Te recogeré en el aeropuerto mañana —Gabriel se levantó de la silla mientras sostenía el móvil en la oreja y le hacía señas al mozo para que le acercara la cuenta.

Maylen, con la angustia en la garganta, esperaba impaciente a que Gabriel cortara la llamada y le contara lo que estaba pasando; comenzó a prepararse para salir del lugar. Ella intuía que era algo malo relacionado con la gente del pueblo. Gabriel no dejaba de pedir tranquilidad a la persona que tenía del otro lado de la línea y de decirle que se encargaría de todo.

Al cortar la miró a los ojos, lleno de preocupación y desasosiego.

—Era Paloma, su padre y su hermano han sufrido un accidente cuando venían hacia aquí; su madre la ha llamado, le ha dicho que el auto que conducía su padre chocó contra un camión. No saben cómo están. La policía le dijo a la madre de Paloma que los trasladaban a un hospital de la ciudad.

—Ve —le dijo Maylen, que se había levantado también, y se colocaba el

sobretudo para salir.

—Me gustaría que vinieras conmigo —se lamentó Gabriel.

—No es posible, la madre de Paloma está viniendo hacia aquí en estos momentos, y si nos encuentra juntos confirmará todos los chismes.

Gabriel llevó a Maylen hasta el edificio donde vivía. El móvil de ella comenzó a sonar justo cuando estaba por abrir la puerta de la camioneta; era su madre, ni bien apretó el botón para aceptar la llamada, comenzó a escuchar el relato del violento accidente que había sufrido su vecino. Dejó que le adelantara lo más urgente y, cuando pudo meter un bocadillo en la conversación, le dijo que la llamaría en unos minutos.

—Creo que en el pueblo ya se han enterado del accidente —señaló, guardando el móvil en la cartera, y abriendo la puerta de la camioneta para descender.

—No tengo tu número nuevo —reclamó Gabriel, que había intentado infinidad de veces comunicarse con Maylen a través del móvil, pero siempre daba con la casilla. Mientras ella hablaba con su madre marcó el antiguo número y comprobó que lo había cambiado.

—Tienes otras cosas de las que ocuparte, mi madre seguramente me tendrá al tanto de lo que ocurre. Adiós, Gabriel —cortó ella el tema, sin explicarle por qué había cambiado el número, y sin intenciones de facilitarle el nuevo.

—Maylen, volveré cuando todo esto pase.

—Adiós —repitió ella, y bajó del vehículo.

El accidente que sufrieron el padre y el hermano de Paloma fue muy violento. Un choque frontal contra un camión, y el auto se incendió minutos después del impacto. El padre de Paloma estuvo más de un mes en coma inducido, para evitarle el dolor de las graves quemaduras que sufrió, y de las múltiples fracturas; sobre todo una, que comprometía seriamente la columna y la movilidad en las piernas. El hermano de dieciséis años había sido rescatado por el propio camionero antes de que se incendiara el auto, pero igualmente sus lesiones eran gravísimas. Había perdido un brazo, amputado directamente en el accidente, y su situación neurológica llevaría una

recuperación lenta y muy larga.

Paloma no volvió a Buenos Aires para terminar el semestre en la universidad. Gabriel era su sostén anímico y, además, se encargaba del recién iniciado negocio de la familia de su novia. No había terminado con Paloma y, prácticamente, se había mudado a casa de la familia de ella.

Capítulo 9

Maylen había dedicado los últimos tres meses del año a encerrarse para estudiar las cuatro materias que había abandonado cuando se fue a la ciudad, y las rindió exitosamente en diciembre. Salía muy poco. Ni Eleonora ni Silvia pudieron hacerle abandonar la finca en todo ese tiempo. Gabriel y ella no se habían visto desde la única vez que Maylen acompañó a sus padres al hospital de La Ciudad de Mendoza para que visitaran a su vecino; en aquel entonces ella todavía estaba viviendo allí, y quería acompañar a la familia del pueblo que estaba pasando por una situación tan difícil. Reunidos todos en el hospital, Paloma esperó el momento de poder apartar a Maylen para advertirle que se alejara de Gabriel; ella estaba en el pueblo, y su novio ya no necesitaba ninguna distracción.

Durante dos meses completos, Gabriel vivió en casa de Paloma; no compartían el cuarto pero ella, por las noches, se colaba en su cama en busca del consuelo que él no podía negarle. Las primeras semanas, cuando no sabían si su padre y su hermano sobrevivirían, ninguno intentaba nada; sólo se acostaban juntos y dormían. Seis semanas después, los dos recibieron el alta, pero para Paloma y su madre comenzaba lo más duro de la recuperación de sus familiares. Ellas tenían que encargarse de los dos; por eso, Gabriel se quedó para ayudar con el negocio. Paloma ya no se metía en su cama en busca de apoyo emocional, tenía otras intenciones; y Gabriel tampoco le negaba eso que buscaba. A las pocas semanas de tener a su padre y a su hermano otra vez en casa, ya ni se tomaba la molestia de aparentar que dormía en su cuarto. Entonces, Gabriel decidió que las noches en la hostería habían llegado a su fin, y la unión con Paloma también; no la abandonaría, pero la relación entre ellos estaba acabada. Le explicó serenamente que no la amaba, que aquella vida, casi en pareja, que estaba llevando a causa de las inevitables circunstancias estaba acabando con él, con su paciencia, y quería terminar todo antes de explotar y hacer y decir cosas que no quería. Después de

confesarle sus sentimientos a Paloma, comenzaron los ataques de pánico.

En diciembre Gabriel estaba atrapado, no sabía cómo hacer para salir de aquella situación. Paloma lo volvía loco; no se despegaba de su lado en ningún momento. El padre de ella había comenzado con los ejercicios de rehabilitación kinesiológica y, desde una silla de ruedas, se había puesto al frente de la hostería nuevamente. El hermano había sido intervenido quirúrgicamente cuatro veces desde el accidente y necesitaría mucho más tiempo para recuperarse. Había perdido la capacidad de manejar sus miembros, y sólo la paciencia, el trabajo profesional de las terapeutas ocupacionales, y la voluntad de recuperación del propio joven podían darle una calidad de vida diferente, pero en un futuro lejano. La madre de Mauricio, el hermano menor de Paloma, estaba todo el día atendiendo a su hijo, quien, por períodos, no quería seguir con su vida y se negaba a comer y a tomar la medicación, y la pobre mujer entraba en crisis. Paloma estaba pegada a Gabriel; no había forma de que se quedara a colaborar con su familia. Gabriel seguía ayudando a Juan Palacios con el manejo de algunas cuestiones de su negocio, pero ya no se quedaba allí y sólo pasaba dos o tres veces por semana. Paloma era incapaz de ver la necesidad de su familia, sólo vivía para estar pegada a los talones de Gabriel, quien la soportaba sólo por el ruego casi suplicante de Claudia, su madre. Él veía cómo la mujer luchaba por sacar adelante a su hijo, y le había pedido que se ocupara de Paloma; aunque no quisiera seguir con una relación amorosa con su hija, le suplicó que la ayudara hasta que superara sus ataques.

Gabriel tuvo que disculparse con su padre por no poder realizar los viajes de negocios pendientes, pero no podía ir con Paloma, pues no podía presentarse con una mujer prendida de su brazo en las reuniones con importantes empresarios. Invirtieron roles y él atendía la finca mientras Iriarte padre se ocupaba de las obligaciones que no podía realizar su hijo.

La situación de Paloma había llegado a un punto en que, si Gabriel se alejaba más de veinte minutos de su campo visual, entraba en crisis; no podía respirar, se sacudía entre convulsiones, lanzaba alaridos espeluznantes, y

lloraba mientras balbuceaba que no quería morir. Gabriel hasta sospechaba que, en esos ataques, ella sufría de alucinaciones, pero el médico que la había atendido en el pueblo desestimó la conjetura de Gabriel.

A mediados de enero, en el cumpleaños de Maylen, sus amigas la habían ido a buscar para salir. Sus padres la habían obligado a aceptar la invitación de las jóvenes al ver que ella se negaba, y su tío Facundo la empujó hasta la salida de la casa y le cerró las puertas en la cara para que no se arrepintiera y, si lo hacía, no pudiera volver a entrar. Llegaron hasta San Carlos, donde se encontraban los lugares más apropiados para reunir a los jóvenes; y allí, en un pub que incluía pistas de karaoke, disfrutaron y soportaron el cantar de todos ellos. También se encontraron allí con Martín y Leandro, que pasaban las vacaciones en el pueblo. Los dos pasaban gran parte del año lejos; Martín, el año anterior, había comenzado a estudiar en Buenos Aires, y Leandro había conseguido trabajo como guía en la base del Aconcagua. Reunidos después de muchos meses, ese día el grupo planeó ascender un cerro cercano al pueblo; y después ir a por un reto más grande antes de acabar febrero: el Bravard, cima que sólo había sido alcanzada por Leandro. La noche fue muy divertida; bailaron, rieron, bebieron y cantaron hasta quedar afónicos. Maylen cumplía veintiún años, dejaba atrás cualquier responsabilidad que sus padres pudieran tener sobre ella para hacerse cargo, de lleno, de su vida adulta. Cuestión que esa noche festejaron con entusiasmo.

Varios jóvenes del pueblo se unieron a ellos y el grupo se hizo bastante grande; uno de ellos era compañero de instituto de Maylen, y varias veces había intentado invitarla a salir pero ella nunca aceptó, objetando trabajo, compromisos previos o cualquier excusa que se le ocurriera en el momento. Sin embargo, esa noche Maylen había decidido que lo dejaría acercarse; bailó buena parte de la noche con él. Gustavo era un muchacho agradable y simpático, no de una belleza indiscutible como la de Gabriel, pero era apuesto. Tenía unos rizos muy pequeños y amarillos, que se movían graciosos cuando agitaba la cabeza; unos bellos ojos verdes; y la hacía reír muchísimo. Leandro lo invitó a participar en la expedición al cerro, y él aceptó, gustoso,

al enterarse de que Maylen era parte del grupo.

La noche, los brindis y los festejos habían comenzado temprano; al llegar el último tramo de la madrugada, entre risas, y muy cansados, los jóvenes comenzaron el lento preparativo para salir del lugar. Las mujeres, acomodándose sus faldas cortas y las blusas corridas, pasaron por el tocador de damas antes de salir; Maylen fue la primera en salir del recinto, que estaba agolpado porque todas las muchachas presentes hacían lo mismo que ellas antes de retirarse del lugar, y esperaba a un costado de los sanitarios a que salieran Eleonora y Silvia cuando una mano la apresó por el brazo y la arrastró hasta un rincón del lugar.

—Feliz Cumpleaños —le dijo Gabriel, y le dio un paquete pequeño envuelto en papel de regalo.

—Gracias, Gabriel —dijo ella, un tanto mareada, un poco por la sorpresa y otro tanto por la cantidad de cerveza que había bebido—. No te he visto en toda la noche. ¿Dónde estaban? —preguntó ella, buscando con los ojos una cabeza rubia, estaba segura de que Paloma andaba cerca.

—Acabo de llegar, estoy solo.

—Acepto el regalo porque es mi cumpleaños —dijo, sonriente, y guardó el pequeño paquete sin abrir en una cartera minúscula que le colgaba del brazo—. Mejor me voy, tu novia me ha prohibido acercarme a ti —afirmó en tono de burla, y Gabriel advirtió que estaba ebria.

—Maylen, estás ebria —aseveró, sonriendo—. Te llevaré a casa.

—¿No has oído lo que acabo de decirte? Tu novia no me quiere cerca de ti. ¿Acaso a ti no te ha dado instrucciones?

—Deja de hablar pavadas. ¿Dónde está Eleonora? —preguntó, y fue el turno de Gabriel de buscar, moviendo la cabeza en todas las direcciones. Sólo había visto entrar al sanitario a Maylen. El lugar mantenía el ambiente en penumbras, y era difícil reconocer las caras.

—Deben de haber salido del baño —dijo ella—. Y pensarán que ya dejé el lugar, nos estábamos arreglando para volver.

—Espera un momento.

—Adiós, Gabriel —dijo Maylen, pero él la retuvo de un brazo mientras esperaba que atendieran el móvil.

—Eleonora, llevaré a Maylen a su casa —dijo de repente, y Maylen dejó de retorcerse para que la soltara, al escuchar lo que había dicho Gabriel—. No, Eleonora, lo haré yo. Tú ve a casa, que también pareces ebria —la regañó por teléfono y colgó. Después marcó otro número y volvió a esperar, pero en vez de tomar a Maylen del brazo, la enlazó por la cintura—. Leandro, ¿puedes llevar a Eleonora y a Silvia? Te debo una, amigo. —Gabriel, aliviado, sabiendo que su amigo se encargaría de las otras dos muchachas que estaban en las mismas condiciones que Maylen, guardó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón de jeans y volvió su atención a la muchacha que tenía sujeta junto a su cintura—. Ya han salido, te esperaban fuera.

—Pues entonces saldré. No vine contigo y no me iré contigo —aseguró, tajante, e intentó liberarse del abrazo de Gabriel.

—Maylen, no seas terca, no puedes manejar en ese estado.

—No llegué aquí manejando, vinimos en taxi.

—De todas formas, te irás conmigo.

—No quiero salir contigo.

—Está bien, saldré y te esperaré fuera —indicó, soltándola para alejarse hacia la salida.

—¡Maylen! Pensé que ya te habías ido —dijo Gustavo, que pasó junto a ella. Él se había quedado en el lugar junto con otros jóvenes.

—No, pero lo estoy haciendo; me esperan fuera.

—Te acompaño a la puerta —se ofreció Gustavo, y con la mano en su espalda caminó junto a ella—. Maylen, quisiera volver a verte —comenzó diciendo el joven, y estaba por agregar la invitación a cenar la noche siguiente cuando ella lo interrumpió.

—Nos veremos en el ascenso al cerro la semana que viene —aseveró Maylen, sonriente—. Será una buena aventura.

—Sí, seguramente lo será. Nos vemos, nena —saludó y no agregó nada

más, debido al estado en que se encontraba Maylen, pero se acercó más a ella.

Gustavo se despidió con un beso en los labios, que ella aceptó de buena gana.

—Maylen, ¿quieres que te lleve a tu casa? —preguntó él, acariciándole la mejilla cuando sus bocas se separaron.

—¡Maylen! ¡No te esperaremos toda la noche! —ladró un furioso Gabriel, que tomó la mano de Maylen y la alejó de Gustavo.

—No sabía que te gustara aprovecharte de muchachas ebrias.

—Sólo me estaba despidiendo, Gabriel ¿La llevarás tú? —realizó la pregunta con sarcasmo; Gustavo había oído los rumores con respecto a la pareja que tenía enfrente.

—He venido a por mi hermana, y me he encontrado con tres muchachas ebrias. ¡Qué poco caballeros han sido sus acompañantes, que han dejado que llegaran a ese estado! —recriminó, furioso—. Por suerte, Maylen no trajo su camioneta; puedo llevarlas a las tres.

—¿Cómo está la familia de tu novia? —indagó Gustavo, sonriente, sin dar importancia a los reclamos de Iriarte.

—Mejor, gracias por preguntar —respondió Gabriel, lleno de ira.

—Nos vemos el jueves, Maylen, la pasaremos genial allá arriba —saludó Gustavo.

—Claro que lo pasaremos genial —auguró Maylen.

—Buenas noches, Gabriel —saludó cortante, al tiempo que le daba la espalda.

Gabriel no saludó. De la mano salió con Maylen a la calle, y la subió a su camioneta. Menos de quince kilómetros los separaban de la finca El Paraíso. Después de cruzar el pueblo de Eugenio Bustos y tomar el camino de tierra que los llevaba a la finca, Gabriel detuvo la camioneta y se enfrentó a Maylen. Con un codo apoyado en el volante, y el otro en el respaldo del asiento del conductor, la observó por varios segundos antes de hablar. Era hermosa; el cabello color miel oscura estaba alborotado, se le había corrido el rímel,

dejando una sombra negra sobre su suave piel dorada. Aquella falda diminuta, que debiera estar prohibida, dejaba expuestas sus largas piernas, torneadas y sabrosas. Y de la blanca camisa de volados en el centro del pecho se habían abierto dos botones que dejaban ver el nacimiento de sus pechos: firmes y cremosos, sostenidos por un ajustado sostén blanco. Ella había recostado la cabeza en el asiento y mantenía los ojos cerrados.

—¿Qué hay entre Gustavo Paz y tú?

—Todavía nada. ¿Por qué nos detenemos? Tengo sueño.

—Maylen, te extraño —soltó, afligido. Se acercó más a ella, y con una mano comenzó a recorrer una de sus largas piernas.

—Llévame a casa, Gabriel. Paloma debe de estar esperándote.

—Se ha quedado en su casa. Ya no la soporto. Está enloqueciendo, y me está enloqueciendo a mí.

—Tú la elegiste.

—Eso fue hace mucho y nunca estuve enamorado de ella. Si todavía sigo con ella es porque soy un estúpido; pero te puedo asegurar que hace mucho tiempo que no soy su novio.

Maylen se sentó recta en el asiento y lo miró. Eleonora le había contado de los ataques de pánico que sufría Paloma cuando Gabriel se alejaba unas pocas horas de su casa. También sabía que la madre de Paloma le había rogado a Gabriel que evitara hacer sufrir a su hija. Ella tenía un marido y un hijo que luchaban contra la invalidez y la muerte todos los días, y no podría soportar ver sufrir a su hija también.

—Iba a terminar con ella para estar contigo, tú sabes que lo habría hecho si no hubiese ocurrido el accidente.

—No es justo que digas que estás con ella por pena.

—Es exactamente lo que está ocurriendo, pero ya no lo soporto. Maylen, quiero estar contigo —su mano subió más allá del límite de la falda y la arrastró hacia arriba. Se acercó todavía más y le corrió un mechón de cabello que le caía en la frente—. No aguanto un solo día más sin ti.

Maylen se mantenía quieta. No se había movido ni inquietado cuando le rozó los labios. Una de las manos de Gabriel seguía la lenta caricia sobre sus piernas, y su torso se iba pegando cada vez más a ella, que cerró los ojos para abandonarse a la maravillosa sensación de sentir el cuerpo de Gabriel pegado al suyo; de sentir su boca caliente y suave moverse sobre sus labios. El perfume de Gabriel, un aroma de madera y dulce, era una invitación a enterrar la cara en el hueco de su cuello para impregnarse de él. Maylen sabía que se ganaría todos los infiernos, pero le pasó los brazos alrededor del cuello y se pegó más a él; abrió la boca para recibir gustosa una lengua tan hambrienta como la suya. Al día siguiente se lamentaría y pensaría en las consecuencias. Amaba a Gabriel y esa noche disfrutaría de su mejor regalo de cumpleaños. Mañana sería otro día.

Gabriel la hizo suya con desesperación y desenfreno en el incómodo asiento delantero del acompañante, antes de que diera marcha atrás, cuando sintió la primera aceptación de ella, que le pasaba los brazos por el cuello y devolvía el beso; no tuvo control de su propio deseo. Se abalanzó sobre ella, se desprendió la cremallera del pantalón para liberar a su miembro, que estaba a punto de explotar, y sin perder un solo segundo se colocó sobre ella para penetrarla. El acto duró lo que dura un suspiro. Gabriel estaba obscuramente necesitado de aquella mujer, y no pudo dominar la furia de su deseo. Llevaba meses ansiando ese momento y, al sentir cómo Maylen se derretía en sus brazos, supo que ella también estaba sufriendo tanto como él aquel alejamiento; pero se sintió un miserable cuando descubrió que solo él había satisfecho, de momento, una necesidad que los consumía a ambos, y que a él volvería en cuestión de minutos. Al terminar, ella se bajó de la camioneta furiosa; más consigo misma, por ser tan débil, que con el propio Gabriel por aprovecharse de su debilidad. Acomodándose las ropas, de las que no había sido necesario deshacerse para que Gabriel desfagara su libido, echó a correr por la calle de gravilla hacia la finca.

Gabriel la siguió y en volandas la regresó al vehículo. No la dejó hablar, no la dejó razonar; la metió en la cabina trasera y asaltó su boca con un beso

franco, que transmitía la necesidad de estar junto a ella a cada momento. Él la amaba; no tenía dudas al respecto, y sabía que ella no lo había olvidado ni había dejado de amarlo en todos esos meses; su cuerpo se lo demostraba más allá de que sus palabras lo negaran. Y, después de un segundo inicio renuente, descubrió una manera diferente de entrega donde ambos fundían sus almas además de sus cuerpos.

En la cabina de la camioneta todoterreno Gabriel había pasado la noche más gloriosa de su vida, y había decidido poner fin a la historia con Paloma, que lo estaba destrozando. Maylen se había entregado con una pasión arrolladora que lo sacudió, atropellándolo de tal forma que comprendió que no pudiera estar con otra mujer y sentir aquello. Ella tenía el poder de desarmarlo, para volver a armarlo de una manera más noble. Era tal la plenitud después de hacerle el amor, que se sentía mejor persona y haría lo correcto después de esa noche. Fue un estúpido por no cortar con Paloma antes que ella se marchara a Buenos Aires; en aquel momento él ya estaba loco por Maylen, verla enfundada en el equipo de escalar, antes de salir con su hermana hacia una de sus aventuras, le cortaba el sueño durante las noches. Había pensado que con la linda Paloma olvidaría el rechazo de la arrogante y pizpireta Maylen; y en principio lo había logrado. Paloma era una dulce y dorada muchacha que lo recibía con los brazos abiertos, y otras cosas. Tuvo sexo con ella la primera vez que estuvieron solos, y eso le sorprendió gustosamente. En su adolescencia recordaba que, con las muchachas del pueblo, tenía que hacer de «noviecito» por lo menos seis meses antes de conseguir acariciarles un pecho. Aquella agradecida libertad en la muchacha, que aparentaba una inocencia virginal, lo terminó hastiando.

Dos semanas después de los festejos todo el pueblo de Eugenio Bustos, y parte de la Ciudad de San Carlos, sabía que Gabriel había cortado definitivamente con Paloma, y que la había enviado a su casa. No porque él se hubiera encargado de difundirlo, sino porque ella se pegaba a él más que antes y le hacía una escena allá donde lo encontrara. No se limitaba a seguirlo: lo acosaba. Hacía guardia durante horas en la entrada de la finca, para

interceptar la camioneta de Gabriel, y cuando aparecía se ponía enfrente y lo obligaba a volver a escuchar todo el llanto y el ruego para que volviese con ella.

Gabriel le explicó decenas de veces que no podía seguir con aquella relación, no podía ser el guardián de su salud porque él no era médico ni psicólogo. Les recomendó, tanto a ella como a su madre, que fueran a ver a un especialista para que le tratara las crisis de pánico.

Paloma, entre ruegos, siempre le pedía que volvieran a ser novios como antes del accidente; entendía que Gabriel pudiera sentirse presionado por la convivencia impuesta cuando se quedó en la casona, pero también objetaba que él era su novio, y ella lo necesitaba de esa manera. Luego venían sus crisis de nervios. Paloma le preguntó mil veces si había otra mujer. Le preguntó abiertamente si Maylen era esa mujer. Gabriel lo negó, no quería que Maylen sufriera el acoso que él padecía. La madre de Paloma volvió a rogarle que ayudara a su hija, pero esa vez no cedió. Era una resolución inamovible; ayudar a Paloma significaba destruirse él mismo.

A pesar de todo, Maylen fue abordada por Paloma y acusada de ser la causante de la separación. Por suerte, Eleonora se encontraba con ella cuando se cruzaron en una calle de la ciudad de San Carlos, y se llevó a su amiga rápidamente lejos de los insultos de Paloma.

La familia de Maylen también recibió la turbadora visita de la despechada mujer; según ella, para poner al tanto a la familia de las indecentes andanzas de la hija. No bien comenzó con el discurso insultante y agresivo contra Maylen, Millaray la echó de la finca y le prohibió volver a poner un pie en ella. Paloma se alejó profiriendo insultos y amenazas, que prometían que se vengaría de Maylen por el mal que le estaba causando al destruir su pareja.

Capítulo 10

La vendimia comenzaba. El ritual de cosechar los frutos de las vides, que encendía el motor de todas las fincas para iniciar su ciclo productivo primordial, se extendía desde las últimas semanas de febrero hasta después de las primeras semanas de otoño, en el mes de abril. Las fincas del departamento alternaban sus cosechas, primero por el tipo de cepa que cultivaba cada una; algunas necesitaban ser recogidas tempranamente, y otros tipos de cepas necesitaban una recolección tardía como era el caso de la variedad Malbec, que se cosechaba en la finca El Paraíso. Además, la alternancia permitía el mejor aprovechamiento de la mano de obra de cientos de trabajadores que se acercaban desde otros poblados, incluso de otras provincias, para esos días. En toda la región cuyana, que albergaba las provincias de Mendoza, San Juan y San Luis, miles de trabajadores rurales de todo el país, y hasta del vecino país de Chile, se congregaban para la recolección de las uvas de las cientos de fincas existentes.

Maylen, junto con sus amigos, había bajado de la montaña dos días antes del comienzo de la cosecha; el ascenso se había suspendido por el mal tiempo casi dos semanas, y al bajar estaban preparados para la fiesta de la recolección. Nada se sabía de Gabriel, que había viajado al norte del país por negocios y, sobre todo, escapando de Paloma.

Tres días duró el trabajo en la finca «Refugio del Sol», propiedad de la familia de Gabriel. La familia y los vecinos sólo participaban el primer día; luego dejaban trabajar tranquilos a los chacareros y dueños de la plantación.

A todos, la ausencia de Gabriel los dejó sorprendidos; nunca había faltado al inicio de la vendimia. Maylen no lo había vuelto a ver después de la madrugada que pasó con él, y el bello amanecer que vivieron en el lago Cristal después de festejar su cumpleaños. Eleonora insistía en llamarlo al móvil, pero el único llamado que respondía Gabriel era el de su padre.

Paloma se hizo presente en cada inicio de vendimia de las fincas del departamento, esperando ver a Gabriel, pero él no había aparecido. La despechada muchacha se había alejado de todos sus vecinos. En especial, de los jóvenes; los consideraba conspiradores y traidores, por seguir siendo amigos de aquella pérfida que robaba hombres ajenos; a pesar de no tener confirmación, estaba segura de que Maylen era la tercera en discordia, y lo pregonaba allá donde fuera. Apartada, mirando a todos con odio, se quedaba en un rincón. La azul mirada angelical se había vuelto pernicioso; y la blanca y radiante tez parecía una máscara de hielo. El trabajo comenzaba con alegría, todo eran risas y correderas, llenando canastas con las brillantes uvas que regalaba la tierra; y, desde que comenzaba la actividad, todos hablaban de ella. Maylen no podía evitar sentir pena por lo que estaba pasando Paloma; se sentía responsable de que todos la llamaran loca, y la defendía ante sus amigos.

Eleonora no dejaba que Maylen se sintiera culpable y la regañaba cada vez que decía que era la causante del estado de la ex de Gabriel; sabía que Paloma, a pocos meses de comenzar a salir con Gabriel, lo animaba a que vivieran juntos. Su familia sospechaba que incluso estudiar en Buenos Aires había sido un ardid para lograr su propósito; pero como Gabriel no la siguió, tuvo que vivir sola un semestre. Eleonora también le había confesado que ella y su padre se entusiasmaron con la partida de Paloma; estaban seguros de que eso serviría para que su hermano, finalmente, terminara con ella como lo habían deseado siempre. Eleonora, convencida, dictaminó que el accidente le sirvió a Paloma de excusa para lograr su propósito. El tiempo que Paloma, prácticamente, vivía en la finca no dejaba de demostrar el rencor que sentía hacia su padre; en su casa contó cómo su padre, a causa de su incontrolable adicción al juego, perdió la empresa que manejaba. La crisis hizo su parte, pero sólo acelerando un final anunciado. Hablaba con desprecio hacia su progenitor, responsabilizándolo de ser el culpable de que toda la familia acabara en la ruina y en aquel pueblo perdido de la mano de Dios. Para surgir de tan dolida y sufrida hija, el comentario era sospechoso y había despertado

el recelo de Eleonora que, hasta que lo había escuchado, sentía aflicción por Paloma y lo que le tocaba sufrir; pero luego, la excusa que representaba ante Gabriel para quedarse en esa casa era que no soportaba la idea de ver a su amado padre en silla de ruedas. Eso a Eleonora la sacaba de sus casillas, y se lo había dicho abiertamente a su hermano frente a ella, con lo cual se ganó el odio eterno de Paloma.

Maylen escuchaba a Eleonora, pero no podía modificar sus sentimientos. Con Gabriel lejos era todo más fácil. No quería imaginar lo que pasaría cuando regresara.

En la primera semana de abril, las cosechas en todas las fincas del departamento se habían terminado, y llegaba el momento de reunirse a festejar. En el Teatro Municipal —*Neyú Mapú*— de la ciudad de San Carlos, durante tres días seguidos, se llevarían a cabo los festejos entre eventos típicos como domas, cabalgatas, destrezas criollas, danzas... Y la participación de figuras destacadas del folclore popular.

Miles de asistentes se esperaban ese año, pero Maylen sólo esperaba que regresara uno. Paloma también.

La segunda noche de la fiesta departamental de la vendimia, después de todo un día de exposición cultural de los artistas del pueblo de Eugenio Bustos, era el momento de la exposición principal de la Finca *El Paraíso*; todos sus productos eran exhibidos en el *stand* mayor del predio, que se armaba a un costado del escenario central. La familia entera estaba de gala, y ofrecía sus artículos a la masiva concurrencia que atraía a cientos de turistas, empresarios y comerciantes de todo el país. Se podían catar sus vinos, saborear sus uvas frescas, paladear sus frutos deshidratados, y deleitarse con los dulces y conservas artesanales que eran especialidad de su madre, y la estrella de la exposición de la finca *El Paraíso* era una selección de vinos añejados durante más de veinte años. Los dueños respondían y explicaban pacientemente a los visitantes cualquier duda, curiosidad o inquietud que pudieran tener; y también se exponía una réplica a escala —dos metros

cuadrados— de la finca, con lago incluido. En una pantalla, extendida en el escenario, se podía ver el vídeo que mostraba, desde el momento de los primeros brotes de las vides y pasando por la cosecha, el proceso de fermentación, las prensas, el almacenamiento y embotellado. Las imágenes captadas y editadas por Maylen, al igual que todas las fotos que se exhibían en el lugar, eran acompañadas por el relato detallado de una locutora. Estaba terminando la película cuando algo hizo estremecer a Maylen, que miraba con total atención el vídeo de la finca.

—¿Habrá algo tan dulce como la nieta del dueño? —escuchó Maylen que le susurraban en el oído, a su espalda.

—Eso es imposible —respondió ella, volteándose ante su interlocutor.

Aunque intentara controlarse, ver a Gabriel le producía un cosquilleo en todo el cuerpo. Vestido de jeans y camisa a cuadros azules, vestimenta que generalmente repetía —sólo variaba el color de los cuadros de la camisa— era para Maylen el hombre más apuesto sobre la faz de la tierra.

—Tienes razón. ¿Cómo estás, dulce?

—¡Llegaste! —Exclamó ella—. Todo el mundo preguntaba por ti. ¿Dónde te habías metido?

—Estaba en viaje de negocios.

—Todos dicen que has huido, y lo más reciente es que has huido con una amante —informó ella, a media voz, sonriendo.

—Me lo ha contado Eleonora, ella no se pierde un chisme.

—Seguramente, ella lo echó a correr —dijo, ya sonriendo y a viva voz—. ¿Cuándo has regresado?

—Acabo de llegar. ¿Puedes venir un rato conmigo? —le preguntó, mirando a la gente que se acercaba al *stand* y comprobando que Rosa podía reemplazarla.

Millaray se acercó a ellos y saludó a Gabriel.

—No quiero problemas aquí —les advirtió seriamente a los dos—. Paloma anda por ahí, y es capaz de armar un escándalo si los ve juntos. —Previno y

continuó, acercándose más a Gabriel—: Mi esposo y yo queremos hablar contigo, Gabriel. Cuando acabe la vendimia, te esperamos en la casa.

—Será un placer pasar por su casa, señora —respondió con galantería.

—Espero que lo sea —agregó Millaray, que adivinaba lo que estaba pasando e intuía lo que se avecinaba. Conocía demasiado bien a su hija, y estaba segura de que el rompimiento de Gabriel con Paloma se debía a que esos dos, por fin, habían dejado de jugar al gato y al ratón y habían decidido estar juntos, como debía ser; pero no estaba tranquila, había algo que la inquietaba; veía un fondo oscuro, detrás de ellos, que le daba miedo.

Gabriel tomó de la mano a Maylen y la hizo caminar por un pasillo oscuro hacia uno de los laterales, para terminar en un cubículo que se usaba como camarín en las funciones teatrales, pero que en aquel momento estaba abarrotado de cajas y envases de vino.

—¿Esto es de *Refugio del Sol*?

—Ajá, mañana es nuestro día.

Gabriel corrió algunas cajas para que cupieran él y Maylen y, además, poder cerrar la puerta. A pesar de la penumbra del lugar, personal de otras fincas, que participaban en la fiesta, pasaban constantemente por el estrecho pasillo.

—Maylen, quiero que formalicemos. Quiero casarme contigo —soltó, apenas se hizo lugar, y paró a Maylen frente a él, alzándole la barbilla para que lo mirase a los ojos.

Maylen quedó tan sorprendida por la proposición que lo único que le vino a la mente lo soltó sin pensar:

—Es muy reciente tu separación con Paloma.

—¿Te importa a ti? A mí no, y te juro que no quiero pasar un día más sabiendo que puedo perderte.

—Paloma nos causará muchos problemas.

—He hablado muchas veces con Paloma; no quiero herirla diciéndole que he estado con ella todo este tiempo por lástima, pero si no me deja más

opción, tendré que decírselo, a ver si me deja en paz —dijo, disgustado por la situación, y bajó la mano para enlazar la cintura de Maylen.

—No puedes ser tan cruel.

—Le he dicho que no quiero estar más con ella, que ya no siento nada. Intenté hacerle entender que lo que vivimos fue bueno pero terminó hace mucho tiempo. —Explicó, y reveló a Maylen—: Estar un par de meses con Paloma me mostró lo que estaba perdiendo y no supe cómo cortar en aquel momento. —Confesó. Maylen lo escuchaba atónita—. Pensé que, cuando ella estuviera en Buenos Aires, la distancia ayudaría a cortar y no quedar con culpas, pero todo se fue al traste.

—¿Qué quieres decir exactamente? —preguntó, todavía pasmada por lo que confesaba Gabriel sobre sus sentimientos cuando ella lo imaginaba profundamente enamorado de la bella Paloma.

—¡Que eres preciosa en todos los sentidos! Siempre lo has sido. Y creí que siempre te tendría a mano, y podía experimentar con otras mientras tú te decidías y dejabas de rechazarme.

— ¿Qué dices, Gabriel? ¡Eras tú quien me alejaba todo el tiempo!

—Eso pasaba cuando eras una mocosa molesta, y ya en aquel entonces tenías algo que me atraía hacia ti; pero tenía miedo de que tu padre, o tu tío, me matara si llegaban a enterarse de lo que sentía, y del deseo que despertaba en mí tu lindo cuerpecito, que no dejabas de restregarme en la cara; por eso nunca estaba en casa si sabía que tú irías.

—No te entiendo, yo te atraía... Sin embargo, te fuiste con otra.

—Cuando por fin pude demostrarte mi interés, no estabas disponible o eso era lo que aparentabas.

—Sólo quería que sufrieras un poco por todo lo que me habías hecho sufrir tú.

—Paloma no me rechazaba —la pegó más a su cuerpo y le habló, pegado a su boca—: Maylen, ya no quiero hablar de Paloma; es momento de que hablemos de nosotros.

—Esperemos a que terminen las celebraciones, que el pueblo regrese a la normalidad, para anunciarlo a nuestras familias y hacerlo público.

—Eso es un sí —afirmó Gabriel a la aceptación, nada convencional, que estaba haciendo Maylen con su proposición de matrimonio.

—Claro que sí, y en el futuro debemos ser más claros con respecto a nuestros sentimientos, para que no volvamos a sufrir por comportarnos como dos estúpidos.

—Está bien —aceptó, sin discrepar con las palabras de Maylen, y sellaron su acuerdo con un candoroso beso, al que pusieron fin antes de que se les fuera de las manos. Gabriel, todavía perturbado por las ganas de seguir preso de la lengua de Maylen, la alejó un poco para continuar hablando—: Subiré contigo a la montaña — declaró, sonriente, pero luego su cara cambió y era evidente para Maylen que un recuerdo no grato para él acudió a su memoria haciéndole fruncir el entrecejo—. Maylen, ahora cuéntame: ¿Qué tal fue el ascenso con Gustavo Paz?

—No subiste a la anterior, no podrás escalar el Bravard sin preparación — objetó Maylen con seriedad, y estaba por mentirle sobre lo que había ocurrido con Gustavo, pero observando la expectativa que había en Gabriel, esperando la respuesta, decidió decir la verdad—: Gustavo se volvió antes de llegar a la segunda base, no está acostumbrado a escalar, y la fatiga no lo dejó llegar. No podía moverse; lo bajaron a caballo.

Gabriel estudió el rostro de Maylen por varios segundos y, cuando su posesiva cabeza pudo ver la verdad en las palabras de Maylen, sonrió complaciente; ante ella quería ser el único hombre capaz de realizar tareas titánicas para demostrar su hombría, y que ningún otro hombre lograra igualarlo era pura satisfacción para él.

—He estado en Córdoba, anduve correteando por algunas sierras —aclaró, sin acotar una sola palabra sobre Gustavo, pero con el ceño relajado y el abrazo más flojo.

—¿Correteabas a alguien? —preguntó, y le tocó el turno a Maylen de indagar, frunciendo el ceño.

—Podría mentirte para que te murieras de celos, pero no; sólo iba a pensar y a despejar la mente.

—Paloma te buscará en cuanto se entere de que estás en el pueblo.

—Lo sé, volveré a hablar tranquilamente con ella. Tiene que entender que todo terminó, y le hablaré de nosotros.

—Parece que no tiene planeado volver a Buenos Aires, al menos no sola.

—Te volví a extrañar, Maylen —declaró, cambiando totalmente de tema.

Sin dejar que Maylen hablara, reclamó su boca y la pegó a su cuerpo para demostrarle aquello que decía. Maylen le pasó los brazos sobre el cuello, y de puntillas se alzó a su encuentro. En el pequeño cuarto, lleno de cajas, olvidándose de la gente que pasaba por los pasillos, y de lo reducido del lugar, sellaron su promesa de pertenecerse a partir de esa noche.

Tres días antes de que el grupo partiera hacia la segunda montaña que planeaban escalar, se produjo un movimiento de tierras. El epicentro del terremoto fue en el Océano Pacífico, cerca de las costas de Valparaíso, en Chile, que está en la misma latitud que la ciudad de San Carlos, del otro lado de la cordillera. El temblor de 6.5 puntos en la escala Richter, que mide la magnitud de los seísmos, se hizo sentir en varias provincias cordilleranas del lado argentino. Con la alerta de los geólogos del lugar, y las numerosas réplicas del seísmo que se producían en el país vecino, suspendieron el ascenso y esperaron a que todo volviera a la normalidad para realizar la aventura.

En el pueblo, todos hablaban de la nueva pareja que se había formado. Paloma había aparecido en casa de Gabriel, pero no hizo el escándalo que esperaban. Después de una amigable conversación, ella le dijo que lo entendía y terminaron en buenos términos. Gabriel le explicó que había iniciado una relación con Maylen, y estaba dispuesto a apostar por esa nueva pareja, pero no habló de matrimonio. Paloma lo miró con furia cuando él nombró a Maylen; pero no interrumpió, ni reclamó sobre ninguno de los rumores que decían que ellos mantenían una relación mucho antes de que ella regresara de Buenos Aires.

Los últimos días de calor, vestigios de un verano que no se resignaba a retirarse, a pesar de que había pasado su momento, se iban acabando; y el trabajo en las fincas menguaba a medida que los escasos turistas dejaban de llegar, y el trabajo con la tierra se tomaba su descanso estacional hasta la próxima temporada. La pequeña planta industrial donde se fermentaban, almacenaban y envasaban los vinos era la única que quedaba funcionando a pleno rendimiento. Ese año, el abuelo de Maylen le había propuesto que trabajara como asistente para familiarizarse con todas las cuestiones referidas al cargo, porque el negocio de las conservas que su madre había iniciado iba muy bien, y estaban planeando comenzar la construcción de una nueva planta para abandonar el trabajo artesanal y hacerlo masivo. Tanto él, como su padre y su tío, la querían al frente del proyecto.

El reto para Maylen era tentador; apenas había cumplido veintiún años, pero se había criado en ese ambiente, lo que significaba no comenzar desde cero. La relación, viento en popa, que llevaba con Gabriel la estimulaba para realizar cualquier cosa, y muy atrás, perdido en sus recuerdos de infancia, quedaba su anhelo de llegar a ser periodista o fotógrafa de alguna revista importante. Aceptado el nuevo camino que llevaría su vida, estaba ansiosa por que llegara mayo: fecha que había impuesto su abuelo para ponerse en marcha.

Capítulo 11

Maylen se estaba arreglando para salir hacia la casa de Gabriel, e informarle de los dos días de ausencia, en que acompañaría a su tío Fernando a la Ciudad de Mendoza, y despedirse personalmente. Esa mañana había decidido acompañar a su tío para hacer las entregas de las conservas en la ciudad. Ya que iba a estar al frente del negocio, quería empezar a conocerlo todo de él, y los clientes eran una parte fundamental.

Al salir, se encontró con una figura conocida pero desdibujada. Paloma se iba acercando a la casa de la familia; atravesaba una de las tiendas que estaban al frente, y su andar era cansino; no tenía el habitual porte de princesa que solía gastar; el pelo le caía, sin vida, a ambos lados de la cara, y se notaba una evidente subida de peso. Maylen calculaba que no la había visto en un mes, y se sorprendió del peso que había ganado en tan poco tiempo. Tenía las mejillas rellenas y, además, sobre las calzas negras llevaba una camisa tipo batón que no la ayudaba a estilizar la figura; todo lo contrario: la hacía parecer más ancha.

—He venido a hablar contigo —le dijo, no bien se acercó a Maylen. Su rostro parecía compungido, y su voz era un lamento.

—No tengo mucho tiempo, estoy saliendo —señaló, sin contemplaciones por su tono afligido. Maylen no podía olvidar las cosas que había dicho de ella en todo el tiempo que Gabriel estuvo fuera del pueblo.

—Maylen, estoy embarazada de Gabriel.

La noticia la dejó helada. Sólo podía mirar el aspecto de Paloma y calcular que ese embarazo tenía mucho más de un mes; el bebé fue concebido en los tiempos en que todavía estaban juntos.

—¿Lo sabe Gabriel?

—Mucho antes de dejarme, estoy de cuatro meses.

—¿Tienes algo más que decirme? —preguntó, reprimiendo una furia

asesina que no iba dirigida a Paloma, pero podía afectarla seriamente si no desaparecía de su vista antes de que explotara.

—Maylen, quiero una familia para mi hijo.

—No es a mí a quien tienes que pedir eso —arguyó, nerviosa—. Paloma, me tengo que ir. Ve a reclamar al padre del niño.

Maylen dio media vuelta y entró en la casa. No podía creerlo: Gabriel le había mentado todo ese tiempo. Había embarazado. No, no; había engañado a su novia, después le dijo que la dejaría para estar con ella y, al final, se quedaba con su novia, la embarazaba y después volvía con ella. Maylen se sentó en el sillón de la sala y tomó la cabeza con ambas manos. No podía creer que aquello estuviera pasándole.

—¿Qué ocurre, hija? —Millaray había observado la conversación de Maylen y Paloma desde una ventana. Al verla, ya sabía que aquella muchacha iba a amargar a Maylen.

—Paloma está embarazada de cuatro meses. Gabriel lo sabía y la abandonó de todas maneras.

—No tengo mucha fe en que Paloma esté diciendo la verdad.

—¿La viste? Parece embarazada —ladró Maylen, saltando del sillón.

—Ve a hablar con Gabriel.

—No quiero verlo. Me ha mentado, mamá.

—Hija, no seas terca; ve a hablar con él. Paloma puede hacer esto por rencor.

—Madre, tenía panza de embarazada, y vivió pegada a Gabriel medio año.

—Lo que me extraña es que nadie lo haya sabido, visto o comentado. Tú sabes que esas cosas, en el pueblo, no pueden mantenerse en secreto; y, sin embargo, nada se oyó de Paloma.

—Porque todo el mundo estaba ocupado mirando las escenas de celos que le hacía a Gabriel, o los desmayos que le provocaban sus discusiones; y todos se reían y la llamaban loca. Pero ella sólo quería que el padre de su hijo se hiciera cargo.

—Maylen —se acercó a su hija, que paseaba de un lado a otro, y le tomó una mano—: Siento que Paloma miente —le dijo.

—A veces te equivocas —refutó Maylen, y salió.

Su tío regresó, ella no. No quería volver.

Gabriel la esperaba, ansioso. Millaray le había explicado lo sucedido. Llamó varias veces por teléfono, pero Maylen nunca atendió. Tampoco contestó los mensajes que dejaba en la casilla. Él había ido hecho una furia a hablar con Paloma, pero sus padres impidieron que se acercara a ella. La madre de Paloma le confirmó que su hija estaba embarazada, pero no le aclaró cuántos meses llevaba de gravidez. Le anunció que hablaría con él cuando se sintiera bien. Gabriel salió de la casa más enojado que cuando llegó, pero no quería mortificar más a esa familia que lo que la vida lo había hecho.

La última vez que había dormido con Paloma había sido en Navidad, después de un mes de no tocarla; para Gabriel, el uso de preservativos era una máxima que sólo había roto con Maylen, y estuvo pendiente de la situación hasta que Maylen le confirmó que nada había quedado como regalo adicional de la noche de su cumpleaños. Con Paloma era otra historia; sobre todo después del accidente. Pero ese día de Navidad bebió demasiado, quería olvidar su situación opresiva, y terminó tan borracho que tal vez se hubiera colocado mal el preservativo, que por otro lado nunca encontró. Todo lo ocurrido esa madrugada se borró de su mente. Al otro día, la presencia de Paloma, desnuda en su cama, diciéndole lo dulce que se había comportado durante la noche, era la prueba de que habían pasado la noche juntos. Aun así, él tenía dudas de haberla tocado; jamás había olvidado tan completamente su comportamiento bajo los efectos del alcohol, al que había recurrido más de lo que a él le hubiera gustado, gracias a la situación que Paloma le hacía vivir.

Gabriel sentía que, otra vez, todo estaba patas arriba. La misma sensación de ahogo que había sentido aquel día que estuvo en el hospital, parado junto a Paloma, y vio a Maylen alejarse por el pasillo largo. Otra vez Maylen se alejaba. Tenía que explicarle que no sabía nada del embarazo. Si de veras Paloma estaba embarazada, se haría cargo del bebé pero no volvería con ella.

Su vida la quería pasar junto a Maylen, tenía que convencerla de que la haría feliz. Asunto que no venía saliéndole demasiado bien.

Gabriel rondaba de la casa de Paloma a la casa de Maylen, y con ninguna de las dos podía hablar. Paloma también había dejado el pueblo; sus padres le dijeron que había viajado a Buenos Aires, y le dejó a su madre el mensaje que le exigía que fuera a buscarla sólo en caso de estar dispuesto a casarse con ella. De otra manera, que se olvidara de que iba a tener un hijo.

Maylen se había quedado en la gran ciudad con el pretexto de presenciar una exposición de maquinaria agrícola que se iniciaría en los días siguientes; su tío Fernando sabía que no era cierto el motivo, pero igualmente regresó solo a la finca. La distancia que separaba el pueblo de la ciudad no superaba los cien kilómetros, era un viaje de aproximadamente una hora y media en auto; pero esa distancia le daba el equilibrio necesario para pensar las cosas con claridad, y mejorar el malestar físico que todo aquello le provocaba.

Después de cuatro días, Gabriel la esperaba a la salida del hotel en el que se había alojado.

—Tenemos un serio problema de comunicación —fue lo primero que le dijo, antes de saludar.

—Ya lo he comprobado —dijo ella, parándose frente a él—. Por ejemplo, se te olvidó decirme que tu novia está embarazada.

Maylen estaba volviendo; había pagado la estadía del hotel, y un taxi la esperaba delante de éste para llevarla a la terminal del micro-bus que la llevaría de vuelta al pueblo.

—Ex novia. ¿O acaso quieres decirme algo?

—Si tienes ganas de bromear, será mejor que te busques a otra que escuche tus ridículos comentarios.

—No lo sabía, aún tengo dudas de que sea cierto.

—¿Acaso no notaste que el vientre de Paloma se hinchaba cada vez más cuando se acostaba desnuda a tu lado?

—No he tenido relaciones con ella desde diciembre, y antes trataba de

evitarla todo lo que podía.

—Mucho no la has evitado, las pruebas lo demuestran.

—Maylen, te juro que no lo sabía. Paloma no quiere hablarme, se fue a Buenos Aires y no he podido verla.

—Entonces, equivocaste el destino: es a ella a quien debes ir a buscar.

—Aun si fuera cierto lo del bebé, no volveré con ella. Me haré cargo de la criatura, pero no viviré con Paloma.

Maylen comenzaba a caminar por la vereda, dejando a Gabriel parado, mirándola marcharse.

—¿Adónde vas?

—Regreso a mi casa.

—Yo te llevaré, he venido a buscarte.

—Viajaré en micro-bus; tú ve a resolver tus problemas —dijo, sin mirarlo a la cara, a punto de subir al taxi.

—Mi mayor problema siempre has sido tú —declaró Gabriel; la tomó de la mano y la hizo girarse—: Ven conmigo, por favor —le rogó.

Maylen se sintió desfallecer al oír su súplica sincera, todo su cuerpo se sacudió, impactado por aquellas palabras. Se volvió hacia él, y casi se le arroja a los brazos cuando descubrió la verdad en los ojos de Gabriel. Su corazón decía que Gabriel no mentía, pero el orgullo herido punzaba la cabeza de Maylen con la sospecha. Gabriel estaba verdaderamente afligido, y se le notaba en las bolsas oscuras que tenía debajo de los ojos. Maylen lo miró con atención y notó el semblante cansado. Hasta la apariencia estaba distinta: un lado de la camisa con cuadros ocres se salía de la cintura de los jeans, y su habitual arrogancia estaba alicaída, arrastrado hacia abajo la postura siempre erguida y rígida. A ella no le gustó verlo de aquella manera.

Durante el camino al pueblo, Maylen se convenció de que Gabriel nada sabía del presunto embarazo de Paloma, y sembró la duda en la firme seguridad que postulaba que el embarazo era real. Gabriel le contó cómo habían llegado a la situación de vivir casi juntos y, cuando él volvió a su casa,

cómo Paloma hacía cualquier cosa para quedarse en su casa y después meterse en su cama. Le contó lo ocurrido en la última Navidad, y su fundamentada sospecha para no creer en el embarazo.

Al llegar al pueblo, Maylen decidió creer en Gabriel. Le daba una nueva oportunidad a aquella relación que comenzó torcida y no mostraba trazas de enderezarse. Gabriel le pidió que lo acompañara a Buenos Aires para que pudieran hablar con Paloma, pero se ella se negó de pleno. Aquella era una situación delicada que sólo podían arreglar los dos.

Un poco más tranquila, disfrutó de unos plácidos y templados días de otoño junto a sus amigas y, sin esperar que Gabriel regresara de Buenos Aires, juntó al grupo para realizar, finalmente, el suspendido ascenso a la montaña antes de que el clima cambiara y tuvieran que dejarlo de un modo definitivo.

Gabriel llevaba cuatro días fuera del pueblo; lo estaría más de una semana. Aprovechaba su viaje para presentar a sus clientes de Buenos Aires una nueva etiqueta de vinos de su finca. Recorrería los mil ciento cincuenta kilómetros en su todoterreno, repleto de vinos. Eso le llevaría, sólo en viaje de ida y vuelta, un día entero.

El día que comenzaron a escalar, todos estaban algo nerviosos. Leandro había viajado especialmente para guiar al grupo de amigos. Martín y Maylen estaban seguros de que esa iba a ser una de sus últimas aventuras en la montaña como equipo. Maylen, ya mayor de edad, comenzaría una nueva responsabilidad en la finca y con total seguridad, como su padre, tío y abuelo, no dispondría de mucho tiempo para el ocio. Martín iba a viajar a finales de abril a Buenos Aires, y esta vez iba decidido a conseguir un empleo que lo anclara definitivamente a la gran ciudad, y se desprendería de su sobreprotectora madre de una buena vez; no era mala mujer, pero si Martín seguía bajo su ala protectora, todos dudaban de que algún día pudiese encontrar pareja. Silvia había comenzado con las prácticas profesionales en el hospital de San Carlos, bajo la supervisión de la enfermera del hospital del pueblo que, justamente, era Sara: la madre de Martín, y esperaba para mayo el

ansiado cargo de enfermera. Eleonora recibió una sorpresa cuando Leandro llegó al pueblo, pues con él trajo una propuesta para ella: una vacante para formar parte de la colonia rescatista del Aconcagua; el turismo y los escaladores profesionales que visitaban la montaña eran cada vez más numerosos, y las bases se iban ampliando a medida que la demanda crecía; motivo por el cual Leandro tampoco podría tener tanto tiempo para dedicarse a escalar montañas fuera de la base.

Conociendo la situación de todos, era lógico que estuvieran ansiosos y algo nostálgicos; sobre todo las muchachas, cuando bajarán de la montaña dejarían atrás sus días de aventuras adolescentes. Una etapa se cerraría para siempre. Y para ello habían elegido ascender aquella montaña tan peligrosa como último desafío a superar.

Capítulo 12

El único que había escalado anteriormente esa cima era Leandro. Al pie de la montaña Bravard, los guías de la montaña, que estaban en esa plataforma base, le advirtieron de que el movimiento producido un mes atrás había dejado sus huellas en la montaña: algunas piedras se habían movido, creando nuevas grietas, y el pasaje más concurrido para subir a la segunda base había sido bloqueado por las rocas que se desprendieron de la ladera. Con esa información, todos los integrantes se encontraron en las mismas condiciones de desconocimiento de la nueva fisonomía de la montaña.

El primer día de caminata, cuesta arriba, era pura diversión y risas. Los cinco integrantes del grupo de expedicionarios tenían experiencia, y sabían cómo regular el ritmo para que la montaña no los abatiera en el primer *round*. Completaron la primera fase de ascenso en el tiempo que habían previsto, y determinaron que pasarían la noche cerca de la primera base rescatista; no se aventurarían a un ascenso acelerado hasta la segunda base con la advertencia del paisaje modificado, arriesgándose a llegar con poca luz para armar las tiendas.

Tuvieron el tiempo suficiente para armar una fogata antes de meterse en las tiendas a descansar; se sentaron a su alrededor, y el tema de conversación fue Gabriel. Todos lamentaban lo que estaba pasando; todos menos Martín, que era el callado del grupo. Hablaban de lo mal que le funcionaba la cabeza a Paloma, y sobre cómo recibiría la visita de Gabriel. El más apesadumbrado era Leandro, como confidente de su amigo sabía todo lo que había pasado con Paloma, y también lo que sufría por no poder tener una relación tranquila con Maylen. En lo que todos coincidían, incluido Martín, era que Paloma estaba mintiendo con respecto al embarazo; ninguno la vio ese mes que Maylen y Gabriel iniciaron su relación ante todo el pueblo. La falta de rumores era muy sospechosa; en el pueblo, nada se escondía mucho tiempo, siempre había

alguien que veía algo, y eso era suficiente para iniciar un reguero de comentarios que se extendía como una plaga en menos de veinticuatro horas.

Excepcionalmente, con el embarazo de Paloma no había pasado aun conociendo que todo el mundo estaba atento a sus movimientos para estar presente en la oportunidad de que le montara un nuevo escándalo a Gabriel.

La natural sospecha de sus amigos no sólo acrecentaba la confianza de Maylen en Gabriel, sino que le aliviaba el peso de culpa que sentía.

Al día siguiente, el viaje comenzó temprano. Maylen se levantó con cierto malestar, pero no se lo dijo a nadie para que no tuvieran que suspender la aventura por su causa; si de algo estaba segura, era de que Leandro no avanzaría si alguno de ellos no estaba en condiciones. Al levantarse, se alejó del grupo con la excusa de hacer varias fotografías del lugar, y respiró profundamente el aire frío de montaña para calmar las náuseas que la aquejaban; veinte minutos después se sentía mejor y volvió con sus amigos, que ya habían levantado el campamento y le habían recriminado no haber hecho su parte, sobre todo las mujeres, a lo que Maylen respondió que les haría fotos gratis si ellas hacían la parte de quehaceres que le correspondía durante lo que quedaba de la expedición. Conforme con el trato, la obligaron a comer su parte del desayuno que no había tocado y emprendieron la segunda jornada. Mientras avanzaban, Leandro al frente del grupo les iba mostrando las modificaciones que había sufrido la montaña; pasaron por un puente de piedra que se formó sobre un precipicio que, anteriormente sólo era posible bordear, para seguir adelante; después, tuvieron que pasar por un peñasco con un borde tan angosto que sólo podían apoyar un pie delante del otro para avanzar, con el todo el cuerpo raspando el muro de piedras. Leandro marcaba las indicaciones con voz pausada y firme, y todos obedecían sin objeciones. La segunda jornada fue agotadora; la altura hacía el día más frío, y el cuerpo comenzaba a evidenciar los primeros síntomas de cansancio; llegaron a su objetivo con el tiempo justo para armar las tiendas. Esa noche no hubo fogata, luego de una cena rápida, de carne seca y algunos cereales, se metieron en sus bolsas de dormir.

Maylen sintió que algo caminaba por su cara, y se levantó sobresaltada creyendo que algún insecto se había metido en la tienda; pero al despejar la vista después del susto inicial, descubrió que no era ningún insecto sino Gabriel, que le acariciaba la mejilla con sus dedos. Todavía era de noche; Gabriel sostenía una lámpara que apuntaba hacia un costado, y extendía su mano para ayudar a Maylen a levantarse. Ella dormía en la tienda con las otras dos chicas; cada una en su bolsa de dormir, la tienda era para dos, pero se habían apiñado bien, y el cansancio y el frío hicieron que no les molestara el apretujamiento. Maylen se había colocado en el medio, pero del lado opuesto, hacia la abertura; por eso, abriendo apenas el cierre de la puerta de la tienda, Gabriel pudo dar con ella.

—Gabriel, ¿cómo llegaste hasta aquí?

—Igual que tú.

—¿Gabriel? —preguntó Eleonora, somnolienta.

— Sí, Eli, sigue durmiendo.

—Bueno, pero mañana te regañaré por la estupidez que has hecho —le amenazó, bostezando, y se acomodó nuevamente en su bolsa.

Sonriendo por la fugaz intervención de Eleonora, Maylen, ayudada por Gabriel, salió de la tienda.

—¿Estás loco? ¿Cómo se te ocurre subir de noche por el peñasco?

—No es tan tarde, llegué aquí sólo una hora después que ustedes, pero estaban tan cansadas que las encontré dormidas. He hablado con Martín y con Leandro.

—¿Por qué no me despertaste?

—Es lo que estoy haciendo, Maylen; primero descansé, comí, armé la tienda y luego... Aquí estoy por ti, como siempre.

—Igual ha sido muy estúpido que te arriesgaras a subir solo.

—He utilizado las vías que han dejado ustedes, y tú debes explicarme por qué no me esperaste.

—Necesitaba hacer algo, la impaciencia me estaba matando. ¿Hablaste con

Paloma? —Preguntó, despabilándose completamente—. ¿Está embarazada?

Gabriel le pasó las manos por los hombros y le dio un beso en los labios antes de que siguiera preguntando, que era exactamente lo que Maylen iba a hacer. La boca de Gabriel tenía el poder de nublar la mente de Maylen y dejarla reducida a un cúmulo de sensaciones que lo único que deseaba era que no se apartara de ella. En su estrambótica relación había más separaciones que momentos compartidos, pero esos pocos momentos eran tan intensos que alcanzaban para que Maylen estuviera cada vez más enamorada de Gabriel.

—No encontré a Paloma, no estaba en casa de su tía en Buenos Aires.

—¿Cómo que no estaba? —indagó, recobrando el ímpetu, y alejando su cara de la de Gabriel.

—Su tía me dijo que no volvió a verla después del accidente.

—¿Se lo dijiste a sus padres?

—Sí, fui a verlos y les dije a ellos lo que tenía que decirle a Paloma.

—¿Qué te respondieron?

—Su madre me insultó un poco, pero su padre me dijo que le diera tiempo, que Paloma era una muchacha inteligente, y pensaría mejor las cosas. Sólo era cuestión de tiempo.

—¿Tú qué crees?

—Que nunca se fue de la casa.

—¿Cómo es que nadie en el pueblo la ha visto? ¿Acaso la tienen encerrada?

—No creo que sea responsabilidad de sus padres, creo que Paloma se encierra sola y espera que el mundo vaya a rescatarla. Cuando su padre y su hermano estaban todavía luchando entre la vida y la muerte, era ella la que llamaba la atención de los médicos con sus desmayos y sus ataques de angustia; es una mujer que no puede dejar de ser el centro del universo.

—¿Cuándo volviste de Buenos Aires?

—Ayer por la mañana fui a ver a sus padres. Después pasé por la finca para llevarle a mi padre la lista de nuevos clientes exclusivos que conseguí en

la ciudad, y descansé concienzudamente para llegar hoy hasta ti —dijo la última parte con zalamería para volver a reclamar su boca—. ¿Dormirás junto a mí? —Preguntó mientras la besaba con ardor—. Si no lo haces, bajaré la montaña de un salto —amenazó, sonriente.

—No podría soportar ser la culpable de semejante pérdida —se burló ella y respondió al beso con el mismo ardor.

Al día siguiente todos se levantaron de un humor rutilante, los hombres no dejaban de bromear entre ellos y molestar a las mujeres; en un momento parecían los chiquillos de antaño jugando en la finca de Gabriel. A las pocas horas de comenzar un difícil ascenso se encontraron con una pared de roca de más de doscientos metros, la cual tendrían que sortear si querían llegar al próximo nivel. Maylen había despertado sin ningún tipo de molestia; la mañana anterior no fue la única que se sintió descompuesta, de un tiempo a esta parte le ocurría cada tanto; si no fuera porque la regla le cumplía todos los meses, hubiera sospechado un embarazo; pero ese motivo de su malestar estaba descartado. Todo lo atribuía a la inestable relación que vivía con Gabriel, la angustia era contraatacada por Maylen desde el refrigerador, lo que también había hecho que aumentara unos kilos esas últimas semanas, y que su cuerpo lo somatizara con aquellos malestares. Gracias a ellos, había planeado que se haría de ganas para visitar al médico de la familia, y se realizaría el examen de rutina que llevaba un año de retraso.

El camino fue difícil, pero lo lograron antes del mediodía; una extensión plana se abría en aquel lugar: era un glaciar que se extendía hasta llegar a una cima nevada que brotaba de la planicie, y tenía huecos rocosos que no eran alcanzados por los hielos del glaciar; en ese lugar decidieron detenerse un par de horas antes de continuar con el último tramo, para llegar al cráter del volcán y dejar la bandera representativa del grupo y del pueblo que hacía cima en aquel volcán.

El lugar en el que descansaban era increíble y Maylen estaba tomando algunas fotos, con Gabriel pegado a su espalda tomándole la cintura.

—Me gustaría sacarme el casco para enfocar mejor.

—No puedes. O las tomas con el lindo casco puesto o no haces fotos — estableció Gabriel, tan irrevocable como Leandro en cuestiones de seguridad. Gabriel lo era todavía más. Leandro sólo conectaba su arnés con el de las mujeres cuando se tenía que descolgar por algún desfiladero. Gabriel tenía el arnés sujeto con el de las mujeres todo el tiempo, lo cual hacía más lenta la marcha en los lugares más sencillos. En ese mismo momento Maylen estaba sujeta a él por el brazo y por la cuerda que tenía apesada en su arnés, y lo que la extrañaba era que no tuviera a Eleonora y a Silvia en el mismo lugar.

Cielo, sol, montañas, aire frío y puro; una cima por delante, y Gabriel tomando su cintura para susurrarle todo tipo de perversiones que tenía pensado realizar con ella cuando estuvieran en la cabaña frente al lago, a solas. Todo era perfecto.

—¿Esto es lo que quieres? —preguntó una voz que se acercaba de espaldas a ellos.

Los dos se giraron al unísono y vieron cómo los demás llegaban corriendo detrás de Paloma. Ella había pasado, caminando sin mirar, frente al grupo que estaba descansando, dando la espalda al sitio por el que apareció, y se quedaron duros del asombro de ver a Paloma allí. Unos metros más atrás venía el guía de la base, que había sido contratado por ella.

—Una sucia mujer marimacho que esté trepando por la negra montaña — continuó Paloma, que abría los brazos para mostrarse vestida con el equipo de Gore-Tex todo sucio y las cintas de los arneses colgados a los lados; también tenía el pelo revuelto de haberse arrancado el casco con violencia, y oscuras ojeras debajo de sus bellos ojos azules.

Antes de razonar qué hacía Paloma allí y cómo había llegado, Maylen se preguntó si se vería de la misma manera, pues vestía un traje del mismo material, y colgaban de su cuerpo exactamente las mismas cuerdas.

—¿Qué haces aquí, Paloma? ¿Cómo llegaste? —preguntó Gabriel, coincidiendo con las mismas preguntas que se había hecho Maylen después de pensar en su apariencia.

—Vengo a darte lo que quieres.

—Paloma, este no es lugar para discutir —razonó Gabriel, soltando a Maylen pero arrastrándola consigo al caminar, a causa de la soga enganchada—. Te he estado buscando para hablar.

—Lo sé, también sé que viajaste a Buenos Aires. Me llené de amor y le hablé a nuestro hijo de cómo su padre nos había ido a buscar para quedarse con nosotros; pero me equivoqué: sólo habías ido a deshacerte de tus responsabilidades —gritó, histérica, tomándose el vientre, que apenas sobresalía entre tanto accesorio. Tres pantalones superpuestos, más las decenas de capas de camisetas, poleras, chalecos, camperas y más equipo encima, no dejaban lugar para destacar la figura de nadie.

—No es así; si realmente estás embarazada, me haré cargo de la criatura.

—Amigos, creo que éste no es lugar para hablar de estas cuestiones —medió el guía—: Señora, creo que ha sido muy desconsiderada al contratar los servicios de la base para resolver cuestiones personales y, además, no declarar que estaba usted de espera.

—Mientras le pague, a usted no le importa para qué diablos quiero subir a la montaña; además, cuando le dije que podíamos pasarlo bien arriba era una cuestión personal, y no recuerdo que se quejara.

El guía enmudeció y se alejó de Paloma, que se volvió otra vez hacia Gabriel.

—Sabes perfectamente que estoy embarazada, Gabriel; te rogué, por nuestro hijo, que no me dejaras sola y, sin embargo, lo hiciste para enredarte con esta. —Señaló con el mentón hacia arriba a Maylen—. Y a ti te expliqué que mi hijo necesita un padre y, sin embargo, aquí estás: otra vez revolcándote con mi hombre, al aire libre, como si fueseis animales.

Gabriel tomó del brazo de Maylen, que estaba a punto de saltar sobre Paloma, para sacarle algunas plumas.

—¿Por qué te escondiste todo este tiempo? —Interrogó Gabriel, sin darle importancia a lo que había dicho Paloma—. Sabías que el pueblo me condenaría si se enteraban de que había abandonado a una novia embarazada. Eso impediría que tuviera una relación libre con Maylen; sin embargo, te has

ocultado. ¿Qué escondes, Paloma?

—Te amo y nunca te haría eso —respondió, llorando—. Pensé que entrarías en razón, y que Maylen no sería tan desalmada —mirándola, agregó—: Qué equivocados están todos contigo, Maylen; no mereces el aprecio de la gente.

—La verdad es que, en este viaje, Leandro, sin querer, me ha revelado algunas cosas: intimidades y alguna que otra fecha clave.

Todos miraron hacia atrás; el comentario de Martín parecía desubicado en ese momento, pero Paloma, en un ataque de ira, le gritó, sorprendiendo a todos.

—¡Tú no tienes nada que decir, ni se te ocurra abrir la boca! —la advertencia de Paloma hacia Martín despertó la curiosidad de todos.

Martín se sacó las gafas oscuras y el casco, para adelantarse hasta donde estaba Gabriel. Su rostro era una mezcla de arrepentimiento y determinación.

—Es mío —sólo pudo decir, antes de que Paloma se le arrojara encima.

Paloma gritaba que no era cierto; se abalanzó sobre él para golpearlo con los puños y desmentir lo que había dicho. Leandro la tomó de los brazos, evitando los movimientos bruscos, en consideración con su estado.

—No, no, no —gritaba Paloma—. No es tuyo.

Martín la abrazó, sosteniéndole los brazos; la alejó de Leandro para susurrarle palabras tranquilas e intentar calmarla; también le decía cuánto la amaba y que le perdonaba que no le hubiese dicho que el hijo era suyo. Martín era de la misma estatura que Gabriel: un hombre robusto; podía, sin dificultad, envolver el cuerpo de Paloma. Sus morenas manos resaltaban sobre la blanca piel de la cara de Paloma cuando la acariciaba. La había sentado en el mismo lugar en el que anteriormente estaba él y, sin soltarla para que no volviera a sacudirse, continuó hablando con Gabriel:

—Perdóname, hermano —le dijo a Gabriel, que también se había sacado el casco y las gafas—. Ir a estudiar a Buenos Aires fue sólo una excusa; se me ocurrió sólo cuando descubrí que tú no ibas en serio con Paloma. Se notaba a la legua que estabas enamorado de Maylen; y mucho más después de bajar del

cerro Maipú. Por eso viajé y la busqué en Buenos Aires, y tuvimos una aventura allí no tan distinta a la que seguramente tú tenías con Maylen aquí.

—No —repetía Paloma una y otra vez—. No lo escuches, nunca te engañé — gritó llorando, pero otra vez fue acunada por Martín hasta que se tranquilizó.

—Me dijo que el hijo que esperaba era tuyo, pero Leandro me comentó tu desconcierto y tu angustia cuando te esteraste del embarazo —sonriendo, le aclaró—: Igual estaba yo, creyendo que tú eras el padre.

Paloma volvió a sacudirse, pero Martín continuó:

—También me contó que te preguntabas cómo había ocurrido, pues siempre tomabas precauciones, y en la fecha que supuestamente tenías que haber engendrado a tu supuesto hijo, no habías estado con Paloma; yo sí lo estuve, y no tomamos ninguna precaución. No quería decirme el tiempo de gestación, y todo este tiempo que estuvo desaparecida lo pasó conmigo.

Paloma volvió a negar lo que decía Martín, insultándolo.

Ninguno podía creer lo que escuchaba de Paloma y Martín. Después de todo, el embarazo no era mentira. Maylen estaba desconcertada, pero comprendió algunas actitudes que había tenido Martín al hablar de Paloma. Eleonora estaba muda. Silvia, increíblemente, lloraba. Y Gabriel estaba estático. Sólo Leandro se movía de un lado para otro, tratando de asimilar toda aquella información. El guía, que había subido con Paloma, se había alejado del grupo y esperaba a que terminaran las revelaciones. En aquel momento, los cinco integrantes del grupo que inició el ascenso entendieron que lo que Martín negaba la primera noche que pasaron en la montaña no era que Paloma estuviera embarazada, sino que Gabriel fuese el padre; esa noche él recopilaba la información que despejó todas sus dudas.

—Di la verdad, Paloma; ya están todas las cartas sobre la mesa —imploró Martín con ternura.

—Suéltame —le ordenó, más repuesta.

Martín aflojó el abrazo para permitirle a ella mover sus propios brazos.

—Martín es el padre de tu hijo, ¿verdad? —preguntó Gabriel, sin

demostrar ninguna emoción negativa.

—No —negó nuevamente.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijiste ni bien te enteraste de que estabas embarazada?

—Te rogué que no me dejaras, te dije que teníamos mucho en común, mucho más de lo que pensabas.

—No es lo mismo que decir que esperas un hijo —refutó Gabriel—. Paloma, no me contaste lo del embarazo apenas te enteraste porque sabías que no podías hacerlo; me hubiese dado cuenta de que yo no era el padre. Esperaste y esperaste, para poder engañarnos a ambos. Creíste que el tiempo sería tu mejor aliado en esta cuestión. Si me hubieras engañado, hubiese tenido un hijo prematuro o uno con más de diez meses de gestación. ¿Por qué lo has hecho? Martín te quiere, y quiere a ese hijo que están esperando.

—¡No! —gritó ella, y se levantó para volver cerca de Gabriel, que seguía pegado a Maylen.

—Lo único que tenemos en común tú y yo es que ambos nos engañamos —continuó Gabriel con el mismo tono tranquilo, sin amedrentarse por el grito desgarrador de Paloma

—¡Yo lo hice por venganza! Tú te revolcabas con esta perra aquí, y yo extrañándote en Buenos Aires, pensando que me eras fiel —gritó, Paloma fuera de sí, nuevamente; se alejó de todos, siguiendo el camino para llegar a la cima—. ¿Quieres una mujer que pueda andar como una cabra de monte? Te demostraré que soy capaz de serlo.

A gritos, Paloma llamó al guía que había contratado, y le ordenó continuar la marcha. Martín corrió detrás de ella, pero esta vez no pudo tomarla con tanta facilidad. Gabriel y Leandro se acercaron para ayudar a su amigo. Eleonora y Maylen, que se había soltado de Gabriel, se quedaron atrás; pero también avanzaban lentamente hacia ellos. Las dos mujeres sólo podían pensar de qué modo bajarían a Paloma de esa montaña.

La planicie se iba terminando, y la falta de oxígeno a esa altura agotaba rápidamente a todos. Después de luchar unos minutos, otra vez se sosegaron,

intentando recuperar la respiración normal. Reunidos metros más adelante, y más cerca de un muro de rocas nevadas, que cortaba abruptamente el llano pasaje, se sorprendieron al sentir una vibración de diez segundos. Todos se miraron, impresionados y con el cuerpo alerta a los sonidos. El silencio se apoderó de la montaña; en ese instante nadie se acordó de los problemas mundanos de su efímera existencia, sólo del poder omnipotente de la montaña. Otra vibración, que iba tomando nivel de temblor, se sintió más larga y se escucharon ruidos de piedras que caían. Gabriel se movió rápidamente de donde estaba para tomar a Maylen. Y Leandro a Eleonora, mientras le gritaba a Silvia que se reuniera con ellos. Martín y Paloma quedaron más cerca del límite del llano. El viento comenzó a azotar de manera impiadosa, arrastrando a su paso cristales de nieve que las montañas se sacudieron de encima con la vibración. Todo ocurrió en menos de dos minutos. Con el rugido atronador del viento que atravesaba el lugar, golpeando las rocas, y cegados por la nevisca, no oyeron que la última parte del saliente llano sobre el que estaban parados se había desgarrado. Las rocas comenzaron a caer, y se desprendían del límite vertical. Leandro y Gabriel se tiraron al mismo tiempo para tomar a Martín y al guía, que estaban desapareciendo por el abismo que nacía. Paloma había sido arrojada por Martín lejos de la falla, y las mujeres la ayudaron a levantarse con la intención de alejarla del lugar, al ver que las rocas se desprendían de la ladera que se alzaba sobre ellos. El viento no permitía movimientos precisos y dificultaba la tarea más sencilla, como respirar. Gabriel ajustó las sogas sobre el cuerpo del guía que pendía del hoyo y recibía los impactos de las piedras que caían. Leandro intentaba hacer lo mismo con Martín, pero él se encontraba en una posición más difícil: la superficie en la que ambos estaban era inestable, y el menor movimiento haría que las rocas se desprendieran. La planicie y la ladera seguía su separación, y los bloques de hielo del glaciar caían por el abismo cada vez más grande.

Eleonora advirtió la precariedad del lugar donde estaba Leandro, y le arrojó una soga, pero él no pudo tomarla. Estaba por arrastrarse, para enganchar el arnés de Leandro, cuando Gabriel le gritó que no se acercara a la

falla porque caerían los tres. Gabriel sabía que Eleonora no podía soportar el peso de dos hombres, y caería con ellos si la roca se desplomaba. Desesperado, gritaba a Leandro que le arrojara la soga para ajustarlo a él; pero su amigo tenía agarrado con la dos manos a Martín, que estaba completamente al aire, y una roca le había provocado una fractura expuesta en el brazo derecho, lo que impedía que pudiera colaborar en su propio rescate; lo único que podía hacer era sujetarse con su mano izquierda a la pared que tenía delante para no rasparse el rostro con ella, e intentar sujetarse de algún saliente. Maylen se acercó a Eleonora, enganchó una cinta a ella y caminó para enganchar la otra en Gabriel, quien poco a poco levantaba al guía. Indicó a su amiga que se moviera hacia su hermano, mientras ella se arrastraba para enganchar la soga al arnés de Leandro. Maylen era más liviana que su amiga, y sabía que entre los tres podrían sujetar a Leandro y a Martín si la roca, finalmente, se desprendía. Silvia quiso intervenir para ayudar a sus amigos, pero en ese momento Paloma la golpeó con una piedra que había caído a su lado, y corrió desahogada con la intención de empujar a Maylen al hoyo.

Simultáneamente a que Gabriel terminara de izar al guía, Maylen enganchaba su arnés al de Leandro, y Paloma la empujaba con todas sus fuerzas al abismo.

Maylen voló a través de la grieta, para quedar colgada de las sogas, no sin antes golpear violentamente contra la pared de hielo. Paloma no midió el impulso, o si lo hizo, su propósito fue caer y llevarse a Maylen consigo porque ella también cayó, y su cuerpo golpeó al de Martín, que se desprendió de las manos de Leandro, quedando suspendido por pocos segundos, con su brazo izquierdo, de un saliente de la ladera. Sus dedos se iban deslizando milimétricamente, llevándose la vida de Martín; pero antes de caer, levantó la vista hacia Gabriel, quien se había aproximado para ayudar a Leandro.

—La amo —fue lo último que dijo antes de caer.

Gabriel, Maylen, Eleonora, Leandro y el guía los vieron caer hasta perderse en las negras profundidades de la roca.

El viento nevado había dejado sus caras cubiertas de cristales de nieve;

Gabriel, junto con el guía que había recobrado la estabilidad, y Eleonora, que demostró una actitud estoica, levantaron a Leandro y a Maylen. Las vibraciones no cesaban, y los desprendimientos de piedras se oían a pesar del rugido del viento. Armaron las tiendas en la cueva que habían usado para descansar, y allí tenían pensado esperar a que la montaña se calmara. Silvia tenía un feo corte en la frente; físicamente, se había recuperado a los pocos minutos, pero no podían calmarla de la crisis de llanto que la atacó. Leandro no tenía golpes físicos pero, al igual que Gabriel, estaba desolado por la pérdida de su amigo de toda la vida. Maylen no podía levantarse. El golpe no le había dejado más que raspones en la cara y en las manos, pero no soportaba el fuerte dolor abdominal que le produjo el choque contra las piedras. Dentro de la tienda, Eleonora y Silvia le habían revisado las costillas para saber si tenía alguna fracturada, pero no encontraron evidencia de huesos rotos. Las dos amigas temían por hemorragias internas, y por el móvil satelital habían pedido el rescate urgente y que les enviaran un helicóptero; pero la base estaba en alerta, y tendrían que esperar a que les llegara el turno de rescate. No eran los únicos que estaban en la montaña. A la hora de estar dentro de la tienda, Maylen se retorció de dolor y una mancha de sangre oscura le cubrió la entrepierna.

—Maylen, estabas embarazada —afirmó Silvia, sorprendida, pero totalmente segura de sus palabras; a pesar de tener la cara bañada de llanto, se levantó al ver aquello.

—¡No! —gritó ella. Se agarró a Eleonora, que estaba a su lado—. Eli, ¿qué me pasa? —preguntó, llorando de miedo, sintiendo que su ser se escapaba por su entrepierna.

Eleonora, rápidamente, le sacó la ropa que le habían colocado nuevamente después de la inspección, para saber si tenía huesos rotos, y la revisó; la pérdida de sangre en ese momento era importante, y después de varios segundos de inspección le habló con suavidad.

—Estabas embarazada, Maylen.

—¡Te juro que no!

—Acabas de perderlo. —Eleonora había hecho prácticas en un gran hospital de Mendoza todo el año anterior; había visto varios episodios como el de Maylen. Según podía observar, el embarazo de Maylen tenía más de tres meses, y también estaba segura de que era un varón, pero no se lo dijo en ese momento.

—No, no, no... no —era lo único que Maylen podía decir.

Capítulo 13

Gabriel la visitó en el hospital, pero no hablaron; se limitó a tomarle la mano mientras ella lloraba, y cuando quiso hablar lo detuvo. Después de esa primera visita, Maylen le pidió a su madre que informara a Gabriel de que no quería que la visitara en el hospital, y que le dijera que hablarían una vez estuviera nuevamente en la finca.

Al enterarse de lo que había ocurrido en la montaña, la familia entera de Maylen habló con Gabriel, y él los tranquilizó asegurándoles que amaba a Maylen y se casaría con ella ni bien se recuperase. El período de noviazgo había finalizado y estaba preparando todos los trámites necesarios.

La oportunidad de dialogar con Gabriel nunca se presentó; ella estuvo en la finca sólo el tiempo necesario para hacer una pequeña maleta antes de abandonar el pueblo.

Su familia no pudo detenerla. Millaray estaba segura de que su hija también estaba enamorada de Gabriel; sólo necesitaba distancia para asimilar lo que había ocurrido, y después de unas pocas semanas de soledad regresaría para casarse con él.

El volcán había despertado; estuvo dormido desde la década de los ochenta. Los expertos dijeron que el terremoto que había afectado a Chile semanas antes, ahora había provocado que se acumulara la presión, que se liberó por una ladera débil del volcán, creándose un nuevo cráter. Durante meses, siguieron los movimientos producidos por la deyección y la liberación de cenizas volcánicas, que perjudicaron seriamente toda la zona. Maylen ya no estaba para verlo. Cinco días internada en el hospital de San Carlos y luego había partido.

Siete años pasaron.

—Quiero ir sola —anunció a sus amigos, y antes de que Leandro rebatiera

su decisión agregó—: Sólo pido unos minutos.

—Está bien, Maylen —dijo Silvia—. Te dejaremos unos minutos a solas. Maylen avanzó por el camino llano, se escuchaba el chocar del agua contra la piedra, y después de bordear una acumulación de rocas de por lo menos cinco metros de alto, se encontró con una postal impensada: el abismo que se había abierto en aquel lugar siete años atrás se había vuelto a llenar de rocas, que se desprendieron de la ladera, y hielo; un barranco a un lado permitía acceder a la parte de atrás de una pequeña cascada que caía directamente desde la cumbre. Allí estaba la figura de un ángel sobre un pedestal de piedras. Maylen se acercó más, sin importarle pasar a través de la cortina de agua que era muy fina, pero la altura desde la que se desprendía hacía que golpeará con fuerza sobre su cuerpo.

Un monolito de granito, apartado de la figura del ángel, con una cruz de madera oscura y la foto de Paloma, con una rosa roja en una caja de cristal, era el recordatorio que la familia y la gente del pueblo le había levantado a la muchacha. Maylen ya no le guardaba rencor. Los primeros años después de su muerte había albergado un odio tan grande hacia Paloma que sólo lograba llenarla de amargura; con el tiempo, fue comprendiendo que ella era tan responsable de lo ocurrido como Paloma, y tal vez lo era mucho más porque ella no había cuidado a ese bebé como correspondía. Siete años después acarició la foto de Paloma, y pidió sinceramente que su alma descansara en paz.

Nunca pudieron rescatar los cuerpos de los que habían quedado en las montañas ese día; en total, fueron cinco escaladores: Martín y Paloma en el Bravard, y otros tres escaladores extranjeros que ascendían el volcán Tupungato, que estaba pegado al que ascendían ellos.

Una cruz de piedra blanca estaba incrustada unos centímetros dentro de la ermita que tenía un ángel en su cima; y la foto de Martín, resguardada en un estuche de cristal, estaba a su derecha; su nombre, grabado en una placa de bronce, estaba más abajo; y luego otras, con los recordatorios de los amigos. Maylen tocó el ángel y leyó el bronce que estaba a sus pies: «Para mi ángel»,

con el nombre de Gabriel al final.

Maylen cayó de rodillas, llorando.

—Perdón. Perdón, hijo, perdón —fue lo único que pudo decir, y allí se quedó hasta que Silvia la levantó para sacarla media hora después.

—No lo sabías, Maylen.

—Nunca hubiera subido a la montaña, te juro que nunca lo hubiese hecho de haberlo sabido —confesó, llorando.

—Todos lo sabemos. Gabriel lo sabe.

—Pero yo no puedo dejar de culparme. —Maylen se sacó el casco y las gafas para secarse la cara—. Si hubiese estado más atenta, si hubiese ido al médico cuando comenzaron los malestares, hoy tendría a mi hijo conmigo.

—No pienses así, Maylen —gimoteó Silvia, también muy compungida—. ¿Cómo supiste que era un varón? —preguntó.

—En ese momento Eleonora me dijo que llevaba, como mínimo, tres meses de gestación, y supe exactamente en qué momento quedé embarazada. En todo el primer año que estuve sola en Buenos Aires, me obsesioné con el tema y leí todo lo referido a la gestación; nunca consulté con un especialista para saber si era verdad, pero encontré el dato de que los varones se forman antes que las niñas, y yo vi lo que Eleonora levantó y, al compararlo con las imágenes que encontraba en internet, deduje que fue un varón. Tú lo sabías, ¿verdad?

Silvia asintió.

—Gabriel también lo supo —agregó.

—Hay veces que pienso que fue un castigo. Nunca tendría que haberme involucrado con Gabriel.

—Estabas enamorada de Gabriel desde que íbamos al jardín de infantes. —Silvia le acarició el rostro y se sentó a su lado, sobre un saliente; varios minutos después de pensar si preguntar o no, finalmente se decidió—: Eleonora y Leandro, tú y Gabriel... —Silvia se quedó callada y pensativa varios minutos; carraspeó luego, se secó la solitaria lágrima que comenzaba a resbalar por la mejilla, que tenía más roja por el frío, y le preguntó—: ¿Has

podido olvidarlo?

—No lo sé.

—Tienes que hablar con él. Es un hombre muy diferente ahora. Los primeros años que te marchaste no se le veía fuera de la finca. Cuando me encontraba con Eleonora me contaba que su hermano trabajaba de sol a sol todos los días del año. Para él no había descansos, vacaciones ni días festivos. A los tres años de la muerte de Paloma, compró la casona de sus padres; y cuando ellos se mudaron, hizo tirar abajo la vieja casa y construyó el hotel.

—Mi madre me contó que la familia de Paloma nunca lo culpó por lo ocurrido.

—El padre volvió a caminar, y el hermano estaba bastante recuperado cuando abandonaron el pueblo, en busca de un hospital psiquiátrico que tratara la depresión de la madre de Paloma.

Eleonora y Leandro volvieron hasta ellas; ambos se habían sacado las gafas y tenían los ojos colorados por el llanto reprimido.

—Maylen, tienes que hablar con mi hermano. —Exigió Eleonora, que se agachó hasta ella—. Él ha sufrido muchísimo, y los dos necesitan cerrar esa historia para poder continuar con sus vidas.

—Ninguno de los dos lo ha podido hacer; tú, aunque estés lejos, padeces igual que él —arguyó Leandro.

—Necesitaba llegar a este lugar, reconciliarme conmigo misma primero. Aquí perdí a mi hijo por mi estupidez; a partir de aquí, comenzaré de nuevo.

—¿Sigues enamorada de Gabriel? —preguntó Eleonora.

Maylen sonrió, y miró a Silvia, que también sonreía.

—Silvia me ha preguntado lo mismo antes de que llegaran. No lo sé —respondió—. Tu hermano debe de odiarme —le dijo a Eleonora.

—No te aprecia demasiado, pero querrá escuchar lo que tienes que decir —Leandro se apresuró a hablar antes que su esposa.

—Gabriel te escuchará, espera esa conversación desde hace mucho tiempo.

—No quiero venir a entrometerme en la vida de Gabriel, él ya tiene su historia. Está más que claro que lo nuestro terminó hace mucho tiempo — señaló Maylen, hablando por primera vez abiertamente de Gabriel y de ella con sus amigos—. No volví con intenciones de quedarme; sólo necesitaba llegar hasta aquí para calmar un lamento que me angustia desde aquel día, pero no encontraba el valor para hacerlo. Ahora estoy en paz. Festejaré la vendimia en la finca y regresaré a Buenos Aires. Sé que él ha querido verme en estos días, por eso cuando bajemos de la montaña iré a visitarlo y espero que podamos quedar en buenos términos después de hablar.

—¿Dejaste a alguien esperándote en Buenos Aires? —indagó Leandro.

—Solo mi trabajo, no lo dejaría por nada.

Capítulo 14

Ese día volvería a verla. No sabía por qué lo hizo, y sabía que se arrepentiría luego, pero invitó a Perla —su última conquista desde hacía dos meses— para que lo acompañase a la finca *El Paraíso*, que comenzaba la vendimia en último turno ese año. La bella Perla era la modelo que estaba de moda en Mendoza: alta, morena, de ojos azules y sonrisa fácil. Era su Barbie morena y, como toda buena Barbie, de una voluptuosidad de plástico. Las había tenido de todos los colores y tamaños en los últimos años, y hacía mucho tiempo que dejó de preguntarse qué tenían las mujeres en su interior. Llegó a media mañana; todos estaban trabajando. Maylen, con un pañuelo en la cabeza y el ancho pantalón de jeans subido hasta la pantorrilla, reía alegre y correteaba con sus hermanos, que no dejaban de arrojarle maduras uvas que estallaban al llegar a su cuerpo, y la estaban coloreando de púrpura. Hacía mucho tiempo que la familia de Maylen no reía de manera tan suelta como lo hacía ese día. Gabriel llegó a los viñedos y se sumó a la horda de cosechadores, con Perla de la mano. Eleonora, que estaba con su padre y Leandro, lo llamó ni bien lo distinguió a la distancia junto a la muñeca de plástico.

Perla fingía alegría en aquel lugar, donde los hombres la miraban con lascivia y las mujeres con desdén. Estaba feliz, no por estar entre empolvadas plantas, sino por estar al lado de Gabriel Iriarte; y nada podría hacerle cambiar su humor. Al comenzar la celebración, intentó tomar los frutos maduros, y lo hizo con tanto entusiasmo que la uña de su dedo índice se quebró al chocar contra la retorcida rama de vid; desde ese momento sólo se dedicó a caminar al lado del padre de Gabriel y Eleonora. En los pasillos de las plantaciones, ella se movía como en una pasarela. Eleonora la observaba, y no podía dejar de poner los ojos en blanco ante semejante ejemplar; pero ella parecía no inmutarse.

Perla estaba en el séptimo cielo. Una semana atrás Gabriel la llamó para invitarla a pasar una semana en su finca. Ese día nada le dijo sobre la llamada que había hecho un mes atrás, después de dejarla plantada en un hotel de la ciudad y devolverle el llamado con tres días de retraso sólo para decirle que lo de ellos era agua pasada, y que era libre de liarse con quien desease, lo mismo haría él. Después de eso, Perla pensó que sólo fue una más de las conquistas del guapo y millonario productor agropecuario; que sus días de sexo salvaje habían acabado y era una pena porque era muy bueno, pero todos sabían que, una vez que cortaba con alguna mujer, no se le había vuelto a ver con ella. De ahí su sorpresa y alegría cuando recibió la invitación, ninguna de las mujeres con las que se enredaba había sido privilegiada con semejante honor. Conocía a las mujeres que se pavoneaban, contando que habían ido a la finca como invitadas del dueño, pero sabía que ninguna de ellas se hospedó en la casa en que vivía la familia, y nunca más de un fin de semana. Ella lo había logrado, y enmascaraba el júbilo por haber conseguido enganchar a tan apuesto e importante estanciero con la hilaridad de participar en esas actividades, que representaban por excelencia a la provincia.

No dudó en aceptar la invitación en la vendimia de la plantación de Gabriel, y estaba loca de contento por haber conseguido que la llevara a otro evento para presentarla como su novia. Dejó de lado todas sus cavilaciones sobre una actividad tan poco glamourosa y, anticipadamente, se regodeaba pensando en cómo se vería en las revistas de chismes, del brazo de Gabriel Iriarte, en la Vendimia Nacional de Mendoza, que se celebraría en pocos meses. Buena parte del grupo de elegantes muchachas de la ciudad, que Perla mencionaba como «amigas»; y otras tantas que consideraba rivales, habían tenido su oportunidad con el sexy estanciero que, años atrás, apareció para instalarse como «buen partido a conquistar». Hasta ahora, ninguna le había durado más de un fin de semana, o un par de salidas consecutivas cuando iba a la ciudad; pero a ella la había llamado para invitarla a su casa. Durante los tres días que duró la vendimia en la finca *Refugio del Sol* fue huésped de Gabriel y, cuando estaba por volverse a la ciudad de Mendoza, llegó la

invitación a quedarse para la vendimia de la finca vecina: *El Paraíso*. Para eso, Gabriel ya le había reservado habitación en el hotel que era de su propiedad, en el centro del pueblo; y allí disfrutaría su estadía hasta que Gabriel lo dispusiera. Perla estaba en la gloria, y justo cuando aquella revista de mala muerte le había anunciado que ya no la tendría como su modelo estrella: sus veintidós años eran demasiados para lucir los bellos conjuntos de ropa interior que la revista publicitaba.

El día que asistieron a la vendimia de la finca vecina, fingiendo una sonrisa de entusiasmo, Perla se vio juntando empolvadas uvas que, cada tanto, caían de la canasta donde las colocaban; algunas se desprendían del racimo, y más de una cayó sobre su distinguido solero color marfil; pero nada le borraba la sonrisa de la cara, y se pasó la mañana acompañando al padre y la poco comunicativa hermana de Gabriel. Su novio se había perdido horas atrás por uno de los pasajes que comunicaban los pasillos laberínticos que formaban las plantas de vid.

Maylen se había separado de su familia, con la cámara en mano; había dejado las plantas que se estaban cosechando, para subir por el pedemonte y obtener fotos de toda la gente que trabajaba en la recolección. Las decenas de cabezas, con sus sombreros de paja, eran immortalizados para siempre por Maylen; verdes oscuras, las hojas de las vides hacían resaltar el color arenoso de los sombreros, y el vestido color marfil de la novia de Gabriel.

«¿Cómo se le puede ocurrir a una persona usar un vestido de ese color en la vendimia?» «¿Cómo se le ocurre usar “un vestido”?», se preguntaba en silencio Maylen cuando advirtió, gracias al potente *zoom* de la cámara, los oscuros y, para ella reconocibles, manchones del vestido.

—¿Cuánto a que también está de tacos? —se apostó a sí misma en voz alta, haciendo tomas de la manchada prenda, que quedaba retratada como si la tuviera enfrente.

—No, lleva sandalias bajas; iba a usar tacos, pero le dije que los dejara para la noche —dijo la inconfundible voz de Gabriel, que se acercó a ella por un costado—. Me gusta hacerle el amor con los zapatos de tacones puestos, y

trajo un solo par —completó la información parándose muy cerca de Maylen, que estaba juntando coraje para voltearse hacia él.

—Puedes comprarle otro, he oído que te va bien en los negocios —comentó, tomando la última foto, y bajó la cámara para enfrentarlo—: Gabriel —lo nombró, saludándolo con una media sonrisa en el rostro.

—Ya no puedes hacer un hoyo en la tierra para escaparte. ¿Te he tomado por sorpresa? —inquirió, al ver el sonrojo de Maylen.

—No estaba escapando de ti, tenía otras cosas que hacer.

—Pasan los años, y no puedo acostumbrarme a ser siempre lo último en tu lista: lo menos importante.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es, Maylen, y me alegra que me lo hayas enseñado de una manera tan efectiva. ¿Cómo has estado? —preguntó seguidamente, abandonando el tono cínico.

—Muy ocupada; trabajo veinte horas del día, todos los días del año.

—Me consuela saber que te cuesta olvidarme.

—Gabriel... —lo volvió a mencionar con una serenidad que comenzaba a inquietarla—. Quisiera que habláramos en otro lugar.

—¿Te incomoda estar a solas conmigo? —Indagó, y se acercó a ella para incomodarla todavía más—. Mira —le dijo, y con el dedo índice le señaló el lago Cristal, que se veía hacia el sur, y el techo de la cabaña que tantas veces fue testigo de sus encuentros—. ¿Te acuerdas?

—¿Cómo olvidarlo si en ese lugar arruinamos la vida de tantas personas!

—¿Arruinamos? Allí pase los mejores momentos de mi vida junto a la mujer que amaba —vociferó Gabriel, furioso.

—No se puede ser feliz cuando saqueas la felicidad de otro.

—Es una pena que no te quedaras en el pueblo, te hubieras enterado de interesantes revelaciones sobre Paloma y Martín, que habrían lavado tu conciencia.

—No podía quedarme, sacrifiqué a un hijo.

—¡Nuestro hijo! Y no hables como si lo hubieras asesinado, porque sé que tu cuerpo no dio las señales más evidentes. No olvidaste que yo hacía el amor contigo, ¿verdad?

—Yo también lo sé, Gabriel, pero fueron muchas cosas las que pasaron porque nos comportamos mal. Tú tendrías que haber dejado a Paloma para estar conmigo, y yo tendría que haber sido más decorosa. Todo lo que ocurrió fue culpa nuestra.

—¡Ah! Es eso. Nunca te culpaste tú, siempre fue mi culpa. Por eso me castigaste abandonándome.

—No es eso lo que dije.

—Pero es lo que sentiste hace siete años y, seguramente, lo sigues sintiendo.

—No es verdad, fue mi culpa.

—Lamento todo lo que te he causado. Maylen, ha sido muy clarificador volver a verte.

—Gabriel, estás equivocado...

—Si estoy equivocado te espero en la cabaña esta noche, para que aclares por qué me dejaste —la interrumpió antes de que siguiera enredándose con sus palabras.

—Estás con tu novia, Gabriel. ¿Acaso no has aprendido nada de todo lo que ocurrió?

—Te estaré esperando. No me volverás a dejar, ¿o sí?

—No me hagas esto, Gabriel; quería mantener una conversación amigable contigo.

—Lo único que yo quiero es hacerte el amor aquí mismo —soltó sin tapujos—. Maylen, estás muy linda; no sabes cómo me excita verte en televisión —declaró, enardecido, volviendo a su talante cínico.

—¿Cuándo te convertiste en idiota? —preguntó Maylen pasando a su lado, enfurecida, para bajar al valle.

—Cuando te fuiste —le gritó Gabriel, que dejó que se alejara unos cuantos

metros—. Te espero esta noche —agregó, gritando.

No sabía por qué lo había hecho; su intención era hablar civilizadamente, preguntarle cómo le había ido, si era feliz, si estaba conforme con su trabajo, y otras tantas banalidades que ya no recordaba. Entre ellos, todo había acabado mucho tiempo atrás... Pero estaba tan bella con el pelo alzado en medio de la cabeza, perdiendo mechones a los lados; la camisa atada con un descuidado nudo en la cintura no podía disimular sus pechos generosos, y la estrecha cintura que tanto ansiaba estrechar. Había cambiado mucho; estaba más bella que antes, pero era fría. Maylen siempre había sido la nena caprichosa de la familia Timerman; pero también era una muchacha apasionada en todo: con sus amigos, con sus enemigos, en las peleas y en el amor. En el pasado, su mirada estuvo cargada de fuego. Al ver aquella belleza fría, de verde mirada gélida y trato profesional, quiso herirla con sus palabras para que su mirada se encendiera.

Después de lo ocurrido en la montaña, a él le hubiera gustado consolarla. Estaba decidido a casarse con ella no bien saliera del hospital. Habló con su padre, con los padres de ella, y todos estaban de acuerdo en una boda rápida y discreta, teniendo en cuenta las pérdidas que habían sufrido. Nunca culpó a Maylen por haber perdido el bebé. Entendió cuando Millaray le comunicó el mensaje de Maylen de querer estar sola en el hospital, y el día que le dieron el alta decidió no ir a esperarla a la salida del hospital, porque sabía que su familia en pleno lo haría. Él esperó el tiempo necesario para que llegasen y ella se pusiera cómoda en su habitación; entonces llegaría y podrían estar a solas y tranquilos.

Mayúscula fue la sorpresa cuando estacionó la camioneta frente a la galería y reconoció la cabeza de Maylen tras la luneta del taxi que la estaba alejando. Se quedó mirando el auto alejarse por la carretera hasta que se perdió en el horizonte. No necesitó que nadie le confirmara nada; Maylen volvía a escaparse, y sospechaba que esa vez lo haría para siempre.

No había llamado, escrito ni enviado un mensaje por algún familiar en algunas de las tantas visitas que ellos le hacían en su nueva casa. Lo había

borrado de su vida como si se tratara de una insignificancia.

Había vuelto hecha una escultura de hielo. No lo iba a dejar así. La buscaría, la seduciría y sería él quién la rechazara ahora. Le enseñaría a la famosa periodista de la ciudad lo que pasa cuando se juega con los sentimientos de los demás. No le iba a resultar nada difícil cautivarla y luego dejarla a un lado; los últimos tres años de vida distendida y disoluta le enseñaron a no involucrar sentimientos a la hora de disfrutar de cuerpos femeninos.

Así como él no era nadie para ella, él la trataría como a todas sus conquistas. La idea tomaba forma en su cabeza mientras la veía alejarse, caminando rápido por los angostos pasillos, sin mirar atrás.

—Gabriel, creo que ya es demasiado para mí —dijo una voz que lo sacó de sus planificaciones.

Al mirar hacia la voz que lo nombraba, Gabriel vio a la muchacha que lo había acompañado, con la cara roja por el sol, y el vestido salpicado de pequeños manchones de polvo, roces de hojas de vides y frutas aplastadas. Sonrió y la atrajo hacia sí. Perla era muy bonita, justo lo que necesitaba en ese momento.

—Todavía no te has ensuciado lo suficiente para decir que has participado en una vendimia —protestó Gabriel, y agarró un racimo de uvas para frotarle los pechos con él. Sin importarle la gente que podía escucharlos o verlos, se acercó a Perla para lamer el jugo de la fruta del cuerpo de la muchacha.

Maylen escuchó un grito y se volvió a tiempo para ver cómo Gabriel enterraba la cabeza entre los pechos de su novia y luego se perdían entre las plantas, maldiciéndolo más de lo necesario por el insensato plan que le había lanzado ¿Cómo se atrevía a citarla en la cabaña cuando estaba con esa muchacha? A simple vista, podía notarse que le agradaba mucho.

Todavía estaba temblando por el encuentro. Gabriel había aparecido con toda su humanidad a su lado, y a ella casi se le cae la cámara cuando lo escuchó. La voz grave de Gabriel le producía estremecimientos tan agudos como lo hacía antes de que abandonara el pueblo. Estaba cada día más

apuesto; al volverse hacia él hizo un rápido paneo de ese cuerpo, grande y firme, que mostraba los brazos de músculos descubiertos con la camisa arremangada hasta los codos; como lo hacía siempre, el sombrero de ala ancha no llegaba a ocultar unas pequeñas líneas a los costados de los ojos, únicas señales en su cuerpo del paso del tiempo. Todo lo demás estaba en su sitio, mejor que antes incluso; no sabía si era por el tiempo que llevaba sin verlo, pero le pareció que estaba mucho más grande de cuerpo; tenía sus treinta y tres años bien llevados, demasiado bien llevados.

Ella había cambiado, ya no era la muchacha delgada, de fina figura, como lo era la novia actual. No quiso llegar a eso, pero Maylen no pudo evitar la comparación. Sacudió la cabeza para alejar esos baldíos pensamientos, y se repitió que Gabriel la había olvidado mucho tiempo atrás. Ya no quedaba nada de los sentimientos que tuvieron el uno por el otro, y no estaba segura que alguna vez hubiera habido algo serio. Sólo eran jóvenes que cometieron muchos errores juntos.

Maylen volvió con su familia, y la cosecha continuó con risas; pero a ella se le había diluido la alegría. Ver a Gabriel la había descolocado. ¿Cuántas veces se dijo que lo había olvidado? ¿Cuántas veces se mintió a sí misma, diciendo que el tiempo todo lo borraría? ¿Qué ingenua al comparar el amor que sentía por Gabriel con el que sentía por su profesión! Se repitió mil veces que, si hubiese seguido con Gabriel, nunca hubiera logrado sus sueños; y, sin embargo, ese día lo hubiera cambiado todo por ser ella la que se perdiera en los viñedos, en brazos de Gabriel.

¿Había sido tan egoísta como le dijo Leandro? ¿Había pensado sólo en sí misma, sin importar el daño que hacía a todos los que estaban a su alrededor? ¿Había culpado a Gabriel por lo ocurrido y por eso lo dejó? ¿Habría sido feliz si se hubiera quedado en el pueblo? ¿Era feliz en ese momento? Contestarse a todas esas preguntas era el motivo que la había mantenido tanto tiempo alejada. No tenía las respuestas, y era más cómodo estar lejos y no ver.

Capítulo 15

Gabriel miraba por la ventana grande de la sala, que daba al frente de su propiedad, y no podía creerlo. El auto azul rodeó una fuente que recibía a los visitantes y aparcó pegado a su camioneta blanca. Él estaba a punto de salir hacia la finca *El Paraíso* cuando la vio; la brisa fuerte de ese día hacía que la fina camisa blanca se le pegara al cuerpo, marcando sus cuervas, y tuviera que pelear con el viento que quería levantarle la falda a toda costa; algo que Gabriel deseaba que ocurriera.

Maylen miró hacia la casa y lo vio parado en la ventana. Pantalón de jeans, camisa lisa azul, y el sombrero puesto; lo que la advirtió de que estaba de salida y tenía poco tiempo para conversar con ella. Sonrió, él asintió con la cabeza para luego perderse atrás de la puerta, esperando que ella se aproximara para entrar.

—¡Qué sorpresa! —Exclamó, con fingido entusiasmo—. Adivino que no vienes a verme a mí, pero debo decirte que Eleonora fue a visitar a sus suegros con Leandro.

—Sí, lo sabía, me lo ha dicho —mencionó ella, e inconscientemente tomó aire antes de hablar nuevamente—: Gabriel, vengo a verte a ti.

—Esto no me lo esperaba —declaró, verdaderamente sorprendido—. Tampoco te esperé en la cabaña. Habrás notado mi ausencia cuando acudiste a la cita —agregó, sarcástico.

—Imaginé que esa noche estarías muy ocupado, mirándole los pies con tacones a tu novia.

—Entra... ¿O quieres que hablemos afuera? —Se corrió del marco de la puerta para que Maylen pudiese pasar—. Mi padre está en la viña, pero María Teresa está rondando por aquí cerca.

María Teresa era la empleada que, hacía más de dos décadas, trabajaba para la familia; ella se había encargado de los niños cuando la madre de

Gabriel se fue del pueblo.

Maylen se acomodó en el sillón y esperó que Gabriel se sentara, pero él no tenía intención de hacerlo.

—¿Estás apurado?

—Depende...

—Gabriel... Sólo quiero decirte que lo siento —un pronunciado silencio siguió a sus palabras.

Maylen no sabía cómo explicarle a Gabriel lo que había pasado por su cabeza para hacer lo que hizo; pero luego de reflexionar mucho durante dos días, llegó a la conclusión de que debía, al menos, intentarlo.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó él, ante su prolongado silencio.

—Haberte hecho sufrir, marcharme sin una explicación, no hablarte, no escribirte. Sé que estuvo mal; fui muy egoísta.

—Estoy de acuerdo contigo... Ahora dime por qué. —Gabriel se puso de cuclillas ante ella, esperando la respuesta.

—Estaba dolida, me sentía culpable. Fue horrible lo que pasó. Lo que le pasó a Paloma, a Martín... No sabía cómo manejarlo. Necesitaba pensar.

—Tus reflexiones sí que son concienzudas —se rio y se levantó—. Para todos fue difícil; y hubiera sido más fácil de superar si nos hubiéramos lamido las heridas entre todos; pero tú elegiste alejarte, hacerlo sola, y dejarme a mí sin opción de elegir.

—Pensaba volver, no pude.

—No, no lo hiciste. Quedé como un idiota, planeando una boda que, desde el comienzo, rechazaste. Como lo hiciste conmigo. Nunca me amaste; si lo hubieras hecho, no te habrías alejado con tanta facilidad ante los problemas —se paró delante de ella y siguió—: Siempre era yo quien tenía que salir a buscarte.

—Sí que te amaba.

—No lo hiciste; nunca quisiste a nadie más que a ti.

—No vine a pelear, Gabriel —anunció, levantándose del sillón para

retirarse—. Te pido perdón por todo el mal que te causé. Te juro que si hubiera algo que pudiera hacer para evitarte el dolor que has padecido por mi causa... Lo haría. Espero que seas feliz.

Gabriel la vio salir y subir al auto, sus palabras reverberaban en su cabeza y, cuando la vio alejarse por la ruta, salió corriendo hacia su camioneta.

La alcanzó a los pocos kilómetros; haciéndole señales de luces desde atrás, le indicó que detuviera el auto, y Maylen, a pesar de estar segura de que eso le traería problemas, lo hizo.

—Hay algo que puedes hacer para intentar compensar tu abandono — aseveró cuando llegó hasta la ventanilla del auto de Maylen.

—¿Qué necesitas? ¿Un pase al canal para ver a las estrellas de la farándula cuando visites Buenos Aires?

—Eso estaría bien, podría seducir a más de una —se jactó, gracioso.

—No tengo dudas —soltó sin pensar. Arrepintiéndose de su exabrupto, que aceptaba que Gabriel era un hombre apuesto y conquistaría a cuanta mujer deseara, habló rápidamente para intentar pasarlo por alto—. Hay jovencitas que ven una billetera inflada, y es todo lo que necesitan.

—No necesitaría mostrar la billetera inflada; hay otra cosa que infla...

—¿Qué necesitas, Gabriel? —lo cortó ella, al acalorarse con lo que Gabriel pretendía insinuar.

—Un pacto.

—¿Qué?

—Una semana.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero que pases conmigo una semana, en la casa del lago.

—No, no puedo. —Maylen puso el auto en marcha, pero Gabriel le atrapó la mano antes de que tomara el volante.

—Maylen, necesito acabar con esa historia, y es necesaria una despedida —sus ojos ya no tenían la expresión jocosa de minutos atrás; con calma aparente, Maylen podía sentir la amargura y el reproche en las palabras que

siguieron—: Pasaron siete años, cuando te fuiste tenía la fantasía de escapar, pero el dolor me llevaba al mismo lugar; buscaba sentirme pleno con otro cuerpo, otra voz, sin embargo, solo consumía infierno para olvidarme de ti. Los primeros años vivía intoxicado de amargura, estaba medio loco y mi buen humor era un recuerdo. Te odiaba, me odiaba, desde que salía el sol hasta que desaparecía tras las montañas y, en ese momento, comenzaba mi calvario nocturno revolviendo los restos de un amor que me llevaba en camino recto a la desesperación. Necesito acabar de una vez y para siempre con ese cuento de terror Maylen.

—¡Qué estimulante que pienses en mí en esos términos!

—No eres la única que puede ser cruel, cariño. Despidámonos como es debido.

—No es necesario, Gabriel; ya nos hemos despedido hace muchos años.

—Dijiste que si había algo que pudieras hacer... Otra vez mentiste. Como cuando decías que me amabas.

—Estoy de vacaciones con mi familia, no puedo dejarlos.

—Eleonora dijo que te ibas del pueblo una semana antes de comenzar a trabajar. Quiero esa semana.

—Gabriel, eso es absurdo.

—¿Tienes miedo de enamorarte de mí, finalmente?

—¿Y tu novia? —preguntó sin contestarle.

—No tengo novia, la última vez que cometí esa estupidez fue hace siete años. ¿Acaso tú tienes a alguien?

Podría haber mentido y todo terminaría allí. Pero, al llegar al pueblo, todos le hicieron ver que la que había actuado mal con Gabriel había sido ella. Una semana con Gabriel, y el corazón destrozado por el resto de su vida. ¿Valía la pena?

—No tengo a nadie esperando.

—¿Has tenido novios en la ciudad?

—Amigos —sólo dijo ella. Y era verdad; intentó una relación con un

compañero de la facultad, pero no pasaron de amigos con derecho a roce por unos cuantos meses; y después, con un compañero de trabajo dos años atrás; fue un poco más serio que el anterior, pero a él le salió un trabajo para un canal de México, y no dudó un segundo en viajar, lo cual a ella tampoco le provocó mayores disgustos. Con Pablo se llevaba bien, trabajaban mucho, se veían poco y conversaban menos. La intimidad... Servía para descargar tensiones una o dos veces por semana, la relación duró todo un año.

—Puedo ser tu amigo por una semana, Maylen. Luego nos diremos adiós para siempre y no habrá más reproches entre nosotros. Siete años por una semana. ¿Qué me dices?

—Es una locura.

—No me enamoraré otra vez de ti.

—¿Qué va a pensar la gente del pueblo?

—Nadie tiene por qué enterarse, sólo tú y yo.

—No puedo hacerlo. Lo siento, Gabriel.

—¿Sigues enamorada de mí?

—Tú me aclaraste que nunca te amé; gracias por poner en claro mis sentimientos.

—Entonces esto es un adiós, espero que tú también puedas ser feliz.

—Adiós, Gabriel.

El auto volvió a la ruta y dejó a Gabriel parado en la banquina, viendo cómo se alejaba.

Maylen lo miró por el espejo retrovisor, y la imagen de siete años atrás se repetía. Ella lo había visto aquel día cuando se alejaba con el taxi. Era la misma escena. Se sintió la peor de las mujeres. ¿Cómo era capaz de abandonar de esa manera a la persona que más amó en la vida? Todo aquel egoísmo del que hablaban los otros, ella lo vivía de otra manera; pero volver a repetir aquella escena con Gabriel la había hecho ver la verdad de su propia persona: «Fui consumiendo infiernos para salir de ti», le había dicho Gabriel. Ella se dio cuenta de que vivía en uno.

Capítulo 16

Estaba por subir a la camioneta cuando las luces de stop del auto de Maylen se encendieron en la lejanía. El auto se detuvo. Gabriel se quedó parado al lado de la puerta para saber qué estaba tramando. Lo que tenía muy claro era que nunca iría a buscarla nuevamente. Cuando ella lo dejó parado allí, tragándose el polvo de su auto, al subir de la banquina, maldijo el momento en que salió tras ella. Fue un acto impulsivo e idiota, que lo había dejado en la misma posición de siete años atrás, cuando había jurado y perjurado que nunca más saldría corriendo detrás de esa mujer.

Maylen esperó a que pasaran los autos que transitaban por aquella angosta ruta de doble mano y giró. Gabriel quería hacer lo mismo, pero su curiosidad fue más fuerte y se quedó allí, esperando, para saber qué iba a pasar.

—¿Te has olvidado algo? —preguntó cuando llegó hasta él.

—¿Un pacto?

—Un pacto para vivir —repitió él—. Tú y yo, nadie más.

Maylen llegó hasta Gabriel; le hablaba pero no tenía el valor de mirarle a los ojos. Su mirada se perdía en la ruta que tenía delante, y el ardor de las lágrimas contenidas lo ocultaban sus oscuras gafas.

—Sólo tengo una condición.

—Habla.

—No hablaremos del pasado ni recordaremos nada de lo ocurrido; ni nuestra infancia, ni nuestra relación anterior.

—Será como pasar un fin de semana con un extraño. Un amor de verano. No tendremos pasado común si tú lo quieres de ese modo.

—Nos veremos en cinco días.

—No, nos veremos antes, en la fiesta del teatro *Neyú Mapú*, para festejar la vendimia de este año.

—Sabes a qué me refiero.

—Sé lo que quieres decir, y serán muy largos estos días de espera.

—Gabriel, no hagas que me arrepienta.

—Está bien, espero que esa tortura no llegue nunca —se rio y se acercó a ella; sin pensarlo, la tomó de la cara para volverla hacia él, y le dio un beso en los labios—. No quiero que llegue ese día —susurró, burlón, y volvió a besarla. Maylen agradeció tener las gafas puestas, porque no podía mantener los ojos abiertos mientras la besaba. Ella no abrió la boca, pero sus labios bastaban para adormecerla de deseo.

—Nos vemos mañana —finalmente Gabriel se apartó y, velozmente, subió a su camioneta para seguir su camino hacia el pueblo de San Carlos. Maylen, con el auto en sentido opuesto, necesitó varios minutos para reponerse del estallido de sensaciones que le habían dejado los labios de Gabriel en el cuerpo.

Estaba alteradísima, no podía dejar de pensar un segundo en la semana que se aproximaba. Una semana con Gabriel. Todavía no podía creer que hubiera aceptado semejante locura. No paraba de preguntarse por qué Gabriel le había pedido aquello. ¿Acaso todavía sentía algo por ella? Sí, lo que saltaba a la vista: un profundo rencor. ¿La trataría mal esa semana que pasarían juntos, en venganza por su abandono, y aprovechando que ningún otro humano sabía que lo haría? No, Gabriel no era de esos. Aunque Leandro le había dicho que había cambiado mucho, ya no era el de antes, y ella no conocía al nuevo Gabriel. Tenía que escapar del pueblo y no volver jamás. No, eso no era opción; respirar aquel aire de la finca le había traído tanta paz y satisfacción que antes de aceptar aquel perturbador encuentro había prometido a su abuelo pasar por allí, al menos, una vez al año.

No volvería a huir. Se quedaría; pasaría esa semana con Gabriel, y luego lo olvidaría para siempre. Como lo hizo cuando se fue años atrás. Sí, eso haría; no podía negar que la perspectiva de volver a sentir el cuerpo de Gabriel junto al suyo la llenaba de ansiedad y deseo. Desde el momento en que aceptó el pacto, su cuerpo había recobrado esos cosquilleos que le iban desde el estómago hasta el centro de su femineidad; y su cabeza no podía borrar todo

tipo de imágenes eróticas, todas ellas incluían el bello cuerpo de Gabriel. Sin sentimientos de por medio, la experiencia de hacer el amor con Gabriel igualmente le sabía maravillosa; era un amante diestro, apasionado y tierno. Ningún otro hombre pudo provocar en ella la desesperación y la euforia que le despertaba Gabriel. Sobreviviría. Después de la semana con Gabriel le esperaba la gran ciudad: el mar de gente, las corridas, el apuro cotidiano y... Se perdería en su trabajo hasta olvidar que tenía vida propia.

—¿Vas hoy al teatro *Neyú Mapú*? —preguntó su tío Fernando, al encontrarla en la sala, sentada en el sofá, escuchando música a muy bajo volumen, y pensando más de lo que era recomendable en temporada de vacaciones.

—Por supuesto, ¡cómo me iba a perder exposición de la finca!

—Como no fuiste los días anteriores... Y no has salido de la finca — especuló su tío Fernando.

—El pueblo está lleno de turistas, hasta en el lago hay tanta gente que me acobarda.

—Maylen, vives en Buenos Aires; no te puede acobardar la gente.

—He venido al pueblo a desentenderme de las masas —dijo, alzando las manos y sonriendo.

—Hace días que estás extraña, demasiado pensativa y muy callada — señaló su tío, que se sentó en un sillón frente a ella, recostó el bastón a su lado, y estiró la pierna con el pie ortopédico hacia adelante.

—Me apena volver a dejar todo esto: al abuelo, a mis padres, a ti, a los pesados de los muchachos.

—Yo no podría irme. Sólo una vez dejé el pueblo, y me fue realmente mal.

—A ti te obligaron, yo me fui por decisión propia.

—Las imposiciones pueden venir de tantas maneras diferentes... — comenzó su tío—. Están las que nos infligen terceros, las que nos dicta la moral, las costumbres... Y la más poderosa: la que nos dicta nuestra propia conciencia.

—Tenía que irme, así como tenía que volver a la montaña al regresar.

—Lo sé. ¿Sabes? —Le preguntó, y no esperó respuesta antes de volver a hablar —: Cuando tenía diecisiete años, hice algo que me marcó para el resto de mi vida.

—Fuiste a la guerra.

—No, eso ocurrió cuando tenía dieciocho. Los últimos meses de 1981 se sortearon a los jóvenes que al año siguiente integrarían el ejército. Un año reclutado en una conscripción obligatoria. «Allí se hacen los hombres», decía mi padre y buena parte de la sociedad adulta.

—El abuelo dice que si hoy día existiera el servicio militar compulsivo no habría tantos jóvenes vagos —se rio Maylen.

—No estoy de acuerdo, pero en aquel momento lo que pensáramos los jóvenes no era tenido en cuenta por nadie. A tu padre y a mí, los números en la lotería no nos favorecieron; pero a Mario, mi mejor amigo, lo dejaron fuera. Tenía el aclamado número bajo, que lo dejaba fuera de la «colimba» — nombró con tono gracioso el apelativo que comúnmente se le daba al servicio militar—. Mientras a nosotros nos hacían toda suerte de revisiones, y nos aplicaban vacunas con agujas del tamaño de clavos industriales, él vivía la vida de lo más campante. Le comencé a decir que nunca sería hombre, a lo que tu padre, tu abuelo, su propio padre y sus hermanos menores se sumaban; pero yo era quien había comenzado con aquello, y quien más lo fastidiaba. Y por eso se alejó de nosotros; su madre me dijo que había conseguido trabajo en otro pueblo —hizo una pausa, acomodó el pie ortopédico, más para liberar tensión que porque lo necesitara, y siguió con el relato—: La sorpresa que nos llevamos con Facundo cuando lo vimos paradito con su uniforme verde, el pelo rapado y la cara seria en la misma compañía en la que estábamos nosotros, fue ecuménica.

—¿Cómo lo hizo?

—Además de la conscripción obligatoria, estaba la voluntaria —aclaró el tío de Maylen con una sonrisa.

—¡Ah, claro! —Maylen conocía una parte de la historia de ese amigo de su

padre y su tío; pero eso que le contaba su tío Fernando nunca lo había oído.

—Todo iba bien, y la estábamos pasando de maravillas en el cuartel de Bahía Blanca, a pesar del coronel Sánchez, que nos tenía cagando a todos. Todo bien hasta que se declaró la guerra. Tú ya sabes que él no volvió; murió en mis brazos aquella noche fría en que los ingleses nos sorprendieron en Monte Longdon. Lo que jamás te conté fue que todo aquello empezó porque ambos estábamos enamorados de la bella María Inés, y si él se quedaba, yo estaba seguro de que se quedaría con ella —los ojos grises de su tío habían perdido el brillo, tan iguales a los de su padre en forma y color, pero con una mirada tan diferente como el día y la noche—. Nunca lo admití ante nadie, sólo que hoy veo en ti la misma determinación que un día tuve yo para arruinar mi vida, y no puedo soportarlo.

—Yo no quiero...

—Escúchame, Maylen, yo tomé la decisión de jamás intentar nada con María Inés; se lo debía a Mario. Prácticamente, lo obligué a ir a una guerra en la que él no tenía que haber estado, y se quedó allí. No tenía derecho a usurpar nada de lo que él podría haber tenido —se quedó mirando las flores del bello florerito blanco que reposaba en el centro de la mesita ratona que se interponía entre Maylen y él hasta que retomó el relato—: Millaray atendía a tu padre y le curaba las heridas del cuerpo y del alma; María Inés quiso hacer lo mismo conmigo, y no se lo permití.

—Podrías haberlo intentado con otra mujer.

—Nunca podría amar a otra como lo hice con María Inés; creo que todavía la amo.

—¿Y ella lo sabe?

—No lo sé hija, pero ha formado su familia. Hasta tiene dos nietos.

Maylen conocía a María Inés, era una mujer de la edad de su madre; todavía era muy guapa, buena y trabajadora. Con su esposo, eran dueños de la ferretería del pueblo, tenía dos hijos, y uno estaba casado.

—¿Por qué me cuentas esto ahora, tío?

—Maylen, sabes que te quiero como a una hija, y veo tanta soledad en tus

ojos que me parte el corazón. Estoy feliz, como el resto de la familia, porque has logrado tu sueño; sola y sin ningún tipo de influencia familiar, algo que podría haber sucedido si te quedabas. Pero estás muy sola, y no ríes como hacías antes. Cuando me contaste que irías a la montaña, te entendí perfectamente porque mis heridas comenzaron a cerrar cuando volví a las Islas Malvinas varios años después de la guerra, y dejé un ramo de flores en memoria de Mario en alguna de aquellas cruces blancas sin identificar. El hecho de llegar hasta él, pedirle perdón, y despedirme como hubiera querido hacerlo aquel día en que murió, me iluminó un camino oscuro que transité durante muchos años. Tu padre tenía un ángel que lo amaba, igualmente vino mejor después de aquel viaje.

—Era pequeña, pero recuerdo que mi madre comentó que después de volver, reía más seguido —recordó Maylen.

A pesar de no haberlo dicho, también recordó que tanto su padre como su tío habían dejado de beber al volver de las Islas Malvinas, y Fernando no volvió a intentar quitarse la vida. Maylen no llegaba a los diez años, pero tenía recuerdos espantosos de las crisis que vivieron su padre y su tío antes de regresar a las Islas. Ella era muy pequeña; sin embargo, los recuerdos dolorosos de ver a su padre y a su tío muy ebrios, llorando o gritando sin consuelo por la casa, estaban registrados nítidamente en su memoria.

—Maylen, tienes una pesada herencia; al parecer, los Timerman aman una sola vez. Mira a tu abuelo o a su hermano, que no soportó la pérdida de su esposa y, como no tenía hijos, se fue con ella. Creo que mi padre hubiera hecho lo mismo, de no haber tenido hijos. La muerte no tiene marcha atrás, Maylen, y el mundo es de los vivos; si hubiese entendido esto treinta años atrás, tal vez hoy sería muy feliz.

Estaban solos en la casa, todos los empleados estaban en el teatro, o camino al teatro, preparando la exposición de esa tarde. Maylen no soportó la carga de significado de aquellas palabras, y se arrojó llorando sobre su tío. No había vuelto a llorar desde la primera semana que estuvo sola en Buenos Aires, y creía que su carácter se había endurecido; que pocas cosas serían las

que le hicieran volcar una lágrima. Desde que estaba en el pueblo, ya lo había hecho demasiada veces para demostrarse a sí misma lo equivocada que estaba.

Capítulo 17

Tantos cambios la trastornaban. Antes de marcharse, la vendimia local era un acontecimiento festivo, con poco turismo de otras provincias, y nunca llegaba a parecer siquiera el gran acontecimiento de nivel internacional que se celebraba en La Ciudad de Mendoza; allí se celebraba la vendimia nacional, pero esa era otra historia. La primera noche de fiesta, Maylen no podía creer la cantidad de turistas internacionales que pululaban por la finca, por el pueblo de Eugenio Bustos, por la ciudad de San Carlos, y por los otros pueblos que conformaban el departamento. Los habitantes de los pueblos, ya habituados al *boom* turístico, habían reacondicionado sus casas, y la mayoría se habían equipado con piezas extras, o sus casas estaban preparadas para convertirse en pequeñas hosterías en aquellas fechas.

Maylen, gracias a su trabajo, tenía acceso a las estadísticas más insólitas, y por ello sabía que las numerosas fiestas de vendimia que se celebraban a lo largo y ancho de la región cuyana habían crecido exponencialmente, pero una cosa eran las estadísticas, y otra muy distinta era ver un pueblo tranquilo convertirse en el micro-centro de la ciudad de Buenos Aires. Omnibus, autos, camionetas, cuatriciclos, motos, motitos, patinetas, rollers, bicicletas de una, de dos, de tres, y hasta cuatro personas, circulaban por las tranquilas calles y avenidas del centro de la ciudad; además de recorrer las fincas, el lago, las montañas, el valle, los lugares históricos, y todo lo que pudiesen. Para los lugareños: una molesta bendición; para Maylen, un preámbulo de lo que viviría en la ciudad en poco tiempo.

Resignadamente inmersa en el mar de personas que visitaban el teatro y vivían la fiesta tradicional, Maylen reía y hablaba con todo aquél que la reconociera y le hiciera preguntas sobre su trabajo. Le daba un poco de pudor firmar autógrafos, pero no dejaba de hacerlo cuando alguno se lo pedía. Le parecía extravagante que una cronista de noticias firmara autógrafos, pero no

quedaría como una provinciana creída, como le dirían si no aceptaba firmar los folletos que le acercaban.

Los *stands* eran más reducidos que antaño, y no había mucho más que productos exclusivos de la finca. Maylen no subió con la familia en la presentación, se quedó a un lado, con la cámara en la mano, para retratar la fiesta desde un lateral; los que expusieron los productos de la finca le dedicaron la presentación y la vendimia de ese año.

—Eres la estrella del lugar —la sorprendió Gabriel, hablándole al oído, apareciendo de imprevisto.

—Apenas sí me han conocido algunas personas.

—He escuchado que hablaban de ti en varios lugares del teatro.

—Mi trabajo tiene esas consecuencias —señaló, y levantó la cámara para fotografiar el escenario cuando su hermano Libko levantaba uno de sus vinos para enseñarlo a la audiencia.

—Te he buscado los días anteriores.

—Me quedé ayudando a preparar la presentación de hoy. Sólo me quedan dos días en casa, y no quiero dejarla.

—Si tanto la extrañas, ¿por qué no regresas definitivamente?

—No puedo dejar mi trabajo.

—¡Oh, perdón! Olvidaba con quién estaba hablando.

—Gabriel... —lo nombró ella, sin continuar.

—Estoy preparando la cabaña para que no tengamos que salir en toda la semana —le susurró en el oído, muy cerca de ella.

Maylen no pudo dejar de estremecerse y sentir una revolución de vibraciones en su estómago. Gabriel le sonrió, y se le marcó más el hoyuelo del mentón. La blanca camisa lisa le hacía resaltar la piel bronceada y los brazos musculosos. No se atrevió a bajar la mirada sobre el pantalón de jeans, que lo presumía ajustado a sus poderosos muslos.

—¿Estás seguro?

—No estarás pensando en huir, ¿verdad?

Maylen negó con la cabeza. Gabriel se precipitó sobre ella, al ser empujado desde detrás en el tumultuoso espacio que ocupaban, y aprovechó para abrazarla.

—Estoy seguro de que pasaremos una semana memorable —dijo, pegado a su oreja, y la soltó; le acomodó la cinta que sostenía la cámara, que se había caído de uno de sus hombros, y la tomó de la mano.

—¿Adónde me llevas?

—Tu familia está por bajar del escenario. ¿No los vas a saludar?

Maylen había perdido la noción de tiempo y del espacio en brazos de Gabriel.

—Claro que sí, pero iré sola —aclaró, soltándose de la mano que la llevaba serpenteando entre la gente.

—No seas chiquilina, Maylen, nadie asumirá que nos casamos sólo porque nos tomemos de la mano.

La palabra casamiento, saliendo de la boca de Gabriel, tomaba una nueva dimensión en su estructura; a Maylen le hacía zumbar los oídos como si se tratara de una palabra de una estridencia semejante a una nota alta ejecutada por una soprano.

Maylen quiso replicar a lo que dijo Gabriel, pero una joven la miró con atención mientras pasaba a su lado, y le preguntó si era la cronista del canal 11 del noticiero del mediodía, a lo que ella asintió con un movimiento de cabeza, y la joven la retuvo expresándole el afecto y admiración que sentía por sus trabajos.

Gabriel continuó solo el camino hacia la escalera por la que bajaría la familia vecina. Allí, entre otros vecinos y empresarios del vino, felicitaron a los representantes de la finca. Saludos y más felicitaciones que no terminaban, encontró Maylen cuando se sumó al grupo, que se hicieron extensivas a la joven, que fue taladrada a preguntas sobre su profesión, y sobre la vida privada de todas las personas y personajes que trabajaban en el mismo canal que ella, como si trabajar en el mismo lugar fuera sinónimo de convivir en un mismo edificio, todos juntos.

Gabriel esperó, paciente, a que ella respondiera a las preguntas más inauditas que se le podía ocurrir a la congregación que se reunió a su alrededor; sólo hizo falta que los primeros se atrevieran a preguntar sobre su trabajo, para que la gente que antes no se había animado a inquirir a Maylen, lo hiciera finalmente. Cuando él notó que ella iba perdiendo la calma, pidió disculpas, inmescuyéndose en medio del gentío, y la rescató. Caminaron entre la concurrencia, de la mano, hasta que se encontraron con Millaray, quien miró sorprendida la unión de las manos.

—Acabo de rescatarla de la horda de hambrientos faranduleros en la que la dejaron.

—Libko estaba en eso —indicó seriamente la madre de Maylen.

—Mamá, no es lo que crees —dijo Maylen, que podía leer los pensamientos de su madre, y estaba segura de que, en ese momento, pensaba que ella había reincidido con Gabriel.

—Gabriel, sabes que todos en mi familia te quieren mucho, pero...

—¡Mamá! —Gritó Maylen, indignada, hacia su madre, que sólo miraba a Gabriel, y no le prestaba la más mínima atención a ella.

—Millaray, soy inocente de todo lo que se me acusa —dijo, soltando las manos a Maylen y sonriendo con descaro—. Por ahora —agregó con osadía.

—Mi hija solo está de vacaciones, se irá nuevamente.

En ese momento, Maylen comprendió que su madre estaba protegiendo a Gabriel de ella, y no al revés, como había pensado en un principio.

—Esto es el colmo —dijo, enojada, y dejó a los dos parados: uno enfrente del otro, para perderse por uno de los pasillos laterales.

Estaba furiosa, hasta su madre pensaba que era una mala persona, por eso tenía que advertir a los que a ella se acercaban que tuvieran cuidado. No se lo podía creer. No tenía que haber regresado nunca, se repetía mientras caminaba sin rumbo, alejándose de la gente. Se detuvo de golpe. Era una idiota. Se tomó la cabeza y giró para divisar en la lejanía dos cabezas que la seguían con la mirada. Todos le criticaban lo mismo, y ella seguía haciéndolo. Tomó aire, se acomodó el blazer color beige, que hacía conjunto con el pantalón, y se

volvió. No volvería a huir. Jamás.

—Pasaremos una semana en la cabaña del lago, tenemos mucho que aclarar, y luego nos despediremos hasta siempre —reveló Maylen a su madre, que abría los ojos muy grandes cuando escuchaba a su hija—. No quisiera que el pueblo se enterase.

—No se preocupen por mí —dijo Millaray, todavía impresionada por la noticia—. Maylen, hablaremos en casa —decretó cuando, nuevamente, desconocidos se acercaron a Maylen para hablar con ella. Entre ellos, el intendente de San Carlos.

Gabriel se debatía entre la curiosidad y las ansias de resarcimiento. Si dejaba plantada a Maylen en la cabaña, se cobraría una mínima parte de lo que le había hecho; y si ella huía, como habitualmente hacía, no dañaría su recientemente reparado ego. Sin embargo, Maylen había afirmando con seguridad que le daría esa semana, y estaba tan hermosa que sería una verdadera lástima no disfrutar de ese cuerpo por unos días. Una periodista de ciudad... Su *target* se estaba elevando. Estaba un tanto cansado de las muchachas bellas pero con un cerebro colmado de ideas absurdas sobre la belleza, el dinero y la posición social; lo querían todo sólo ofreciendo su cuerpo. ¡Qué ingenuas! Al menos con él. Conocía sujetos que estaban dispuestos a satisfacer a aquellas ambiciosas damitas. Para él era un canje justo: cuerpo por cuerpo, y era todo lo que daba.

Maylen era distinta a todas; era la peor mujer que jamás conocería, aquellas pichonas de arpías tendrían que tomar lecciones de ella en la materia, para llegar a la «Perfección de Frialdad», y un curso intensivo en «Abandonar todo al diablo sin que interfiera en tus sueños». I, II Y III para ser la mujer perfecta.

Temprano, el último día de su estadía en la finca hablaron Maylen y Millaray sobre lo que aquella pensaba hacer en los próximos días. Salieron a caminar por el huerto de duraznos, alejándose de todos, antes de comenzar aquella delicada conversación. Millaray no había abordado el tema hasta esa

mañana, que había invitado a Maylen a caminar con ella. La madre de Maylen sólo necesitó verlos juntos una vez para confirmar la sospecha de que ambos jóvenes seguían enamorados. A pesar de que Maylen lo negara hasta el hartazgo, sus ojos no podían mentir; y Millaray había visto su alma a través de ellos. También había visto cómo se había encendido el aura de ambos al estar juntos. Todo lo malo que podrían haber hecho, todo lo equivocados que podrían haber estado, era exonerado por el amor que se tenían. Sólo tenían que ser capaces de reconquistarse. Millaray lo sabía, pero no se lo diría a su hija; era ella quien tenía que encontrar su propia redención a las equivocaciones cometidas en el pasado. Su padre, y también su tío, la habían transformado en una niña que no sabía cómo resolver un problema porque ellos estaban siempre resolviéndolo para ella. En su afán de protección, no habían sabido enseñarle las herramientas sino que las usaron por ella. Su madre aceptaba su parte de culpa en aquella situación, y estaba dispuesta a no intervenir en esta cuestión que se presentaba como la más importante y, que de ser resuelta de manera adulta, le procuraría a su hija la felicidad que buscaba. Si procedía como siempre lo había hecho, sólo le traería soledad. Caminaron en silencio hasta que la joven decidió sincerarse con su madre.

—Gabriel me pidió que pasara una semana con él y acepté —la miró y se sonrió—. Eso ya te lo había dicho.

Su madre asintió con la cabeza, pero no comentó nada.

—No sé por qué acepté —hizo una mueca con la boca, y luego continuó—: Ha de ser la culpa.

—O que todavía sientes lo que sentías cuando te fuiste.

—No, ha pasado mucho tiempo. No estoy enamorada de Gabriel, y seguramente él me olvidó hace ya mucho tiempo.

—¿Por qué crees que te lo pidió, entonces?

—No lo sé.

—¿Por qué aceptaste tú?

—Culpa, remordimiento. Todos me han hecho ver lo egoísta que he sido, y seguramente sigo siendo. Tengo que cerrar esa etapa de mi vida.

—Tenía muchas esperanzas de que te casaras con Gabriel antes que te marcharas a Buenos Aires; era un muchacho bueno y te quería muchísimo.

—¿Era?

—Se ha visto y oído mucho en estos últimos años —informó su madre—. Cuando te marchaste, quiso seguirte.

Maylen se detuvo sorprendida por la declaración de su madre; nunca le había contado eso.

—No me mires así, si no te lo conté fue porque tú no querías saber nada del pueblo —se defendió Millaray ante la mirada acusadora de su hija—. Él estaba decidido a ir a buscarte, pero tu padre y yo le pedimos tiempo para ti. Estábamos seguros de que volverías en pocas semanas, y así se lo dijimos. Gabriel siguió esperando durante meses; al principio, pasaba seguido por casa para saber de las novedades, pero luego se fueron espaciando sus visitas. Después de un año no lo volvimos a ver por mucho tiempo. Y cuando reapareció en el pueblo, fue para estar siempre acompañado de una mujer diferente —llegaron al límite de la plantación de duraznos con la de olivos, y caminaron por el borde de la acequia que los dividía.

Hacía calor esa mañana. Maylen se agachó hasta el curso de agua cristalina y se mojó la cara y el pelo, para después volver a ponerse el sombrero de paja que la protegía del sol.

—Eleonora me ha contado esa parte de la historia, en parte para informarme de la vida de su hermano, en parte para responsabilizarme de ese cambio; pero no creo que sea yo la única responsable de su nueva forma de vivir.

—Cada uno elige vivir su vida como quiere, Maylen; si te digo esto, no es para hacerte responsable de nada; sólo te advierto que Gabriel no es el mismo. No sé hasta dónde es correcta tu decisión. Eres una mujer adulta, espero que sepas lo que estás haciendo y pienses en las consecuencias que puede traer. No quiero que te lastime, hija.

—No lo hará. Y esta vez terminaremos como debe ser.

—¿Habrá un final definitivo?

—Nada puede nacer entre nosotros. Yo continuaré con mi trabajo a más de mil kilómetros de aquí, y él con su finca y el hotel; tiene demasiado trabajo en este pueblo.

—¿Es sólo una cuestión de trabajo?

—Madre, ¿a dónde quiere llegar? —Indagó, pero continuó antes de dejar hablar a su madre—: No estoy enamorada de Gabriel, y él seguramente ya tiene planeado con qué linda modelito de ciudad seguir la semana próxima.

—Eres tan fría, hija. Te pareces tanto a tu tío. Y un poco a tu bisabuelo, que escapando del sufrimiento llegó a esta tierra.

—El tío me contó su historia, o mejor dicho: la falta de ella con María Inés.

—¿Lo hizo? No lo puedo creer.

—Me contó de su amigo, que fue a la guerra, y que ambos estaban enamorados de la misma mujer.

—No quiero que repitas su historia, Maylen; eres una mujer hermosa, inteligente, independiente desde que tenías dieciocho años y me asusta que seas tan fría.

—Y egoísta.

—No eres egoísta. Creo que le temes demasiado al dolor, por eso huyes en cuanto lo hueles.

—Dicen que no me importa dejar sufriendo gente a mi alrededor, con mi modo de ser.

—Puedes cambiar, hija. Todos podemos cambiar; eso es lo que nos hace superiores a los demás seres de la naturaleza.

Siguieron el curso de agua, que servía para regar los árboles de las quintas, en dirección nuevamente a la casa grande.

—No volveré a huir de los problemas —sentenció con seguridad Maylen—. Nunca volveré a huir.

—Eso es bueno, aprenderás mucho más enfrentándote al miedo que huyendo de él.

Maylen abrazó a su madre y luego continuaron caminando, hablando de

otros temas. Millaray le dijo que en un mes iría a visitarla a Buenos Aires, y también le hizo prometer a su hija que tendría en cuenta la propuesta del intendente de San Carlos, que le había ofrecido formar parte del canal oficial del departamento, como conductora del noticiero local.

Llegó la noche, se despidió de su familia y cargó en el auto todas las cosas que su madre, padre, abuelo, tío, hermanos y Rosa habían preparado para ella. Sólo Millaray sabía el verdadero destino de Maylen. Para el resto de la familia, estaba volviendo a Buenos Aires.

De quien más le costó despedirse fue de su abuelo Tim. No podía subirse al auto. La casa, su gente, su tierra la anclaban al lugar, y le costaba horrores decidirse a abandonar aquello. Sus hermanos bromeaban para romper con la tristeza que abrazaba a todos, y sólo lo conseguían por lapsus intermitentes de tiempo; cuando acababa la carcajada, el brazo de la angustia se sentía apretar fuerte nuevamente.

Salvo su madre, todos intentaban persuadir a Maylen de no viajar de noche, pero ella se mantenía en sus trece; no quería que nadie la viera tomando el sentido contrario al que tenía que tomar, para llegar a la cabaña del lago. Aducía que estaba acabando febrero y las rutas, durante el día, estaban congestionadas de autos; y el sol fortísimo de la tarde recalentaría el vehículo, impidiéndole usar el aire acondicionado buena parte del viaje si quería que su motor llegara sano y salvo a Buenos Aires.

Con la promesa de regresar en poco tiempo, las lágrimas corriéndole el rímel, y la angustia cerrándole el pecho, Maylen soltó la mano de su abuelo y finalmente se metió en el auto que su hermano había puesto en marcha. Corrió a Lautaro del asiento del conductor y, después de abrazarlo con fuerza, cerró la puerta del auto y no miró a nadie más. Enfocó su mirada en la calle iluminada con luces de neón, y emprendió el trabajo de unir las luminarias, como la punta del lápiz une puntos para formar figuras en una revista de niños.

Llegó a la intersección de la calle de tierra que unía la finca con la ruta nacional cuarenta. Detuvo el auto; si doblaba a la izquierda, en poco tiempo llegaría a la ruta interprovincial y estaría camino directo a Buenos Aires en

menos de dos horas. Podía bloquear su mente, como lo había hecho anteriormente, y olvidarse del asunto. Ya no cargaba la mochila que ella había creído más pesada; no obstante, empezaba a comprender que estaba nuevamente equivocada: el peso que bajó era el de una pluma, comparado con el que tenía la inicial G. Si doblaba a la derecha, todos los fantasmas saldrían a su encuentro. Había prometido a su madre no volver a huir, pero le transpiraban las manos, y las lágrimas que habían dejado de brotar minutos atrás, resurgieron con mayor caudal.

Una duda cruzó por su cabeza: ¿estaría esperándola Gabriel? Tal vez todo era una pantomima para que ella sintiera lo que significaba ser dejado de lado. Tal vez estaría esperando a un costado de la casa, y se destornillaría de risa una vez que ella se marchase después de estar sola en aquel solitario y oscuro páramo. Todo podía ocurrir, pero esta vez no se quedaría preguntándose qué podría haber ocurrido.

Capítulo 18

No había nadie. La cabaña estaba cerrada y a oscuras. La única luz de aquel lugar eran los faros encendidos del auto de Maylen, que se acercaba lentamente, zigzagueando al compás del pedregoso camino que subía una colina.

Para acceder a la cabaña, tenía que transitar por la calle que entraba a la finca *Refugio del Sol* y bordear toda la plantación por el lado sur; ella conocía el camino, hacerlo de noche siempre le había dado un poco de miedo, y sólo una vez lo había hecho sola.

El estrecho sendero no permitía girar; tendría que llegar a la casa para poder volver, no pensaba ir marcha atrás varios kilómetros sin ver nada.

La cuesta no era elevada, sin embargo permitía tener una buena panorámica de la casa vacía a pesar de la oscuridad. La camioneta de Gabriel no se veía, aunque sabía del galpón trasero en el que podría haberla guardado.

Llegó al frente de la casa y, al girar el auto, miró con atención por debajo de la puerta y los bordes de las dos ventanas delanteras para ver si se filtraba alguna luz que viniera del interior. No bajaría, no le daría el gusto de quedarse parada frente a la puerta mientras él se reía.

Estacionó y, con un bocinazo tan breve como un suspiro interrumpido, esperó dentro del auto a que se abriera la puerta. Maylen estaba tan absorta, mirando la entrada de la casa, achicando los ojos para focalizar mejor, que al abrirse de golpe la puerta del coche casi le da un ataque.

Gabriel sonreía ante su cara espantada, y le tendió la mano para ayudarla a descender.

—Yo lo llevaré atrás.

—¿De dónde vienes?

—Estaba intentando hacer funcionar el generador, pero no quiere hacerlo. ¿Te gustaría pasar la primera noche a la luz de las velas?

—También hay lámparas de aceite —le recordó Maylen.

—No son tan románticas como las velas —rio él, y se sentó en el asiento del chófer para llevar el auto de Maylen al cobertizo trasero—. La puerta está sin llave, si quieres entrar.

—Te esperaré —dijo rápidamente Maylen, que no quería estar en la cabaña sola y a oscuras.

—Haré unos intentos más con el generador.

—No me importaría pasar la noche en vela —aseguró Maylen.

—No opinarás lo mismo cuando sientas hambre, todo lo que hay en la heladera es para microondas.

—Ve entonces a darle unos golpes al viejo generador.

—No es el mismo. Nada de lo que hay en la cabaña es lo mismo que conociste.

Si Maylen se sorprendió, no lo expresó con palabras; sólo sonrió y vio cómo Gabriel desaparecía con su auto. En la penumbra del lugar no había podido verlo con toda la plenitud que hubiese querido, pero el perfume de Gabriel era tan cautivador como su figura. Estaba como siempre: de jeans, camisa y botas, pero no se podía decir que fuera corriente. Gabriel podría lucir la misma ropa todos los días de su vida, que para Maylen sería único cada vez que lo mirase.

Maylen oteó el horizonte, lo primero que se veía eran las luces de la finca de Gabriel; más lejos, las luces de la finca de su familia. Se podían distinguir fácilmente los pequeños grupos luminosos que indicaban dónde había una plantación, rodeado del negro de la noche; y más a lo lejos: un cúmulo de luces que iban dispersándose a medida que se alejaban del núcleo que indicaba el centro del pueblo de Eugenio Bustos. Varios kilómetros más alejado, también se veía el resplandor que irrumpía en la noche como una esfera de cristal iluminada que emanaba de la ciudad de San Carlos.

Gabriel volvió a aparecer por el lado que no esperaba, y la levantó para cruzar el umbral de la puerta.

—Gabriel, bájame —le increpó Maylen, pero no en tono autoritario; era más una súplica.

—Eres mía por una semana, Maylen —decretó, apretándola más contra su pecho.

—Ese no era el trato.

—¿Ah, no? ¿Qué pensaste que haríamos solos, en medio de la nada?

—¿Mirar las estrellas? —propuso, observando la reacción de Gabriel.

—Estaría bien, pero sólo podría soportarlo durante cinco minutos, y después de hacer el amor de manera salvaje. —Gabriel la bajó, no sin antes plantarle un beso en los labios para evitar que replicara al comentario que había hecho—. Prenderé las velas, el generador no quiere saber nada de iluminar la noche, y adiós cena.

Maylen escuchaba los pasos de Gabriel, y los ruidos que iba provocando a su paso. A medida que encendía las velas, y la luz abatía la penumbra, Maylen oteaba el lugar. Todo estaba cambiado. Los muebles no eran los mismos: la alfombra era clara y la chimenea había sido tirada abajo y levantada en la pared opuesta.

—¡Cuántos cambios!

—Como en mi vida —replicó inmediatamente al comentario.

—Me gusta el sofá, es muy amplio.

—Me alegro, vas a estar en él mucho tiempo esta semana.

Maylen enrojeció al momento que Gabriel encendía la última vela y se volvía hacia ella.

—No puedo creerlo: todavía te sonrojas. Creí que las mujeres de mundo no hacían tales cosas.

—No soy una mujer de mundo, sólo trabajo en una gran ciudad.

—Y tienes amigos con los que compartes fines de semana... Supongo.

—Gabriel, no quiero hablar del pasado, ni que cuestionemos nuestra manera de vivir. Pasaremos una semana juntos y eso será todo.

—Y después dices que no eres una mujer de mundo —se rio con ganas de

Maylen—. Las mujeres del pueblo, para pasar una noche con un hombre, tienen que llevar, por lo menos, tres meses de novias... o ser unas locas.

—No soy ninguna prostituta, Gabriel —aseguró disgustada, Maylen, tomando el bolso que había dejado sobre el sofá. Agregó—: Esto es una locura, será mejor que dejemos todo como estaba hasta ahora.

Gabriel dejó que llegara hasta la puerta antes de hablar:

—Lo prometiste, Maylen, y perdona si te he ofendido. De veras, no creo que seas una prostituta.

Maylen se quedó mirando la noche con la puerta abierta, un par de segundos, y la volvió a cerrar. Se moría por salir de allí corriendo; no porque le desagradara la idea de estar con Gabriel, sino porque a cada segundo que pasaba se daba cuenta de que no saldría de allí de otra manera que no fuera con el corazón destrozado.

Gabriel esperaba a que se decidiera. No iba a decir ni hacer nada más al respecto. Sólo esperaba a que Maylen tomara una decisión. Si se marchaba, se lo merecía por imbécil; pero también sería un alivio. No podía creer que Maylen hubiera aceptado aquello. Se lo propuso a modo de desafío, para poder echarle en cara lo cobarde y egoísta que era, y le estaba saliendo bien hasta que ella volvió para darle el «sí». Los días anteriores, a pesar del agotador trabajo que fue la fiesta de la vendimia, no pudo dejar de imaginar las diferentes maneras de tratar a Maylen, y decidió que lo haría como lo hacía con sus ocasionales jóvenes compañías femeninas. En definitiva, no se trataba de otra cosa aunque Maylen fuera a pasar varias noches con él, situación que no compartía con sus «amigas». Siempre encontraba a bellas damas, que invitaba a la finca, y ellas, encantadas, aceptaban pensando en una luna de miel anticipada con el dueño; pero él las instalaba en el hotel, y luego los guías de la finca eran los que las acompañaban en las jornadas. Gabriel aparecía por las noches en el cuarto en el que la hubiera alojado y, cuando su cuerpo se saciaba, volvía a casa. Jamás había llevado a ninguna de sus amigas a la cabaña; ése era su santuario, y no osaba violar su intimidad. Nunca se había marchado de la finca; al comprar la hostería a los padres de Paloma,

pensó en adecuar una parte como residencia definitiva, pero rápidamente cambió de idea. La administración del hotel estaba en manos de un excelente profesional y amigo de San Carlos, y él había vuelto a la finca después de varias semanas de vivir allí. Era un chacarero, no podía cambiar su naturaleza.

Maylen volvió a bajar el bolso.

—No era mi intención insultarte con el comentario. Nunca podrías ser una chica mala. —Gabriel se acercó a ella y le levantó el mentón para volver a disculparse—. ¿Me crees?

Maylen asintió con la cabeza y se alejó.

—No soy una prostituta, pero tampoco soy una chica buena.

—¿Qué quieres decir?

—Soy una egoísta. ¿No es eso lo que todos pensáis?

—Estás a tiempo de redimirte; yo podría ayudarte a encontrar el camino.

—No me digas, ¿y cómo lo lograrías? —interrogó en tono cínico.

—Demuéstrame que puedes darme todo lo que te pido, y saldré a gritar en medio de la plaza que eres la chica más generosa y magnánima que existe.

—Pasaría a ser una jactanciosa que pretende demostrar cuánto da.

—No te preocupes de lo que piensen lo demás —se volvió a acercar a ella y la tomó de la cintura—. Sólo preocúpate de lo que yo piense.

—¿Por qué tendría que hacer eso? Tú eres quien tiene el peor concepto de mí.

—No es cierto.

—Sí lo es.

—Demuéstrame que puedo confiar en ti.

—¿Por qué querrías hacerlo? Sólo estaremos juntos una semana.

Gabriel se apartó de ella y se quedó serio.

—Tú pusiste tus condiciones para hacer esto; aquí van las mías —levantó la mano y levantó el dedo índice—: Primero, no quiero que estés repitiéndome que sólo estaremos juntos el tiempo que quede —levantó el dedo mayor y siguió—: Segundo, todo lo que digamos o hagamos durante la semana se

quedará aquí —levantó el dedo anular—: Tercero, la semana comienza ahora.

Gabriel se acercó a Maylen y la tomó de la nuca para acercarla hasta él, bajó lentamente hasta tomar la tímida boca que Maylen levantaba. Sus labios se encontraron en ese camino, y Gabriel presionó un poco la nuca de Maylen para que abriera la boca y darle paso a una lengua caliente, que se desbocaba por saborear la dulzura de ella. Maylen aceptó la exigencia, y su lengua salió al encuentro de la de Gabriel, que gimió cuando la sintió participar. A partir de ese momento no hubo más exigencias de parte de ninguno de los dos. Sus cuerpos se fundieron, los besos comenzaron a salirse de sus carriles a los cinco minutos de iniciar la refriega. Gabriel se inclinó para besarle el cuello y el lóbulo de la oreja. Maylen se aferraba a sus hombros y hundía su boca en el hueco del cuello, de donde Gabriel emanaba un perfume que embotaba sus sentidos.

Gemidos, palabras incoherentes cargadas de pedidos que ambos comprendían; manos que recorrían un cuerpo que se dejaba acariciar. Las prendas lentamente se fueron corriendo de su sitio, las manos hurgaban cada vez más adentro en los lugares que intentaban cubrir.

Gabriel metió una mano bajo la fina camisa de Maylen, y corrió el sostén para reemplazarlo por la palma abierta. Ella dio un respingo de estupor, pero los sonidos de Gabriel, que intentaban explicar que todo iba bien, la relajaron y volvió a estirar los brazos sobre la nuca de él para acariciarlo y acercarlo más a ella. Con la otra mano, Gabriel comenzó a desprender los botones, y en pocos segundos las dos manos reemplazaban al caído sostén. Los masajes lentos y calientes que sentía sobre sus pechos la hacían ser más impulsiva con los besos.

Hacía dos años que Maylen no tenía sexo, y muchos, muchos más que no hacía el amor con nadie. Una parte de su cuerpo se había adormecido; y en ese instante despertaba con toda la furia del abandono. Se sentía derretir en los brazos de Gabriel, esas manos expertas que le masajeban los pechos, y apretaban el pezón en el momento justo para hacer vibrar su entrepierna, estaban acabando con su cordura.

Gabriel estaba sorprendido; esperaba encontrar a Maylen mucho más experimentada. Ella dijo que tenía amigos, y en su calenturienta cabeza imaginó que llevaría casi la misma vida que él. Tal vez más discretamente, debido a su trabajo; pero, de todas maneras, se la había imaginado con una vida sexual activa. La forma en que se sobresaltaba cada vez que intentaba una caricia erótica no era fingida. La sentía arrojada pero torpe. Era una sorpresa que no esperaba de la chica «de ciudad».

Su más anhelado deseo, desde que supo que Maylen pasaría con él aquellos días, era una reconquista salvaje de aquel cuerpo, que un día le perteneció, y al cual había iniciado en el amor. No contemplaba la ternura; sería sólo sexo, del más puro. Escuchar los gemidos, sentir el perfume de Maylen y saborear su piel, que se erizaba cuando acariciaba y besaba sus zonas más sensibles, aplacaron a la fiera sexópata de Gabriel, quien, poco a poco, fue rindiéndose a la caricia lenta y suave.

Parsimoniosamente, Gabriel la hacía retroceder hacia el cuarto, donde una gran cama ocupaba casi todo el espacio de la habitación. Las prendas de Gabriel habían ido cayendo una a una en el camino, que demoró mucho más tiempo de lo que se necesitaba.

Maylen no tuvo problemas con la vestimenta porque mucho tiempo antes de emprender el lento camino, Gabriel la había despojado de las prendas en su totalidad. En un momento de lucidez inspirada quiso detener el despojo, pero Gabriel no cejó y salió victorioso de aquella primera batalla. Pegado a su boca, sonrió cuando la recatada prenda interior, de un rosa inocente, se deslizó hasta el piso, a pesar de que ella había cerrado las piernas.

Ahora éstas chocaron con el borde de la cama, y Gabriel hizo que se recostara, presionando su gran cuerpo sobre el de ella. En ningún momento sus manos soltaron la espalda ni las nalgas; alternaba entre una y otra, dejando rastros de fuego en el camino iterado.

—¿No estamos yendo demasiado rápido? —preguntó en un jadeo cuando Gabriel liberó su boca para lamer un pezón.

—No —respondió escuetamente, y continuó con la faena que involucró a

ambos pechos en pocos segundos.

—Gabriel...

—Calla, Maylen, esperé siete años; no creo que vayamos muy rápido. — Gabriel volvió hasta su boca y calló las demás palabras de Maylen con un beso impetuoso.

La mano de Gabriel se acomodó en el calor húmedo de su entrepierna, y con movimientos lentos acarició la zona hasta que sintió que Maylen respiraba tan fatigosamente como lo hacía él. Se alejó de su boca para acomodarse en la entrepierna, y apoyar su erguido miembro en la entrada del cuerpo de Maylen, preparándolo con el condón.

—Mírame, Maylen —ordenó, y esperó a que abriera los ojos.

A Maylen le costaba enfocar la mirada; al escuchar la voz de Gabriel, abrió los ojos, y la figura erguida frente a ella, a punto de invadir su cuerpo, le provocó tal estremecimiento que los ojos se le llenaron de lágrimas. No tenía miedo. Era una sensación de acabar con una agónica espera que había durado demasiado tiempo.

—Nada de lo que hagamos mientras estemos juntos estará mal, ¿de acuerdo?

No podía poner voz en la mueca que pretendía su boca; asintió con la cabeza y con disimulo levantó la mano para secarse las lágrimas antes de que se volcaran de sus ojos.

Gabriel se hundió profundamente en ella, y sintió la estrechez del canal que se tensaba para recibirlo, y el grito que la embestida produjo involuntariamente en Maylen, que cerró sus ojos en una mueca de dolor. Sus sospechas sobre la vida sexual de Maylen quedaron confirmadas, y se regodeó con el hallazgo. Se movió con lentitud al advertir el recogimiento del cuerpo que estaba amando, y con pericia reinició la efervescencia perdida por Maylen con la brusca penetración. Sus manos ágiles se escurrían de un pecho a otro, acariciando la piel en el recorrido hasta las caderas; ida y vuelta. Sus palabras susurradas y atrevidas, anunciándole todo lo que haría con su cuerpo antes de abandonarse al mejor orgasmo de sus vidas, cumplieron

satisfactoriamente su objetivo. En pocos minutos, Maylen danzaba a su ritmo, y las manos de Gabriel se anclaron en sus estrechas caderas para profundizar la invasión de su miembro en aquel canal que, poco a poco, le daba la bienvenida, alfombrando su paso con el rocío de sus pétalos.

Gabriel no pudo con su misión. Desde el inicio no logró tratar a Maylen como a cualquiera de sus follamigas. No pudo ser puro sexo. Los recuerdos de su primera noche en la montaña, cuando tomó su inocencia sin mediar compromisos, se agolparon en su cabeza no bien entró en su cuerpo, y ella lo recibió casi de la misma manera que aquella primera vez: los ojos muy cerrados, las manos sujetando sus hombros, arañándolos, los labios apretados y el cuerpo tenso. No sabía si, de haber sido así, habría tenido la misma reacción; era algo que jamás descubriría. En ese mismo momento todas sus intenciones anteriores caducaron.

Era Maylen la que estaba allí: debajo de su cuerpo. Se movía con lentitud y veía sus ojos cerrados y su boca entreabierta, suspirando en cada acometida; su piel dorada se hallaba perlada de una fina capa de sudor, su aroma llenaba la pequeña estancia, y su cabello color miel oscura, mucho más corto que en el pasado, se desparramaba en la almohada.

—Sonríe, Maylen —suplicó, totalmente obnubilado por la visión que tenía debajo de él.

Ella abrió los ojos y le sonrió. Una punzada directa al corazón de Gabriel hizo que se apartara de ella.

—Esto no va a funcionar —dijo, y se alejó.

Maylen se levantó asombrada ante la reacción de Gabriel, que mientras se agitaba los pelos de la cabeza con una mano, con la otra levantaba el pantalón que había quedado en el piso.

—¿Qué ocurre, Gabriel?

—Vete, Maylen, vete y no vuelvas nunca.

—Era eso —dijo ella, sonriendo, negando con la cabeza la estupidez que había cometido, pero ya era tarde para lamentos—. Tenías que darte el gusto de echarme, de ser tú quien pusiera el fin a esta historia —se levantó de la

cama y se quedó mirando a Gabriel varios segundos, antes de decidirse a pasar a su lado para ir hasta la sala, en busca de su ropa.

Gabriel, con el pantalón de jeans puesto, se quedó en el marco de la puerta dándole la espalda, con las manos apoyadas a ambos lados. Ella se acercó, y estaba por pasar por debajo de unos de sus brazos, cuando él se giró para quedar con la cara pegada a la de ella.

—¿Por qué me dejaste?

—No quiero hablar del pasado.

—¡Necesito entender! —Gritó—. ¿Había alguien más? —indagó, asombrado de que ahora se le ocurriera semejante alternativa, que nunca había siquiera imaginado.

—Gabriel, estaba embarazada.

—Que yo recuerde, tú no lo sabías —replicó con sarcasmo, y su cuerpo cubrió más el de ella.

Maylen no sabía cómo salir de aquella situación. El Gabriel que conocía era incapaz de ponerle una mano encima a una mujer; el que tenía delante era tan desconocido como peligroso para ella.

—Será mejor que me vaya.

—No, quiero que respondas: ¿Por qué me dejaste?

—Nada va a cambiar, déjame marchar.

—¿Tienes que volver con tus amigos?

—No, tengo que volver a mi vida tranquila.

—Y yo soy un estorbo en tu tranquilidad.

—Algo así.

—Me agrada oír eso, saber que soy algo en tu vida.

—Gabriel, necesito vestirme.

—No, no te irás —la contradijo, y la tomó de los hombros para pegarla a su cuerpo.

—Gabriel, me estás asustando.

—Voy a romper el hielo que tiene tu corazón como escudo. No puedo amar

a una mujer tan fría.

—Tú no me amas, Gabriel.

—No puedes saber lo que siento yo, Maylen; y antes de que termine esta semana, tú me amarás de la misma forma.

—No quiero que nos lastimemos más de lo que ya lo hemos hecho —al notar que Gabriel negaba con la cabeza, ella agregó—: Bueno, no quiero lastimarte más de lo que ya lo he hecho.

Gabriel seguía negando con la cabeza, la estrechó más contra su cuerpo y comenzó a besarla con desesperación. También a llorar mientras la besaba, y fue el turno de Maylen de sentir la punzada en el corazón.

—Quería tratarte como a una de mis putas —confesó, besándole el pecho—. Pero te amo. No dejé de amarte en todo este tiempo; es como si hubiese congelado todos mis sentidos hasta que he vuelto a verte.

Maylen lo tomó de los cabellos y le levantó la cara, le besó en los ojos, y luego bajó hasta su boca. Gabriel se dejó hacer, extendió las piernas y sintió cómo Maylen se alzaba sobre él, abrazándolo con las dos piernas en la cadera. Volvieron a la cama entre besos y jadeos descontrolados. Gabriel apenas tuvo tiempo de abrir la cremallera de su pantalón, y su miembro saltó, resentido por la anterior interrupción, y buscó frenéticamente la entrada estrecha de la cual había sido abruptamente separado.

Ambos suspiraron cuando sus cuerpos se complementaron profundamente. No hubo dolor ni molestias en Maylen. Sólo el galopar alocado de sus corazones era el fondo rítmico de sus gemidos disonantes.

—El tiempo dejó su huella imborrable: tu piel y mi piel se reconocen, Maylen —jadeó Gabriel, totalmente impactado por la potencia e intensidad de la unión; sus movimientos eran muy pausados y profundos y apenas podía abrir los ojos—. Esta noche todo vale, es la memoria de nuestros corazones.

Maylen lo escuchaba, y su corazón parecía reconocer en las palabras de Gabriel un mandato, y se abrió a ellas; en poco segundos sintió la misma plenitud que sintió años atrás en los brazos de ese mismo hombre, el único que podía lograrlo.

—Dime si en algún momento, en todos estos años, no has querido frenar el mundo, y que esto que hoy estamos haciendo pasara una vez más...

Maylen no respondió; se abrazó con fuerza a Gabriel y lo besó como si fuera la última vez que lo hiciera; su corazón estaba a punto de estallar, y no podría decir una sola palabras sin llorar. Gabriel sintió cómo caía el muro de piedras que había erigido Maylen en ese preciso momento, y ya no habló más.

Terminaron tendidos en la cama. Gabriel cayó sobre Maylen, y allí quedó tieso. Sus cuerpos seguían unidos mucho tiempo después de saborear un orgasmo compartido y maravilloso; ninguno de los dos se atrevía a romper aquella quietud.

La comunicación entre ambos era difícil. Gabriel estaba confundido, no había querido decir lo que dijo, pero Maylen podía con él. Nunca hubiera logrado tratarla de la forma en que había previsto. La amaba; no obstante, se arrepentía de habérselo dicho.

Maylen pensaba en el desafío que le había lanzado Gabriel; estaba tan equivocado que le daban ganas de reír. Ella lo amaba, siempre lo había hecho, y lo haría hasta el último día de su vida; lo difícil para ellos era estar juntos.

—¿Tienes hambre? —preguntó Gabriel, con la cabeza apoyada a un costado de Maylen, y una mano acariciando su abdomen.

Los dos colgaban las piernas por el borde de la cama, y Gabriel tenía muchas dificultades en abandonar aquel cálido refugio.

—No —contestó ella, girando la cabeza para encontrarse con la mirada de Gabriel,

Él tenía el cabello pegado a la cara sudada, los parpados húmedos, y sus ojos negros la miraban con ternura.

—Mi madre y Rosa me obligaron a atiborrarme de comida antes de salir de la finca.

—No lo dudo, y también imagino que te dieron comida para el viaje.

—Exacto.

—¡Cómo las amo! —Gritó Gabriel, y se levantó para darle un sonoro beso

en los labios—. No tienes que ponerte celosa —bromeó.

Se levantó de un salto, se acomodó el pantalón, y se perdió tras la puerta.

—Estoy seguro de que lo dejaste en la mini-nevera, en el baúl —gritó cuando estaba por abrir la puerta de entrada para ir a buscar la comida.

—Sí —afirmó Maylen desde el dormitorio.

Buscó corriendo su bolso, que había quedado en la sala contigua a la habitación, y sacó una camisa cuadrillé y un short jeans, todo desflechado. Se calzó unas zapatillas blancas de lona y entró al cuarto de baño. El dormitorio, el baño y la sala con un desayunador como separador de la cocina, eran los ambientes de la cabaña de troncos en la que estaban.

Gabriel entró con varios recipientes herméticos repletos de comida, espío en la pieza y no la vio.

—Caminando, no creo que te hayas ido; sé que le temes a la oscuridad, así que debes de estar en el baño.

—Aquí estoy —gritó Maylen, y sintió cómo la puerta se abría lentamente.

Ella se estaba levantando el pelo en una cola de caballo, frente al espejo, y dejó que Gabriel la abrazara por detrás para besarle el cuello descubierto.

—Mañana a la mañana arreglaré el generador y tendremos agua caliente para bañarnos.

—No hay problema, si no puedes solucionarlo, podemos hacerlo en el lago.

—¡Qué poca fe me tienes!

—Está bien, sé que antes eras un reparador innato de cualquier artefacto.

—Ahora soy un experto, pero no tengo visión nocturna. El generador tendrá que esperar a mañana.

—Bien, señor experto. ¿Encontró la comida?

—Sí. ¿A cuántas personas pensaba alimentar Rosa con toda esa comida que ha empacado?

—No lo sé, pero no quería herirla diciéndole que todo iría a parar a un cesto.

—Menos mal que no lo has hecho, o pasaríamos una noche de hambruna.

—Ve a comer, en un momento te alcanzo.

Gabriel, que había dejado de besarle el cuello para hablar, volvió a retomararlo y subió las manos para acariciarle los pechos, arriba de la camisa. Maylen miraba cómo Gabriel la besaba a través del espejo, y no podía parar de estremecerse y jadear.

—Tú serás mi postre —susurró, y le plantó un beso en la mejilla antes de soltarla y abandonar el baño.

La dejó sola, y ella, después de varios minutos de mirada perdida en la profundidad del espejo, intentando buscar respuestas en aquella dimensión desconocida, se despabiló con agua fría y abrió la puerta del mueble sólo para curiosear y dejar de pensar en lo que vendría. La caja de preservativos la devolvió a la realidad de un tirón; recordaba que la primera vez Gabriel lo había usado, pero estaba casi segura de que no lo hizo después. Lo sacaría del baño y lo llevaría a la mesita de luz que estaba a un costado de la cama, para no ser tan descuidada las próximas veces; porque estaba segura de que serían muchas.

Capítulo 19

Reemplazó el generador por uno viejo que estaba guardado y lleno de polvo en el mismo cobertizo; y éste, a pesar de los años de desuso, funcionó no bien le dio el arranque. El día había comenzado con una fina llovizna constante, muy inusual en aquella geografía. Durante todo el día, además de hacer el amor y comer, miraron viejas películas en DVD y hablaron de sus actuales trabajos. No necesitaron levantarse del cómodo sofá al mediodía para descongelar la comida, aprovecharon todo lo preparado por Rosa.

A la hora de la cena tuvieron su primer desencuentro.

—Hay una caja de vino en el baúl de mi auto.

—En esta cabaña sólo se toma vino de la finca.

—No seas ridículo, Gabriel; ayer cenamos con el vino de esta finca, hoy lo haremos con uno de Paraíso.

—No, señora, eso sería traición.

—¡Iré a traerlo yo!

—Maylen, no lo abrirás —advirtió Gabriel, y se hizo a un lado en el sofá cuando ella se levantó intempestivamente, arrojando la fina colcha que los cubría a ambos, que seguían acostados mirando la película.

—Por supuesto que lo abriré; no podrás impedirlo y, además, beberás de él.

—Antes me cosería la boca.

—Entonces, te lo meteré por las orejas, pero te puedo asegurar que lo beberás —aseguró Maylen, parada adelante de la puerta, calzándose las botas para salir.

—¿No estarás pensando en salir sólo en camisa?

—Nadie puede verme. Es de noche, estamos lejos de los cultivos, y tu camisa me cubre hasta las rodillas.

—Puede haber turistas en el lago.

—No a esta hora; además, tampoco podrán verme con ese matorral que se ha formado al lado del cobertizo.

—¿Es siempre tan descocada, señorita «de ciudad»?

—Sólo cuando acepto pasar una semana internada con un hombre al que hace siete años que no veo.

Gabriel se quedó callado, y Maylen salió no sin antes ver cómo la cara de Gabriel se iba endureciendo a medida que las palabras salían de su boca. Era una bocazas. Tenía el don de arruinarlo todo.

A medida que caminaba el corto trecho hasta la parte posterior de la cabaña, esa noche totalmente iluminada en sus cuatro laterales, se convencía a sí misma de que era lo mejor; sólo estarían juntos una semana. Gabriel lo había dicho: lo que pasara en la cabaña, allí se quedaría; y Maylen estaba segura de que todo acabaría definitivamente al terminar la semana. Gabriel no la amaba, ni ella tampoco a él. Todo lo que estaban viviendo servía para apagar la culpa; era la justificación más cómoda, y la única que ella iba a aceptar.

Gabriel se levantó, se ajustó el claro pantalón náutico, y se colocó una remera ajustada de mangas cortas antes de que Maylen regresara. No sabía cómo romper aquella coraza fría. El primitivo impulso que lo llevó a estar en aquel lugar fue totalmente reemplazado. Ya no quería tomarla para demostrarle lo buen amante que era, y que lo comparara con sus «amigos». No, quería dominarla; quería poseerla en cuerpo y alma, y Maylen se resistía. Se dio cuenta de que nunca la había tenido verdaderamente como había pensado años atrás. La prioridad de Maylen era Maylen y nadie más. Él quería cambiar eso. Su reto era que la prioridad de Maylen fuese la pareja. Y para eso tenía que demostrarle que la haría feliz. Ella tenía muy claro que sólo pasaría con él una semana, y Gabriel estaba seguro de que eso ocurriría; pero estaba dispuesto a meterse en su cabeza y en su corazón de tal manera que esta vez regresaría, y no pasaría más de un mes antes de tenerla de nuevo.

—Has tardado mucho. ¿No has encontrado el vino? —preguntó, sonriente,

con una bandeja de comida en la mano, que estaba llevando hacia el desayunador. No había mesa en la cabaña. Se sentaban en las altas banquetas, y allí comían si no querían hacerlo directamente en el sofá.

Maylen había demorado más de lo necesario, pensando que encontraría a Gabriel disgustado por el último comentario que había hecho antes de salir; pero él estaba radiante, al parecer había asumido, al igual que ella, que el idilio duraría sólo una semana.

—Me quedé mirando la vista de la plantación —dijo, admirada, y en parte lo estaba porque lo había hecho—. Se ha ampliado bastante —agregó, sonriendo.

—No será *El Paraíso*, pero *Refugio del Sol* se ha convertido en una finca importante.

—Siempre lo ha sido.

—Pero sólo a nivel local, ahora hablamos de exportaciones a Europa.

—¡Uff! ¡No, por favor, negocios NO! —Imploró, agitando las manos para que cambiara de tema—. Me alegro de todo corazón, pero no quiero hablar de plantaciones, comercialización, exportaciones o clientes. Mi abuelo me ha inflado el oído de tanto hablarme de ello.

—No lo haré, pero te demostraré por qué el vino de la finca *Refugio del Sol* es superior a cualquier otro; y si tú quieres competir, tendrás que exponer tu argumento.

—No puedo competir contigo en ese ámbito.

—Entonces, beberemos de esta botella —levantó la fina botella en forma de bala de ametralladora, con el pico fino, de etiqueta plateada y elegantes letras negras—. Sin discusiones.

—No es justo, éste es mejor —replicó Maylen, levantando su botella de etiqueta roja en forma de frasco de experimento de un científico: base ancha y un cuello fino y muy largo, que era envuelto con una negra etiqueta de letras plateadas, igual que la etiqueta central del botellón—. El mejor Malbec de la Argentina —dijo con total seguridad.

—Fundaméntalo.

—No sabría —dijo, apoyándolo en la barra de madera.

Se sentó en la alta banquetta de largas y brillantes patas de caño cromado y estudió con atención la etiqueta, y la reseña que estaba en la parte opuesta mientras rememoraba las palabras de su abuelo para los turistas.

—Inténtalo —la alentó Gabriel, que se sentó en la banquetta frente a Maylen.

Había dispuesto unas croquetas de carne en una fuente, unos pancitos salados junto con un pedazo de queso para trocear en otra, y dos grandes copas de vino. Sacacorchos en mano, se abocó a la tarea de destapar el vino mientras esperaba que Maylen dijera algo.

—Es cosecha de 2005 —empezó tímidamente—. Estacionado en barricas de roble inglés, de aroma intenso y afrutado, y un brillante color rubí profundo con matices violáceos o azulados que pueden...

—¡Oh, Dios! ¡Estás leyendo la etiqueta! Menos mal que te dedicaste al periodismo... o habrías fundido a tu familia.

—Eso no es cierto. Si me hubiera interesado aprender, lo hubiese hecho bien.

—Yo sabía más de vinos a los quince años que tú ahora.

—Me dediqué a otra cosa.

—No es excusa, así que ve guardando esa botella.

—A ver, señor experto, hazlo tú —lo desafió.

Gabriel sirvió dos pequeños tragos en cada copa, y Maylen se reprendió en silencio por su estupidez. Su abuelo siempre decía que no se puede explicar el vino: hay que saborearlo. Gabriel se estaba riendo de ella desde la primera palabra.

—Toma —le ofreció una copa, y luego caminó hasta situarse frente a ella—. Inclina la copa y mira su color al trasluz —esperó a que lo hiciera—. Es verdad lo que decías.

—Sí, el abuelo tenía razón. Esa etiqueta debe de ser suya.

—Cierra los ojos, olfatéalo.

Maylen obedeció y acercó la copa a su nariz.

—Abre los ojos y mueve la copa. ¿Observas las pequeñas gotas que saltan a las paredes de la copa y luego resbalan por el cristal? —Gabriel acompañaba sus palabras con los mismos movimientos que Maylen—. ¿Ves cómo caen lentamente? Tiene un cuerpo espeso, pero no tanto como para fijarlo a la pared. Un cuerpo en equilibrio —acercó la copa nuevamente a su nariz y ordenó—: Olfatéalo nuevamente, con los ojos abiertos. ¿Notas la diferencia?

—Es más intenso.

—Como tu mirada cuando hacemos el amor. —Gabriel sonrió tras la copa levantada, y Maylen tomó casi el mismo color que el vino—. Pruébalo, no lo tragues. Mantenlo en la boca —esta vez él no hizo lo mismo, se limitó a mirar a Maylen—. Frutal, suave, aterciopelado como tus labios, y dulce como tu boca. —Gabriel susurraba las palabras y se pegaba más a Maylen, colocándose entre sus piernas.

La alta banquetta hacía que sus caderas casi coincidieran en altura, aunque la de Gabriel estuviera un poco más arriba.

—Sedoso como tus muslos —dejó la copa en la barra y, con las dos manos, acarició los muslos expuestos de Maylen, quien cerró los ojos ante el contacto—. Trágalo.

Maylen obedeció y Gabriel le robó la sensación del vino con un beso tan profundo como su aroma, color y sabor.

—Es el vino más exquisito que he probado en mi vida —susurró una vez que se sació del beso.

—Es por la copa de la que has bebido.

—Lo sé —afirmó, y volvió a sumergirse en el calor de su boca, y sus manos comenzaron a desabotonar la camisa que pronto dejó todo a disposición de sus manos y de sus ojos.

—Me gusta esta degustación.

—Te puedo asegurar que nunca he estado en ninguna tan placentera —jadeó Gabriel, pegado a un pecho.

Maylen volvió a beber de la copa y Gabriel apresó su sabor nuevamente en ella.

Acabaron degustando por lo menos tres botellas de vino, y acabándose la comida que Gabriel había preparado. Maylen sonreía por nada y Gabriel se destacó en contar chistes eróticos, sin gracia, pero bastante estimulantes para Maylen. Antes de llevarla a la alfombra y acabar lo que venía anticipándose durante horas, Gabriel abrió la cuarta botella de vino y acomodó las copas en un rincón.

Maylen lo veía hacer, le había sacado la camiseta y podía ver los músculos de la espalda y los brazos marcarse en cada movimiento. Espalda ancha, mucho más de lo que recordaba; cintura estrecha y brazos fibrosos; un cuerpo atlético sin una pizca de grasa. No recordaba haber visto nada parecido en la ciudad. Y los muchachos musculosos del gimnasio al que asistía en sus escasos momentos libres sólo le prestaban atención cuando hacía algún comentario sobre chicos guapos. Gabriel emanaba un aura tan viril que la atrapaba y la arrastraba a su lado. Él se giró y la vio observándolo con tanta intensidad que sonrió.

—¿Descubriste finalmente que te agrado? —preguntó, rasgando sus hermosos y grandes ojos negros.

—No; estaba pensando en cuánto les agradecerías a mis musculosos compañeros de gimnasio.

—Creí que te gustaba a ti.

—Yo te amo.

Se levantó al mediodía con un dolor de cabeza galopante. Sin abrir los ojos, se sentó en la cama y esperó a que su cuerpo se aclimatara a la nueva posición antes de intentar cualquier otro movimiento. Todavía sin abrir los ojos, sonrió al tocar el suave cobertor de la cama y recordar a Gabriel cuando le describía al vino; la tela era suave y sedosa, de textura fina y agradable al

tacto. Podía sentir el aroma a los dos, mezclados con el de la madera de la cabaña y el de su amor. No recordaba mucho más de las miles de descripciones que encontraron para intentar descubrir cuál de los vinos era más exquisito.

Su familia era dueña de una finca centenaria, pero ella no estaba acostumbrada a beber alcohol. Después de la tercera botella no recordaba palabras ni acciones, sólo la boca de Gabriel saboreando el vino de su cuerpo, y a ella haciendo lo propio del suyo sobre la alfombra. Bueno, recordaba haberle dicho a Gabriel un par de veces que lo amaba, pero estaba segura de que el exceso de vino exacerbaba los sentidos, y el bienestar se transformaba en amor, y Gabriel entendería la situación tal y como ella lo hacía.

Lentamente abrió los ojos y comprobó lo que sospechaba: Gabriel no estaba en la cama. Cuando lo encontrara, seguramente también comprobaría que él no sufría ninguna molestia tras haber ingerido la misma cantidad de vino que ella.

Nadie la interrumpió en la hora entera que estuvo en la pequeña pileta que ocupaba casi todo el baño. Gabriel no estaba en la cabaña; al menos, no dentro. Y de gritar para averiguarlo, ni hablar.

Al salir, encontró en la mesa de luz unas aspirinas y un vaso de agua. El mejor regalo en mucho tiempo.

Salió del cuarto en camiseta de algodón, fresca y suelta, y unos pantalones de jeans cortos. Las sandalias de cuero que le había traído de regalo Libko, artesanía de una reserva mapuche; y una coleta de caballo bien alta en medio de la cabeza.

La cafetera estaba encendida, y media jarra de café bien oscuro la tentaba más que cualquier otra cosa en ese momento. Miró el reloj con forma de cabaña de madera que estaba sobre la chimenea de piedras, y se asombró de la hora que marcaba: ¡las tres de la tarde! Silbó ante el descubrimiento y bebió un buen sorbo de la taza de café, que no estaba tan caliente como ella creía. Lo metió en el microondas para solucionar ese problema y, mientras esperaba a que el chirrido del aparato le indicase que estaba listo, caminó hasta la

ventana delantera para buscar a Gabriel por delante de la casa. La vista desde esa ventana era bastante amplia; descubrió con agrado que el clima había cambiado, y fuera hacía un sol radiante. Primero corrió sólo un poco las gruesas cortinas de paño verde, pero al necesitar más ángulo descorrió las cortinas totalmente, y abrió las ventanas para dejar paso al sol y al aire limpio, para que depuraran el lugar. El minuto transcurrió y el estridente pitido del artefacto le indicó que estaba listo.

Con serenidad acabó el café; la aspirina comenzaba su efecto restaurador, y decidió revisar los discos compactos de música, desparramados entre las películas que estuvieron mirando la tarde anterior. Ninguno de los antiguos remixados que encontró le gustaba, y pensó en los que tenía en el auto.

El sol estaba en su apogeo y calentaba la tierra, arrasándola con lengüetazos de brisa caliente. Llegó hasta el cobertizo trasero, que miraba al lago, y no había señales de Gabriel; lo había buscado por los alrededores de la cabaña, y tampoco encontró su rastro. La camioneta no estaba, y el auto estaba trabado por dentro y ella no tenía la llave. Estudió la situación y descubrió que Gabriel nunca se las había devuelto después de llevar el auto al galpón. Se paró en el ángulo noreste de la colina, y divisó los viñedos: sus verdes hojas formaban un manto encantador a la vista, pequeños círculos claros se distinguían entre el intenso verde; eran los sombreros de paja de los trabajadores de la viña, que hacían sus quehaceres diarios. Buena parte de los frutos todavía se mantenían en las plantas, esperando llegar a su punto justo para la cosecha tardía. Con la mano a manera de visera, estuvo varios minutos observando el movimiento constante de los círculos claros; lo único que se distinguía entre las plantas. Después cambió el objeto de observación: La pequeña ondulación en la que estaba la cabaña no servía para quebrar la definición de valle, pero sí para tener una excelente vista panorámica de varias plantaciones y la ruta nacional cuarenta que, como una serpentina brillante y lejana, unía los pueblos y el camino de gravilla que se separaba de ella, para internarse en la finca de Gabriel; y luego, el camino pedregoso y polvoriento seguía su recorrido bordeando la finca por el sur, para llegar al

punto exacto en el que ella se encontraba. Nada se acercaba por allí. Se veía desierta.

Totalmente superado el malestar con que había abierto los ojos, recogió un poco de comida de la cocina y salió en dirección al lago que se encontraba entre la colina y la gran muralla andina.

Gabriel agradeció que Maylen hubiese tomado mucho la noche anterior, y esa mañana durmiera como un tronco. Desde muy temprano, su móvil comenzó a sonar con insistencia. Él tampoco había salido ileso de la confrontación ética en que ambos se habían enfrascado, pero estaba mucho mejor que su compañera. Los primeros dos intentos de comunicación quedaron entre las llamadas perdidas. El tercero, a base de insistencia por parte del que llamaba; revisó el móvil y su dolor de cabeza aumentó al ver de quién era la llamada.

Perla estaba en la finca. Se había quedado en el hotel la noche anterior, y lo esperaba en la casa de la finca; fue lo que entendió cuando atendió el móvil. Había insinuado que podía ir a buscarlo a la cabaña, pero él la cortó de plano no bien entendió lo que estaba planeando. Le dijo que lo esperara; se vistió en un santiamén y bajó a la casa.

Aquéel era el motivo por el que nunca invitaba a sus amiguitas de ciudad a quedarse en la finca. En la casa él tenía sus propias dependencias: toda un ala era de uso exclusivo de Gabriel, donde contaba con tres habitaciones para huéspedes; en una de ellas se había quedado Perla. El lugar estaba unido a la casa, pero era totalmente independiente si se cerraban las amplias puertas de dos hojas que daban individualidad a las alas. También era el mismo motivo por el cual, en la misma ciudad de Mendoza, sólo salía con alguna muchacha dos o tres veces, y luego ponía punto final a algo que no había llegado a comenzar.

Salió siete u ocho veces con Perla, la invitó una semana al pueblo, la llevó a la finca y... ¡*Voilà!* Se había ganado un problema.

Corrió en cuanto vio la camioneta acercarse a la casa por la ruta que venía desde atrás. Gabriel sonrió al notar lo. Estaba bellísima: una graciosa pollera muy corta color rosa, de pequeñas capas de gasa, mostraba sus largas y

delgadas piernas bronceadas; una camisa clara con bolados en el pecho y el negro cabello suelto ondeándose con la brisa caliente llegaban a su encuentro.

—No me llamaste —fue el reclamo incongruente al recibimiento efusivo de su abrazo y su beso en los labios.

—No —respondió él, y la apartó—. Perla, ven, hablaremos en otro lado —notó que varias de las personas que deambulaban en ese momento, trabajadores de la finca, los miraban, expectantes.

Gabriel la llevó a la oficina en la que trabajaba, y allí la sentó frente a él, escritorio de por medio.

—¿Cómo estás? —preguntó con una sonrisa, para empezar de alguna manera.

—Bastante ansiosa, no he recibido noticias tuyas en toda la semana.

—Me halaga saber que te importo, pero no creo que haya quedado ningún compromiso pendiente entre nosotros.

—Gabriel, llevamos dos meses juntos, y pasamos unas noches maravillosas —se paró para rodear el escritorio y sentarse encima—. ¿Cómo puedes decirme eso después de la noche que pasamos en tu hotel, al acabar la vendimia en la finca *El Paraíso*?

Se cruzó de piernas para que quedara parte del muslo descubierto de la falda —Me dijiste que era la mejor.

Gabriel se mesó los cabellos oscuros, y corrió la silla para atrás ante la presión de las piernas de Perla, que clavaron las rodillas en su pecho y los pies descalzos en sus muslos.

—Me preguntaste dónde he estado todo este tiempo, y me hiciste jurar que no te abandonaría otra vez.

Gabriel se levantó de la silla y le acarició la mejilla. Esa tarde que se llevó a Perla, toda untada de uvas, al cuarto en que se hospedaba en su hotel, estaba frenético y un poco desquiciado. La había llamado varias veces Maylen pero, al parecer, su amiga tenía una brillante memoria selectiva.

—Perla, eres muy bella, y la hemos pasado bien en un par de ocasiones,

pero como te he dicho anteriormente: no hay, ni hubo, ni habrá ningún tipo de obligación o compromiso por ninguna de las dos partes hacia la otra.

—¡Ya te has conseguido otra!

—Sí —afirmó él—. Sabes cómo soy.

—Me dijiste que era la mejor —repitió, indignada al ver que se le escapaba la presa gorda que creía haber atrapado—. Pero, bueno, imagino que sólo tendré que esperar dos o tres semanas, hasta que te aburras de la nueva — espetó, bajando del escritorio, acomodándose la pollera, y calzándose las finas sandalias sin talón.

Gabriel se alejó de ella y, con una sonrisa que le marcaba mucho más el hoyuelo del mentón, abrió la puerta de la oficina.

—Ha sido un placer conocerte —adujo, capciosamente—. Pero no quiero que estés esperando algo que no ocurrirá nunca.

—Estoy hospedada en el mismo cuarto que la última vez. Me quedaré por unos días.

—Espero que disfrutes del pueblo.

—Intentaré no aburrirme, y tú podrías colaborar.

—Perla, no estoy disponible en este momento, y si te quedas con la ilusión de que pueda visitarte, te vuelvo a repetir que me halaga tu ofrecimiento pero no va a ser posible.

—Está bien, entiendo. Nos vemos en la ciudad, entonces.

Perla pasó, con su halo de perfume dulce, rozando el cuerpo de Gabriel, y se dirigió hacia la puerta de salida principal. Gabriel cerró la puerta y se quedó pensando qué podría hacer Perla después de aquello.

No estaba seguro de que le hubiese quedado claro el rechazo; haber mantenido la misma amante más de dos meses traía esas consecuencias indeseables. Había parecido muy adulta aceptando la ruptura, pero algo en el interior de Gabriel le indicaba que volvería a saber de Perla, y no faltaba mucho para ese día. Conocía a las muchachas de su especie, y sabía lo insistentes que eran, y que estaban dispuestas a todo con tal de conseguir su

minuto de gloria. Nunca la había llevado a la cabaña, pero le habló del lugar y no sabía si ella sería capaz de llegar hasta allí sólo por curiosidad, para saber si se encontraba a su nueva conquista. Maylen era una mujer conocida, y Perla no tendría problemas en reconocerla a primera vista; al verla en la plantación, se quedó asombrada de que la periodista —que veía diariamente en la televisión— estuviera participando de aquello; y que, además, fuera parte de la familia dueña de la plantación. Aquello podía levantar más polvareda de lo que Gabriel pudiera imaginar.

Capítulo 20

Deshacerse de Perla le había costado poco tiempo, juntar lo que necesitaba para hacer lo que se le había ocurrido le llevó casi toda la tarde. Era una inversión, se repetía a cada hora que pasaba, y sacrificaba tiempo junto a Maylen.

Maylen volvió del lago y la cabaña seguía vacía. Su notebook se había quedado en el auto, y Gabriel se había llevado la llave; la buscó por cada rincón de la casa hasta que se convenció de que no estaba allí. La cabaña no contaba con extensión telefónica, su móvil no tenía batería, y el cargador corría la misma suerte que su portátil. Decidió ducharse y tenderse un rato en la cama. Casi dos horas había estado en la orilla del lago, echada al sol, compitiendo en inmovilidad con dos lagartijas que disfrutaban tanto como ella de aquel placer, a unas rocas de distancia. Había dormitado en varias ocasiones, pero a los lejos se veían grupos de personas baqueanas, y turistas que recorrían el lugar, y eso le impedía conciliar un sueño profundo. El límite de la propiedad privada llegaba hasta donde comenzaba la playa del lago, y ella se encontraba allí. Así que, si la gente quería caminar por la playa, podía llegar hasta donde estaba ella; a pesar de estar lejos, no quería descuidarse. Vivir en la ciudad contradecía el hábito pueblerino de confiar en todo el mundo, y ella llevaba viviendo la cantidad de años necesarios en la ciudad para convertir la máxima en regla, dondequiera que estuviera.

No estaba molesta con Gabriel por haberla dejado sola, más bien sentía curiosidad por el motivo de su ausencia. La noche anterior le había prometido que no dejaría de disfrutar de su cuerpo un solo minuto en todo lo que quedara de su convivencia; pero si ella podía atribuir a sus palabras la libertad exagerada que otorga la borrachera, tendría igual criterio para las palabras de Gabriel.

—¿Dónde estás, Maylen? —escuchó la voz de ultratumba que se filtraba a

través de la cortina de agua de la ducha.

—En el baño —gritó ella.

Apenas terminó de hablar, dos brazos la apresaron y una boca se pegó ansiosa a la suya. El agua seguía corriendo cuando Gabriel la sacó de la bañera para llevarla hasta la cama, chorreando agua por el piso.

—¿Qué has hecho sin mí?

—Tomar sol —pudo balbucear ella entre beso y beso.

—No hablo de las últimas horas —dijo claramente Gabriel, separándose de su boca, y mirándola a los ojos con esa mirada intensa que asustaba y estremecía a Maylen de la misma manera.

No la dejó contestar; volvió a reclamar su boca y a acariciar su cuerpo desnudo y mojado.

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿A eso has ido?

—Sí —se levantó y notó su remera toda mojada.

Se la sacó, y Maylen saboreó la visión de aquel torso espléndido.

—¿Aprovechamos la escena? —interrogó, pasando revista al cuerpo entero, color canela dorado, tendido en la cama; brillante por el sol absorbido. Senos firmes, montados en su pecho apenas si se inclinaban a los lados, y una cintura estrecha pero no huesuda. Era suave al tacto y, al contacto, Gabriel se sentía desfallecer cuando la tomaba para introducirse más en ella. El cabello desordenado y mojado, sus piernas largas y rellenas... Era tan diferente a las mujeres con las que se había involucrado esos últimos años, que la delgadez pálida y huesuda de Perla era trivial.

—Aprovechemos —accedió Maylen, quien comenzaba a volverse adicta nuevamente a aquel cuerpo musculoso y hábil. La cara pícaro, al indagarla, marcaba más el hoyuelo que había besado tanto, y que se moría por volver a besar.

—¿Estás segura? Son... —miró el reloj de pulsera y continuó—: Casi las seis de la tarde; no me levantaré de esa cama si me arrojó en ella —cuando

Maylen estaba a punto de responder, agregó—: Y tú tampoco.

—Aprovechemos —volvió a repetir ella, y Gabriel ya no perdió tiempo en palabras; rápidamente se sacó el náutico azul y se zambulló en Maylen, que lo recibió gustosa y con una sonrisa de satisfacción.

Gabriel no tenía intenciones de revelarles el verdadero motivo de su corto alejamiento. No encontraba fundamento para hacerlo.

—¿Dijiste que tenías una sorpresa para mí? —preguntó indiferente, mirándose las uñas, con la cabeza recostaba en el pecho de Gabriel, después de sosegar el latir frenético de su corazón al acabar de hacer el amor.

—Sí, una que te agrada mucho.

—¿Es pequeña?

Levantó el fino cobertor que los cubría y se miró.

—No lo creo, ¿tú qué dices?

—Que has estado mintiendo —dejó de mirarse las uñas para estirarle los vellos que cubrían una pequeña parte del pecho.

—Iré a buscarlo, está en la cocina.

Se levantó con parsimonia y, después de colocarse unos boxers ajustados que Maylen no se privó de acariciar en sus nalgas, salió del cuarto.

—¿Quieres comer? —Preguntó Gabriel desde la cocina—. He traído unas empanadas de carne, unas humitas en chala, y arrope de durazno para el postre.

—Con las empanadas sólo, me habrías convencido —dijo Maylen, que apareció sólo en camisa, y atándose el pelo antes de que Gabriel terminara con la lista de exquisiteces que había traído.

—Son casi las once de la noche, te hubiera convencido con un sándwich de queso.

—¡Déjame ver eso! —Exclamó Maylen, manoteando un montón de folletos que había sobre la barra y que, evidentemente, había traído Gabriel—. ¿Por qué nunca he ido? —Preguntó, apenada—. Es tan bello y está tan cerca.

—Mañana lo conocerás —dijo Gabriel, sin inmutarse y sin mirarla a los

ojos—. Tendrás que levantarte temprano, no quiero salir al mediodía.

Maylen rodeó la barra, y extendió los brazos alrededor del cuello de Gabriel para acercarlo a sí todo lo posible.

Gabriel le sonrió, y ella le acomodó un mechón que cayó sobre su frente.

—Gracias —susurró antes de darle un tierno beso en los labios.

—Me sorprendes más tú, con tu actitud —adujo, asombrado verdaderamente—. Creí que tendría que organizar un secuestro para sacarte de esta casa —señaló, pasándole los brazos por la cintura—. Tengo todo lo necesario en la camioneta, y nos quedaremos una noche en Malargüe. —Le informó Gabriel, satisfecho con la cara de felicidad de Maylen.

—¿Por qué nunca hemos ido? —volvió a preguntar.

Ella lo soltó después del beso y volvió a su lado de la barra.

—Las veces que lo planeamos, siempre ocurrió algo —replicó Gabriel.

—Tengo que preparar la cámara, y lleva tú esa filmadora en miniatura que tienes.

—Señorita periodista... Aquí no hacen falta cámaras de dos toneladas.

—Tu cámara, en verdad, es una miniatura; apenas puedo tomarla, y eso que yo tengo la mano chica.

—¿Cómo sabes lo de la filmadora?

—Hoy fui al lago y, como mi auto estaba cerrado, no pude sacar mi cámara y encontré tu mini-cámara —reclamó, frunciendo los labios—. Hablando de eso, ¿dónde están mis llaves?

—Las tengo yo, y no pienso dártelas hasta el sábado. —Gabriel retiró las empanadas, que se terminaron de calentar en el microondas, y descorchó una botella de vino.

—Para mí, agua.

—No eres una Timerman. Definitivamente, hubieras quebrado la finca si te quedas al frente.

—Nunca he tolerado más de dos copas de vino.

—¿Qué toma en la ciudad, señorita periodista?

—Agua —respondió enérgicamente.

—¡Qué aburrida!

—Vivo corriendo de un lugar a otro, a veces estoy días enteros fuera de casa y no tengo horario fijo para nada; mi vida podría definirse de cualquier manera menos aburrida.

—Pero siempre por trabajo.

—Siempre.

—Es muy aburrido. ¿Cuándo le dedicas tiempo a tus placeres?

—Hace poco más de un año que no lo hago.

—¿Y tus amigos?

—A eso querías llegar.

—Tengo cierta curiosidad.

—Frecuentaba a un colega y compañero de trabajo, pero le salió hace dos años un trabajo en México y no he vuelto a verlo.

—¿Frecuentabas?

—Nos veíamos una o dos veces por semana.

—Nada serio —supuso Gabriel, pero esperó la confirmación de Maylen.

—Podría decirse que nos hacíamos compañía.

—¿Y tus otros amigos?

—No hablaré más del tema contigo, Gabriel —señaló, enojada.

—Sólo quería mantener una conversación.

—Cuéntame de tus novias.

—Ya te he dicho que no he tenido novia en, aproximadamente, siete años.

—¿Y la jovencita con la que apareciste en la finca el día de la vendimia?

—Una amiga.

—Sí, una amiga —dijo con descreimiento.

—¿Celosa?

—Curiosa, como tú.

Maylen calló al llevarse la comida a la boca, y disimuló concentrarse en

masticar mientras miraba concienzudamente la empanada de carne.

Gabriel sirvió dos copas de vino, a pesar de la negativa de Maylen de beber alcohol, y esperó a que ella volviera a mirarlo.

—¿Crees que habrá mucha gente?

—Estamos en verano. ¿Qué te preocupa?

—Sólo preguntaba.

—¿Acaso no quieres que te vean conmigo?

—No, no es eso —expuso con sinceridad—. En San Carlos me dio mucha vergüenza que toda aquella gente me rodeara y pidiera autógrafos, como si fuese una estrella de cine. No sabía dónde meterme.

—El lugar no acostumbra a recibir personajes de la gran ciudad, que aparecen todos los días en televisión.

—¡Pero sólo soy una cronista de noticiero!

—Es lo de menos; lo importante es que tu cara está todos los días en la pantalla de la tele.

Maylen siguió comiendo en silencio un momento más, y agregó:

—No me interesa que me vean contigo, Gabriel, eres un amigo muy querido.

—Anoche me amabas.

—Seguro que sí. No me pidas que ordene mis pensamientos.

—No lo haré. Se ordenarán solitos.

Otra vez en la ruta; pero no podía negar que, en esta oportunidad, le agradaba mucho la compañía. Un poco más de ciento veinte kilómetros al sur de la provincia, en el departamento de Malargüe, se encontraba *La Caverna de Las Brujas*: un lugar ubicado a 1.800 metros sobre el nivel del mar. Un particular ambiente subterráneo que ponía a prueba la capacidad de asombro de sus visitantes, y Maylen estaba tan ansiosa que no dejaba de leer los numerosos folletos que Gabriel había conseguido, y saltaba de alegría cuando descubría los pasajes increíbles que estaba a punto de disfrutar. Gabriel se

contagiaba de su emoción, y conducía la camioneta sin dejar de sonreír.

—Más de tres mil metros de galerías, formadas de rocas calizas del período jurásico. Suelen encontrarse niveles con abundantes ammolites: moluscos que dominaron la era jurásica y cretácica. —Maylen bajó el folleto que estaba leyendo y gritó—: ¡Me encanta! ¿Cuánto falta para llegar?

—Maylen, hemos salido hace veinte minutos —regañó en broma Gabriel a su ansiosa copiloto.

—Acá dice que abre a las nueve —comentó, volviendo la vista al folleto—. Llegaremos justo a tiempo.

—Tenemos todo el día para recorrerla, y mañana podemos aprovechar para visitar *El Bosque Petrificado* y *La cascada de Manqui Malal*.

—¿Podremos con tanto?

—¿No escalaste una montaña nada más poner un pie en Mendoza?

—Sí... Pero...

—Ten más confianza en ti, Maylen, estás en muy buena forma —mencionó, haciendo un paneo sensual sobre el cuerpo de la joven, que vestía ajustada calza negra hasta la pantorrilla, y un solero de fino modal estampado con pequeñas flores lilas, largo hasta medio muslo.

—¿Sabes por qué se llama *Caverna de Brujas*? —preguntó Gabriel enigmáticamente, tratando de despertar la curiosidad de una ansiosa Maylen, que no dejaba de mover los folletos.

—Creo que lo he visto por aquí —dijo Maylen, y comenzó a revolver los papeles con mayor energía para encontrar el que buscaba.

—Tenías que decir que no, y listo —se quejó Gabriel.

—Está bien —aceptó sin discusión—. No lo sé; si quieres lucirte, instrúyeme —replicó, dejando todos los papeles sobre el torpedo del auto, y prestando atentos oídos a lo que le estaba por contar Gabriel.

Gabriel se apostó con su cara más seria de guía turístico consagrado, se ajustó el sombrero de cowboy que se había puesto, y comenzó el relato:

—Cuentan los pobladores que los nativos que dominaban la zona habían

secuestrado a dos mujeres blancas y las llevaron a sus tolderías. Para que no escaparan, les lastimaron las plantas de los pies. Después de un tiempo, las mujeres lograron huir, llegaron a las cavernas y se escondieron allí. En aquellos días los habitantes del lugar comenzaron a ver a dos mujeres andrajosas, sucias y despeinadas, que salían de las cavernas a altas horas de la tarde, y luego volvían a perderse en sus entrañas. También dicen que se escuchaban gritos, llantos, y luces extrañas que salían del lugar por la noche. Después de eso, comenzaron a ver una pareja de lechuzones blancos morar las cavernas; y la gente dice que las brujas, finalmente, se convirtieron en esos pájaros porque no volvieron a verlas. —Gabriel despegó la vista del camino y miró a Maylen—. ¿Qué te ha parecido?

—Aceptable.

—Hay otra versión.

—Me quedo con la primera.

—Contigo mi ego se desinfla de una manera tan inmediata que me siento un globo de niños.

—Cuéntamelo.

—No, si quieres saberlo, léelo en los folletos.

—No seas caprichoso, Gabriel.

—La segunda leyenda es más corta: dicen que los Machis, médicos brujos de los nativos, realizaban allí sus ceremonias rituales, y solían encender grandes fogatas en una de las salas más grandes de la caverna, y llevaban mujeres y niños. Gritos y sombras fantasmagóricas se escuchaban y se veían en el ocaso, por eso los aldeanos de entonces las denominaron «De las Brujas».

—Esa no me gusta, es machista en extremo —objetó Maylen al relato—. ¿Por qué «de las brujas» si los médicos «brujos» eran hombres?

—Yo no escribí la leyenda.

—Pues no, a esa no le doy crédito.

Llegaron a la reserva y no tuvieron que esperar a que se formara el grupo

para partir con los guías. Decenas de personas ya estaban en el lugar al que ellos arribaron, puntualmente, a las nueve. Nada de lo que había imaginado Maylen ocurrió, si bien alguna que otra persona la miró como queriendo deducir de dónde la conocía; sobre todo, después de que se sacaran las gafas de sol minutos antes de entrar; todos estaban más ansiosos por entrar a la caverna, y preocupados de tener los cascos puestos correctamente, como le habían indicado en la entrada, que en mirar a sus compañeros de grupo.

Tomados de la mano, iniciaron la marcha cerrando el grupo que integraban. La penumbra de la caverna se iba intensificando a medida que se internaban en ella. Los cascos, con sus luces encendidas a la distancia, hacían parecer a los visitantes luciérnagas que vagaban en la oscura noche. El guía inició las instrucciones sobre los cuidados que tenían que tener, y ambos sujetaron y aseguraron las pertenencias que tenían en los bolsillos, colocándolo todo en la pequeña cartera que llevaba Maylen. Una pasarela de hierro, con una fosa debajo, era el primer tramo que tenían que atravesar para llegar a las salas de los niveles medio e inferior.

Atravesaron cascadas internas, se maravillaron con los fósiles de animales marinos, que asediaban a los visitantes con sus ojos huecos y sus cabezas salientes. Subieron, bajaron, se estrecharon en pasadizos tan angostos que apenas cabían; a medida que se internaban en la caverna, la temperatura aumentaba, y la falta de oxígeno también. Varias personas reculaban, atacados por repentinas fobias claustrofóbicas que no sabían que padecían, y el grupo iba disminuyendo.

El nivel inferior extasiaba los sentidos con sus estalactitas, estalagmitas, y las columnas que formaban cuando ambas se encontraban alineadas. El origen marino de aquella formación hueca podía apreciarse en cada tramo de sus increíbles paredes, observando incrustaciones de fósiles animales y vegetales prehistóricos, que dominaron los mares millones de años atrás.

Tanta maravilla natural, que había necesitado tanto tiempo, incomprendible al razonamiento limitado de las personas, hacía parecer insignificantes los pequeños problemas; y al mismo tiempo, la misma existencia, tomaba mayor

relevancia en cada uno.

Al concluir el segundo nivel del recorrido, un tanto exhaustos pero eufóricos, el guía les dio cuarenta minutos de descanso a los que quedaban en el nutrido grupo inicial, en una sala amplia, con numerosas vistas para que los ocho miembros pudiesen hacer lo que les apeteciera. En una pequeña terma mineral, que emanaba de una fosa después de un pasadizo en extremo angosto, Maylen y Gabriel se tomaron su descanso.

—Es increíble —dijo Maylen, verdaderamente admirada, y tocando la roca en forma de espuma petrificada que formaba el piso donde estaba sentada—. Me siento muy pequeña.

—Lo somos frente a esto, y nuestra vida es tan fugaz que asusta.

—Yo pensaba lo mismo: se necesitan tantos años, millones de años en formar una simple aguja de agua y sedimentos, que nosotros no llegamos siquiera a ser fugaces.

Maylen estaba entre las piernas extendidas de Gabriel, que la abrazaba por la cintura y le besaba el cuello. Ambos se habían descalzado para meter los pies en las oscuras aguas termales.

Tenía un gran dilema entre manos. De lo único que estaba segura es que esta vez no huiría. Gabriel la amaba, y ella se sacó el velo de terquedad que oscurecía sus verdaderos sentimientos. Ella amaba a Gabriel desde hacía tantos años que ya ni recordaba cuándo había comenzado a hacerlo. No habría más culpas ni más castigos.

—No sé si es el momento de decirlo —comenzó Maylen, e hizo una pausa prolongada—. Estoy tan arrepentida de haberte abandonado, pero me sentí tan culpable de haber perdido ese bebé que nada tuvo sentido después de eso.

—Maylen —dijo Gabriel, con una sonrisa—, hablaremos de eso luego.

—No sé si encontraré el valor luego —replicó ella—. Perdóname, Gabriel, sé que te lastimé y tú no deberías mirarme siquiera, pero estás aquí conmigo. Perdóname, Gabriel —volvió a repetir, y se volvió para besarlo.

La noche en el hotel de la bellísima ciudad de Malargüe fue memorable para los dos. Impregnados de la omnipotencia de la naturaleza, que se pegaba

a sus cuerpos y que salió con ellos cuando abandonaron la gruta; la sensación de formar parte de algo tan maravilloso, aunque fuera por poco tiempo, comparado con los tiempos geológicos, los contaminaba de una alegría extraordinaria. Lo mismo les ocurría cuando estaban en la montaña: aquel entusiasmo se transformaba en pura pasión, y solo podían formar parte de aquello los sentimientos más profundos y verdaderos.

Maylen seguía amando a Gabriel; se lo dijo con palabras, con su cuerpo, con todo lo que era, y Gabriel la recibió gustoso.

—Miles de veces —susurró Maylen, que estaba desnuda sobre Gabriel; le tomaba la cara con amabas manos y, cuando sus ojos se encontraron, ella pronunció las palabras que lo desconcertaron—: Preguntaste la primera noche que pasamos juntos si, en todos estos años que estuvimos separados, había querido frenar el mundo, y que esto pasara una vez más... Y otra... Y otra más —repetía, agonizante, mientras su cuerpo recibía a Gabriel pausadamente.

Gabriel tomó su boca y, con un besó profundo, ahogó la última frase de Maylen.

—Sin tu amor, voy a morir de pena —pudo decir ella, antes de abandonarse a un beso arrasador.

Sin embargo, Gabriel pudo comprenderla.

No pudo rechazar aquel amor. Años atrás habría dado lo que fuera por estar en las mismas circunstancias y, ante la declaración obnubilada de Maylen, levantarse y decirle que sólo la estaba usando como ella había hecho con él; pero no podía hacerlo, él sentía exactamente lo mismo, y daría una nueva oportunidad a Maylen. Después de todo, esta vez no había tenido que ir a buscarla. Había regresado sola.

Esa noche, el cuarto del hotel fue testigo de un amor que perduraba a través del dolor, el tiempo, la distancia, la propia obstinación de Maylen, que se había jurado mil veces que lo había olvidado.

Nada de lo que hacían era contenido o refrenado por falsos pudores. En un momento de la noche Maylen tomó la cámara y fotografió el cuerpo desnudo de Gabriel; para ella era digno de una escultura más que de plasmar en

fotografía. Gabriel no se quedó atrás y, con su mini-cámara, como la llamaba Maylen, le tomó un par de fotos como Dios la trajo al mundo; y otras tomas eróticas de sus cuerpos unidos que, a pesar del grito de Maylen y su pronta reacción, no pudo evitar que la máquina programada hiciera automáticamente, y que Gabriel se despanzara de la risa mientras ella lo golpeaba con las almohadas. Batalla que terminó en pocos minutos, con la cámara olvidada en el piso.

Capítulo 21

La siguiente jornada les trajo otra sorpresa; después de visitar *El Bosque Petrificado*, donde decenas de troncos de araucaria, una variedad de pino característica de la región, formaban un pinar en la ladera de un cerro bajo; un lugar en el cual los prehistóricos ejemplares desafiaron y vencieron al paso del tiempo, volviéndose testigos presenciales de los últimos cincuenta millones de años en su lento proceso de transformación. Los fósiles vegetales estaban cerca del pequeño poblado de Bardas Blancas; la pareja aprovechó la ocasión para dar una vuelta por el pueblo, de poquísimos habitantes, que sobrevivía económicamente sólo del turismo; y luego se dirigieron al parque donde se encontraba *La cascada de Manqui Malal*. Allí, la vida los sorprendió cuando reconocieron que el hombre que controlaba el ticket de entrada al parque era el padre de Paloma. Sentado en una banqueta de madera, pegada a la caseta en la cual podía refugiarse cuando no tenía visitantes, los reconoció inmediatamente y se sorprendió tanto como ellos.

—¡Qué sorpresa!

—Lo mismo digo —fue lo primero que se dijeron los hombres en el encuentro.

El padre de Paloma tomó el bastón que estaba al costado de la silla, y se ayudó con él para ponerse de pie; le pasó la mano a Gabriel en gesto de saludo, y luego a Maylen.

—¿Cómo está usted, don Palacios? ¡Cuánto tiempo sin vernos! —exclamó, asombrado, Gabriel.

—Muy bien, hijo, pero tú te ves mucho mejor que yo —bromeó el hombre para tratar de descomprimir la tensión que los había ganado a todos.

Maylen estaba anonadada, miraba al hombre apoyar todo el peso de su pierna derecha en el bastón, y no podía dejar de pensar en Paloma y su muerte brutal.

—¿Cómo está su familia? No sabía que había comenzado a trabajar — señaló Gabriel.

—Después de venderte la casona de mi madre, nos fuimos a Buenos Aires; pero no duramos más de dos años en la ciudad. Al menos nos sirvió para que Mauricio se rehabilitara mejor de lo que lo hubiera hecho en el pueblo; entre médicos y hospitales quedó toda la plata de la venta de la casa; la pensión por la invalidez es muy pobre, y los remedios muy caros —se justificó Palacios.

—¿Volvió a caminar? —preguntó tímidamente Maylen sobre el muchacho.

—Sí, pero también usa uno de estos —dijo, levantando el bastón de madera—. Ha recuperado parte de su estabilidad central, y puede usar la mano derecha para escribir. Es un muchacho muy inteligente.

—Me alegro mucho, ¿y su mujer?

—Ella nos abandonó hace mucho tiempo —dijo con una nota indiscutible de nostalgia.

Todos se quedaron callados ante el comentario y, después de unos instantes, el padre de la difunta Paloma agregó:

—Y lo que son las casualidades, un amigo que trabaja en la dirección de parques de Mendoza me encontró en Buenos Aires y me aseguró que, pese a mi discapacidad, él podía gestionarme un puesto trabajando para la gobernación de Mendoza, y aquí estoy. Mi hijo también trabaja en el parque. Él está en la base de los guías.

—Eso es genial —aseguró Gabriel, y le tendió la mano al hombre para dar por terminada la conversación.

Gabriel notó lo pálida y ensombrecida que se había puesto Maylen, y quiso sacarla de allí lo antes posible.

—No quiero llegar a las cascadas —negó Maylen no bien se alejaron del guarda de entrada.

Para hacer *trekking* y llegar a la cascada era obligatoria la contratación del guía, y Maylen no quería cruzarse con Mauricio: el hermano de Paloma. Todavía no entendía cómo su padre los había tratado con tanta cordialidad.

Repasando lo hablado, estaba segura de que se debía a la sorpresa de encontrarlos allí juntos.

—Maylen, ya hablamos eso de huir de los problemas.

—No quiero ir, Gabriel; volvamos a la cabaña —pidió en un ruego.

—Tal vez no nos crucemos con Mauricio —intentó persuadirla Gabriel—. Tú te quedarás retirada de la caseta de los guías, si quieres, mientras yo contrato a uno —él se acercó para abrazarla fuerte, y susurrarle al oído que no quería que nada arruinase su semana perfecta, y le dio un dulce beso en los labios—. ¿Qué dices? —preguntó, despegando su boca.

—Esperaré retirada de la caseta.

Gabriel no sabía a quién agradecer por haber apartado a Maylen de Mauricio; el muchacho, no bien lo reconoció, salió disparado hacia él con una dificultad que a Gabriel le partía el alma más que enfurecerlo, porque estaba dispuesto a atacarlo. Lo llamó asesino, intentó golpearlo con el bastón, pero los guías que allí se congregaban apartaron al muchacho para alejarlo de Gabriel.

—No tendríamos que haber continuado —se lamentó Maylen, ya en la camioneta de regreso al pueblo de Eugenio Bustos, y a la soledad de la cabaña.

—Nunca imaginé que pudiera alterarse de esa forma, no lo hubiera hecho si su padre me hubiese advertido algo.

—Él también se sorprendió al enterarse de que la ambulancia que habían pedido era para su hijo, atacado de una crisis de nervios.

—Me parece una reacción desmedida por parte del muchacho; yo no maté a su hermana, ella quiso asesinarte a ti.

—Menos mal que no llegamos juntos, no sé que hubiera pasado entonces.

—En eso tienes razón. Yo también lo agradezco.

Antes del ocaso estaban nuevamente en la cabaña. Llegaron agotados; los días fuera los habían debilitado, pero lo curioso fue que sintieron el cansancio

una vez que pusieron un pie en la casa. Gabriel llevó la camioneta atrás, y su asombro no podía con tanto en un solo día. No bien levantó manualmente la puerta de chapa del cobertizo, se encontró con la inscripción, en el polvo acumulado en la luneta del coche azul de Maylen, un insulto: «PUTA».

Bien grande, en mayúsculas, ocupando todo el espacio disponible.

Gabriel guardó la camioneta, puso en marcha el viejo generador de electricidad, y le pasó un trapo al polvo que se llevaría consigo el mensaje. Miró a los alrededores para ver si había alguien cerca, tomó el móvil y habló a la administración del hotel. Y luego llamó a su padre a la finca.

Maylen salía del baño cuando Gabriel entró por la única puerta de la cabaña; se había duchado esperando a que Gabriel la acompañara, pero dejó de esperarlo cuando notó que se estaba agotando el agua apenas tibia, que el termo eléctrico no había llegado a calentar; pero ella estaba tan empolvada y sudorosa que no quiso seguir esperando y apenas se templó el frío del agua entró a la ducha.

—Te puse agua a calentar —dijo, disgustada.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Gabriel, que notaba la irritación de Maylen.

—Te estuve esperando —contestó, haciendo muecas con la boca.

—Tenía que hablar con mi padre y aproveché que afuera hay señal.

—Tu móvil siempre tiene señal.

—No siempre; además, si tienes tantas ganas de ducharte conmigo, lo haremos en cuanto el agua esté lista —pensó un instante, y preguntó—: ¿Te duchaste con agua fría?

—Casi.

—Yo no me habría duchado contigo.

—Tenía tanto polvo encima como esos troncos petrificados.

—Yo también, pero no me ducharé con agua fría.

—Eres un flojo.

—Anoche no decías lo mismo.

—Mi opinión varía a cada segundo a tu lado.

—Qué bueno es saber que no tendré una mujer predecible.

Maylen no respondió al comentario, se acercó al refrigerador a tomar una jarra de jugo de frutas para servirlo en un vaso; lo necesitaba para aplacar los calores que las palabras de Gabriel habían provocado en su cuerpo.

Esa noche, acostados en la cama, finalmente el pasado llegó hasta ellos. Después del hecho de encontrarse con el padre de Paloma, y la declaración sentida que Maylen había realizado en la caverna, era imperativo volver y cerrar esa etapa; esa vez juntos.

—¿Por qué crees que te ha acusado de esa manera?

—Hay cosas que tú no sabes —dijo Gabriel, a manera de respuesta luego de un silencio prolongado.

Ambos estaban abrazados, desnudos en la cama. Gabriel sabía que Maylen estaba preparada para volver atrás.

—Tú ya te habías marchado cuando corrió el rumor de que empujé intencionadamente a Paloma para deshacerme de ella y de mi supuesto hijo — continuó contando él—. Bajo insistencia de su madre, se abrió una nueva investigación; todos tuvieron que declarar en la fiscalía de San Carlos; y, de todos, el que finalmente hizo la declaración más imparcial, y que coincidía con el resto de los relatos, fue el guía del Bravard que subió con Paloma. Él no nos conocía, a ninguno de nosotros; no era del pueblo ni tenía intereses con ninguno de los implicados. La causa se desestimó después de esa declaración. Si no hubiera ocurrido así, seguramente te hubiesen citado a ti.

—Mi madre nunca mencionó nada de eso.

—Yo se lo pedí, al igual que ella me pidió que no te fuera a buscar.

—Mi madre decía que me tomara el tiempo necesario para darme cuenta de qué era lo realmente importante. No quería que regresara sin estar convencida de lo que quería.

—Muchas veces agarré a camioneta con toda la decisión de ir a Buenos Aires, y luego de unos pocos cientos de kilómetros, con la cabeza más fría, pensaba en las palabras de tu madre y regresaba nuevamente a la finca.

—¿Qué te dijo ella?

—Ella fue una de las personas que me abrió los ojos; la otra fue mi padre. Entre los dos me demostraron que sólo tú podías tomar la decisión de regresar. Tu madre me contó que naciste al año de que tu padre y tu tío regresaran de la guerra. Eras el cable a tierra que tu padre tenía ante el sufrimiento que le provocaban los recuerdos de la batalla perdida, la muerte de su amigo, y la terrible depresión que atacaba a su hermano. Cuando tú tenías dos o tres años, no había nada que pudiera detenerlos; ellos se habían volcado a la bebida, y tu tío Fernando comenzó con sus intentos de suicidio. Millaray apenas podía con tu padre, y el viejo Tim con tu tío. A los cinco o seis años comenzaste a comprender aquellas crisis, y cuando alguno de los dos, o en el peor de los casos los dos juntos, tenían sus recaídas te escondías. Sólo salías de tu escondite, que se trataba de un hueco de araucaria en el patio trasero de la casa grande, si tu padre, ya repuesto, iba a buscarte.

—Todavía está el árbol y el hueco.

—Tu madre me lo mostró.

—Mi madre me contó lo mismo, pero yo no recuerdo eso; sólo recuerdo los gritos y llantos de mi padre y de mi tío, pero no mi reacción ante ellos. Me dijo que, hasta que se daban cuenta de que había desaparecido, pasaban horas; y en más de una ocasión, mi abuelo me llevó a casa antes de que los gritos o llantos acabaran, y yo volvía corriendo al hueco y trepaba por dentro del grueso tronco, y nadie podía sacarme de allí hasta que decidía bajar sola y esperaba a que mi padre me llevara a casa.

—Esconderte se había transformado en tu manera de aislarte del dolor, cuando lo reconociste.

—Yo recuerdo tener cinco o seis años, ver a mi padre y a mi tío sentados en la sala de la casa, bebiendo, y comenzaba a temblar; pero nada de lo que ocurría después quedó en mi cabeza. Recuerdo que en la escuela actuaba igual: si alguna chica o chico se burlaban de mí o decían algo que me desagradaba, me metía en el cuarto de gimnasia y las maestras tenían que ir a buscarme.

—Diez años después de la guerra, ellos pudieron regresar a las Malvinas para despedir a sus compañeros y volver con la conciencia más liviana. Tu padre se convirtió en tu protector y ya no tuviste que volver a esconderte en el árbol.

—Mi tío también era otro de mis caballeros andantes —dijo Maylen, sonriendo—. No dejaban que nada me angustiara; siempre compensando cualquier situación difícil con regalos y paseos, fui una niña muy feliz.

—Te convirtieron en la auténtica mocosa malcriada y tirana que aparecía en mi casa, con sus aires de princesa que tenía que ser atendida por sus vasallos.

—Y tú eras un insoportable pichón de maleante, siempre rompiendo todo lo que hacíamos.

—Lo que tú ordenabas que se hiciera; la tonta de mi hermana y Silvia obedecían.

—No llames tontas a mis amigas —dijo, ofuscada, Maylen, que se levantó del hombro de Gabriel para enfrentarlo cara a cara.

—Tú eras una tirana, y tus hermanos dan fe de ello.

—No.

—¡Sí!

—No.

—Sí, Maylen, y cuando las cosas no salían como tú querías... ¿Recuerdas qué hacías?

—Me marchaba enojada a casa.

—Y no volvías hasta que alguna de las dos «tontas» de tus amigas te iba a buscar.

—No puede ser —reflexionó, reconociendo que Gabriel tenía razón en lo que decía; ella se comportaba de esa manera con sus amigas, con sus hermanos, con su madre y su abuelo... Siempre en complicidad con su tío y su padre.

—Cuando las cosas no salen como tú quieres —Gabriel la tomó de los

hombros y la miró muy de cerca—, sólo te marchas —completó.

Capítulo 22

Gabriel escuchó el ruido de un motor acercándose, y se levantó de la cama; miró la hora en el teléfono, y todavía no era medianoche. Se vistió rápido con unos shorts que encontró tirados en el piso, sin remera, y descalzo cruzó la sala para mirar por la ventana el vehículo que estaba estacionado frente a la cabaña.

—¿Quién es?

—Mi padre —respondió a Maylen, que se había asomado medio dormida a la puerta de la habitación, también alertada por el motor del vehículo—. Vuelve a la cama, nena, yo lo atenderé.

Sin agregar nada más, Gabriel dejó la cabaña para acercarse a la camioneta de su padre.

—¿Qué ocurre, viejo? —le preguntó, estrechándole la mano para saludarlo.

—¿Qué tal, Gabriel? Hay problemas en la finca.

—¿Qué tipo de problemas?

—De faldas —mencionó, disgustado, su padre—. La chica que trajiste el otro día está en la casa, presa de un ataque de llanto, diciendo que tú la echaste del hotel. Quiso venir hasta aquí, pero los hombres le impidieron el paso a la finca.

—Sí, fue una orden mía —se disculpó Gabriel con su padre—. Le pedí a los hombres que interceptaran el auto si quería atravesar la finca, y pedí a Ramiro que desocupara la habitación en que se hospedaba con cualquier excusa, para que se fuera del pueblo.

—Si quiere quedarse, puede hacerlo en otro hotel.

—No gratis, como hasta ahora.

—¿Qué harás? No cuentes conmigo para arrastrar a una muchacha de los pelos fuera del pueblo.

—No, iré a solucionar esto.

—¿Maylen lo sabe?

—No, y no quiero que se entere; ella se va en dos días, y no quiero que se arruine lo que queda.

—¿Se marcha? —preguntó su padre, preocupado.

—Va a volver.

—En diez o doce años.

—Papá, ya hablamos de esto.

—Esa muchacha te tiene hechizado desde que era una mocosa —manifestó con disgusto.

Gabriel ya no escuchaba a su padre; había vuelto a la cabaña para vestirse y avisar a Maylen de que iría a la casa de la finca.

—¿Qué ocurre?

—Problemas en el hotel, un huésped problemático —advirtió, sin dejar de faltar a la verdad.

—¿Por qué no te han avisado por el móvil?

—No hay señal —dijo rápidamente—. Te dije que no siempre hay señal —le recordó.

Se terminó de abrochar la camisa de tela de jeans, sacudió las piernas para que la tela del pantalón, también de jeans, cayera sobre el caño de las botas de cuero; se despidió con un beso y la promesa de volver lo antes posible.

Gabriel había bajado de la colina en su propia camioneta para poder regresar en ella luego; no volvió a ver a su padre cuando llegó a la casa, él ni siquiera entró por la puerta principal como había hecho Gabriel, quien se encontró con Perla, que hipaba por el llanto, y unas negras ojeras ya se le habían marcado sobre su rostro pálido. Su padre no había exagerado cuando describió el estado alterado de Perla. Él se acercó, dando grandes zancadas, para cruzar la sala; y la levantó del sillón en el que casi estaba echada.

—No tienes derecho a hacer ninguna escena en esta casa —la reprendió Gabriel con la habitual displicencia con que trataba a todos, menos a Maylen y

su familia—. ¿Por qué no te has marchado ya?

—Quería estar contigo.

—Perla, te he dicho de buenas maneras que todo, lo poco o lo mucho que había entre nosotros, estaba acabado. Quiero que salgas del pueblo ahora mismo, y no te atrevas a intentar subir a la cabaña.

—¿Por qué? ¿Acaso no quieres que le cuente a tu nueva puta que sus días están contados de antemano?

—No quiero ser brusco contigo, Perla; será mejor que tomes tu coche y te largues.

—No pienso hacerlo, voy a quedarme en cualquier hotel esperando a ver por quién me has cambiado.

—¡Estás loca! Si no sales ahora mismo del pueblo, haré que uno de mis hombres te saque.

—¡Qué rudo ha resultado el estanciero! —se burló ella, cambiando el tono de lamento a uno mordaz.

—Vete, Perla, no quiero problemas.

Gabriel ayudó a la joven, sin demasiada cordialidad, a levantarse del sillón en el que se encontraba, y la llevó hasta la puerta de entrada.

—Nunca pensé que pudieras ser de esta manera; nunca hubiera puesto un ojo en ti de haberlo sabido.

—Pero lo pusiste, y mucho más que una simple mirada. Estuvimos juntos dos meses.

—No creo haber tenido exclusividad en todo el tiempo que nos vimos, una o dos veces por semana.

—Dijiste que era la mejor, que nunca me dejarías de nuevo.

—No estaba pensando en ti —soltó despreciativamente—. ¿Acaso no te diste cuenta?

—Eres un maldito —gritó Perla, y le asestó un cachetazo en la mejilla en el momento en que cruzaba la puerta de salida.

Gabriel se tragó la bronca y siguió guiando a Perla hasta donde estaba su

vehículo, para meterla dentro, e indicarle a alguno de los hombres que trabajaba de custodia en la entrada a la finca que la sacara y no volviera a permitirle el paso. Habló un par de palabras con uno de sus hombres, quien le explicó que su padre le había autorizado a dejarla entrar anteriormente.

Perla, al encontrarse rodeada de rudos y poco amigables señores, con la orden de sacarla de allí, encendió el auto y salió de la propiedad a tanta velocidad que derrapó a un costado del camino, y casi pierde el control. El vehículo se quedó sólo unos pocos segundos a un costado de la canaleta que estaba al borde de la calle de tierra, con la luz de stop al rojo vivo. En dos maniobras, Perla lo volvió a subir a la calle para alejarse del lugar a toda velocidad.

Maylen tenía un mal presentimiento sobre la extraña visita del padre de Gabriel. Totalmente despabilada, no intentó regresar a la cama. Buscó un pote de helado, conectó la cámara digital de Gabriel, se acomodó en el sofá y comenzó a ver el vídeo que grabaron en *La Caverna de Brujas* y *El Bosque petrificado*. En esa misma cámara se encontraban las fotos atrevidas que ambos se habían sacado, y las casi pornográficas que la cámara programada captó antes de que ella pudiera detenerla. Al acabar las imágenes, se levantó para volver a pasar las fotos y tomar nota de las ubicaciones de aquéllas que tendría que borrar. Un ruido llamó su atención, bajó el volumen de la televisión y esperó a escuchar más claramente el motor de la camioneta de Gabriel; pero no lo hizo. Aguardó un par de segundos, y volvió a poner volumen a la pantalla que se movía en silencio. El ruido volvió a repetirse minutos después. Maylen sabía que podía atribuirlo a miles de causas. Una cabaña sola, en medio de una colina, con una plantación a un lado, un lago detrás, un río y un cordón montañoso, albergaba cientos de criaturas nocturnas que merodeaban cerca, y seguramente más cerca de lo que ella imaginaba. Intentó recordar si, en las noches pasadas en la cabaña, había escuchado algo similar, pero estaba segura de que, aunque una manada de elefantes hubiera pasado por allí, no lo hubiese notado.

Las imágenes de la cámara seguían exhibiéndose en la pantalla, pero

Maylen se levantó del sofá y ya no prestó atención. Pequeños ruidos provenientes del exterior, muy próximos a la cabaña, no dejaban de acrecentar su más nefasta y trágica imaginación. Aseguró la puerta, trabó las ventanas frontales, y se encerró en la habitación. Allí se sacó la camisa de Gabriel, que usaba como camión, y se vistió adecuadamente: de remera, jeans y zapatillas, para salir huyendo por el sembradío. Ocupada como estaba, no se había percatado de que los ruidos se habían detenido. Se quedó quieta en la habitación para cerciorarse mejor y, efectivamente, todo estaba quieto y en silencio.

¿Dónde estaba Gabriel? ¿Por qué no podía dejar el asunto para el otro día? Si había inquilinos problemáticos en el hotel eso era imposible, pensó Maylen inmediatamente a reclamar mentalmente la presencia de Gabriel.

Atemorizada, salió de la habitación y notó cómo se levantaba la cortina de bolados amarillos de la pequeña ventana de la cocina, empujada por el viento proveniente del exterior. Pasó por allí, pero no había notado el movimiento de la tela anteriormente. Sin sugestionarse más de lo que ya estaba, tiró del prestillo de la ventana que se ajustaba al marco de madera suavemente para sellarlo. Estaba viviendo una película de terror, producto de su propia imaginación, y se sentía una idiota pero no podía parar de temblar. Si hubiese tenido las llaves del coche, ya se habría marchado de allí. Si se animaba a salir, refutó inmediatamente el pensamiento anterior.

La casa era segura, ningún animal podía meterse si ella no abría la puerta, y por Dios que no lo iba a hacer. El televisor, que había terminado de reproducir las fotos, repetía una y otra vez el logo de la marca de la cámara; eso la impacientaba más, y lo apagó con el mando a distancia que había dejado sobre la barra que dividía la cocina de la sala.

El ruido del motor de la camioneta de Gabriel, que se percibía a distancia, le devolvió la serenidad al cuerpo, y la capacidad de pensar con coherencia.

Apenas separó la traba de la puerta, la abrió y se abrazó a Gabriel en un apretón de ventosa.

—Me alegra saber que me has extrañado tanto —habló, sonriente, y se

movía con Maylen prendida de brazos y piernas a su cuerpo.

—Sí, fue horrible; oía ruidos por todos lados, estaba muerta de miedo.

—Una cronista como tú, que se mete en los lugares más extraños, con personas exóticas y ambientes hostiles.

—Pero sin animales que intentan descuartizarme.

—Veo que tu imaginación ha trabajado a destajo —dijo, sonriendo y besándole la sien—. Deben de ser las ratas del cobertizo —declaró para sosegar el palpitar frenético que podía sentir en su corazón.

—Me quedo más tranquila ahora que sé que hay ratas del tamaño de un perro.

—Maylen, has vivido aquí mucho tiempo; sabes que las ratas son algo más grandes que las de tu querida ciudad...

—No te creas —lo cortó y se bajó de su vehículo de tracción a sangre, para moverse por la sala con sus propias piernas.

—¿De veras estabas tan asustada? —Gabriel le tomó la cara con las dos manos para indagarla.

—Estaba aterrada, a punto de meterme en el armario del cuarto.

—¿Por qué no me parece extraño ese comentario? —adujo con sorna, y la abrazó.

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Qué ha ocurrido?

—Problemas en el hotel.

—¿Por qué tu padre se ha molestado viniendo hasta acá, no podían haberlo solucionado los empleados del hotel?

—No, nena; era un asunto que requería mi presencia —explicó categóricamente, y Maylen se dio cuenta de que obviaba detalles que pudieran darle a ella indicios sobre el asunto.

—¿Lo has solucionado?

—Por supuesto —se jactó—. Es tarde, vamos a la cama.

—¿El hotel ha sufrido daños?

—No —negó con cansancio—. Señorita periodista, no contestaré más

preguntas por hoy.

—¿Por qué eres tan evasivo?

—He dicho —diciendo esto, la tomó de las piernas y cargó en los hombros para llevarla a la habitación entre gritos y golpes en la espalda de Gabriel, y palmadas en el trasero de Maylen.

Los días siguientes pasaron demasiado rápidos. El sábado por la mañana, ninguno quería abandonar la cama; en pocas horas, Maylen saldría rumbo a Buenos Aires y su semana dulce acabaría.

—El fin de semana iré a Buenos Aires, ¿me recibirás en tu departamento? —preguntó Gabriel, besándole el lóbulo de la oreja.

Gabriel había planeado viajar con ella, pero después de hablar con su padre y enterarse de que había cosas que resolver en la finca, decidió dejarlo para el fin de semana. Si tenía suerte, podía tomarse unos días más.

—Te esperaré, impaciente —susurró ella.

—¿Qué dices del ofrecimiento del intendente?

—No es seguro, todavía están hablando y negociando con los productores.

—La finca *Refugio del Sol* estaría interesada en auspiciar un informativo local que tuviera a una conductora sexy y sensual al frente —ronroneó, acariciándole los muslos mientras continuaba su asedio con la boca en la zona del cuello.

—No tengo dudas de ello, más si la conductora tiene menos de 25 años, es rubia, alta y delgada como un espárrago.

—¡No, qué espanto! —Exclamó, fingiendo rechazo—. A los de la finca les gusta que las mujeres sean como las uvas: dulces, suaves, con cuerpo brillante y colorido; amigables, diría mi padre.

—Y, sobre todo, en racimos.

—No eches pestes sobre tan honestos servidores —abandonó su cuello para subirse arriba y mirarla a los ojos—. Conozco una pequeña finca, lindera a la nuestra, que también estaría interesada; no sería mucho lo que pueda aportar, pero seguramente ayudaría al proyecto.

—Creo verdaderamente que ése es el principal motivo de la propuesta del intendente.

—No es tonto el amigo Rafael, además... —continuó después de una pausa —: ¿No es el objetivo de todo cronista estar al frente del informativo?

—No de todos, hay periodistas que no cambiarían la calle por nada del mundo.

—No vas a decirme que no sueñan con estar sentados, presentando las noticias en días y horarios fijos en vez de vagar por el país a cualquier hora, cualquier día de la semana.

—Qué mal concepto tienes de los informadores.

—No tengo mal concepto de ti, todo lo contrario: me excitabas nada más verte, comentando lo nauseabundo y mugroso que estaba aquel riachuelo contaminado por ese laboratorio de Pilar. Me decía: «Qué bonitas piernas tiene esa cronista y cómo resaltan sus ojos verdes cuando el sol ilumina su perfil.» —una caricia lenta, con las grandes manos de Gabriel, adormecía a Maylen.

—¿Tú me veías?

—Sí, pero no se lo digas a nadie.

—El otro problema son las fotos. Tengo clientes que cuentan con ese trabajo.

—Puedes fotografiarme cuanto quieras; estaré siempre disponible para ti.

—Hablo en serio, Gabriel.

—Maylen, no quiero que trabajes veinte horas seguidas como lo has hecho hasta hace un mes.

—¿Serás un novio restrictivo?

—Voy a cuidarte. ¿Quieres ser mi novia, Maylen? —le preguntó, como aquella primera vez que lo hizo muchos años atrás.

—Sí —contestó ella, y ambos se fundieron en un beso que selló el pacto.

Por la tarde Gabriel le devolvió las llaves del coche, y puso a cargar la batería del móvil y el portátil. En cuanto Maylen pudo encenderlos,

comenzaron las alertas de llamadas y mensajes no vistos. En la casilla de correo tenía tantos e-mails sin leer como llamadas perdidas.

—Necesitaré toda una semana para ponerme al día con los e-mails y los mensajes de texto —le reprochó a Gabriel.

—No dejes trabajo para el fin de semana, nena, porque lo vas a tener muy ocupado —comentó él, sin darse por aludido con el comentario de Maylen.

—Tengo que llamar a mi madre, seguramente estará hecha un basilisco por la ansiedad.

—Dile que todo ha salido bien, que has retomado la cordura y que te ayudaré a superar el miedo al dolor sin huir.

—Cuando me encuentres —lo desafió Maylen en broma, pero Gabriel perdió el color de la cara—. Gabriel, ha sido una broma —indicó ella cuando advirtió el cambio en la expresión de Gabriel: tan cínica como cuando se vieron en la finca.

—No juegues conmigo, Maylen; no volveré a perdonarte.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, perdóname.

Gabriel tomó el bolso preparado de Maylen y lo llevó hasta el vehículo. El cambio de actitud tan brusco inquietó a Maylen, y la dejó con una sensación incómoda.

Capítulo 23

En un día normal, ella tenía un horario de trabajo de ocho horas: desde las seis de la mañana a las dos de la tarde. Nunca tenía un día normal. Su nuevo año laboral comenzó a las tres y veinticinco de la madrugada. Su móvil comenzó a sonar; en una de las autopistas más importantes de la ciudad acababa de producirse un trágico accidente, la voz al otro lado del móvil le avisaba que en diez o quince minutos la recogería la unidad móvil de guardia del informativo.

Regresar a la rutina de bombero, que cuando suena la alarma tiene que tener todo listo en segundos le costó horrores. A pesar de que había dejado la ropa preparada, el calzado a los pies de la cama, la cartera cargada, y todo dispuesto para una salida de emergencia, no pudo hacerlo. Como nunca, sus compañeros tuvieron que esperarla durante quince minutos, y aun así salió hecha un desastre. Se terminó de arreglar en el camino, con la ayuda del camarógrafo y su asistente, que le colocaron bien los hombros de la chaqueta, la ayudaron con las baterías del micrófono, que no podía terminar de armar, y con los audífonos que se le caían de las manos.

—¿Cuesta empezar, eh? —le dijo su compañero, que la ayudaba con los audífonos.

—Nunca hubiera imaginado cuánto. ¿Estoy presentable? —le preguntó al camarógrafo.

—Descuida, parece ser que es un accidente importante; no saldrás mucho en cámara y no te haré planos cortos a la cara —le respondió con un guiño de ojos; sutilmente confirmaba el mal aspecto que presentaba esa madrugada que, en lo único que podía pensar, era en lo bien que lo pasaba a esa hora en brazos de Gabriel.

—¿Cómo te ha ido en tu paseo al paraíso?

—*El Paraíso* —aclaró ella el nombre de la finca, pero al nombrar aquel

lugar emblemático no pensaba en la finca.

La semana continuó frenética y vertiginosa. Gabriel la llamaba cada noche, y ella apenas tenía fuerzas para responderle. A su madre le había dicho que la llamaría el sábado y cortó la llamada que le hiciera el lunes, después de hablar con Gabriel. Estaba agotadísima. El mes inactivo le había provocado tal desconexión con el trabajo que le costaba horrores volver a sumergirse en esa vorágine de corredera en corredera, más teniendo en cuenta que, en época de vacaciones, el cronista de servicio trabaja el doble. Solía gustarle la actividad, y la imprevisibilidad de su profesión, pero esa semana la desgastaba más de lo habitual. Fue consciente de que, en un par de entradas, cuando el noticiero estaba en el aire, cometió errores o preguntó alguna tontería por la falta de concentración. Salir ante las cámaras con claridad, elegancia y simpatía, a pesar de la noticia que estuviera presentando, la dejaba con un humor de perros por la tarde. Era una semana de recambio turístico, y los accidentes no dejaban de sucederse día tras día, con la unidad móvil del canal se movían de una punta a la otra de la provincia, mostrando accidentes horribles que provocaban la falta de respeto a las normas de tránsito, y el poco valor que le daban algunas personas a la vida propia y a las de los demás. Después de estar horas hablando con los testigos, con los damnificados cuando podía hacerlo, de recorrer los hospitales cercanos, adonde habían trasladado a las víctimas, y volver a hablar con más personas, debía pasar por la redacción a asentar los sucesos del día.

Era viernes; el móvil no había sonado, como los cuatro días anteriores, antes de las cuatro de la madrugada. A las cinco se levantó, se vistió con tiempo, se peinó, se maquilló decentemente y desayunó. Le parecía una utopía poder realizar todas esas actividades sin que el móvil sonara. Estaba completamente despierta y avispada cuando bajó al estacionamiento del edificio para tomar su auto, que no había movido desde que llegara de Mendoza. El canal estaba a cinco minutos de su casa. Siempre le gustó vivir cerca de los lugares donde realizaba la actividad principal de su vida, así que desde hacía año y medio su departamento quedaba a solo ocho cuadras del

canal. Mientras conducía hasta el trabajo, su preocupación pasó a imaginar que ésa sería una de las largas jornadas de espera a que la noticia saliera a la luz; en la puerta de un hospital, en la de un tribunal, o en la casa de alguna *celebrity* del momento. Ése era el trabajo que menos le agradaba: estar horas y horas a la espera; seguramente con un par de colegas que compartían su pesadumbre. Se sacudió la cabeza como hacía siempre que quería aclararse los pensamientos; antes le encantaba todo lo relacionado con su trabajo.

Revisó el móvil después de estacionar su coche; no había llamadas, ni mensajes, ni alarmas. Al fin un día tranquilo, pensó Maylen, y estaba contenta de poder saludar a algunos compañeros a quienes, con el trajín de los días anteriores, no había podido hacerlo desde que volvió de sus vacaciones.

En el canal la actividad se reducía al estudio del noticiero, que empezaba a las siete de la mañana, y todos los empleados del canal se concentraban allí. Maylen tenía la esperanza de que Estelita, la maquilladora, que también comenzaba turno a las seis, le diera un retoque con sus manos mágicas y mejorara su aspecto, y se encaminó hacia el sector de maquillaje. Los primeros técnicos a los que saludó cordialmente, como siempre, le devolvieron el saludo pero la miraron de una manera diferente. Maylen lo atribuyó a su ausencia prolongada; a medida que se iba cruzando con los empleados, que llegaban o se retiraban del canal, la mirada tildada de sus compañeros comenzó a incomodarla.

Estelita la maquilló rápidamente, sin mediar aquellos ácidos comentarios a los que la tenía acostumbrada, y con un humor sombrío se alejó de ella no bien terminó con su trabajo.

A las seis en punto de la mañana se presentó en la redacción, y uno de sus jefes la llamó antes que encendiera su ordenador.

—No creo estar exagerando si digo que siento una atmosfera extraña — comentó ella no bien su jefe le dio los buenos días.

—Muchas personas ya han visto lo que parece que tú todavía no — respondió con severidad.

—¿Qué es lo que debo ver, según tú?

Mario era un jefe accesible, no llegaba a los cuarenta y cinco años; el trato diario era sin estructuras rígidas, y estaba siempre abierto a todas las sugerencias de sus empleados. No se consideraba «el jefe», sino el organizador de esa gran estructura; sin embargo, todos sabían que tenía la potestad de poner o sacar cualquier componente que no amenizara con su trabajo.

Volteó el ordenador que estaba delante de él y se lo mostró a Maylen. Ella se tapó la boca ante el asombro, y cayó sentada en la silla que estaba frente al escritorio de su jefe.

—¿Qué tienes que decirme?

—Me quiero morir.

—Evidentemente, no has sido tú quien ha subido esto a internet. Me quitas un peso de encima —dijo, volteando el portátil nuevamente hacia él.

—Lo borraré de mi máquina, pero está en YouTube; debes pedir que lo retiren —le indicó—. Ve a hacerlo, y a las nueve tenemos una reunión con los directivos.

—¿No trabajaré hoy?

—No.

Después de la conversación con su jefe, entendió por qué todos la miraban de esa forma y quiso que la tierra se la tragara. Tomó su portátil, que había dejado en su escritorio, y se sentó en un rincón solitario y oscuro, detrás del decorado del programa de entretenimiento que se hacía a media tarde.

Las lágrimas se desparramaban por su cara sin control desde que viera las fotos. Envió el e-mail a los administradores que correspondía, y esperó la contestación.

¿Por qué le había hecho eso? ¿Qué ingenua! ¿Cómo una persona iba a perdonar un abandono tan fácilmente? ¿Qué buena manera de vengarse! ¿Qué iba a hacer ahora?

Preguntas, reproches y más preguntas surgían en su cabeza mientras miraba sus fotos: desnuda en aquel cuarto de la habitación del hotel de Malargüe. Se

veía su espalda al descubierto mientras se levantaba el cabello y montaba a Gabriel a horcajadas; luego su cara en un exclusivo primer plano, mirando la cámara, y su intento fallido de pararla. Fotos secuenciales mostraban toda una escena patética e íntima, que se reproduciría en miles de computadoras. Las fotos que le había tomado Gabriel eran dignas de la revista *Hombres*. Reía y lloraba. Su carrera estaba arruinada y su vida acabada.

Marcó el número de Gabriel... Y nada. El contestador saltaba después del cuarto timbre. Se estaría relamiendo con su dulce venganza. Miró y volvió a mirar las fotos que le tomó Gabriel, desnuda, y después las secuenciales; y a la cuarta o quinta pasada se dio cuenta de que la cara de Gabriel no se veía. Su cuerpo, en principio, lo tapaba; pero cuando ella se levantó para tratar de impedir que la máquina siguiera disparando flashes, su cara había sido pixelada.

Recordó en ese momento la cara que había puesto Gabriel al despedirse, y todo le cerró. Miró la hora en que se había subido el vídeo a internet, y fue minutos antes de la medianoche pasada. Lo que se preguntaba era cómo la gente del canal se había enterado tan rápidamente. A lo que su cerebro atontado replicó: «¡Trabajas en un noticiero!»

A las nueve, los directivos del noticiero y algunos ejecutivos del canal se reunieron con el director del programa informativo y con Maylen. Ellos se habían reunido anteriormente y, en pocas palabras, le dijeron que si deseaba continuar trabajando podía hacerlo con la fotografía, como antes de ser cronista. Maylen no discutió la decisión porque ni siquiera sabía si seguiría trabajando allí; lo único que quería era tomar un avión y salir del país.

Dijo que sí a todo, firmó todo los papeles que los trajeados abogados del canal le pusieron en frente, y se retiró aduciendo que se sentía mal; todos la entendieron y la enviaron a casa a descansar y meditar sobre su futuro.

Al salir apagó el móvil del trabajo y encendió el particular. Gabriel la había estado llamando desde hacía una hora exactamente: cuando ella estaba en la mitad de la reunión. Su madre, sus hermanos, su tío, su abuelo, sus amigas, hasta Leandro la había llamado. Apagó el móvil nuevamente.

Al llegar a casa encendió nuevamente la computadora, el vídeo de YouTube había desaparecido y tenía un correo con las disculpas correspondientes, y la aclaración de que ellos no tenían control sobre los vídeos que la gente subía; sólo podían retirarlos si los afectados directos lo solicitaban. Tal y como había sido su caso.

Estaba en blanco, no podía pensar. Encendió el televisor y su imagen le llenó los ojos. Estaba en el programa de chismes del mediodía. «La cronista más sexy del país» era el título. Apagó el televisor.

Su consuelo era que, por suerte, ella no tenía cuenta en las redes sociales: en ninguna. Ojos que no ven...

No salió del departamento, no encendió el móvil, no prendió el televisor ni el portátil. Tomó un libro del e-reader y comenzó a leerlo, tirada en el sofá de su pequeña sala.

Después de dos o tres líneas se preguntaba: ¿Por qué? Se reprochaba lo idiota que había sido, lloraba un par de lágrimas, se lamentaba por ser tan débil, retomaba la lectura por dos o tres líneas más, y volvía a comenzar todo el proceso de nuevo.

El timbre de su departamento sonaba con insistencia; cuando miraba por la cámara de seguridad de entrada, veía a los movileros de los programas de chismes. Ellos hablaban sobre la vida y obra de cualquier personaje que pasara cinco minutos delante de una cámara y tomara estado público.

Maylen no quería ni imaginar lo que estarían diciendo de ella. ¡Qué irónico: la fotografía que parece por unas fotos! ¿Qué pensarían de ella? Primero: que era una fiestera... Y después, todo lo demás.

Se iría. Tenía plata ahorrada, sacaría boletos para... Brasil... Venezuela... o algún país de América y se largaría. Le temblaba el cuerpo cuando conectó la ficha del teléfono de línea, que había desconectado para que dejara de sonar; buscó en la guía el número telefónico del aeropuerto e hizo la reserva para un vuelo que salía esa misma noche rumbo a Caracas, Venezuela.

Una vez hecho esto, respiró más tranquila; pronto todo acabaría. Llamaría a su madre para comunicarle su decisión y despedirse.

No tenía ni idea de lo que iba a cargar en la maleta. Puso un poco de ropa, unos pares de zapatos y se sentó en la cama, al costado de la valija a medio llenar. Recordó que Leandro le había dicho, antes de subir a la montaña, que ella le había arruinado la vida a Gabriel. Cuánto sentido cobraban aquellas palabras ante los hechos consumados de ese día; si él había pasado por aquello, por ese sentimiento: mezcla de humillación, impotencia, bronca, odio, lástima, y un profundo dolor que se atoraba en el pecho por la traición, ya sabía lo que se sentía. Nada lastimaba más que la traición.

El vuelo salía a las siete de la tarde; no quería llegar temprano al aeropuerto. Tampoco tarde. Llamó al portero, le avisó de que estaría fuera nuevamente, y le informó de que su madre, posiblemente, llegara allí al día siguiente. Le dijo que el automóvil se quedaría en la cochera, y que ella haría el depósito de los gastos y el alquiler desde donde estuviera.

Cuando bajó al hall del edificio, vio que el taxi la esperaba justo frente a la puerta; el taxista se llevó la maleta para acomodarla en el baúl del auto, y ella se metió en la parte de atrás después de sortear a dos jóvenes comentaristas de dos programas diferentes de cotilleos. Respiró profundamente, dos o tres veces, y estaba por trabar la puerta del vehículo cuando se abrió de golpe y Gabriel se metió en el auto.

Capítulo 24

—¿Huyendo?

—Como verás.

—Prometiste no volver a huir.

—¡Qué lástima que no te hiciera jurar que no me arruinarías la vida por venganza!

—No fui yo.

—¿Ah, no? Ve a mirar la televisión y a regodearte con tu victoria.

—Maylen, no he publicado esas fotos —negó Gabriel con tal vehemencia que a Maylen se le erizaron los vellos del brazo.

Gabriel la tomó por los hombros y la hizo enfrentarlo en el momento en que el taxista subía al auto.

—Llamaré a la policía —dijo el hombre, que vio de qué manera brusca Gabriel la había hecho girar hacia él, y su ceño enfurruñado al hacerlo; y bajó para marcar el número en el móvil, lejos de Gabriel.

—Soy el novio de la joven, no le haré daño —le gritó Gabriel al taxista, que bajó el aparato para meter la cabeza por la puerta y mirar a Maylen.

—Es cierto, no se preocupe —dijo ella, sin mirarlo, tratando de apaciguar el momento y que la situación no saliera de su cauce; bastante incendiada tenía la vida para agregar más leña al fuego, no olvidaba a los cronistas de espectáculos que presenciaban la escena—. No se preocupe, está todo bien —volvió a señalar al hombre, que subió al coche para iniciar la marcha.

—Disculpe el malentendido —se excusó con Gabriel, aunque se notaba que lo hacía por compromiso, y preguntó a Maylen—: ¿Se siente bien, señorita?

—No, pero eso no tiene importancia. Arranque por favor —solicitó ella, sacándose las manos de Gabriel de encima. Se irguió, derecha, detrás del asiento del chófer sin dejar de mirar el respaldo que tenía delante.

El taxista asintió con la cabeza y puso el auto en movimiento, con la mirada vigilante en el espejo retrovisor. Gabriel se había quedado sentado de costado, enfrentando la posición de Maylen, con la rodilla izquierda flexionada y subida al asiento. El chófer no perdía detalle de Gabriel, por si tuviera que describirlo en una llamada a la policía que, hasta el momento, había postergado. El hombre había encontrado a tantos locos en la calle, durante sus veinte años de trabajo arriba de un taxi, que sabía que las cosas podían cambiar de un momento a otro, y tenía el móvil con el 911 en pantalla. No dejaría que ese hombre grande, que parecía un auténtico cowboy de una vieja película del Oeste, maltratara a la periodista de cara angelical, a pesar de todo lo que se decía de ella en televisión.

—Maylen, no fui yo. Buscaron la cámara por toda la cabaña y no pudieron encontrarla. Creo que sé quién pudo haber sido. Maylen... ¿Me estás oyendo? —preguntó Gabriel, que la veía con los ojos cerrados y la cabeza recostada en el asiento.

—Sí, te oigo —confirmó ella; las palabras de Gabriel le resultaban extrañas—. Dime qué otra persona me odia tanto como para arruinarme la vida.

—No te odio, creo que ni en los peores momentos lo he hecho. Maylen, la noche en que mi padre fue a buscarme fue porque Perla armó un escándalo cuando no quisieron renovarle la habitación donde estaba, y quería llegar hasta la cabaña.

—¿Perla?

—Perla, la muchacha que me acompañó a la vendimia en la finca de tu familia.

Maylen abrió grandes los ojos; no podía asimilar tan rápido lo que le contaba Gabriel.

—¿Me tenías a mí en la cabaña, y a Perla en el hotel?

—¡No!

El taxista miró a Gabriel con otros ojos; ese muchachote, al parecer, tendría historias que contar cuando llegara a viejo.

—Volvamos a tu departamento y te contaré la historia completa.

—Perderé el vuelo.

—Maylen, no lo vuelvas a echar a perder.

Más que las palabras, el tono que utilizó Gabriel le hizo «clic» en la cabeza. Si él hubiera sido el culpable no estaría allí, ¿verdad? ¿O la venganza todavía no había terminado? Maylen sopesó sus alternativas y decidió, sin pensar demasiado, que si todo salía mal habría otros vuelos a Venezuela.

Canceló el vuelo, y el encargado del edificio la miró, interrogante, cuando la vio aparecer nuevamente por el hall de la entrada. Sin mediar más que dos o tres frases, le informó de que el viaje se había pospuesto, y le presentó sin demora a Gabriel. Todo fue silencio entre ellos hasta que entraron en el departamento que tenía alquilado Maylen en la Ciudad de Buenos Aires.

El pequeño pero elegante piso, a primera vista, era todo verde. Las paredes tenían el verde intenso de las hojas de vid cuando se ven desde la carretera, bañadas por el sol. El lugar tenía el perfume de Maylen impregnado en el ambiente. Gabriel lo respiró no bien puso un pie dentro, y reconoció ese aroma que despertaba en él sus más primitivos deseos, y la imperiosa necesidad de proteger a aquella mujer que lo había herido tanto. Sus sentimientos hacia Maylen siempre eran encontrados, y muy pasionales en intensidad; cuando la amaba, lo hacía en grado superlativo. Cuando recordaba lo que le había hecho sufrir, su rencor no tenía límites.

Maylen arrojó con furia la cartera de cuero marrón, que colgaba de su hombro, sobre el sillón de paño verde oliva, que estaba apenas ingresaban en el departamento, y se enfrentó con Gabriel.

—¿Cómo han llegado esas fotos a internet? —Preguntó, enfadada—. Estaban en tu cámara digital, y se quedaron en la cabaña.

Gabriel bajó el bolso de viaje, con paciencia y cuidado, al costado de la puerta, cerca de un perchero alto que estaba para colgar los abrigos, y caminó hacia el sillón para pararse delante de una furiosa Maylen, que esperaba impaciente una respuesta.

—Has llorado —murmuró bajo, y con una mano acarició la suave piel del

rostro de Maylen quien, por más furibunda que estuviera, no podía con la ternura de Gabriel. Él la envolvía con su presencia y la convencía tan sólo con su mirada.

Gabriel acarició las oscuras ojeras, producto del llanto y del mal descanso. Le quitó el elástico que sostenía el suave cabello en una cola de caballo que le dejaba el rostro tirante y tenso, más de lo debido, y lo agitó para que las hebras se liberaran de su apretujamiento y cayeran frescas sobre los hombros.

—No lo sé, pero creo saber quién puede haberlo hecho —contestó a la pregunta que Maylen había olvidado; se acercó a ella y, sin explicar nada de lo que había prometido, tomó su boca ante la sorpresa de Maylen, que esperaba un largo argumento para demostrar su inocencia.

—Te extrañé —susurró antes de profundizar en el beso—. Eres mía, Maylen; aunque te escondas, aunque huyas ahora y no vuelva a verte nunca, eres mía —le dijo en un murmullo cuando se separó de la boca de Maylen para tomar aire.

Los besos de Gabriel eran profundos, su lengua abarcaba cada rincón de la boca de Maylen, y sus brazos apretaban su cuerpo para pegarla a él y hacerle sentir su duro cuerpo: excitado y anhelante. Ningún enojo podía contra ello. Maylen se dejó convencer con aquellos artilugios que tan bien manejaba Gabriel, con sus manos, con su boca y con su cuerpo. Se abrazó a él. Dejó que su cabeza siguiera sus instintos, que le gritaban desesperados que Gabriel no mentía. Después buscarían al causante de aquel desastre, juntos. Por el momento disfrutaría sentir ese cuerpo grande pegado al suyo, que evidenciaba un deseo duro y caliente, y que le hacía olvidar cada minuto desgraciado que hubiera pasado.

Maylen devolvió el beso una vez que su cabeza fue silenciada por los sentidos, cada uno de ellos estaba anhelante de despertar en toda su plenitud; sus manos recorrieron la espalda fibrosa de Gabriel, su boca se llenó de su aliento, y sus oídos se deleitaron con los sonidos guturales que desprendía él a causa de su respuesta. Cerró los ojos después de absorber, con su mirada, la verdad que estaba reflejada en las pupilas oscuras y brillantes de Gabriel, y ya

no le importaron las fotos ni internet, ni lo que pensarán de ella. Gabriel la protegería y le haría olvidar ese momento.

—Tu cuerpo lo sabe —susurró Gabriel, haciendo un recorrido húmedo con la lengua desde la boca hasta el cuello, y sus manos apretando con insolencia sus nalgas, para después recorrer su entrepierna, que comenzaba a ondearse buscando el roce incitante y reclamando atención—. Por eso no lo compartiría nunca con nadie —la tomó del mentón y alejó su cara de ella.

Maylen había perdido la expresión enfadada, reemplazándola con una de éxtasis; tenía los labios muy rojos por los besos, se mordía el labio inferior con los dientes, en muestra de deseo, y el pelo se había agitado con las caricias y presentaba un delicioso desorden para Gabriel.

—Te vi con uno de tus amigos una vez.

La revelación despabiló a Maylen de su estado de ensueño, y se sobresaltó. Quiso alejarse de Gabriel, pero él la tenía tomada de la cara y no le permitió separarse más de lo que juzgaba necesario.

—Sí, te vi, estabas sentada a la mesa de un bar. Tenían las manos unidas y, después de varios minutos, se levantó y te dio un beso en la boca. Él parecía estar bastante caliente, pero tu mirada no le demostraba el más mínimo interés; y tu boca sonreía pero sin alegría. —Gabriel hablaba pero no demostraba ninguna señal sobre sus sentimientos en la expresión—. Yo estaba en el bar de enfrente, observándolos. Te vi a ti tan bella, y tan fría, que me entraron ganas de cruzar y advertirle al infeliz que estaba contigo que perdía el tiempo, pero a la vez los celos me devoraban la poca cordura que tenía. Los seguí un par de cuadras cuando se levantaron de las mesas y entraron a un edificio cercano, y juré que me vengaría de todo lo que había sufrido por tu culpa.

Maylen abrió grandes los ojos, más sorprendida que antes; pensó que no podría estarlo, pero su sorpresa sobrepasaba su capacidad de asombro, y abrió la boca para replicar y nada salió. Quiso soltarse de sus manos, pero Gabriel no cedió un milímetro.

—Ya había tenido un par de «amigas» —remarcó las palabras con sorna—. Después de verte volví a Mendoza, desolado, y me desfogueé con cada mujer

que se me cruzaba en el camino. Y seguí así hasta que volviste —su ceño se fruncía más y más por el recuerdo que, a la vez, aumentaba los estremecimientos de Maylen—. El día que nos cruzamos en la finca estaba tan excitado, enojado, ansioso..., era una mezcla tan rara de sentimientos que no podía definirlos, pero tenía bien clara una sola cosa —su mirada ganó intensidad al hacer la pausa—: Quería herirte y que padecieras lo mismo. Quería que sufrieras igual que lo había hecho yo. Ese día casi tomé a Perla en medio de la plantación. Estaba frenético, y poco faltó para que me comportara como un animal y demostrarte que yo también puedo complacer a las mujeres. Y juré que volvería a hacerte mía.

Maylen estaba increíblemente muda. Su razón iba despertando del letargo, y sacudía de mala gana a su fallido instinto; después de todo, se había equivocado. Le dolían las palabras de Gabriel de tal manera que habían enmudecido las suyas. No quería y no podía decir nada. Nada tenía que decir. Volvía a sentir la sensación de alejarse de su cuerpo para ver la escena desde arriba sin ser ella la protagonista.

—Cuando recuperé la cordura, a fuerza de los gritos de Perla, la llevé al hotel y allí, como preso de un potente afrodisíaco, me comporté como un poseso... O mejor dicho: me comporté como si el cuerpo de Perla fuera el tuyo, y dije cosas dirigidas a ti de las que ella se apropió —relajando una parte del ceño, continuó—: Creo que de eso no puedo culparla, pero creyó que habíamos concretado algo que no estaba en mis planes, y el día que salí de la cabaña fui para aclararle que las cosas no eran como ella imaginaba.

La confusión de Maylen crecía a medida que Gabriel hablaba. Llegados a ese punto del relato, no sabía si le estaba explicando que él no había tenido nada que ver con la publicación de aquellas fotos... O el motivo por el cual las había publicado.

—Debo confesar que la idea de pasar una semana contigo en la cabaña lejos estaba de mi intención de volver a enamorarme de ti, o mejor dicho: redescubrir que nunca había dejado de estarlo. Mi primera idea era usarte, como hacía con mis amigas. Un par de noches de lujuria, y después tenía

pensado pedirte que te marcharas antes de terminar la semana. Ni siquiera pensaba dormir contigo.

Gabriel le soltó la cara, que había tomado con ambas manos, y las deslizó nuevamente hacia sus nalgas, para apretarlas impudicamente, metiendo las dos manos entre la cinturilla elástica del pantalón de fino lino que se había puesto Maylen para tener un viaje cómodo.

—Pero no pude, Maylen. Intenté pensar en ti, con el tipo ese, para volver a sentir furia, y no pude. Lo único que acudía a mi mente era tu cara triste, tu risa vacía y la noche en la montaña, cuando te hice el amor por primera vez.

—Encontraste la manera de castigarme.

—Sí, te enamoré otra vez. Lo de las fotos no ha sido obra mía.

—¿Cuéntame qué pasó entre Perla y tú mientras yo estaba en la cabaña? —pidió Maylen, comenzando a recuperarse de las declaraciones de Gabriel.

—Ella fue a buscarme, convencida de ser la mujer de mi vida, y le pedí que volviera a la ciudad.

—Habrà sido un duro golpe para la muchacha.

—No lo creo, ya debe de estar buscando a un nuevo candidato de billetera abultada.

—Yo la veo más como una mujer despechada.

—Se le ha escapado un pez gordo, y todos lamentamos cuando uno de esos se escapa entre las manos.

—Tu novia me ha arruinado la vida —lo acusó, renovando la furia.

—No es nada mío, y lo siento. De veras, siento lo que ha pasado con esas fotos.

—No te veo tan apesadumbrado.

—Estoy furioso porque tu cuerpo caliente la cabeza de varios tipos ahí afuera —reveló.

—Sólo te enfurece compartir el juguete con el que te diviertes de momento —protestó Maylen.

—No, tú eres mi juguete ahora y siempre; no volveré a dejarte ir. —

Gabriel comenzó nuevamente a besarle el cuello.

—No sé qué pensar —gritó Maylen, alejándose a la fuerza de Gabriel; lo empujó por los hombros y apartó las grandes manos de su cuerpo—. Me dices que pensabas vengarte de mí; luego cambiaste de parecer y decidiste pasar una semana entera enamorándome; después, una de tus mujeres me arruina la vida por despecho, y tú apareces aquí en el momento justo en que estoy partiendo.

—Nuestra historia nunca ha sido fácil —sonrió la ocurrencia—. No llegué en el momento en que estabas partiendo; esperé durante cinco horas en el bar de la esquina. Llegué a las dos de la tarde al aeroparque de la ciudad, desde Santa Fe. Hace tres días que estoy dando vueltas: de reunión en reunión, por diferentes provincias. Al enterarme de lo ocurrido, quise hablar contigo y no pude hacerlo. Te llamé al móvil, al teléfono de tu casa y cuando llegué al edificio, nadie respondió al timbre. El portero no quiso dejarme entrar, y cuando intenté hacerlo por la fuerza amenazó con llamar a la policía. Lo hubiera hecho de todas maneras, pero los periodistas que estaban abajo se habrían deleitado ampliando los chismes.

—¡Quiero entender!

—Yo también, Maylen; dijiste que no volverías a huir de los problemas, y al surgir el primero de una larga lista que, seguramente, tendrás que atravesar en tu vida te encuentro camino al aeropuerto.

—Éste no es un problemita sin importancia.

—El haberme abandonado a mí sí lo era.

—¡No! —gritó.

—¿Qué quieres entender? —Preguntó, enfadado, Gabriel—. Te amo, me amas, y el tiempo no pudo con eso —dijo claramente.

—¿Me amas? —interrogó Maylen, volviendo a sorprenderse al escuchar esas palabras.

—No puedo creer que lo estés preguntando.

—Es que ahora vienes con el cuento de la venganza y todo eso.

—Para ser periodista, tienes un entendimiento bastante limitado.

—Ya no soy periodista, no soy nada.

—Todo va a pasar en un par de semanas —la reconfortó Gabriel, acercándose nuevamente a ella—. Y si no es así, Eugenio Bustos nos espera con los brazos abiertos.

—Quiero volver a la cabaña hasta que todo se resuelva —dijo imprevistamente, sorprendiéndose a sí misma con aquellas palabras. No tenía idea de que aquel deseo estuviera tan a flor de piel hasta que se escuchó a sí misma.

Eso era lo que Maylen realmente quería: volver a aquella calma, aquel silencio, y a los brazos de Gabriel. Era lo que deseaba desde que llegó. Toda esa semana había estado irritada, cansada, sofocada por la ciudad y su trabajo. En realidad era la añoranza de esa semana en la cabaña lo que la mantenía de esa manera, no la agitada vida que llevaba.

—Esperaba que me lo pidieras —dijo contento, Gabriel—. Iremos al pueblo y resolveremos lo de las fotos. Tengo a gente trabajando en el tema.

—No hay nada que pueda hacerse; el daño ya está hecho.

—Quiero recuperar mi cámara —bromeó Gabriel—. Maylen, todo pasará en unas semanas, cuando nuevas fotos «privadas» de algún personajillo público salgan a la luz —la consoló, apretándola fuerte contra su cuerpo—. Además, estás bien buena en ellas.

—No bromees con eso.

—No bromeo; las he visto, y son muy estimulantes.

—No me haces sentir mejor.

—Esto te hará sentir mejor —dijo Gabriel, e hizo que Maylen apoyara su mano en una flagrante erección plena—. Estoy seguro de que, en unos minutos, estarás en el séptimo cielo. Prometo que te llevaré.

Gabriel acompañó sus palabras con sus caricias, y en pocos minutos ambos estaban desnudos en el sofá verde oliva. Maylen nunca se acostumbraría a la facilidad con que Gabriel la tenía tumbada, desnuda y a su merced. ¿Sería cierto que su cuerpo se consideraba suyo? Ese no era el momento de

meditaciones.

—¿Sabes cuándo cambié de idea con respecto a ti? —preguntó, jadeando entre suaves embestidas. Sin esperar respuesta de Maylen, que jadeaba extasiada mientras Gabriel la colmaba de su cuerpo—. Abre los ojos Maylen —pidió en otro jadeo—. Cuando vi esta misma cara que tienes ahora; nada puede con esto —señaló, y ella le sonrió—. Nada. Eres mía, Maylen.

Sus acometidas se hicieron más frenéticas y sus jadeos más ardorosos. Gabriel no paraba de penetrarla con potencia, y cuando Maylen estuvo a punto de estallar en un orgasmo hercúleo, él se retiró de su interior y esperó a que volviera a abrir los ojos.

—Te conté mis miserias pasadas, quiero que tú hagas lo mismo.

Maylen sabía que Gabriel necesitaba saber de esos amigos que confesó haber tenido.

—¿Tiene que ser ahora? —preguntó, intentando tomar a Gabriel por los glúteos para acercarlo a ella y continuar donde lo había dejado.

—Creo que sí —dijo él, poniendo determinación a su decisión para alejarse de Maylen y no volver a sumergirse en su suavidad, que arrastraba su voluntad como la luna a las mareas.

—No puedo hacerlo, no me salen las palabras —dijo Maylen, se irguió un poco más en el sillón cuando notó que Gabriel no cedía y se alejaba más de ella.

—Mejor, no mentirás tan fácilmente.

—No pienso mentirte.

—Ha llegado la hora de las confesiones.

—Llegué a Buenos Aires, estudié comunicación social y...

—No es la parte que me interesa.

Maylen tomó un almohadón alargado, de los tres que rellenan el sillón, y se lo puso encima para cubrir su desnudez y luego comenzó un tímido relato:

—En la facultad conocí a un compañero; estudiábamos juntos y vivíamos cerca, así que comenzamos a salir las noches de los fines de semana.

—¿Cuánto tiempo después de dejar el pueblo?

—Tres años. Y sólo duró un cuatrimestre. Me di cuenta de que no era una persona con quien pudiera compartir más que los sábados. Una noche me pidió que me quedara en su departamento, y antes de cenar sacó un papel metalizado y extendió dos finas rayas de polvo blanco. Fue la última vez que lo vi. No juzgo a nadie, pero no era ni es mi estilo.

—¿Nunca lo habías visto drogarse antes?

—No, mi pueblerina ingenuidad no me dejaba percatarme de que, cuando salíamos de noche, él solía dejarme sola varios minutos y luego volvía algo diferente, pero siempre lo atribuí al alcohol y a la algarabía nocturna. Hasta aquella noche.

—Entonces ¿sólo era una compañía de sábados? —preguntó, todavía agitado por la repentina interrupción de la actividad que realizara su cuerpo minutos atrás.

—Sí, y después vino Pablo. —Maylen levantó la cabeza, que había mantenido mirando hacia la puerta vaivén que separaba la sala de la cocina comedor, y miró a Gabriel, quien estaba parado, apoyando su bella humanidad en la verde pared, esperando que continuara.

Hablar de hombres con Gabriel no era fácil; a medida que avanzaba el relato, sentía cada vez más la tensión sobre el cuerpo, y la sensación de haber traicionado a aquel hombre que la miraba pensativo, como si estuviera decidiendo si condenaba o perdonaba sus pecados.

—Estaba decidida a dejar de penar por ti; tres meses después comencé a trabajar en el canal y conocí a Pablo: sobrino del periodista conductor del noticiero central del canal.

—Ése fue el tipo con el que te vi. —Gabriel asentía con la cabeza y agregó —: Tenía un aire conocido. ¿Y por qué terminaste con él?

—Nunca mantuvimos una relación formal; eran encuentros esporádicos, y a él le salió un trabajo en México. Se fue hace dos años. Le informé y se quedó en silencio.

—¿Y luego...?

—No hay más historias, te puedo contar en los múltiples sitios que he tenido que trabajar y nada más.

—¿No hay más amigos?

—No.

—¿Nunca pensaste en regresar?

—Miles de veces, pero me repetía que todo estaba perdido en el pueblo, tú ya habías rehecho tu vida, y mi familia se había arreglado de maravillas sin mí. ¿Y tú nunca pensaste en venir a buscarme?

—Lo hice, y estabas con un amigo.

Capítulo 25

Maylen dejó el cojín que tenía en el regazo, cubriéndole el torso, y caminó hacia Gabriel. La confesión de él la dejó sin palabras; sólo podía ofrecerle su cuerpo como consuelo. Su alma y su corazón nunca dejaron de pertenecerle.

—No es fácil descubrir que hemos sido infelices durante siete años —dijo Gabriel, que tomó a Maylen para acercarla a su cuerpo.

—No, es más triste de lo que suponía; pero todos esos años me repetía, una y otra vez, que era lo que merecía por haber actuado mal con Paloma, con mi hijo y contigo.

—Nada de lo que ocurrió hace siete años fue culpa tuya o mía. La única culpable de lo ocurrido fue Paloma. Ya había terminado con ella, y encima quiso encajarme un hijo ajeno. —Gabriel la soltó un poco del abrazo con que la mantenía pegada a su cuerpo—. Vivimos un castigo innecesario, Maylen. ¿Te das cuenta? No quiero volver a pasar por aquello. Tú eres mi mujer.

Gabriel la hizo girar con brusquedad, y la tomó de las caderas para volver a sumergirse en ella. Maylen se sorprendió ante el movimiento, pero no lo rechazó. Nunca antes Gabriel había actuado así con ella; no conocía esa faceta ruda de él, pero no era desagradable.

—No volverás a tener esa clase de amigos, Maylen. Nunca —reclamó Gabriel, volviendo a las acometidas rápidas y profundas.

Maylen se arrimó al sofá para apoyar sus manos en él y dar más estabilidad a su cuerpo, que recibía las desesperadas estocadas de Gabriel. Ambos se sacudían convulsivamente, y los jadeos eran inevitables. No había ternura en esa penetración, sólo posesión. Ambos cuerpos tenían que estar dispuestos a recibirse, para llegar a ese ritmo intenso que demandaba una engrosada energía y un deseo desbordante. El ritmo alocado cambió de golpe, y las manos de Gabriel abandonaron las caderas para recorrer lentamente la espalda de Maylen, y terminar acariciando suavemente los pechos que

colgaban, firmes como dos claros racimos de uvas. El pecho duro y caliente de Gabriel se pegaba a la espalda de Maylen, quien mecía su cuerpo con una modorra febril y placentera.

Ningún hombre podía llevarla a esa cúspide a la que la llevaba Gabriel. Sentía la boca caliente, que le regalaba un reguero de besos húmedos a lo largo de la columna, murmurando palabras que erotizaban su cuerpo, anhelando que llevara a cabo lo que prometían. Se dejó dominar por aquel cuerpo, permitiéndole acceder a todos sus rincones.

Durante la semana que Maylen y Gabriel compartieron la cabaña, a pesar de redescubrirse y reconocer que ambos se deseaban con locura, ninguno se permitió perder el control. La pasión llegaba a límites desbordantes, pero ninguno los traspasaba. Sus encuentros sexuales fueron fenomenales, y Maylen admitió para sí misma que nadie podía brindarle el placer que Gabriel le daba. Y Gabriel comprobó que podía tener sexo con cientos de mujeres, pero sólo con una hacía el amor.

Gabriel volvió a abandonar a Maylen cuando la respiración agitada y entrecortada de ella le indicó que estaba a punto de llegar al orgasmo, y la volteó para que quedara a frente a él.

—Gabriel —susurró, desfallecida—. No me hagas esto.

—¿Hacerte qué, Maylen? —Preguntó él, con el mismo brío moribundo mientras se sentaba y estiraba las piernas en el sillón, e invitaba a Maylen a acomodarse sobre él—. Ven aquí —invitó, estirando una mano para atraerla hacia él y ayudarla con el otro brazo a acomodarse.

Maylen no perdió más de diez segundo en acomodar su cuerpo a horcajadas de Gabriel, para sentarse sobre su regazo y sentir la lenta invasión de su erguido miembro en su mojada vaina. La parsimonia del movimiento sólo duró hasta que lo tuvo bien profundamente ensartado en ella y sintió nuevamente la boca caliente de Gabriel besar su cuerpo. Esta vez el orgasmo no se postergó, no tenía más control sobre su cuerpo. La lengua caliente de Gabriel recorriendo sus pezones mientras sus labios los succionaban liberó a Maylen a una cabalgata alocada, detonador potente que hizo estallar su cuerpo como

jamás lo había hecho antes. Nunca en su vida había sentido tal explosión de sentidos, ni siquiera podía comprender que su cuerpo fuese capaz de semejante acto de puro placer. El grito liberado de Maylen, y sus espasmos opresivos sobre el miembro de Gabriel, le exigieron su propia liberación. Sus manos aferraron firmemente las caderas de Maylen y con una poderosa y profunda embestida llegó al orgasmo.

Antes de volver a tomar aire para recuperar la normal respiración, Gabriel tomó la cara de Maylen con una mano y la besó. Su lengua saboreó el débil aliento que le había dejado la agotadora cesión amorosa, que habían terminado segundos antes. Ella devolvió el beso con la misma agotada intensidad que ofrecía Gabriel, y acariciaba sus cabellos sin sosiego, como si no hubiese acabado instantes atrás con una unión asombrosa, en la cual los dos habían sellado sus almas para siempre.

—Llévame a la cabaña, Gabriel, y no me dejes salir nunca —jadeó, llorando con desesperación.

—Te tomaré la palabra —sonrió él, con su boca pegada a la de ella—. Se acabó el juego del gato y el ratón, Maylen —la separó de su boca y, mirándola muy serio a los ojos, dijo lentamente—: Nos casaremos al llegar al pueblo, no toleraré más sufrimiento entre nosotros.

Maylen alejó la cara de la de Gabriel, sorprendida de la confirmación antes que la pregunta. Se secó las lágrimas, que no sabía por qué habían surgido. Estaba en duda de si era por la intensidad del momento compartido, o por la verdadera entrega de la que ambos habían sido protagonistas. Sus cuerpos, sus almas, se habían conjugado en una capitulación absoluta. Sin vencedores ni vencidos.

—¿No se te ha olvidado algo?

—No, porque si llegas a decir la palabra equivocada todo terminará en este mismo momento, Maylen. Y te juro que te repudiaré por el resto de mi vida; seré el ser más infeliz del mundo, pero no volveré a pedirte que te cases conmigo jamás. —Gabriel acomodó un mechón de cabello, que caía sobre el rostro de Maylen, y continuó—: Hemos comprobado lo desgraciados que

fuimos todos estos años que estuvimos alejados, y creo que acabamos de demostrar que hacernos el amor es lo más sublime que hemos vivido hasta hoy. ¿O vas a negar que fue la mejor follada que has tenido nunca?

—Aunque suene grosero —reclamó, enojada—. No, no lo puedo negar —afirmó con una sonrisa—. ¿Qué me dices tú?

—Fue el mejor polvo de mi vida, y quiero que lo repitamos todos los días —dijo Gabriel, le besó los párpados que mantenían pequeñas gotitas de lágrimas acumuladas en sus pestañas, y después volvió a besarla en los labios.

—Tengo que dejar la ciudad y mi trabajo.

—Maylen, ¿tengo que recordarte que estabas haciendo exactamente eso cuando llegué?

—No —dijo ella, y apoyó la cabeza en el hombro de Gabriel para darle pequeños besos en el cuello—. ¿Qué van a pensar en el pueblo? ¿Qué pasará si Perla sigue persiguiéndote?

—Que se nos olvidó apagar la cámara. Y por Perla no te preocupes, ya me he encargado de ella —bromeó Gabriel, y le levantó la cara nuevamente para volver a besarla.

—Suenas como un mafioso.

—Hay que proteger a la familia —dijo, remedando al mítico personaje que hacía Marlon Brandon en la película *El Padrino* con la voz enronquecida y rasposa.

Habían recuperado el latir acompasado de sus corazones, que se unían a través de la piel de sus pechos desnudos. Gabriel profundizaba un beso, hurgando más adentro con su lengua, y su miembro comenzaba a crecer dentro de Maylen, que lo festejaba con un lento movimiento de caderas para estimular el aumento de su tamaño, hasta sentirse totalmente colmada por la rígida vara.

—No te preocupes por eso, nena. La preocupación es toda mía porque tendré que espantar, a fuerza de bravuconadas, a los tipos que vieron tu hermoso cuerpo como Dios lo trajo al mundo y lo recuerden cuando te vean —después de besarla por varios minutos, volvió a hablar pegado a sus labios—: Creo que publicaré las fotos sin editar para demostrar que estás conmigo.

—No lo digas ni en broma

—¿Por qué no? ¿Acaso quieres que piensen que has estado con otro?

—Sólo quiero que esto quede en el olvido lo más pronto posible.

—Son imágenes difíciles de olvidar.

—¿Te preocupa eso?

—No, este cuerpo fue y será mío por siempre. ¿Qué dices? —preguntó con una fuerte estocada, que terminaba la labor de sumergirse completamente en un calor húmedo y ardiente.

—Acepto.

Las palabras volvieron a quedar relegadas a murmullos y jadeos. Sus cuerpos se entendían en su propio idioma, y ambos tenían un ritmo distinto después del primer encuentro, que era para validar una unión; esta segunda vez era para festejar. Los movimientos y las sonrisas que se ofrecían eran de franca alegría. Los momentos grises en la vida de ambos se iban iluminando tal y como lo hacían sus sonrisas.

Tres días después de la llegada de Gabriel, y resolver todo lo que tenía pendiente en la ciudad, Maylen renunció a su trabajo; rescindió el contrato de alquiler del departamento, y volaron a Mendoza. Durante esos tres días que estuvieron en el departamento, una guardia de noteros de programas de chimentos esperaba a que Maylen saliera, pero sólo lo hizo Gabriel. Los programas de los canales de aire que se dedicaban a entrometerse en la vida de los demás no dejaron que el tema se olvidara, y todos los días volvían a proyectar las imágenes nublandole las partes íntimas, por respeto al horario de protección al menor en que se emitían; como si aquello evitara reconocer lo que intentaba ocultar. Maylen había podido ver, en esos mismos programas, cómo interceptaban a sus compañeros del noticiero para preguntar por ella y por el futuro que le esperaba en el canal. Ninguno de ellos, profesionales que nada tenían que ver con la farandulería, hizo un comentario agresivo. Todos dijeron más o menos lo mismo: «Cada uno tenía vida privada, y en ella hacía lo que quería», «Lo de la periodista era una pena porque era una buena profesional que, por causa de una persona inescrupulosa que había irrumpido

en sus asuntos privados, vio interrumpido su trabajo diario, y todos esperaban que pronto volviese a trabajar con ellos.» Algunos, con un comentario más dilatado; otros más cortantes, pero en definitiva ése era el mensaje. Maylen estaba agradecida por el trato recibido por parte de sus ex compañeros, y después de leer todos los mails que le habían llegado, apoyándola y enviándole ánimos, respondió a cada uno de ellos, y a todos les comunicó la decisión indeclinable que había tomado; en todos los correos electrónicos terminaba el mensaje escribiendo: «Soy una chica de pueblo», y les deseaba los mayores éxitos en sus carreras y en sus vidas.

Un día antes de regresar a Eugenio Bustos, pusieron a las familias al corriente de su decisión de volver al pueblo. Millaray saltó de felicidad cuando, entre ambos, le comunicaron que se casarían al llegar. No bien se enteró de la noticia, se ofreció para ir al registro civil para reservar fecha para el enlace; pero Gabriel ya había hablado con Eleonora, que se encontraba en ese momento en el pueblo, y ella tuvo la misma idea.

Ninguna de las familias hizo un solo comentario sobre las fotos. Incluso el padre de Gabriel, que era el más reticente a la hora de relacionarse con Maylen, se mantuvo en un respetuoso silencio ante la situación. Reynaldo Iriarte se limitó a preguntar si la muchacha se encontraba bien después de lo ocurrido, y felicitó a la feliz pareja.

El vuelo de Buenos Aires arribó a Mendoza a las nueve de la mañana. La pareja esperaba que Leandro y Eleonora los recogieran en el aeropuerto para hacer con ellos los casi cien kilómetros que los separaban del pueblo; mayúscula fue la sorpresa de los dos cuando pasaron al hall central, después de recoger sus maletas, y una multitud esperaba ansiosa para darles las felicitaciones.

Los hermanos de Maylen la levantaron por los aires cuando les llegó el turno del abrazo, y Gabriel la rescató de Lautaro, quien no paraba de apretujarla. Silvia, Rosa, María Teresa, la familia entera de Maylen, el Padre y la hermana de Gabriel, junto con Leandro, reían y felicitaban a la pareja.

—Ha llevado su tiempo, pero por fin las cosas se acomodan —dijo el

abuelo de Maylen, palmeando la espalda de Gabriel en un abrazo fraterno.

—Hijo, nos la llevaremos hasta el día de la boda —declaró Facundo, el padre de Maylen—. Tú la tendrás a partir de entonces.

—De eso, ni hablar; ya se escapó una vez —negó Gabriel, y tironeó de Maylen, que volvió a ser abrazada por sus hermanos para despegarla de él.

—¡Gabriel! —lo regañó Maylen.

—Esto no es la ciudad, hijo —dijo Reynaldo, el padre de Gabriel—. Seguiremos nuestras costumbres, y parece acertado que Maylen se quede con su familia hasta la boda.

—No estoy de acuerdo —objetó Gabriel—. Pero éste no es lugar para discutir. Vamos a la finca.

—Vamos a *El Paraíso* a festejar —proclamó el abuelo, y nadie fue capaz de contrariar al viejo Tim.

En caravana, con dos autos y dos camionetas, se dirigieron al pueblo. En la finca todo estaba preparado para el festejo. Era lunes, día que la finca no abría las puertas al público. En la parrilla familiar que se encontraba en la parte trasera de la casa grande, bajo un gran quincho con techo de paja, se preparaban brasas de carbón para poner encima la carne para asar.

Los recién llegados sólo se refrescaron un poco, y todos se acomodaron en el quincho para brindar antes de la comida. Los comentarios eran de todo tipo, pero ninguno hacía referencia al verdadero motivo de que aquello estuviera llevándose a cabo. Estaban todos tan alegres que, seguramente, por dentro festejaban que hubiera ocurrido. Maylen incluso sospechó que cualquiera de ellos podía haberlo hecho.

Silvia y Eleonora arrancaron a Maylen de los brazos de Gabriel, y la llevaron a un aparte después de los brindis, y bajo la protesta interminable del hombre que no quería soltarla.

—¿El de las fotos es Gabriel, no? —preguntó en un susurro Eleonora, para que los que estaban a su alrededor no llegaran a oírlo.

—¿Viste las fotos?

—Por supuesto, Maylen, todos en el pueblo las vieron —contestó Silvia.

—Y yo que creía que la tecnología no había llegado a las montañas.

—Estamos en 2012, todo llega a todos lados —arguyó Silvia. No seas ñoña, Maylen—. Es Gabriel, ¿verdad?

—¿Por qué nadie comentó nada hasta ahora?

—No le dan importancia; todos creen que es Gabriel, y está bien —dijo Eleonora, quien ya daba por sentado, al igual que todos, que el acompañante masculino de Maylen en las fotos era Gabriel—. ¿Vas a contestar o no, Maylen?

—Ya todos saben con quién me acuesto. ¿Por qué se molestan en preguntar?

—Lo supe no bien vi las fotos —gritó Eleonora, alegre, y abrazó a su futura cuñada.

—Nadie se va a angustiar porque perdí el empleo, ni porque mi carrera esté arruinada, ni porque me tilden de fiestera...

—Nadie lo hará —interrumpió Silvia—. Deja ya de preocuparte por eso y disfruta de la mala memoria de Gabriel. Ahora él y tú pueden estar juntos.

—No me extrañaría que todo esto fuera un complot —comentó sin darle importancia a la sarcástica frase de Silvia.

—Seguramente, de la gente que te quiere —replicó Silvia—. Si alguien quiso perjudicarte con esto, cuando se entere de la alegría que generó querrá arrancarse los pelos de la cabeza.

—Estoy en todos los programas de chimentos de la tarde. Me llaman: «la periodista *hot*»; no me parece que le haya salido mal del todo.

—Eso pasará en unos días, y trabajo puedes conseguir en poco tiempo —la animó Eleonora—. Eres muy buena en lo que haces.

—Si no consigues pronto trabajo como periodista, los teatros de revista no se querrán perderse a la vedette-periodista del año —bromeó Silvia.

—Ustedes dos son insoportables.

—Pero te queremos, y estamos verdaderamente felices de que estén juntos.

—Maylen, tú no eras feliz sin Gabriel. ¡Admítelo! —La apremió Silvia,

poniéndose seria—. No sé qué corno te pinchó cuando lo abandonaste, pero eso puede superarse.

—Mi hermano tampoco lo era sin ti. Todos nos preguntábamos en qué acabaría si seguía con aquella vida, despreocupado de su futuro —manifestó Eleonora, quien se volvió para mirar a su hermano que reía con Leandro y Libko—. Hace años que no escucho esa risa franca que hoy no abandona la boca de mi Gabriel. Está muy feliz, Maylen, y tú también. No puedes negarlo.

—No lo niego, estoy feliz.

—Entonces brindemos por las fotos —propuso Silvia, que levantó la copa de vino que tenía en las manos, y las otras dos amigas la acompañaron.

El primer problema llegó después de la larga sobremesa, que duró horas. Al llegar el momento de retirarse, los hombres Timerman se levantaron para enfrentarse a Gabriel, quien no encontró apoyo en su padre para combatir al inesperado enemigo que se alzó como una muralla entre él y Maylen. Eran cinco contra uno; no tuvo la menor oportunidad de agarrar a la mujer y salir huyendo. Libko se abrazó a Maylen mientras su padre, su tío y su abuelo le explicaban a Gabriel que la muchacha se quedaría en la casa toda la semana que los separaba del día de la boda. Él podía visitarla las horas que quisiera durante el día pero, a la noche, Maylen se quedaría en la finca.

Maylen se reía de la cara abatida de Gabriel, quiso protestar ante la ridícula condición que estaba proponiendo su familia, pero se sorprendió cuando Gabriel le pasó la mano a su padre para despedirse en primer lugar, argumentando que era lo mejor, pues él tendría que hacer innumerables trámites para adelantar trabajo de la finca, y otros menesteres que lo llevarían a Mendoza.

—Te veré mañana —se despidió Gabriel de Maylen, después de los interminables abrazos de despedida, y antes de salir los dos se apartaron de todos para hablar a solas.

—¿De verdad vas a dejarme en la finca?

—Tu familia te quiere una semana, y creo que es justo; pero deja la ventana

sin trabas por si me arrepiento en la madrugada.

—La dejaré, tú haz lo mismo por las dudas.

Gabriel tuvo el impulso de meter a Maylen en la camioneta que le había dejado su cuñado Leandro, para llevársela a la cabaña.

—¿Crees que mi palabra perderá valor si te secuestro ahora y no te deajo salir de la cabaña hasta la boda?

—Un poco, pero te aseguro que no lograrás mantenerme tanto tiempo. Libko y Lautaro derribarían la casa con tal de rescatar a la doncella antes de que sea mancillada.

—Tus dos hermanos son unas bestias, y cada día están más grandes —se quejó Gabriel, recordando el empujón que le había dado el hermano mayor de Maylen cuando le advirtió que no quería que intentara nada extraño antes de quedarse a solas con su hermana.

—Mañana iré a la capital.

—¿Hablarás con Perla?

—Sí, entre otras cosas.

—Mi madre me llevará a su modista. Entre ella y Rosa creo que me volverán loca esta semana con los preparativos.

—Espero que estés muy ocupada con eso y no tengas tiempo para pensar en huir.

—No lo haré. Me casaré contigo, Gabriel, pase lo que pase.

Gabriel le tomó la cara entre las manos y arremetió con un beso devastador de los sentidos, que agitó las entrañas de Maylen. Estaba a punto de saltar dentro de la camioneta de Gabriel cuando unos sonidos, que simulaban ser un carraspeo natural, interrumpieron el beso, y alejó a Maylen de la puerta de la camioneta a la que Gabriel la había acercado lentamente.

Él levantó la mano, fingiéndose inocente, y se despidió de Maylen con otro beso en los labios: corto y sonoro, delante de su padre, que lo miraba detractoramente.

—Hasta mañana a la tarde —dijo con naturalidad, despidiéndose de la

nueva pareja que se había formado al abrazar el padre de Maylen a su hija.

Maylen levantó la mano y vio cómo se alejaba la camioneta por el sendero que lo separaba cada vez más de la finca, hasta que su padre la hizo voltearse para dirigirse a la casa grande.

Capítulo 26

Faltaban tres días para el enlace, el martes siguiente, a las diez de la mañana finalmente concretarían la boda que se había retardado algunos años. Su felicidad había ido en exponencial aumento en esos días. La televisión seguía empeñada en mostrar el vídeo, pero su salida por el pueblo, y después la visita a la ciudad de San Carlos, con su madre y Rosa, para hacer las inevitables compras de boda le demostraron que la gente del pueblo no tenía mala reacción al verla. Todos la saludaban, le preguntaban si volvería a la ciudad y a su trabajo. La gente se lamentaba al saber que ya no la vería por el canal de las noticias de la capital, pero se alegraba doblemente cuando se enteraba del motivo por el que lo había dejado todo. Gabriel era muy conocido en esos lugares, y sus vecinos se entusiasmaban ante la idea del matrimonio. Nadie dejó de mencionarle la bella pareja que hacían. Al día siguiente del paseo por la ciudad de San Carlos, salió un artículo en una revista donde una periodista local se había hecho eco de los comentarios del día anterior y, sin ninguna maldad, en la sección chimentos locales hacía mención a la próxima boda. El copete de la nota resumía los hechos:

«La periodista del pueblo que había triunfado en la ciudad lo deja todo por amor. Vuelve a Eugenio Bustos para casarse con el apuesto y codiciado productor vitivinícola, hijo del dueño de la finca *Refugio del Sol*.»

Todos en el pueblo sabían del terrible accidente del que fueron protagonistas siete años atrás. La muerte de Paloma y Martín había quedado como consecuencia de la repentina erupción del volcán, y nadie excepto sus amigos, su familia y el médico que los atendía desde hacía veinte años, sabía del embarazo de Maylen.

Nunca se cansaban de hurgar en lo más profundo de una herida hasta que volvía a sangrar. No importaba cuánto dolor pudieran causar, o a cuánta gente lastimaban en su alocada búsqueda de noticias irrelevantes pero beneficiosas

para el *ranking* de los programas amarillistas. Parada frente al televisor de la sala de su casa, Maylen veía y escuchaba la nota que un periodista de espectáculos de un programa de televisión, que se dedicaba a los chimentos, le hacía a Mauricio: el hermano de Paloma.

Con lujo de detalles, el joven contó cómo la actual periodista, años atrás, le había robado el novio a su hermana; la describía como una mujer sin escrúpulos ni moral. Para él, Maylen era la hija malcriada de los estancieros ricos, que le cumplían todos sus caprichos y le apañaban sus faltas. Contó cómo ella aprovechó la ausencia de su inocente hermana, que había viajado a Buenos Aires a estudiar, para seducir a su novio y eso le había causado la muerte.

Además de hablar de la relación de Maylen y el novio de su hermana, el joven también habló del embarazo de aquella: hizo un falaz relato donde contaba, a su criterio, cómo se había embarazado adrede para competir con su hermana en las mismas condiciones por Gabriel Iriarte, pues al momento de su muerte también lo estaba del mismo hombre. Ese comentario malicioso y totalmente falso la desestabilizó.

Mauricio explicaba al periodista del espectáculo, adicionando una carga emotiva que conseguía su notable invalidez, lo mal que lo había pasado la familia a causa de la caprichosa obsesión con la que Maylen había buscado al novio de su hermana y, en un punto del relato, cuando la fingida empatía del periodista que consolaba al muchacho haciendo más preguntas, que le daban la oportunidad de descargar todo su odio, llegó a su punto culminante, Maylen quedó paralizada al escuchar lo que Mauricio reveló:

—Mi madre recibió la llamada. Mi hermana estaba desesperada; llorando llamó desde Buenos Aires porque le habían dicho que esa basura —Mauricio utilizó un término liviano porque anteriormente no había sido tan diplomático— llamó tantas veces a su novio que lo convenció de que fuera a visitarla a Mendoza, donde se había mudado para acallar los rumores que hacía la relación que todo el mundo sabía que tenían.

Hasta aquel momento, Maylen no vio qué tipo de relevancia encontraba en

revelar todo aquello; esos dichos sólo adornaban lo declarado anteriormente sobre cómo la desvergonzada mujer había seducido al pobre tonto que, en ese momento, era su cuñado.

—Entonces, mi madre obligó a mi padre a que fuera a la ciudad y pusiera punto final a aquello; cuando íbamos a la ciudad de Mendoza tuvimos el accidente que nos dejó, a mi padre y a mí, en el estado que pueden observar. Todo fue culpa de esa puta.

El periodista siguió con las preguntas, pero Maylen ya no oía nada. Apagó el televisor con el mando a distancia y se sentó en el sillón de la sala. Los ojos desorbitados y la boca abierta sólo eran dos síntomas de su total y absoluta conmoción. Su móvil, que estaba en la mesa ratona entre el sofá y el gran televisor de pantalla plana, empotrado en un mueble de madera oscura en una de las paredes de la sala, comenzó a sonar, y cuando revisó la pantalla vio que se trataba del número de uno de los productores del programa que estaba saliendo al aire en ese momento; lo sabía porque había llamado anteriormente en esa semana. Cortó la llamada sin atender. Todavía lo tenía en la mano dos segundos después, cuando volvió a sonar y lo apagó sin mirar la pantalla, conociendo lo insistentes que eran los del programa estaba segura de que se trataba de la misma persona.

Gabriel remarcó el número con rapidez, pero esta vez atendió la contestadora automática; tres intentos y tres veces la misma operadora. Estaba en San Luis, a siete horas del pueblo. Su hermana le había llamado para avisarle que el hermano de Paloma estaba en un programa, hablando de ellos. Él también recibió llamadas de la producción de ese programa, que le ofrecía todo tipo de cosas con tal de obtener una entrevista de media hora con él para que hablara sobre la relación que tenía con Maylen, y las famosas fotografías.

No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar Maylen. Al no poder hablar con ella, intentó con su madre y nada. Eleonora había vuelto con su marido al Aconcagua, y no quería molestar a María Teresa con sus inseguridades. La tarde anterior había estado en casa de Maylen y habían vuelto a despedirse a duras penas. Ambos no deseaban más que estar casados, para no tener que

despedirse por la tarde. Se consumían de deseo las pocas horas que estaban juntos, pero estaban de acuerdo en que su noche de bodas sería para alquilar balcones.

Gabriel sabía que este nuevo episodio sería otra prueba que tendrían que afrontar. Ese muchacho había revelado varias cosas, y mentido en muchas otras. La confesión de la supuesta llamada de Paloma cuando tuvieron el accidente lo había dejado helado, y estaba seguro de que, para Maylen, habría sido un golpe terrible y estaría cargando con la culpa de lo ocurrido.

—¡Libko! —Gritó, aliviado—. ¡Gracias a Dios! No sé qué ocurre, pero no podía comunicarme con nadie en tu casa. ¿Dónde estás? —Preguntó no bien Libko atendió el móvil—. ¿Viste el programa? —indagó después de escuchar la respuesta de su cuñado, que le contaba que estaba en el restaurante, ayudando a su padre, cuando recibieron una llamada que les avisó que estaban hablando de Maylen, e inmediatamente se colgaron al televisor que tenían en el local de comidas—. ¿Qué está haciendo Maylen ahora? —Interrogó, y volvió a esperar una respuesta—: Libko, necesito que te quedes cerca de ella hasta que llegue. Estoy en San Luis, no voy a llegar a Eugenio Bustos hasta dentro de seis horas como mínimo —esperó unos segundos para escuchar la contestación y luego cerró la llamada—. Gracias, Libko, te debo una.

No iba a cargar con esa culpa también, tomó un bolso pequeño con un par de mudas, esperó a que Libko se distrajera, y salió echando chispas al subir a la camioneta. Llegaría de noche pero nada le importaba.

—Gabriel... —Libko no tenía otra forma de decir aquello, así que lo soltó no bien Gabriel respondió a la llamada—: Maylen se fue —escuchó unas palabrotas al otro lado de auricular y luego continuó—: No tomó muchas cosas, imagino que volverá pronto; pero dejó que creyera que iba a ducharse, y en ese momento salió disparada con la camioneta. ¿Tienes alguna idea de dónde puede estar? —le preguntó Libko a su cuñado.

Al otro lado Gabriel preguntó el tiempo transcurrido desde que se había marchado, si no le había dejado un mensaje a su madre, o a Rosa, y ante la negativa de Libko, que antes de hacer la llamada había hecho esas

averiguaciones, le dijo que no se preocupara.

—Dime si se te ocurre algún sitio, yo puedo ir a buscarla —dijo Libko.

Gabriel volvió a negar, al otro lado, y le dijo que él se haría cargo del asunto.

—¿Crees que se ha ido a Buenos Aires otra vez? —preguntó Libko, que no se aventuraba con nada que viniera de su hermana.

Gabriel soltó un juramento y rogó por que Maylen hubiera ido adonde él imaginaba, porque no quería ni pensar en lo que ocurriría si había abandonado el pueblo nuevamente. La noche anterior había sido tan apasionada, y habían quedado tan encendidos, que no podía concebir la idea de que Maylen hubiera abandonado todo aquello y la promesa de una vida juntos. Miró el móvil, y por el lugar que estaba pasando no había señal en aquel momento; estaba en medio de un cordón serrano de considerable altura, en un lugar deshabitado. Estaba a sólo dos horas de su casa, y a tres del lugar que consideraba que Maylen podía estar.

Maylen no quería llamar a Gabriel. Se arrepentía de no haber dejado una nota o algún mensaje a su madre para que no se preocupara su familia, pero aquello que ocurrió en la tarde la sacó de sus casillas. Para colmo, su pesado hermano no paró de hablar de ello desde que apagó el televisor. Cansada, escuchaba decir a Libko que ese muchacho mentía muy mal; que nadie en su sano juicio podía creer la mentira novelesca que había ideado, seguramente, para recibir unos pocos pesos. Libko le contó que su abuelo llamó al canal mientras estaba la entrevista en el aire y que, en la producción, aparte de invitarlo a salir al aire en defensa de su nieta, cosa a la que contestó de manera poco amable, los de la producción le dijeron que ellos no habían arreglado nada, y que la declaración del joven era responsabilidad del mismo. Ellos acudieron por una llamada de teléfono que prometía revelaciones verídicas, y ponían a disposición de toda la familia de la periodista las cámaras y el espacio de tiempo necesario para exponer su verdad; pero, de ninguna manera, iban a censurar las declaraciones de esa tarde.

Maylen no sabía bien adónde se dirigía, había conseguido la dirección a

través de Silvia, que pudo encontrarlos en las bases informáticas de los registros médicos. Le había llamado mientras se cambiaba la fina falda de gasa por unos jeans gastados, y la camisa de volados por una remera de algodón. Por un lado, casi en un susurro hablaba con Silvia; y por el otro, con el oído, estaba atenta a lo que le contaba Libko, que estaba tendido en su cama mientras ella se cambiaba, con la ducha del baño abierta para que se apagara el ruido de la conversación. Silvia le preguntó por qué hablaba con murmullos y, cuando Maylen dijo que no quería que nadie se enterara de lo que iba a hacer, su amiga puso el grito en el cielo. Le rogó que no hiciera sola ese viaje, que esperara a Gabriel antes de tomar cualquier decisión. Se lamentaba de no poder viajar con ella porque esa noche tenía guardia en el hospital, y le repetía una y otra vez que no fuera sola. Silvia no sólo no pudo convencerla de esperar a Gabriel, o pedirle ayuda a Libko, sino que Maylen le arrancó la promesa de que no le diría a nadie adónde se marchaba. Silvia había visto, azorada, la entrevista esa tarde, y comprendía la actitud de Maylen, pero era peligroso que se marchara.

La casa se encontraba a las afueras de Malargüe, en un paraje solitario y de difícil acceso. Ideal para personas que quisieran esconderse del mundo. La carretera de tierra que había tomado para llegar allí estaba totalmente a oscuras, y sólo los faros y la luz de las estrellas eran su guía. Si Libko no se hubiera pegado a ella toda la tarde, habría hecho aquel recorrido más temprano, y en ese momento sólo tendría que preocuparse por lo que iba a hacer cuando llegara y no agregarle el intento de dominar el miedo a andar por aquel lugar sola. La ira era buena compañera al emprender viaje; por suerte se ausentó sólo por algunos minutos, porque al vislumbrar la luz que provenía de una lejana casa, en el fondo de una finca que parecía abandonada, volvió y su miedo se esfumó. Se acordó del motivo que la había llevado a ese páramo desconocido, y la adormecida compañera se exaltó, haciéndole olvidar la oscuridad.

Gabriel marcó nuevamente el botón de re-llamada para intentar hablar con Maylen y, después de cuatro timbres, la conocida y en ese momento fastidiosa

voz de la operadora le anunciaba que el aparato estaba apagado o fuera de cobertura. La jornada calurosa no ayudaba a enfriar los ánimos de Gabriel; recordaba lo declarado por Mauricio, y se salía de sus cabales. ¿Cuánto dinero le habrían ofrecido para que mintiese de aquella manera?

A las ocho de la noche Gabriel llegaba al pueblo, había intentado por todos los medios obtener la dirección de la familia de Paloma, pero no había tenido éxito. Estaba seguro de que vivían en Malargüe, pero no tenía una dirección, y era una ciudad grande para golpear puerta por puerta. Buscó en internet desde su móvil, intentó con registros de oficina pública, y nada. A esa hora ninguna dependencia estatal funcionaba. Intentó llamando a varios conocidos, y ninguno pudo ayudarlo. Si Maylen había ido a increpar al padre y al hermano de Paloma por lo ocurrido esa tarde, tendría que haber encontrado algún dato que la llevara hasta ellos. ¿De dónde lo habría sacado? Muchas veces le comentó que, gracias a su trabajo, tenía acceso a informes y datos que, de no ser periodista, jamás sabría. Gabriel estaba convencido de que Maylen había hallado la manera de averiguar la dirección, o al menos era de lo que quería convencerse.

Estaba pasando por la carretera que se abría desde la ruta para llegar hasta su finca; todavía le faltaba, por lo menos, una hora y media más para llegar a Malargüe, y después no sabía cómo continuar. Decidió que quince minutos más no haría ningún perjuicio y desvió la camioneta hacia la finca. Se cambiaría la sudada camisa y el jeans, hablaría nuevamente con su padre, cosa que había venido haciendo todo el camino para saber si a él se le ocurría la manera de dar con los familiares de Paloma, y retomaría el camino hacia Malargüe.

La luz azul intermitente que iluminaba, a lo lejos, la recién entrada noche lo descentró momentáneamente de su sostenido juramento, maldiciendo a todos los integrantes del programa de televisión, que no sólo se esmeraron para que el tema de Maylen no abandonara la pantalla en aquella semana, sino que la cerraron de una manera impecable. Después de aquello, nadie olvidaría a Maylen. Tomó el móvil para llamar a su padre en el mismo momento que

comenzó a vibrar para anunciar una llamada entrante.

—Los he visto, estoy llegando. ¿Qué ocurre? —contestó no bien aceptó la llamada, y su padre le dijo en una fugaz frase que la policía estaba en la finca.

—¿A mí? —contestó, asombrado de que su padre le dijera que venían a buscarlo a él y sin decirle por qué motivo. Le informó de que acababan de llegar y estaban merodeando por la finca. Eran cuatro, a dos de los policías los conocía, pero a los otros dos no.

Gabriel comenzó a sudar, imaginaba que le dirían que Maylen había sufrido una tragedia: como víctima o como victimaria. Era un trayecto de no más de dos minutos el que lo separaba de la finca, pero en ese corto tiempo hizo toda suerte de conjeturas relacionadas con Maylen: todas ellas trágicas. Que había tenido un accidente de tránsito fue lo primero que le vino a la cabeza; recapacitó a tiempo, antes de ponerse a temblar; la noticia se la darían a su familia primero. Después, que Maylen había llegado a casa de la familia de Paloma y ellos la habían herido, o Maylen agredió al muchacho, e imaginó en cada ocasión las diferentes maneras en que podía encontrarse Maylen, y sentía cómo el sudor frío corría por su sien. Otra posibilidad que negaba, pero que igualmente acudió a su cabeza fue que a Maylen le había pasado algo lejos del pueblo, donde nadie la conocía, y el único nexo que habían encontrado era su nombre, por eso habían llegado hasta la finca y esperaban a que él se presentara para verificar la identidad. Iba a llamar a su padre para preguntar si los policías desconocidos eran del pueblo o de otra parte, pero ya no tenía sentido utilizar el móvil. Estaba a metros de la entrada a la casa.

Gabriel dejó la camioneta más lejos que de costumbre, en su afán de llegar lo más pronto posible hasta los oficiales; bajó y corrió hacia donde se encontraban.

Los oficiales eran del pueblo. Gabriel los conocía. Uno de ellos había sido su compañero en la escuela secundaria, y a él se dirigió para preguntar qué estaba pasando.

—Rodríguez —lo mencionó a modo de saludo—. ¿Qué ocurre?

Su padre se unió a él cuando llegó y, con un asentimiento de cabeza, se dio

por saludado.

—Tienes que venir con nosotros a comisaría —declaró el oficial, y su semblante dejaba traslucir que el asunto era serio—. Tienes que prestar declaración; es necesario que te llevemos hasta la comisaría de San Carlos.

—¿Tiene algo que ver con Maylen Timerman?

—No puedo adelantarte nada, pero no he escuchado ese nombre en ningún momento —acotó el oficial, y antaño compañero de colegio confidencialmente; luego se alejó un paso y volvió a hablar en voz bien alta—: En la comisaría se te informará de lo que está pasando.

Mientras el uniformado hablaba, Gabriel reconoció a los otros, que miraban a los alrededores. Todos se voltearon hacia el camino de entrada cuando arribó hasta la casa otro auto. El vehículo era negro, sin identificación policial, estacionó muy cerca de la camioneta de Gabriel y del interior bajaron dos personas que caminaron muy lentamente hacia ellos. Se individualizaron como detectives, con la credencial en la mano. Ambos detectives podían haber pasado por ser cualquier cosa menos justamente lo que eran; uno de jeans y remera gastada, zapatillas deportivas y un aspecto desaliñado. El otro, de pantalón de vestir, camisa almidonada y zapatos lustrados, parecía más un oficinista que un policía; en lo que sí se asemejaban era en edad: demasiado jóvenes y de complexión grande, tan altos como Gabriel, y el que iba desaliñado podía tener la espalda un poco más ancha. Padre e hijo los habían visto un par de veces en la ciudad, pero nunca habían tratado con aquellas personas.

—Tengo la orden —dictaminó uno de los detectives, que se había identificado como Tomás Albornoz, el prolijo, a sus colegas uniformados que habían llegado antes que ellos.

—¿Qué orden? ¿De qué hablan? —indagó Gabriel, a quien no le gustó la manera en que el detective se presentó en el lugar y, después de mostrar las cédulas, se dirigió directamente al policía, ignorándolo a él y a su padre. Gabriel quiso llegar hasta el detective que guardaba las distancias pero el otro, que estaba atento, se lo impidió.

—Quieto, amigo —lo frenó, poniéndose entre él y su compañero—. Los oficiales le informarán de todo en la comisaría; le recomiendo que llame a su abogado.

Su padre ya estaba en ello cuando el policía aventuró la recomendación. Gabriel no quería perder más tiempo y evitó al detective, que se opuso a su marcha, y llegó hasta el oficial Rodríguez.

—Estaba de camino a Malargüe, tengo que llegar en una hora.

—Tendrá que suspender el viaje —decretó el detective Albornoz.

—No puedo, es muy importante que lo haga.

—Más importante será que se presente en comisaría —recomendó e hizo una señal con los ojos a su compañero, que al momento silbó para avisar a los otros policías de que había llegado la hora de retirarse.

Los uniformados se reunieron rápidamente y el oficial Rodríguez habló con Gabriel:

—Tenemos que llevarte con nosotros.

Gabriel notó cómo dos policías se ponían, uno de cada lado, otro atrás, y el oficial Rodríguez, que lo invitaba a subir al patrullero que estaba a sus espaldas.

—Nosotros nos quedaremos —dijo el detective Serrano.

Gabriel no dio más vueltas; había recordado que tenía que buscar a Maylen, tomó el móvil que estaba en el bolsillo delantero del jeans y, cuando estaba buscando el número de Libko para informarle de lo que estaba pasando, el detective Serrano le quitó el móvil de las manos.

—No puede usarlo hasta que no haya declarado.

—Pero, ¿de qué se trata todo esto? ¿Acaso es una broma de mal gusto? —ladró su padre, que cortaba con el abogado e increpaba al detective que trataba de aquella forma a Gabriel.

—Tenemos una orden de allanamiento —declaró el detective Albornoz, mostrando el papel al padre de Gabriel; esperaremos a que llegue el patrullero con los testigos, y comenzaremos. Mientras tanto, no puede entrar en su casa, y

le recomiendo que prohíba a los empleados tocar nada. Una decena de personas, que trabajaban de seguridad o en el servicio doméstico, observaban sin disimulo el movimiento de los policías y los dueños de la finca.

—Al oír aquello, Gabriel quiso llegar hasta su padre y los oficiales se lo impidieron; todo era muy confuso para la alterada cabeza de Gabriel, que ya había determinado que el problema iba exclusivamente con él.

—Padre, llama a Libko, que vaya a Malargüe —le pidió desde la distancia, mientras caminaba los pasos que lo separaban del auto policial—. Volveré lo más pronto que pueda.

Gabriel no quería agregar más dramatismo a aquella situación inverosímil que estaba viviendo. Si tenían que llevárselo, iría de una buena vez y resolvería el misterio de aquel embrollo para, luego, continuar con la búsqueda de Maylen.

Cuando se alejaban por la carretera de gravilla que conducía hacia la ruta, se cruzaron con otro patrullero que traía a dos vecinos del pueblo de Eugenio Bustos en el asiento trasero. Sólo un problema con los empleados de la finca podía haberlo llevado a aquella situación, si no se trataba de Maylen. Gabriel, en el recorrido, intentó pensar cuáles habían sido los últimos conflictos que se habían suscitado, pero de ninguno de ellos destacó gravedad suficiente para desembocar en un arresto con allanamiento incluido. Los oficiales le aclararon que no estaba detenido, pero le repitieron que debían llevarlo a la ciudad a declarar, sin demoras.

Capítulo 27

El padre de paloma, apoyado en su bastón, estaba en el porche de la casa, esperando a que se acercara el vehículo que a lo lejos divisaba; en ese páramo oscuro la luz más pequeña, por lejana que fuera, se distinguía como el más potente faro. Envió a su hijo al cuarto y cerró la puerta con llave. Seguramente Gabriel vendría enfurecido a recriminarle lo que había hecho su hijo; lo esperaba desde el mismo instante en que vio aparecer a Mauricio en la televisión.

Ese día Mauricio le había dicho que lo llevarían, como todos los sábados, a la sesión de masajes en el centro de Malargüe, para seguir fortaleciendo las piernas, que todavía necesitaban masajes para disminuir los fuertes y constantes calambres que sufría. Juan Palacios no podía dar crédito a lo que veían sus ojos cuando sus compañeros de trabajo lo avisaron de que su hijo estaba saliendo por el canal 6, respondiendo a las preguntas de un periodista.

Al principio, pensó que se trataba de alguna nota referida al nuevo centro de rehabilitación que se había inaugurado hacía sólo un par de meses, y al cual derivaron a todos los pacientes desde el hospital municipal, pero cuando escuchó de qué se trataba la nota, no hizo más que mirar por la ventana, esperando ver aparecer a algún integrante de la familia de Maylen, o al propio Gabriel.

De nada sirvió que fuera a buscarlo; cuando llegó al hotel donde lo había llevado la productora del programa para hacerle la entrevista, habían pasado más de dos horas y todo había acabado, tal y como presentía que acabaría su vida. Esas familias de las que hablaba su hijo eran muy influyentes en toda la provincia, y podían hacerle perder el trabajo y hacerlos desaparecer a ellos mismos con una sola llamada de teléfono. En los pocos años que vivió en Eugenio Bustos pudo conocer a ambas familias; le parecieron gente buena, trabajadora y amable, pero uno nunca sabía. Él había conocido a tanta gente

que parecía buena y amable... Y fueron ellos los que lo llevaron a la quiebra de su empresa.

Mauricio conocía bien a las familias a las que estaba perjudicando con su declaración, poco le importaba. No aceptaba las palabras de su padre cuando trataba de calmarlo durante sus crisis, diciéndole que todo lo ocurrido había sido producto de la fatalidad, unida a la actitud paranoica y posesiva de su hermana. Él no entendía cómo su padre podía ser tan necio y no entender cómo eran las cosas. Con su miedo a las represalias que podía recibir de aquellas familias tan poderosas se paralizaba y disfrazaba la realidad de lo ocurrido; para él era más fácil y cómodo sentenciar a Paloma, y luego a los desvaríos de su madre que, según su padre, lo llenaron de odio.

Mauricio no callaría por miedo, y estaba seguro de que aquella oportunidad se la había enviado su hermana para que finalmente vengara su muerte. Aquellos malditos ricos habían acabado con su familia: con su hermana, con su madre, con su salud, con su dignidad de hombre; con todo lo que un ser humano podía pedirle como mínimo a la vida. Su odio hacia Gabriel y Maylen no tenía límites; si su cuerpo se lo hubiera permitido, muchos años atrás habría acabado con ambos. Lamentablemente, sólo la cabeza le funcionaba bien; estaba atrapado en un cuerpo mutilado, sus piernas apenas se movían unos pocos metros ayudados por un bastón, y su único brazo se sacudía sin control al mismo ritmo que su cabeza. Mauricio sabía que sólo podría estar quieto el día en que se le apagara la vida; los temblores lo acompañarían hasta su último aliento. Todo por culpa de Maylen Timerman y Gabriel Iriarte. Su madre le repitió infinidad de veces que si Maylen no hubiera sido tan puta, nada de aquello habría ocurrido. Pero ella se equivocaba al culpar sólo a la mujer; Gabriel era tan culpable como la puta. El odio hacia Maylen, transmitido de su madre, sumó fuerzas en Mauricio cuando ésta finalmente abandonó este mundo para hospedarse en otro que, él esperaba, fuese mejor. Mauricio agregó su propio odio hacia Gabriel y juró que algún día se vengaría, y ahora estaba seguro de que el momento había llegado. Nadie sospecharía de ella. Y entre los dos acabarían con aquella pareja que le había arruinado la vida a ambos.

El anuncio que salió publicado en la revista local de chimentos, y que le enviaron desde San Carlos, enardeció el ánimo de Mauricio, que ya estaba alterado desde que vio a la feliz pareja en la cascada. Ese día su odio tomó fuerza y sus maquinaciones de venganza se robustecieron. Cuando le contó a ella lo que estaba pasando, cómo había aparecido la nueva pareja por el pueblo: alardeando de una felicidad manchada de sangre, como si fueran adolescentes, también enloqueció. Era como si ambos se hubieran puesto de acuerdo para revolver la herida que nunca cerró. Verlos juntos era volver a apuñalar la tranquilidad de los muertos y trastornar la paz mental de los que quedaron llorando su pérdida.

Algo estaba pasando. Mauricio escuchó cómo su padre ponía la llave a la puerta de su cuarto después de obligarlo a tomar la medicación dos horas antes de lo previsto, alegando la jornada estresante que había tenido. Él le dio el gusto y tomó todas las pastillas que le acercó junto con un vaso de agua; no quería pelear más con su padre por ese día. Hacía años que no escuchaba a su padre echar el cerrojo a la puerta porque hacía años que no intentaba escaparse para matar a Gabriel.

Mauricio no era ignorante con respecto al tema de la familia de Maylen o a que el propio Gabriel Iriarte, en persona, lo fuera a increpar a su casa; a su trabajo, francamente lo esperaba, y estaba preparado para que ocurriera. Él no se consideraba cobarde, como su padre, y estaba dispuesto a cobrarse una compensación por todo el daño padecido. A él no le daban miedo las represalias; no temía perder su trabajo ni que, a pedido de alguna de las dos familias a las que estaba atacando, los echaran de la casa que habitaban a préstamo y que era propiedad de la gobernación de Mendoza. Sabía que ella había cumplido con su parte; esa tarde habían conversado los dos, y estaba todo listo. Él maldecía porque la hora a la que debían presentarse en su casa no le permitiría tener buena visión; un ruido de motor se escuchaba cada vez con mayor intensidad, señal de que alguien se acercaba. A cada segundo se sentía más débil y comprendió que su padre había diluido pastillas para dormir en el agua que trajo con su medicación. Sus párpados se cerraban,

compitiendo en una batalla ganada contra su voluntad. Su último pensamiento consciente fue que él había esperado que se presentaran más temprano. No a aquellas horas de la noche, cuando la oscuridad no le favorecía y además el inconveniente de que su padre estuviera en casa. Al planear aquello, su padre no entraba en sus cavilaciones; pensó que daría la entrevista, luego los de la productora del programa lo llevarían hasta su casa, y durante la tarde tendría el gusto de enfrentarse a los integrantes de la poderosa familia Timerman; los recibiría a tiros, y todo eso mientras su padre trabajaba en el parque nacional. Pero sus planes no salieron como los había tramado; la difusión de su aparición en el programa de televisión había sido inmediata, y se sorprendió cuando su padre se presentó en el hotel justo en el momento en que estaba abordando el auto que lo llevaría de vuelta, y lo hizo bajar para meterlo en la vieja camioneta del trabajo que le prestaban para el traslado de ambos. Mauricio tuvo que escuchar un inacabable sermón de camino hasta su casa; los de la productora también se llevaron lo suyo. Su padre, encolerizado por no haber sido informado de lo que planeaban hacer con su hijo, les amenazó con denunciarlos en la comisaría por abusar de la condición del muchacho para obtener información. Lo que Juan Palacios no sabía era lo del abultado cheque que le habían dejado los de la producción del programa, además de la promesa de buscarle un lugar donde vivir en Buenos Aires. No pensaba contárselo tampoco; ese día le había arruinado los planes y por eso no merecía compartir sus logros.

Para su sorpresa, una voz de mujer que él recordaba a la perfección se coló por los orificios de la vieja puerta de la casona antigua que habitaban y sus ojos se abrieron, pero su cuerpo no respondió y esa súbita reacción se apagó segundos después.

—¡Quiero hablar con su hijo! —Fue lo primero que dijo Maylen, no bien se presentó ante el hombre que esperaba en el porche de la casa—. ¿Cuánto le pagaron para que mintiera de esa forma? ¿Cómo es posible que usted utilice a su hijo de esa manera para obtener dinero? ¿Otra vez anda con problemas de deudas de juego?

Maylen, nuevamente enfurecida al ver que el hombre, sin ningún escrúpulo, exponía a su hijo frente a personas que usaban su condición de inválido para conseguir audiencia, provocando respuestas falsas con preguntas confusas y ambiguas, induciendo el tono y tema de la entrevista hacia dónde más les convenía. Ella sabía de eso, era periodista. Soltó toda la bronca que tenía encima, con una retahíla de preguntas, mientras avanzaba para quedar más cerca del cuerpo del hombre, olvidando que se encontraba sola en aquel lugar y que, a pesar de no contar con todas sus habilidades, el padre de Paloma seguía siendo un hombre de cuerpo grande y aún joven, que podía lastimarla si se acercaba demasiado.

—Muchacha, sé que está enojada y la entiendo —dijo, queriendo imponer una cuota empática a sus palabras—. Le juro que no sabía que mi hijo planeaba hacer lo que hizo. De saberlo, le aseguro que no se lo hubiera permitido.

—¡No le creo nada! —Replicó Maylen, más ofuscada por la manera amable con que el hombre le mentía a la cara—. Por lo que veo, la mentira es una habilidad que les viene de familia —continuó su asalto—. Todos lo hacen de manera muy convincente —afirmó.

Y en ese momento recordó cuándo, llorando, Paloma le confesó que estaba embarazada de Gabriel y le dijo que él lo sabía pero, igualmente, la dejó para tener una relación con ella.

—No tengo otra cosa que decirle, sólo que lo lamento mucho. Mañana iré a la ciudad y denunciaré a esos cretinos por abusar de la confianza de mi hijo.

—Si es cierto lo que dice, ¿por qué no los denunció hoy?

—Manejar a Mauricio, cuando tiene sus crisis, es muy difícil; a duras penas lo traje hasta casa cuando me avisaron de que estaba en la televisión, respondiendo a un reportaje.

—¿Dónde hicieron el reportaje? —preguntó a Juan Palacios para intentar averiguar si el hombre le estaba mintiendo.

El tono cabizbajo que utilizaba el hombre en la conversación no hacía sino bajar la cólera de Maylen, que comenzaba a sospechar que, efectivamente, ese

hombre no tenía conocimiento de los actos de su hijo.

—En un hotel de la ciudad.

—¿Cómo es que usted no supo que había faltado al trabajo?

—Mauricio asiste todos los sábados a una sesión de masajes en el centro de rehabilitación de la ciudad; el vehículo de la entidad lo recoge a las diez de la mañana desde aquí, por eso yo me fui a trabajar sin él.

—¿Usted escuchó las barbaridades que dijo su hijo esta tarde?

—Sólo un poco —confesó Juan Palacios—. Cuando escuché lo que estaba hablando salí a buscarlo; me costó más de una hora hallar el lugar donde hacían la entrevista.

—Quiero hablar con su hijo —determinó Maylen, sin estar convencida de lo que aclaraba el hombre.

—Señorita Timerman, eso es imposible; él ya ha tomado la pastilla para dormir, es este momento debe de estar muy dormido.

—Ese muchacho ha mentado demasiado sobre mí como para que, ahora, yo tenga consideración con sus dulces sueños —vociferó Maylen, nuevamente ofuscada, y pasó ante el hombre para abrir la puerta de la casa e increpar al joven Mauricio. Al abrir la puerta se quedó paralizada, nada la hubiera preparado para encontrarse con aquello.

—¡Cómo se atreve a entrar así en mi casa! —increpó Juan Palacios, pero al girar de forma brusca y, ante la parada todavía más brusca de Maylen en cuanto abrió la puerta, se chocó con ella, lo cual provocó que se le cayera el bastón y tuviera que agarrarse a la muchacha para no dar de narices ante el marco de la puerta.

El hombre, tomado de los hombros de Maylen, levantó la cabeza que sobrepasaba diez centímetros la de la muchacha, y miró lo mismo que ella estaba viendo, y su asombro fue tan genuino como el otro.

La imagen era espectral: una mujer de blanco camión, largo hasta los tobillos; el pelo enmarañado a la altura de la nuca; la cara arrugada estaba pálidamente blanca; sus ojos habían perdido el brillo de antaño: pasó de un

celeste límpido y cristalino a un gris sucio, opaco y de mirada vacía. Era como mirar un antifaz de ojos huecos. El claro color de sus pupilas no podía suavizar la negra mirada que se alzaba hacia Maylen. Comenzó a gritar instantes después del encuentro, y se abalanzó sobre ella como un espíritu fantasmal.

Maylen descubrió que no era ningún espíritu cuando sus fuerzas apenas podían repeler el ataque de la mujer, que daba alaridos parecidos a los de los animales heridos, lastimando los oídos y la sensibilidad. Maylen le tomó las manos que —en forma de garra— se dirigieron a ella, y forcejeó para llevarla hasta el desvencijado sillón de gastado cuero negro, y roto en sus vértices, que estaba a un costado de la pequeña sala que recibía a los visitantes de la casa.

—¡Me dijo que su mujer estaba muerta! —gritó mientras hacía fuerza, empujando a la mujer hacia el sillón.

—No es cierto —negó el hombre, que había recuperado el bastón y rodeaba a Maylen para tomar a su mujer por la espalda y alejarla de la muchacha—. Le dije que nos había abandonado hacía mucho tiempo.

—¿Y eso qué quiere decir? —gritó Maylen, para hacerse escuchar por encima de los chirriantes sonidos que emitía la mujer sin pronunciar palabra.

—Ya en Buenos Aires tuvimos que internarla por sus desvaríos —comenzó Juan, que había desprendido a su esposa de Maylen y la obligaba a doblarse sobre el sillón—. A los pocos meses de instalarme con mi hijo aquí me llamaron de la clínica psiquiátrica donde se encontraba para avisarnos de que había dejado de hablar y no comía. Volvimos unas semanas a Buenos Aires para estar con ella, y comió de nuevo pero no volvió a hablar —le explicó, y Maylen veía cómo lentamente las caricias del marido iban calmando el frenético respirar de la mujer que le daba la espalda, obligada por Juan—. Mi hijo quiso traerla, y eso hicimos. Buscamos una clínica en Malargüe y la internamos, pero otra vez se negó a comer por semanas, y decidimos que viviría con nosotros.

De un estuche, posado sobre la mesita redonda de madera, que estaba a un lado del sofá, el hombre extrajo una jeringuilla preparada y se la inyectó a su

mujer en el brazo. Siguió acariciándola después de aplicarle el calmante, ante la mirada azorada de Maylen, que se había quedado parada a sólo un metro, dentro de la casa.

—Entre y cierre la puerta —le pidió el hombre, sentado en el sofá con su mujer en el regazo—. Mi vida no ha sido nada fácil —dijo, sonriendo con tristeza—. Tome asiento —le ofreció, y Maylen se acomodó en un sillón individual que se enfrentaba al sofá donde Juan estaba con su mujer—. Mi mujer, mi hija, y ahora mi hijo. Cuando le dije que mi mujer nos abandonó fue porque era cierto —continuó con pesar—. Es tan sólo un cuerpo; no me reconoce, tampoco a su hijo; no habla. Desde que sale el sol, hasta que se pone, está sentada en una mecedora que tenemos a un costado de la casa, y en el invierno frente a la chimenea. Una enfermera viene todos los días a cuidarla cuando nos vamos a trabajar.

Mostrándole la jeringuilla hipodérmica, que dejó en la mesita de madera, siguió hablando:

—Éstas son para las crisis de Mauricio, hace años que a ella no le daba una. Hay momentos en que me olvido de que ella existe, o mi cabeza quiere hacerlo y la realidad se lo impide. El calmante lo tenía preparado por si Gabriel o alguien de su familia llegaban antes de que le hiciera efecto la pastilla a mi hijo —reveló—. Durante toda la tarde evité tomar el calmante que le ponía en la bebida o en la comida que estaba ingiriendo; sólo cuando le anticipé sus medicamentos diarios pude hacerle tomar el calmante que lo hará dormir hasta mañana; me preocupaba el hecho de que se encontrara con alguno de ustedes. La última vez el fuerte sedante que le aplicaron le provocó un paro respiratorio.

—Lo siento —dijo automáticamente Maylen, recordando los gritos, muy parecidos a los que instantes atrás había escuchado.

—No me gusta lo que hizo Mauricio, pero es mi hijo y voy a evitar que le hagan daño. Ha sufrido mucho.

—Eso no le da derecho a mentir y a destrozar la vida de los demás.

—Estoy de acuerdo, pero él los culpa de todo lo que sufrió y sufre. He

hablado con él miles de veces, pero nunca va a pensar diferente.

—¿Y usted no cree que soy culpable? ¿Es cierto que usted y su hijo iban a la ciudad a vigilar a Gabriel cuando sufrieron el accidente? —interrogó, sin abandonar el matiz belicoso de la conversación, aunque estaba cada vez más inclinada a creer lo que el padre de Mauricio le contaba.

—Tengo que confesar que, al principio, estaba muy enojado y seguía los dictados de mi mujer cuando los culpaba a ustedes dos, sobre todo a ti, por lo que había ocurrido —comenzó a decir, se movió para dejar a su esposa acostada en el sofá, de espaldas a Maylen, y se levantó.

Maylen quiso hacer lo mismo, pero se lo impidió.

—No se preocupe, ya no puede atacarla, regresó a su mundo —le dijo—. Usted quería respuestas; quédese sentada, que esto va para largo —adelantó y se quedó un segundo en silencio—. Mi hijo por lo visto se ha dormido, o estaría en las mismas condiciones que su madre hace un momento, y esto habría sido un caos.

Maylen había llegado a esa casa con la determinación de amenazar al hombre con lo que fuera necesario, para que saliera nuevamente al aire del programa de chimentos y confesara que todo era mentira, pero después de escucharlo durante dos horas toda su ira de desvaneció, y sólo se quedó con una profunda pena por lo que sufría ese hombre. Pensaba en lo último que le había dicho, y ella también se lo preguntaba. «Tengo que haber sido muy despiadado en mi vida anterior para cargar con tanto sufrimiento en esta, ¿no?» Le había preguntado, a lo que ella sólo contestó con una media sonrisa. ¿Qué podía responder? Nadie se merecía todo aquello. ¿O sí?

Juan Palacios le contó que se había enterado, por la propia Paloma, de que Gabriel había querido terminar con la relación de ellos mediante una llamada telefónica, pero no se lo permitió. A partir de esa llamada, él comenzó a alarmarse. Ella llamaba todos los días, a cada hora, para preguntar si alguien de la familia había visto a Gabriel. Su hermano estaba bastante preocupado, al igual que él, por la actitud con que Paloma se tomaba aquello. Sólo su madre le restaba importancia a las llamadas desesperadas de Paloma.

Los hombres de la familia conocían demasiado bien cómo había acabado la vida de su abuela materna: totalmente paranoica, y desequilibrada mentalmente, se suicidó con una sobredosis de fármacos psicotrópicos que el psiquiatra le había recetado para disminuir las alucinaciones neuróticas que padecía. Pero antes de que eso pasara, la familia había sufrido las llamadas de la señora Marta: todos los días, a cualquier hora, y con la misma desesperada conducta con que lo hacía Paloma.

La tarde anterior al accidente, Paloma habló con su madre para contarle que la habían llamado para decirle que Maylen y Gabriel vivían juntos en la ciudad. Él sabía que eso no era cierto, pues veía asiduamente a Gabriel en el pueblo, donde todos saben de la vida de todos, justamente por eso sabía que no era cierto. Él y su hijo estaban preparándose para hacer un viaje a Mendoza al día siguiente. Allí fue donde se mezclaron las cosas, y el relato de Mauricio se pierde en una nebulosa de confusiones, donde lo dicho no era real, pero tampoco era del todo mentira. Para no discutir con su esposa, como siempre hacía cada vez que atendían aquellas llamadas de Paloma, pidiendo que buscaran información sobre lo que hacía Gabriel, él y Mauricio decidieron no esperar al día siguiente para partir; de esa manera, pasarían una tranquila noche en la ciudad. En el camino ocurrió el accidente, que nada tenía que ver con lo que había declarado su hijo sobre cómo ellos salieron desesperados para cumplir con los mandatos de su hermana. Juan Palacios le contó que, durante lo que duró el trayecto, ni siquiera se acordaron de que Paloma había llamado.

A los pocos meses de la muerte de Paloma, su esposa comenzó con las alucinaciones y las crisis paranoicas, hasta acabar como la habían visto esa tarde; y, últimamente, desde que los había visto a ella y a Gabriel en el parque natural, su hijo, de veinticinco años, había comenzado con la misma desquiciada y paranoica rutina: alucinaciones, llantos, gritos, y una constante planificación de venganza. Los tres pasaron por lo mismo. Su hija terminó como su abuela; su mujer terminó sin cabeza, y era un calvario que no quería volver a pasar con su hijo, pero todo indicaba que no había otro camino.

Maylen abandonó la casa de Juan Palacios más apesadumbrada de lo que había llegado. Su enojo había remitido, al comparar su vida con la de ese pobre hombre. ¿Qué significaba un poco de chimento malintencionado ante tanta desgracia? Descubrir que Paloma sufría un desequilibrio mental, que era heredado y que, además, se había extendido por toda su familia, era muy agobiante. Pero se quedaba un poco más tranquila al saber que Gabriel no le había mentado cuando le dijo que había querido terminar con ella antes del accidente, y Paloma no lo escuchó. Se sentía menos culpable, pero para nada menos ejecutora del despertar de su enfermedad. Mujeres preciosas e inteligentes que llevaban en su ADN aquella condena que, ahora, se despertaba en el menor de la familia.

Maylen dejaría que las cosas fluyeran según el cauce que se abriera día a día. En dos días se casaría con el hombre que había amado durante toda su vida, y ése sería el final de aquellos trágicos siete años. La negra carretera que la llevaba hasta la ruta principal, que tenía que tomar para volver a su pueblo, volvió a inquietarla. Intentó pensar en cosas alegres; intentó pensar en la boda, en los preparativos, en el vestido, en Gabriel... Pero sólo podía esperar que, de ese negro espacio que se abría a ambos lados de la carretera, bordeado de árboles, saliera un ánima errante. Se decía y repetía que era una boba..., pero no podía evitarlo. Ya estaba llegando al punto de conexión con la ruta, podía ver las luminarias y su miedo iba retrocediendo lentamente; de improviso, un auto giró hacia la carretera en el momento en que Maylen hacía pasar unos temas en el equipo de audio; al levantar la vista se encontró con dos faros brillantes que venían directamente hacia ella.

Capítulo 28

Camino a la comisaría, escoltado por dos policías que se encontraban en la parte delantera del patrullero, Gabriel intentaba sonsacarles información a sus custodios, pero no le decían otra cosa sino que en la comisaría de San Carlos le aclararían toda la situación.

Una llamada telefónica cambió las cosas. Cuando el oficial Rodríguez cortó, se dio la vuelta y, a través de la rejilla de metal que separaba ambos compartimentos, lo miró apenado.

—Lo siento, Gabriel, es mi deber hacerlo. Espero que puedas aclarar esto —e inmediatamente después de decir aquello comenzó a leerle sus derechos.

Gabriel Iriarte quedaba detenido e imputado por homicidio.

Llegó hecho una fiera a la comisaría central del departamento; no podía creer lo que estaba pasando: ¡Lo acusaban de asesinato! Era ilógico todo aquello. Su amigo le pidió que se tranquilizara o tendría que esposarlo, y eso lo enardeció aún más y terminó efectivamente esposado, y abandonado por horas en una sala vacía. Solo, con dos sillas enfrentadas por una mesa vieja, escrita a fuerza de raspar la madera con algo punzante. Pensaba en Maylen, y su ánimo se enturbiaba cada vez más; no sabía dónde se había metido, y no podría reconfortarla en caso de que no hubiera desaparecido nuevamente de su vida.

Antes de la tercera hora de espera descubrió que, los que estuvieron en su misma situación anteriormente, no habían raspado la mesa con algo punzante, como pensó al principio sin razonar que, en esa estancia, los policías no le hubieran permitido a nadie un elemento de esos. Arrastrando las esposas hacia el filo donde se encontraba la cadena podía, tranquilamente, moldear letras sobre la madera vieja de la mesa. No lo haría. Resistiría tanto como pudiese... No lo haría.

—¿Por qué has tardado tanto? —amonestó Gabriel al abogado más joven de la firma que representaba a la familia Iriarte, quien se presentaba con un traje desarreglado y la corbata con el nudo suelto; su cara evidenciaba cansancio y el recibimiento de Gabriel le hizo volver los ojos en blanco.

—Vengo desde Mendoza. Hice noventa y seis kilómetros en tiempo récord —miró las manos esposadas de Gabriel, quien se había levantado al verlo entrar y gritó—: Oficial, quítele las esposas a mi cliente.

Un oficial muy joven se presentó momentos después y le retiró las esposas a Gabriel, que había vuelto a sentarse, y esperaba impaciente a que saliera el muchacho para poder hablar con Vicente Jerez, el joven abogado que formaba parte del grupo de abogados de Mendoza, que trabajaba con la finca de la familia de Gabriel. Vicente vivía en San Carlos, pero justamente en ese momento se encontraba en la ciudad.

—¿Viniste solo?

—No, Samuel Shown y Federico Páez Gómez también están aquí. Samuel fue hasta la finca a hablar con tu padre, y Páez Gómez está en la ciudad, buscando al juez.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿No sabes por qué estás aquí?

—¡No!... Bueno, sí —dijo, rascándose la cabeza para calmar la ansiedad —; me dijeron que estaba imputado por homicidio. ¿Qué ocurre, Vicente? ¿A quién se dice que he asesinado?

—A Perla Martínez

El impacto que le causó el nombre de la mujer asesinada lo hizo ponerse de pie y caminar hacia la única puerta que tenía el cuarto.

—¿Perla, asesinada?

—La encontraron en la ruta que une Mendoza con la provincia de San Luis.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. A las diez y veinticinco, dice el informe, una llamada de teléfono alertó a los policías de la frontera provincial. Lleva fallecida, según

los forenses, entre veinticuatro y treinta y seis horas. Le encontraron un feroz golpe en la nuca, y llevaba una bolsa plástica en la cabeza. Según los forenses, el golpe fue letal; la bolsa estaba de más, pero el asesino no lo sabía y quiso asegurarse de cumplir bien el trabajo.

Gabriel no podía más que pensar en el encuentro que había tenido con Perla el jueves por la tarde; habían sido las últimas horas de vida de la muchacha. Fue a buscarla al otro día de llegar con Maylen, desde Buenos Aires; pero ella, con el grupo de modelos perteneciente a la agencia de modelos del empresario mendocino Esteban Marando —quien contrató a Perla esa misma semana—, viajó a la costa atlántica para cumplir con una serie de trabajos. Gabriel dejó recado a su gente de la ciudad de que, en cuanto se enteraran de que la modelo estaba nuevamente en la ciudad, le dieran aviso y eso había ocurrido el jueves al mediodía. Él viajó no bien tuvo noticia, y mantuvieron una fuerte discusión en el bar donde se habían reunido. La modelo ni negó ni afirmó haber sido responsable de la publicación de las fotos en internet, sólo dijo que estaba muy feliz de que hubiera ocurrido y la carrera de aquella roba-hombres se hubiese terminado tan drásticamente.

Gabriel la advirtió de que no volviera a meterse con su futura esposa o lo pagaría muy caro, a lo que la modelo gritó que eso estaba por verse. Aquél fue el final de la conversación, que no duró más de veinte minutos. Él se había levantado del lugar y se había marchado, pero en el estacionamiento subterráneo del lugar volvió a encontrarla. Había bajado tras él, y una vez solos Perla le dijo que lo esperaría siempre, que estaba enamorada de él. Quiso abrazarlo, pero Gabriel se metió a su vehículo y partió.

—Fuiste la última persona con quien fue vista Perla Martínez en vida.

—¡Yo no la asesiné!

—Esta noche, durante el allanamiento de la finca, encontraron en la cabaña del lago ropa que llevaba Perla la noche que se reunió contigo en el bar. Las cámaras del lugar lo confirmaron.

—¿Estás seguro de que se trata de Perla Martínez?

—Encontraron el cuerpo con ropa, y la cartera con la documentación; sus padres están en la ciudad y ya han reconocido el cuerpo. Ellos sabían lo de la cita, tú hablaste con su padre y él le pasó el mensaje a su hija el mismo jueves que tú la viste; ellos confirmaron que cuando Perla se marchó de la casa esa tarde era para encontrarse contigo en un restaurante de la ciudad; vestía la misma ropa con que la encontraron.

—Las cámaras del estacionamiento deben mostrar que no subió conmigo al auto.

—No hay cámaras en el estacionamiento, sólo en la puerta de entrada, y tu coche tiene los vidrios oscuros. No se distingue si sales con compañía, ni siquiera se distingue si eres tú el que maneja.

—¿Cómo sabes tanto del caso?

—¿Por qué crees que he tardado tanto en llegar aquí? El viaje desde la ciudad sólo me ha llevado cincuenta minutos. ¿Y por qué crees que nadie ha venido a interrogarte ya?

—Tú se lo has impedido.

—Exacto.

El abogado se acomodó un poco más distendido en el asiento una vez que Gabriel estuvo al tanto de todo lo que estaba pasando, lo miró seriamente y le pidió que relatara todo lo que había hecho desde el jueves por la tarde hasta esa noche en que lo habían llevado a comisaría. Sacó una grabadora de bolsillo y la puso sobre la mesa.

—¿Es necesario eso? —le preguntó Gabriel.

—Sí, para no perder detalle. Comprenderás que no será la única vez que relates lo que hiciste esas últimas cuarenta y ocho horas, y todos los detalles son importantes. No queremos olvidar ninguno —manifestó Vicente Jerez, y Gabriel comenzó con el relato.

El corazón de Maylen tuvo que haberse detenido un par milésimas de segundos, porque el susto que se pegó al levantar la vista fue pasmoso: le hizo volar el vehículo y detenerlo bruscamente en la banquina cuando el otro

coche pasó a su lado, correctamente por el carril que le correspondía. Ella temblaba y se tomaba la cara con las manos para tratar de tranquilizar su acelerada respiración.

El golpe en la puerta del conductor no ayudó a recuperar su tranquilidad. Pegó un salto en el asiento y, al ver la figura alta y oscura que cubría totalmente la ventanilla, también pegó un grito.

—Maylen, soy yo. ¡Abre la puerta! —Gritó Libko, que no podía abrir la puerta trabada, y notaba cómo su hermana se desplazaba cada vez más hacia la puerta del acompañante—. ¡Maylen! —volvió a gritar.

Ella, lentamente, fue recuperando la razón, echada hacia atrás por el miedo, y reconoció a Libko: con remera negra, jeans negros, y el sombrero negro de vaquero que ella le había regalado. Presionó el botón para destrabar las puertas y salió de la camioneta para abrazar a su hermano, que la sentía temblar como una hoja en un día de tormenta.

—¡Mereces estar así por haberte escapado! —la regañó Libko, pero apretaba a su hermana en un abrazo protector y reconfortante. Él también estaba bastante nervioso con aquella situación, y haberla encontrado le devolvía la calma y el sosiego perdido. Esperaría a que ella se tranquilizara antes de darle las malas nuevas.

—Cállate, Libko, no estaba prisionera —lo amonestó ella, y se apretó más a él.

—Estabas a mi cuidado, y me dejaste hablando solo como un bobo. Yo creía que estabas duchándote.

—Tenía que venir —dijo, dejando translucir su angustia.

—¿Qué ocurrió, Maylen? ¿Los viste? ¿Te han lastimado los Palacios?

—Sí, vengo de allí —afirmó ella, y se soltó del fuerte apretón con que envolvía a Libko—. Pero no me ha ocurrido nada, al menos físico —declaró, y Libko se preocupó por esas palabras.

—¿Y de qué manera te ha ocurrido algo?

—He descubierto algunas cosas: el padre de Mauricio me ha contado toda su historia desde la muerte de Paloma y descubrí que la madre de Paloma no

estaba muerta, como había pensado tiempo atrás.

—La madre de Mauricio se volvió loca.

—¿Tú lo sabías?

—Claro, no creo que sea un secreto. ¿Por qué creías que estaba muerta?

—Fue un malentendido de mi parte, que no aclaré en su momento — manifestó Maylen, pero le quedaba la duda de si había hablado con Gabriel del tema. Tal vez ella fuera la única que malinterpretó lo dicho por Palacios, y Gabriel sabía de qué hablaba el hombre cuando dijo que la mujer «los había abandonado»—. No pude hablar con Mauricio, ni obligar al padre a que saliera a desmentir lo que había declarado porque él no tuvo nada que ver con eso. Me contó lo que sufre con las crisis de Mauricio, y lo que padeció con Paloma, y luego con su madre, antes de que se convirtiera en la sombra que es ahora.

—Silvia, tu amiga y enfermera, que viene a controlar la diabetes del abuelo, también suele enviarle medicación a la mujer y a Mauricio; según le contó al abuelo, ella tiene una amiga enfermera que cada tanto visita a la familia y le alcanza el recado. Y tú, ¿cuándo te enteraste de lo de la madre de Mauricio? —preguntó con ironía, y no dejó que la mirada asesina de Maylen lo afectara—. ¡Ah! Ya sé, la semana de las fotos.

—No es gracioso, Libko.

—Pero es cierto.

—Sí, es cierto, la semana que pasé con Gabriel hicimos un paseo por el parque de las cascadas y los encontramos allí.

—Eso sí fue novedad: saber que, tanto el padre como el hijo, trabajan en el parque nacional; hasta donde yo sabía, ellos vivían el Malargüe y subsistían gracias a la pensión por invalidez que ambos cobran cada mes.

Libko había encontrado a Maylen y tenía que decirle lo que estaba pasando en Eugenio Bustos con Gabriel, pero odiaba ser el portador de malas noticias; todo el camino estuvo intentando conseguir respuestas, pero nadie parecía saber el motivo de la detención de su cuñado. Era extraño aquello que estaba pasando, y su familia ya estaba trabajando para averiguar si los dos

acontecimientos, que perjudicaban a la misma pareja, tenían relación entre sí o era pura mala coincidencia.

—¿Cómo me encontraste?

—Hablé con Silvia. ¿Por qué tienes apagado el móvil?

—Olvidé encenderlo cuando salí de casa de Palacios, esta oscuridad me atonta.

—Alguien diría que has vivido en la penumbra —bromeó Libko, para terminar de liberar la tensión de ambos.

—¡Libko!

—¿Ya has dejado de temblar? —Preguntó, sonriente, y agregó, aduciendo al móvil—: Igualmente no creo que haya señal en este lugar, mi móvil tiene a ratos, y luego se corta.

—Sí, ya no tiemblo; no encontré un ánima errante, te encontré a ti, que es peor.

—¿Tenías miedo de las ánimas? Maylen, eso es de críos.

—No importa, ya estás tú aquí. No eres lo mejor que podían enviarme, pero sirve.

—Contra las ánimas.

—¡Sí, contra las ánimas, necio!

—¡Qué infantil eres!

—Mira quién lo dice... El que todavía moja el pan en el chocolate.

—Eso es sagrado para un hombre.

Estuvieron un par de segundos en silencio. Libko notó que su hermana había dejado de temblar y había recuperado el color en la cara; no quería arruinarle el buen humor, pero no quedaba otra alternativa.

—Maylen...—empezó, e hizo una pausa buscando las palabras—: Gabriel estaba viniendo hacia aquí cuando ocurrió un imprevisto.

—¿Qué le ha ocurrido a Gabriel? —preguntó, asustada, y el temblor volvió.

—Está detenido en la comisaría de San Carlos.

—¿Detenido? ¿Qué significa eso? ¿Por qué?

—Maylen, sabes lo que significa «estar detenido» —la reprendió Libko—. Hablé con mi padre. Con él nadie puede comunicarse.

—Pero, ¿dijiste que Gabriel venía hacia aquí?

—Eso me contó su padre. He querido hablar con alguien de la familia, pero no atienden al teléfono. Lautaro y el tío Fernando ya habían salido hacia San Carlos la última vez que hablé con ellos.

—Hablaré con ellos —dijo Maylen, y metió medio cuerpo en su auto para tomar el móvil.

—No hay señal aquí, tenemos que salir a la ruta —le aclaró Libko, que controló su móvil y vio anulada la función de antena.

—Entonces no perdamos más tiempo.

Maylen se acomodó rápidamente en el asiento del chofer y puso en marcha el vehículo antes de que Libko llegara a su camioneta y la hiciera girar para retomar el camino de regreso.

Capítulo 29

Gabriel y Maylen sólo pudieron estar juntos, y a solas, diez minutos a la madrugada del día siguiente. Finalmente, si no se tenían en cuenta las diez horas que permaneció en la sala de interrogatorios, Gabriel no había quedado detenido gracias a las rápidas acciones de sus hábiles abogados; pero al otro día, a primera hora de la mañana, tenía que presentarse ante el fiscal. Se vieron cuando él se retiró de la comisaría; cruzaron dos o tres palabras entre beso y beso, y luego él se montó en el auto de uno de los abogados, que lo esperaba, y se fue directo a la finca *Refugio del Sol* para poner en marcha, sin ningún tipo de demora, la estrategia y declaración que presentarían el lunes, bien temprano, ante el fiscal para mantenerlo alejado del calabozo, al tiempo que iniciaban una investigación paralela a la de la justicia para así encontrar más rápidamente al culpable, y que Gabriel Iriarte quedara libre de toda culpa y cargo.

En los pocos minutos que estuvieron a solas, Gabriel le había dicho que no tenía nada que ver con la muerte de Perla, y Maylen estaba segura de que decía la verdad. En ningún momento dudó de Gabriel. Todo era una terrible confusión que se aclararía al otro día, y con esa convicción dejó a Gabriel trabajar con sus abogados, quienes, por otro lado, eran los mejores de la provincia.

—¿Irás al juzgado? —preguntó Millaray, que se había levantado muy temprano, como Maylen y el resto de la familia.

La preocupación por el tema de Gabriel los tenía a todos en vilo, y los planes de boda quedaron en el olvido.

—No, mamá, iré a casa de Gabriel. Eleonora ya debe de estar allí, y quiero estar al tanto de todo lo que ocurre en el juzgado; los abogados le comunicarán a su padre, minuto a minuto, todo lo que suceda —le aclaró—. En el juzgado no podré verlo; es perder el tiempo ir hasta San Carlos porque, además, nadie

me informará de nada hasta que no haya concluido la indagatoria.

—Puedo acompañarte, no abriré la tienda hoy y...

—No, mamá, estaré bien; no tienes que dejar de hacer tus cosas. Eso me angustiará aún más, porque indicará que algo marcha muy mal, y quiero creer que todo esto es sólo una confusión que se aclarará en las próximas horas, y mañana ¡al fin! podré casarme con el hombre al que amo.

—Hija, tienes razón: hay mucho que preparar para la boda de mañana todavía; ve tranquila, que aquí, con Rosa, organizaremos todo.

—Gracias, mamá.

Maylen abrazó fuerte a su madre y abandonó su cuarto para manejar una de las camionetas de la finca hasta casa de Gabriel y esperar allí noticias.

Millaray sintió el miedo de Maylen en el abrazo, y también percibió la tenue nota de escepticismo en lo que concernía a que «todo saldría bien» y compartió ese sentimiento, que no se esfumaba de su corazón a pesar del inmenso esfuerzo que hacía para convencerse a sí misma de lo contrario.

El padre de Gabriel no aguantó la tensión y tomó su camioneta para ir hasta San Carlos; no había ocurrido tal y como dijera Maylen, los abogados llamaban muy esporádicamente, y no tuvieron ninguna información importante en las cuatro horas que llevaban esperando... Y podían ser muchas más. Maylen tomó su vehículo y se dirigió a la cabaña del lago, y dejó a Eleonora esperando a que Leandro llegara a la finca. La audiencia continuaba y sabían que, una vez terminada, tendrían que esperar la resolución del juez para saber si Gabriel quedaba detenido o regresaba a casa. Eso llevaría un par de horas más.

Las pruebas encontradas en la cabaña, su viaje a San Luis, ser la última persona a la que vieron junto a Perla antes de su muerte complicaban la situación de Gabriel. Cuatro abogados estaban trabajando en el caso: dos con él, y dos buscando todas las pruebas que verificaran la coartada de Gabriel: Vídeos, fotos, testigos, técnicos en fotografía y vídeo... Cualquier cosa que diera fe de que Gabriel salió solo del estacionamiento del restaurante en el

que había tenido la reunión con Perla. Era prioritario para ellos comprobar esa situación; con ello darían el respaldo que las palabras de Gabriel necesitaban para poder salir en libertad y esperar el proceso del caso desde el otro lado de las rejas.

Uno de los abogados les informó de que, dentro de la cartera de Perla, se encontró la cámara digital de Gabriel: aquella de la que Perla no había revelado nada; lo curioso era que la tarjeta de memoria de la cámara no aparecía.

Gabriel reconoció que había concertado el encuentro para reclamarle a Perla la publicación de las fotos de su novia en internet, y ella no había negado ni afirmado haberlo hecho. Con el descubrimiento de la cámara entre las pertenencias de Perla, la situación de Gabriel se aligeraba... O se complicaba, según se viera de uno u otro lado.

Los padres de Perla, que declararon aquel día en otra sala, pero simultáneamente con Gabriel, afirmaron que su hija no era responsable de la publicación de aquellas fotos; ellos no estaban seguros de que su hija hubiera visto esas fotos. Además, en ese momento todavía nadie conocía la relación de Gabriel con la periodista.

Todo era confuso en el caso, y Gabriel salía perdiendo en aquella confusión.

Maylen llegó a la cabaña y notó un inquietante orden; todo estaba ordenado, pero nada estaba en su lugar. Aquel refugio era muy personal, y cada cosa de Gabriel tenía su propio sitio. El padre de Gabriel le había contado que, después del allanamiento, la cabaña quedó patas arriba, y los empleados fueron a ordenarla esa mañana. Por eso estaba allí: quería ver cómo había quedado. Con una calma obligada comenzó a cambiar de lugar algunas cosas, para dejarla tal y como ella las había visto en la semana que pasó en ese pequeño refugio, intentando no pensar en lo que estaba pasando Gabriel, ni pensar en el reloj que miraba, cada veinte segundos, para ver si ya habían pasado las dos horas que pidió el abogado. Camino a la cabaña, antes de perder la señal del móvil, llamó a su madre para pedirle que no continuara con

los preparativos para el día siguiente. No habría boda, al menos no el día que habían programado. A esa hora de la tarde, toda esperanza de reanudar su vida como si nada de aquello hubiera pasado era impensable.

Un ruido de motor llamó la atención de Maylen y se asomó a uno de los ventanales delanteros para ver quién se acercaba. El auto llegó hasta la puerta de la cabaña, y Silvia bajó rápidamente.

Maylen salió a su encuentro y ambas se abrazaron. Una buscaba sosiego, la otra quería dárselo.

—¿Cómo estás, Maylen? Recién salgo de trabajar —aclaró Silvia, que llegaba con el uniforme de enfermera todavía puesto—. ¿Tienes alguna novedad de Gabriel?

—No, esperamos la decisión del juez —dijo Maylen, apartándose lentamente de su amiga—. Ven, vamos dentro —propuso Maylen, y de la mano se llevó a Silvia hasta el interior de la casa.

Las dos mujeres se sentaron en el sofá grande que ocupaba la única sala de la casa, y Maylen, con una apremiante curiosidad, comenzó a preguntarle a Silvia sobre la vida de Gabriel durante esos siete años que ella no estuvo en la provincia.

—Silvia, nunca te has ido del pueblo y conoces la vida de todos; en especial, la de Gabriel —comenzó con una sonrisa suspicaz—. Necesito que me digas: ¿cómo era Gabriel en esos siete años, qué hacía, cómo se comportaba y con quién salía?

—Maylen, ¿acaso estás desconfiando de él?

—No, no es eso —negó, pero sin demasiada convicción—. Han pasado muchos años; hay momentos en que él tiene reacciones que no conozco y no sabía cómo preguntárselo a mi madre —gesticuló con la cabeza y continuó—: Nunca dejé continuar a mi madre cuando quiso contarme cosas de Gabriel en Buenos Aires y no me parecía correcto hacerle un interrogatorio ahora, por eso me ha venido de maravilla tu visita.

—No sé qué decirte, Gabriel estuvo muy oculto los primeros dos años después que te fueras; luego comenzó a vérselo en el pueblo y poco tiempo

después aparecía en las revistas de la ciudad acompañado de las muchachas como Perla.

—¿En todo este tiempo nunca tuvo una novia...oficial, digamos?

—No —negó Silvia—. No salía más de dos o tres semanas con la que más duraba; su padre tenía miedo de que no volviera a sentar cabeza nunca más.

—¿Y qué decía de mí?

—¿Él o su padre?

—Uhhh... Los dos.

—Su padre no se cansaba de repetir, con resentimiento, que si no te hubieras marchado, Gabriel ya estaría asentado con una familia; y él... Nunca le oí hablar de ti —declaró, segura—. Después del casamiento de Eleonora con Leandro, el padre sufrió un infarto; no fue grave, pero desde ese día lo controlo una vez al mes y me llaman cada vez que don Reynaldo tiene mala cara. María Teresa es insobornable en esas cuestiones: no deja pasar un solo síntoma sin controlar, de ahí que estuviera más o menos al tanto de la vida de Gabriel. Cuando atendía a don Iriarte, desahogaba su frustración conmigo.

—Me imagino.

—Nunca he visto a ninguna mujer, de las que salían con Gabriel, venir a hospedarse en la finca... Salvo a Perla.

—Perla...

—La última vez que la vi fue después de que te fueras. Reynaldo me había llamado porque María Teresa estaba un poco mareada: devolución de gentilezas —agregó con ironía, a ninguna de las dos personas mayores le gustaba molestarla, y bufaba contra quien la había llamado—. Cuando llegué, ella se marchaba en su propio auto; parecía enojada, y Gabriel salía con su camioneta detrás.

—¿No viste nada extraño?

—Lo extraño era que María Teresa se hubiera alterado por esa mujer. Me contó que se descompuso cuando vio a Perla aparecer; en aquel momento no entendí por qué —miró a su amiga y sonrió—. María Teresa puede ser un

incordio con su sobreprotección, pero le es absolutamente fiel a Gabriel; ella sabía que tú estabas en la cabaña y no me dijo nada; y cuando vio a Perla pensó que arruinaría los planes de su chiquito —se quedó callada un par de segundos y luego continuó—: Perla parecía tan tranquila y coqueta. La primera vez que vi una foto de ellos juntos, un mes antes de que aparecieras —aclaró a Maylen—, me gustó la pareja que hacían y esperaba que, por fin, Gabriel encontrara a una mujer que lo hiciera feliz.

—Y que borrara las huellas que le dejó la bruja de Maylen.

—Sí, eso también —sonrió a su amiga y siguió—: pero unas semanas después ella volvió a aparecer en las revistas locales, haciendo declaraciones bobas, y supe que no llegaría a nada con él: era una más. Me resultó muy curioso que la llevara a la fiesta de la finca; cuando vi cómo la trataba, supe que era sólo para que tú lo vieras.

—Mi madre me dijo lo mismo... Y mi abuelo.

—Todos los que os conocemos a ambos, sabíamos que se trataba de eso.

—Así que nunca hubo nada serio con ninguna chica.

—No, que alguien del pueblo se enterase; es más: algunas de las chicas con las que salía en las fotos, cuando el romance llegaba a su fin y eran reemplazadas, hablaban de lo mal que las había tratado. Decían que no tenía moral ni escrúpulos en maltratar y humillar a las mujeres —miró a Maylen, que la observaba atentamente mientras ella le revelaba aquella situación—. Aquí, al leer las revistas, todos opinaban que eran muchachas resentidas porque no consiguieron atraparlo; nunca nadie creyó aquellas declaraciones de las mujeres.

—Pero él las usaba —declaró Maylen.

—Ellas sabían con quién se metían.

—Tal vez no, no todas tenían por qué ser iguales.

—Tal vez, pero él siempre era el mismo.

—Y sí les mentía.

—Creo que se dejaban mentir. Gabriel vivió esa vida durante más de tres

años, y nada hacía pensar que pudiera cambiar hasta que apareciste nuevamente por aquí.

—Comienzo a dudar de que haya sido buena idea.

—Nada de lamentos, ahora hay que apoyar a Gabriel y ya verás cómo todo se resuelve rápido.

Maylen se quedó asintiendo con la cabeza, y unos segundos después miró el reloj: ya se habían cumplido las dos horas que le habían pedido los abogados.

Una llamada, denunciando a Gabriel por maltrato físico, fue la gota que colmó el vaso. Gabriel Iriarte, el productor vitivinícola de vino borgoña más importante de San Carlos quedaba detenido. La noticia se extendió con la velocidad de una onda expansiva. A los medios locales, que hacían guardia frente a las puertas de los tribunales, se sumaban algunos más importantes, que iban llegando con el correr de las horas. Los abogados de Gabriel corrían de un lado a otro, intentado que le levantaran la prisión preventiva, aduciendo que la nueva llamada no era válida como agravante del hecho que se estaba investigando, y ofreciendo todas las garantías que aseguraban que el imputado no escaparía; pero el nuevo juez que había sido designado hacía sólo cuatro meses no daba lugar a ninguna de las peticiones de los abogados defensores de Gabriel.

Tres días en el calabozo de la comisaría de San Carlos, y no lograron liberarlo pero, al menos, consiguieron que lo pusieran en una celda sin compañeros, y que su padre pudiera hablar con él. Sólo su padre. Maylen regresó a casa de sus padres, y el ánimo, al igual que en casa de Gabriel, era de pura congoja. Nadie podía creer que estuvieran viviendo aquello; para colmo de males: a medida que pasaban los días, la situación de Gabriel empeoraba.

Nuevos descubrimientos y resultados de análisis de laboratorio involucraban cada vez más a Gabriel en la muerte de Perla. Con la prueba del luminol se detectaron manchas de sangre en la cabaña; impacientes, esperaban los otros resultados para saber si también eran de Perla. La mujer que había hecho la llamada tres días atrás, para presentar una supuesta denuncia por

violencia, no había aparecido por San Carlos ni había asentado ninguna otra denuncia en contra de Gabriel; pero los medios, sobre todo los gráficos, se hicieron eco de la información de la llamada que se filtró de entre las filas policiales y lo adjudicaban como cierto en todos los artículos referidos a la causa de Gabriel.

La falta de sueño por la preocupación hacía estragos en todos los allegados a Gabriel, sobretodo en su padre y María Teresa, que no dejaba de llorar; en Eleonora, que no podía controlar el malestar, y por supuesto en Maylen.

Leandro quiso llevarse a su mujer, pero la negativa vehemente de ésta no le dejó otra opción salvo quedarse a su lado y asegurarse de que comiera lo necesario y descansara al menos algunas horas. Pensaban anunciar el embarazo a bombo y platillo durante la boda de Gabriel y Maylen, pero el anuncio finalmente quedó reducido a la deducción de María Teresa, después de la tercera vez que Eleonora fue a vomitar la primera mañana que despertó en la finca.

Maylen no paraba de pensar en los amoríos de Gabriel, y en lo poco que respetó a las mujeres en el tiempo que estuvo alejado de ella, y eso pesaba sobre su conciencia.

Algunos testigos, que estaban en el restaurante la última vez que Gabriel y Perla se encontraron, declararon que la pareja estuvo discutiendo acaloradamente y el hombre estaba bastante nervioso cuando se marcharon. Todos coincidieron en que se marcharon juntos. Primero salió Gabriel y detrás iba Perla; esa parte del relato no coincidía con lo declarado por Gabriel, que aseguraba haberse marchado solo, y que Perla lo siguió hasta el estacionamiento. Tampoco las imágenes de las cámaras del lugar le daban la razón; según los abogados, en dichas imágenes se veía cómo él se marchaba y Perla hacía lo mismo instantes después. Sólo se podía considerar falta de caballerosidad del hombre que no la esperó; pero aquella era una de las características carentes de Gabriel en el trato con las mujeres.

No tenía dudas acerca de la inocencia de Gabriel, pero algo la inquietaba con respecto a todo aquello: ¿Quién querría inculpar a Gabriel por asesinato?

¿Y por qué? ¿Tendría ella algo que ver en aquello? ¿Estaría relacionado el caso de las fotos con la muerte de Perla? ¿Sería la misma persona la autora de ambos delitos, o sería pura casualidad? Todos esos interrogantes se los transmitió a los abogados de la familia, que trabajaban conjuntamente con los de Gabriel. La única conexión de ambos casos era la cámara de fotos que se encontró en la cartera de Perla; todo apuntaba hacia Gabriel.

Dos o tres veces en aquellos días a Maylen se le cruzó por la cabeza que Gabriel podía ser el responsable. Tal vez fue un accidente, no quiso hacerlo intencionadamente, pero lo hizo. También recordaba las palabras de Gabriel cuando estaban todavía en Buenos Aires: broma mediante, había dejado claro que se había encargado de Perla y de las fotos, eso le daba a entender que había podido enviar a otro a realizar el trabajo. Sin embargo, él seguía siendo responsable. Después recapacitaba y se repetía hasta el hartazgo que era inocente, que nada tenía que ver con aquella muerte, y volvía a confiar en que todo se solucionaría en poco tiempo y recordarían con una sonrisa aquellos malos momentos vividos.

Los periodistas acosaban a los integrantes de ambas familias, y si era Maylen la que aparecía por los tribunales de San Carlos se abalanzaban sobre ella. Por ello, todo movimiento era estudiado y planificado con suma precisión para no tener que volver a repetirlo y darles más tiempo a los periodistas para hacer preguntas tediosas, que ellos no sabían contestar. Los teléfonos se encontraban, en su mayoría, apagados; el acoso no era solo físico, sino también telefónico; a todos y cada uno de los integrantes de las dos familias el teléfono les sonaba constantemente para pedir entrevistas y declaraciones. *El Paraíso* tenía las puertas cerradas para los turistas que, alentados por la cuota de morbosidad que se filtraba de los medios, querían curiosear por la finca con la fantasía de hallar alguna prueba que comprometiera a Maylen también. Idea que ya había sido vomitada por algún colega con espíritu novelesco que ponía la sospecha en Maylen. La familia temía que las autoridades llegaran a esa conclusión, lo cual mantenía perturbada la tranquilidad de todos.

La mañana del cuarto día Maylen no podía ya con su ansiedad. Rebosante

de angustia, no veía televisión ni leía diarios ni salía de la finca. La legión de reporteros iba cediendo en su obstinación de vigilar sus pasos, y la mayoría habían abandonado la vela, agotados por el mutismo de toda la familia. Para el mediodía su ansiedad llegaba a picos astronómicos y decidió llamar a Eleonora, pero Leandro le informó de que ella estaba descansando, algo que no hacía de noche. Recordó, al cortar la frustrada conversación, la última noche que Gabriel pasó a cenar con su familia; al quedarse solos, hablaron del hotel en el que pensaban pasar la luna de miel. Un lujoso hotel en la ciudad turística de Las Leñas, que los mimaría por una semana en su exclusivo spa. Gabriel le contó que ya había hecho las reservas en el lugar, y su amargura creció al comprender que, si todo hubiera seguido según lo planeado, en aquellos momentos ella tendría que estar en unas de esas salas de masajes, disfrutando los servicios y olvidándose de los problemas del mundo; sin embargo, allí estaba: padeciendo una angustia sofocante que sólo era superada por la ansiedad sideral de saber qué iba a ocurrir con Gabriel. Esa noche, antes de que Gabriel se marchara, Maylen le arrebató la fina campera que llevaba en los brazos para quedarse con ella, como consuelo, después de que él le revelara que al otro día no podría ir a su casa porque tenía que hacer un último viaje, impostergable, a San Luis antes de la boda.

Maylen caminó hacia su cuarto para tomar la campera de Gabriel, aspirando su perfume se sentiría más cerca de él. Se tiró en la cama de dos plazas que tenía en su cuarto, el mismo de siempre, y se acostó abrazando la prenda. Los folletos del hotel crujieron en su interior, y Maylen los sacó para martirizarse con lo que podría haber disfrutado. Tres folletos en forma de librito salieron del bolsillo interno de la campera y también una chalina fina, delgada, casi transparente, de color beige muy claro e hilos plateados, muy perfumada. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Maylen, que se sentó de golpe en la cama y comenzó a revisar los bolsillos de la campera, que era la misma que había usado él para ir a ver a Perla. Llegó a su casa al regresar de Mendoza, posteriormente a la reunión que mantuvo con Perla, le contó que la había visto y estaba enojado porque ella no se tomó en serio las advertencias

que Gabriel le había hecho. Le contó que Perla no había aclarado ser la responsable de las publicaciones, pero tampoco lo había negado; y estaba dispuesto a darle un escarmiento serio si descubría que, efectivamente, había sido la autora del robo de la cámara y la publicación de las fotos.

Nuevas dudas surgieron en la cabeza de Maylen: ¿Cómo había llegado aquella prenda a manos de Gabriel? Reconocía el perfume de Perla en él. Corrió hasta un perchero de madera que estaba junto a la puerta de su habitación y tomó su cartera, sacó su portátil, lo llevó a la cama y lo encendió. Comenzó a buscar un archivo de vídeo que había copiado en casa de Gabriel, de uno de los abogados: una copia de la cámara de seguridad del restaurante. Ese día Perla llevaba puesta la chalina. Se distinguía claramente. Azorada, volvió a meter la mano en el bolsillo interno de la campera, y su corazón le dio una puntada cuando sintió el pequeño artículo: fino, casi cuadrado, y de no más de dos centímetros por uno y medio. No podía pensar. Como a cámara lenta su mano tardó una eternidad en sacar aquel adminículo de la tela que lo ocultaba, y su cabeza rogó por que no fuera lo que ella estaba pensando.

—¡Dios, no, Dios! —Rogaba en voz alta cuando introdujo la tarjeta de memoria en la ranura del portátil.

Con una penuria en sus movimientos, propia de una parálisis, se movía Maylen, producto del miedo, y se obligaba a hacer lo que tenía que hacer, aunque su cuerpo se rebelara lentificando las acciones para postergar al máximo aquella revelación que, estaba segura, obtendría. La máquina hizo lo propio, y la autorización para abrir el archivo estaba en pantalla. Maylen pensó varios segundos antes de darle el clic necesario para abrirlo. Las fotos tomadas en *Las Cuevas de la Bruja* eran las primeras en aparecer antes de golpearse la vista con las fotos que fueron publicadas.

Capítulo 30

Los volvió locos pero lo consiguió: tenía que hablar con Gabriel sobre el hallazgo; él tendría una explicación razonable, él era razonable. No le mentiría. Era inocente.

—¡Gabriel! —lo nombró y se arrojó a sus brazos al quedarse solos en un cuartito de dos por dos, amueblado con dos viejas sillas de madera, con el viejo tapizado del asiento roto, y las paredes escritas con las más creativas inmundicias. Estaban solos, pero ambos sabían que no disponían de privacidad: la ventanita de vidrio espejado les devolvía, a los que estaban del otro lado del cuarto, una imagen perfecta de ambos; y los gestos que pudieran hacerse durante la charla. El abogado de Gabriel estaba fuera, con los oficiales que fiscalizaban el encuentro. Maylen lo había llamado la tarde anterior para que le consiguiera diez minutos a solas con Gabriel, y no dejó de atormentarlo cada quince minutos hasta que obtuvo una respuesta favorable. A las pocas horas Vicente Jerez se enteró de que también había hecho lo mismo con sus otros colegas.

—¿Cómo estás? —preguntó Maylen sin notar ningún cambio sustancial como ella había pensado que encontraría en él. Su aspecto era el de siempre.

—No me maltratan —respondió él, besándole los ojos—. Lo siento, nena, siento haber arruinado nuestros planes —se disculpó Gabriel en un susurro cerca de su oído.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Maylen, sobresaltada.

El se alejó un poco de la cara de Maylen y le tomó con suavidad el mentón para darle un beso en los labios.

—Esta vez fui yo quien abandonó el altar.

—Eso no tiene importancia, podremos casarnos cuando todo esto se resuelva —aclaró Maylen, aliviada sólo de momento; cuando recordaba lo que había encontrado entre la ropa de Gabriel volvía a afligirse—. Veo que

tienes ropa limpia —observó Maylen, sonriendo, y señaló la blanca e impecable remera de algodón y los jeans azules, sin una mancha, las zapatillas deportivas también destacaban por su limpieza.

—María Teresa no dejaría vivir en paz a los guardias si se enterara de que no me pasan diariamente la ropa limpia y perfumada que, personalmente, trae ella a San Carlos, a pesar de las protestas del viejo.

—Todos estamos muy alterados por lo que sucede —susurró Maylen, que le acarició la mejilla barbuda, después se sentó en la silla desvencijada y lo hizo sentar frente a ella, se compuso de valor y continuó—: Gabriel, tengo que preguntarte algo.

—Dime, Maylen. ¿Qué quieres saber?

—¿Les has dicho todo a los abogados? —susurró muy bajo mientras volvía a acariciarle la cara, para disimular estar diciendo palabras cariñosas.

—Claro, ¿por qué lo preguntas?

—Hay cosas que no me cuadran.

—¿Cuáles?

—No tengo claro que pasó cuando le recriminaste haber publicado las fotos.

—Te conté que ella tampoco me aseguró nada; ni lo negó ni lo afirmó.

—Sí reconoció haber recorrido la cabaña mientras estuvimos en Malargüe, y dos días después de que me marchara a Buenos Aires.

—Sí, estaba buscándome.

—Y tú dices que, en esa segunda oportunidad, no estabas; y un chacarero de la finca la obligó a marcharse, pero no sabe si logró entrar en la casa, pues la halló merodeando por los alrededores.

—Sí, eso me dijo el chacarero que trabaja en la plantación —respondió Gabriel, que miraba sorprendido a Maylen por el interrogatorio y también por el tono que usaba al hacerle las preguntas.

—Es raro que nadie más la viera, siendo que en la finca trabajan más de un centenar de personas —reflexionó Maylen—. ¿Y tú crees que, en ese

momento, ella sustrajo la cámara y, para su sorpresa, se encontró con las famosas fotos *hot* de la periodista de la finca vecina? —indagó, hablando de ella en tercera persona, separándose de esa manera de la causa contra Gabriel.

—Es la única ocasión que tuvo para tomar la cámara —la voz tranquila de Gabriel no engañaba a Maylen.

Él sabía que ella quería llegar a algo, y ella intuía su controlado nerviosismo.

—¿Tuvieron algún tipo de contacto físico cuando se encontraron en el restaurante el día que viajaste a Mendoza? —el cambio radical de tema sorprendió a Gabriel.

—No. Maylen, ¿por qué me haces esas preguntas?

—¿Estás seguro? —prosiguió ella, sin inmutarse por la creciente irritabilidad de Gabriel. En ese punto su profesión salía a relucir sin proponérselo.

—Ella se me arrojó encima antes de subir a la camioneta, pero la aparté.

—¿De qué manera la apartaste?

—Maylen, ¿por qué no lees el expediente si tienes tantas dudas? Creí que habías venido a verme porque me extrañabas.

—Dime de qué manera apartaste a Perla cuando se arrojó sobre ti.

—La empujé y me metí en la camioneta.

—¿Cayó al suelo?

—No lo sé.

—¿No oíste el ruido?

—Ella hacía mucho ruido; no miré atrás, sólo subí a la camioneta y salí de aquel lugar.

—¿No trajiste nada de allí, ni de ella?

—¡No! No fui a una fiesta, no tengo nada de ella. Maylen, ¿qué te ocurre?

Maylen abrió una mano y le mostró la tarjeta de memoria y la fina chalina de Perla enrollada en su mano; se aseguró de darle la espalda a la ventana de vidrio espejado cuando abrió la mano y pegarse la mano al cuerpo para que se

notara lo menos posible lo que portaba.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó anonadado Gabriel, que reconoció ambas cosas.

—De la chaqueta que vestías la tarde que te encontraste con Perla.

—¿No creerás que yo tomé ambas cosas?

—Dímelo tú.

—Maylen, yo no tenía idea de que eso estuviera en mi ropa; no lo puse allí.

—No veo otra forma de que haya podido llegar hasta tu bolsillo —objetó, incrédula.

—Maylen, tienes que ocultar eso —dijo, abrazándola para que nadie notara lo que decía—. Si lo entregas, pueden señalarte como cómplice; no quiero que te involucres en esto, Maylen.

—Si no lo hago, lo seré.

—Maylen, mírame a los ojos —le tomó la cara con ambas manos y murmuró—: Maylen, soy inocente. Te juro que no maté a Perla.

La soltó y vociferó exasperado:

—¡Dios! ¡Dios!... ¡Dios! —repitió varias veces.

Desde la puerta, unos golpes les alertaron de que el tiempo de visita había concluido. Gabriel se acercó a Maylen y le habló al oído:

—Habla con Vicente Jerez y explícale lo que encontraste pero no se lo muestres a la policía, ni hables de esto con nadie. Por favor, Maylen —rogó, pegado a su oído—. Te extraño —agregó, besándole el lóbulo de la oreja—. Todo se va a aclarar, ya verás, y nos casaremos como planeamos.

Nuevamente los golpes se repitieron, acompañados esta vez de la apertura de la puerta; un oficial la invitaba cortésmente a retirarse de la sala.

—Maylen, ve a hablar con Vicente; no lo olvides.

Ella lo besó en los labios, temblaba. Su cabeza era un caos, lo único que sabía era que amaba a ese hombre.

—Vuelve, por favor Maylen, vuelve.

—Lo haré.

—Confía en mí.

Maylen no agregó nada más, dio media vuelta y abandonó la comisaría casi corriendo. El abogado de Gabriel la siguió para intentar protegerla de las cámaras de los periodistas que hacían guardia en el exterior, pero ella pasó tan rápidamente hacia el estacionamiento que sorprendió a todos, inclusive a los periodistas, que no tuvieron oportunidad de acorralarla. Los más ágiles sólo lograron correrla desde atrás, y hacerle una o dos preguntas que ella no contestó, y se metió en su camioneta para abandonar a toda velocidad San Carlos y también el pueblo.

Gabriel quedó desconcertado después de la visita de Maylen. Podía ver la duda en sus ojos. Aquel interrogatorio al que lo había sometido era humillante, pero sabía que ella lo necesitaba.

No estaba acostumbrado a dar explicaciones; hasta hacía unas semanas, las únicas personas que le preocupaban creían en él incondicionalmente. Su padre, su hermana, María Teresa y Leandro sólo necesitaban una palabra suya para confiar en él; pero con Maylen era distinto. Siempre había algo que se atravesaba en su camino para alterar las cosas, para arruinar sus planes y alejarlos.

¿De dónde había salido esa maldita tarjeta de memoria y la chalina de Perla?

Increíblemente ésa era la prueba que necesitaba para terminar de convencerse de que había alguien detrás de todo, dispuesto a boicotear su ventura y su paz mental. Hasta aquel momento no estaba seguro de si era el maldito Destino, que le estaba jugando una mala pasada haciendo que todo conspirara en su contra, pero de una manera absolutamente casual para su perjuicio... O había alguien determinado a hundirlo, y con él su felicidad. A esa altura de las circunstancias, estaba seguro de que su compromiso con Maylen era el detonante de tanta animadversión; no se trataba de negocios o negociados sobre la finca o el hotel, era exclusivamente un asunto de resentimiento personal, y en las únicas personas que podía pensar eran el

hermano y el padre de Paloma.

—Tengo que salir de aquí —dijo Gabriel a Samuel Shown, el titular de la firma de abogados que lo patrocinaba—. ¿Qué ocurrió con la fianza?

—Hoy tendremos una respuesta.

—Lo mismo dijeron ayer.

—Gabriel, debes tener paciencia.

—No puedo, sé que alguien quiere verme en la cárcel y va muy delante de nosotros. Yo aquí, y ellos fuera, sembrando más evidencias que me entierran en este lugar día tras día —vociferó como un león enjaulado, caminando de un lugar a otro—. ¿Sabes si Maylen habló con Vicente?

—No me dijo nada, ella salió esta mañana de la comisaría sin esperar a nadie. No creo que haya contactado con Vicente horas después.

—Llámallo y pregúntale si habló con él.

—Vicente no dejaría de informarme de una cosa así.

El experimentado abogado veía el ir y venir nervioso de Gabriel en la sala de encuentros; no era la misma en la que había recibido a Maylen esa mañana. Notaba un cambio en la actitud de Gabriel y eso lo puso en guardia.

—¿Qué te dijo esa muchacha para que estés tan alterado?

—Me confirmó que hay alguien que me quiere aquí dentro, y está lográndolo; mis dudas han sido esclarecidas. Tienes que redoblar la seguridad de la finca, y vigilar más de cerca los pasos de los Palacios.

—No encontraron nada que pueda vincular a la familia Palacios con Perla —confió el abogado—. Y quédate tranquilo con respecto a la seguridad de tu familia.

—Tiene que haber algo, estoy seguro; hoy más que nunca. Tienen que volver a revisar todo lo que han encontrado hasta hoy. Alguien asesinó a Perla para inculparme, y tiene que haber cometido algún error, aunque sea mínimo; ustedes tienen que hallarlo. Descarta cualquier otro motivo de asesinato, la pobre muchacha sólo se cruzó en mi camino en el lugar y momento equivocados.

—Los investigadores siguen buscando la conexión en San Carlos entre los Palacios y Perla. Hasta ahora no hay nada.

—¿Y las fotos en internet?

—Se hizo desde un local público, sin cámaras de seguridad, con un correo electrónico que no puede identificarse. Se subieron las fotos en San Carlos, encontramos la máquina; tenemos fecha y hora en que fueron subidas a la red, pero la mujer que atiende el negocio no recuerda a nadie en especial ese día. Nunca vio a Perla en ese lugar, y mucho menos a ninguno de los Palacios, que resultan conocidos de la empleada, por eso pensamos en el nexo entre ambos... si existe.

—¿Qué dijeron los padres de Perla de ese día?

—Perla no estaba en Mendoza el día que se subieron las fotos a internet, y a sus padres les dijo que pasaría esos días en tu finca. Todavía no sabemos dónde estuvo.

—¡Dios! —Vociferó—. ¡Por qué mentía de esa forma! Había terminado con ella semanas atrás, y no volví a verla hasta el día del encuentro en Mendoza.

—Sus padres aseguran que la relación entre ustedes siguió hasta el día que la hallaron muerta. Ella estaba muy nerviosa por la publicación de tu boda con la joven Timerman en la revista *Sucesos de San Carlos*, que también tiene distribución en Mendoza, un día antes de su muerte. A sus padres les aseguró que todo lo que había publicado esa revista era mentira —el abogado volvió a recordarle a Gabriel acontecimientos de los que había sido protagonista, y que apoyaban lo dicho por Perla a sus padres—. El padre de Perla atendió tu llamada el lunes cuando quisiste preguntar por ella, y también recibió tu llamada el jueves, para concertar la cita. Con las palabras de Perla, que les aseguraba que la relación continuaba, ellos no tenían por qué dudar —le aclaró—. Creo saber por qué Perla continuó con la mentira, tanto a sus padres como al resto de sus conocidos.

—Dime.

—Perla se quedó sin trabajo unos días antes de pasar por la vendimia de *Refugio de Sol*. Después de que volviera a la ciudad y la revista *Sucesos de*

San Carlos publicara las fotos de las cosechas donde tú y ella estabais tan unidos, firmó dos contratos: uno como modelo de la agencia de Esteban Marando; otro para una campaña gráfica de una marca de lencería, y además fue invitada a varios programas de televisión de interés general en Mendoza por los que cobró un abultado caché. La relación que tenían no habrá sido real, pero los beneficios que a ella le aportaba sí lo fueron; por eso, la muchacha seguía con la mentira, y más sabiendo que no saldrías a desmentirla. Tú sólo te limitas a aparecer con una mujer diferente, y es la única señal que das de haber terminado con la anterior. Hasta la publicación de tu boda no diste ninguna señal de cambio.

—En las fotos de internet no sale mi cara, así que los padres de Perla no podían saber que el escándalo de la periodista me incluía; ellos seguían creyendo que continuaba con su hija —agregó Gabriel a las deducciones lógicas que expuso su abogado y se quedó pensando en Perla.

Ese simple detalle despertó en él una serie de deducciones que no había hecho hasta entonces. Se quedó quieto en un costado de la sala, que era bastante amplia, y fijó la vista en un punto de la pared revestida de madera barnizada. Bajo la atenta mirada del abogado, rememoró una frase que Perla le dijo en un momento en que la discusión del restaurante había alterado bastante el ánimo de ambos, y a la que no dio la debida importancia. Si lo hubiera hecho, tal vez el destino de Perla hubiera sido distinto al que finalmente tuvo.

—¡Qué idiota! ¡Qué idiota! —repetía, y volvió a pasearse, insultándose.

—¿Qué recordaste, Gabriel?

—Perla no tuvo nada que ver con las fotos. Si lo hubiese entendido en aquel momento, es muy probable que hoy ella estuviera viva. No habríamos terminado de aquella manera, e incluso es posible que la hubiera llevado a su casa —dijo, apesadumbrado por la culpa que sentía.

—¿Cómo lo sabes? No debes cargar con supuestos que nunca sabrás cómo hubieran acabado. Sólo tenemos la realidad.

—Mientras discutíamos —contó Gabriel, y se detuvo ante el abogado que estaba sentado y ya había oído esa declaración—, ya no lo hacíamos sobre las

fotos sino por el hecho de que la había dejado por Maylen y la publicación que anunciaba nuestro casamiento en la revista *Sucesos*. Ella, en un momento, mencionó algo sobre las sonrisas —miraba atentamente a su abogado cuando recordó las palabras exactas—: Dijo: «Borraré las caras sonrientes de la pantalla.» En ese instante lo relacioné con las imágenes publicadas en el semanario, que tomó viejas fotos de archivo y las unió para acompañar la publicación. Pero la palabra clave es: «pantalla», hablaba del monitor —se volvió a alejar y le dio la espalda—. En el vídeo ninguno de los dos sonríe; lo he visto varias veces y puedo asegurártelo.

—¿No habría visto las publicaciones de la revista en internet?

—No, se publican una semana después: cuando sale el nuevo semanario —negó y volvió a mirar a los ojos a su defensor—. Perla sólo quería hacerme creer que había visto el vídeo y dejarme con la incertidumbre de si había sido ella la culpable de que se hiciera público. ¡Muchacha tonta! —regañó Gabriel por la impotencia que le despertaba saber que si él hubiese prestado la debida atención, o ella hubiera dicho la verdad, todavía estaría viva.

—No puedes estar seguro.

—Sí lo estoy. Ella ni siquiera vio las fotos en internet, ahora me doy cuenta.

—¿Cómo llegó hasta ella la cámara?

—Eso es lo que tienes que averiguar, dile a los investigadores privados que sigan esa pista; quien la asesinó tuvo que sacar la cámara de la cabaña y luego dejársela a Perla en la cartera.

—¿Estás seguro, Gabriel?

—Por supuesto, a ella la asesinaron sólo para inculparme a mí. Que sigan buscando y vigilando todos los movimientos de Juan Palacios y su hijo; debe haber alguien que los esté ayudando, ellos no podrían hacerlo solos con las limitaciones físicas que tienen. Cualquier persona los identificaría fácilmente.

—Investigaremos el entorno de los Palacios, y lo más importante: saber dónde la asesinaron.

—Sácame de aquí, Samuel, antes de que sigan sembrando pistas falsas o

lastimen a alguien más. Esa persona está muy cerca.

—Tu casa está vigilada por orden de tu padre.

—Quiero un custodio para Maylen, las veinticuatro horas.

—Lo arreglaré.

—Manda a alguien a que hable con los hombres Timerman y que les explique todo lo que tenemos hasta ahora, que ellos estén al tanto de todo lo que ocurre para que tomen sus recaudos.

—Iré personalmente a verlos.

—La persona que está involucrada en esto también entró en la casa Timerman y puso en la chaqueta que dejé allí la tarjeta de memoria, que contiene las fotos de Maylen, y la chalina que Perla llevaba el día del encuentro —confesó a su defensor—. Todos los que han estado en esa finca, desde el momento del asesinato, tienen que ser investigados. ¡Todos! Incluyendo a la familia.

—¿Por qué no me contaste antes lo de la tarjeta? —preguntó exaltado el abogado, y se aflojó el nudo de la corbata que parecía ahogarlo en ese momento.

—Te lo estoy diciendo ahora.

—Es lo primero que tendrías que haberme dicho; eso cambia las cosas y el curso de la investigación —amonestó el abogado.

—Así están las cosas, por eso quiero más protección para mi familia, y cuida de que no se filtre la información porque Maylen puede quedar implicada en el caso si se sabe.

—Revisaremos las cámaras de la finca *El Paraíso*, analizaremos todo y luego informaremos a las autoridades del hallazgo. En la plantación deben de tener registro de todos los que entran y salen de la casa; discretamente también observaremos los movimientos de la familia.

El abogado se serenó después de las revelaciones de Gabriel, y meditó varios segundos; la causa tomaba un nuevo giro más cierto: querían inculpar a Gabriel para dejarlo fuera de circulación por algún motivo. Debían actuar

rápido antes de recibir un nuevo golpe que complicara aún más las cosas o de que alguna otra persona resultase perjudicada. Una conjetura comenzó a rondar por la cabeza del abogado, pero no estaba dispuesto a compartirlo con Gabriel en ese momento o le haría perder la poca cordura que le quedaba. El letrado comenzaba a creer que la muchacha había sido asesinada por error y que la destinataria de esa violencia no era otra que Maylen Timerman; por eso era imperativo para él que los peritos policiales le confirmaran el lugar en que la mujer fue asesinada.

—No te preocupes por Maylen, no permitiremos que la involucren en este caso. Ahora dime: ¿Tienes enemigos declarados, acreedores, deudores o alguien que tú creas que quiere verte destruido? —preguntó, dando lugar a una nueva serie de nuevos caminos a seguir que abarcaban más alternativas que sólo los Palacios.

Capítulo 31

—Mamá, te digo que sólo serán tres o cuatro días. —Maylen hablaba con su madre por el altavoz del móvil mientras manejaba por la ruta Nacional 40, que iba más allá del pueblo, hacia el norte, en dirección a Mendoza.

Millaray intentaba convencer a su hija de pegar la vuelta para volver a la finca, pero Maylen no cejaba en su obstinación de mantenerse alejada un par de días para despejarse la cabeza. No hubo treta que no intentara Millaray para hacer regresar a Maylen, temerosa de que su hija pudiera volver a alejarse de todos por mucho tiempo, como ya había ocurrido anteriormente. Intentaba también descubrir cuál había sido la causa que había desencadenado aquella decisión, pero Maylen se mantenía en sus trece y sólo decía que necesitaba alejarse unos días del pueblo; quería desconectar para poder pensar con claridad en todo lo que estaba pasando.

Millaray conocía muy bien a Maylen y sabía que tenía que estar asustada por algo, pero no podía detectar el motivo en las palabras no dichas por Maylen. Estaba segura de que estaba relacionado con la causa de Gabriel.

—No, mamá, no pasó nada con Gabriel; no hemos peleado, sólo tengo que hacerlo —levantando sus ojos al cielo, Maylen intentaba mantener la calma y hablar serenamente con su madre, pero ella ya había detectado angustia en su voz y no pararía hasta descubrir lo que le pasaba; prueba de ello era que estaba contestando al cuarto llamado de su madre, luego que ella hiciera lo propio para advertirla de su ausencia. En cada nuevo llamado tenía que volver a repetir exactamente lo mismo que le había dicho en los anteriores—: Mamá, escúchame, no iré lejos; no hace falta que preocupes a papá ni al abuelo, sólo diles que pasaré unos días en Mendoza —antes de terminar de hablar, su madre ya le contestaba que tenía que regresar en ese mismo instante si no quería preocupar a su padre—. Dile que tengo que resolver unos trámites del trabajo —esperó sólo dos segundos antes de continuar—: Ya sé que no son

tontos. Mamá, ayúdame un poco; sólo quiero pensar —increíblemente, al otro lado del auricular se produjo un silencio relajante—. Te prometo que sólo serán un par de días y volveré; te quiero mucho, mamá, perdóname por hacerte sufrir tanto.

No esperó contestación, apagó el móvil y tenía toda la intención de dejarlo de esa manera. Necesitaba pensar, era cierto. No podía sacarse de la cabeza los dos elementos que encontró en la chaqueta negra de Gabriel. ¿Cómo habían llegado hasta allí? Si alguien los colocó, debía de tener acceso a la casa, y todos los que lo tenían eran gente de confianza. Empleados que trabajaban en la finca desde hacía tantos años como los que ella contaba... o más, y su familia, eran los únicos que entraban en la casa grande. ¿Se habría introducido algún extraño? Era impensable, había seguridad las veinticuatro horas del día, y además, tanto la casa como el resto de las dependencias contaban con modernos sistemas de seguridad y control de acceso de los empleados, que dejaban registrados a todos. ¿Sería Gabriel, realmente, el responsable de la publicación de las fotos? ¿Y de la muerte de Perla? ¿No sería el matrimonio con ella la culminación de una red de venganza que había salido mal y descubrieron antes de tiempo? ¿Y si ella era la verdadera receptora de las pruebas incriminatorias y estaba planeado que pagara por la muerte de la pobre muchacha?

Perla era la única mujer que había permanecido al lado de Gabriel por más de ocho semanas; según Silvia y Eleonora, él no le era fiel, ni siquiera la trataba bien en público ni en privado, pero asistió a uno o dos eventos relativamente importantes con ella en La Ciudad de Mendoza; la había llevado a la finca, la alojó en la casa principal, le presentó a su familia y fueron noticia gráfica en varias revistas durante un tiempo hasta que Maylen llegó a San Carlos.

Maylen pensaba en la confesión de Gabriel, su acercamiento había sido con el poco honorable fin de usarla un par de días y descargar un poco de frustración pasada sobre su cuerpo, y luego tenía ideado dejarla a un lado. Echarla de la cabaña.

¿Para volver con Perla? Ése había sido el plan original: hacerle pasar el momento del rechazo. ¿Había estado Perla al tanto de los planes de Gabriel? Ella era muy obsecuente con él, le permitía cualquier «desliz» si luego volvía a su lado. ¿Y si todo había sido planificado por ambos y luego Gabriel se dio cuenta de que no podía hacerlo y quien quedó de lado fue ella? De ser así, se justificaba la persecución de Perla para reclamar una compensación. ¿Y si ella estaba dispuesta a contarlo todo? Gabriel podría haberla silenciado para que no arruinara sus nuevos planes.

—No, no, no. ¡Dios, no me dejes pensar esas pavadas! —Sacudió la cabeza con energía e imploró—: ¡Me estoy desquiciando! —gritó, golpeando el volante.

No sabía hacia dónde se dirigía; al salir de la comisaría estaba tan confundida que lo único que quería era estar sola, luego reconoció que no podría soportar una rueda de prensa por parte de su familia cuando llegara a casa, y eso la hizo alejarse. Pero no tenía claro lo que haría. Necesitaba respuestas cada vez con mayor desesperación.

La ruta que desviaba hacia la base del Bravard se abría a su paso y, sin pensar, enfiló el automóvil hacia el desvío. Ya sabía lo que haría. Estaba segura de que volvería con la respuesta que necesitaba. Lamentablemente, durante ese día sólo podría hacer los trámites necesarios y alquilar el equipo obligatorio. Esperaría a la mañana siguiente para comenzar el ascenso. Tener un destino y una meta definida la serenaba. Su búsqueda desesperada de respuestas, que no tenía una fuente de consulta, se sosegó y un manto de tranquilidad se apoderó de su mente.

Era la actividad que necesitaba para calmar sus nervios, aquietar la ansiedad y moderar la sospecha. Ahí, en la montaña, a medida que las fuerzas abandonan el cuerpo y el cansancio va llenando los poros, la mente se limpia de banalidades. En ese lugar cuerpo, mente, alma y sentimientos se encuentran cara a cara, y pueden reconciliar sus diferencias. Cuando el agotamiento quema los pulmones, y los pies arden por el frío, se está más cerca de la plenitud humana. Así pensaba Maylen; además, allí arriba estaba su ángel. Él

la guiaría.

Temprano a la mañana siguiente conectó el móvil, llamó a su madre y la avisó de lo que estaría haciendo los próximos días. No podía evitar que se preocupara por ella, pero al menos le ahorró la incertidumbre.

—Iré con un guía, mamá —mentía sin alterarse—. No, no es necesario. Cuídate. Lo haré, mamá. No te preocupes. Te quiero. Besos.

Después de varias frases cortas y cortantes, terminó con la llamada. Estaba por apagar el móvil cuando comenzó la vibración que precede al timbre. Antes de que sonara, atendió.

—Silvia, ¿cómo estás?

Esperó la respuesta de su amiga, y luego escuchó atentamente cuando ésta le dijo que Gabriel quedaría libre esa tarde. Ella estaba en la finca *Refugio del Sol*, atendiendo al padre de Gabriel, que se había fatigado al subir por la colina de la plantación, y estaba junto al hombre cuando recibió la llamada que confirmaba que Gabriel quedaría en libertad.

—Me pone muy feliz que Gabriel quede libre. Regresaré en un par de días, tengo que hacer algunas cosas en Buenos Aires —mintió Maylen, no quería que nadie supiera lo que había decidido hacer. Sólo en su madre confiaba en ese momento.

Su amiga soltó una letanía de improperios e intentó, al igual que su madre, hacerla cambiar de parecer; su argumento se basaba en que Gabriel querría verla al llegar a la finca, pero Maylen había tomado una decisión y, tan obstinada como era, la intentona era una batalla perdida y Silvia lo sabía. No obstante, amenazó a Maylen con decirle a Gabriel adónde se había marchado no bien pusiera un pie en la finca.

Nadie sabía lo de la tarjeta de memoria y la chalina encontrada; para el mundo, Maylen debía parecer una desquiciada que hacía las cosas mal, pero ella sentía que la única forma de pensar con claridad era apartándose para ver mejor y, exactamente, eso era lo que haría. No había mejor lugar que la altura para tener una vista panorámica.

El tercer día en la montaña, Maylen también pensó que era una desquiciada.

Se levantó temprano y desarmó la pequeña tienda. El tiempo la estaba acompañando, pero la montaña era impredecible y nunca se sabía cuando acabaría esa precaria camaradería. Los dos días de ascenso anteriores fueron tranquilos y accesibles. Era curioso: Maylen había pensado en la base, mientras armaba el equipo, que el miedo le impediría avanzar más allá de las primeras dificultades, a dos mil metros de altura, pero no le había ocurrido. Respiraba paz y sentía un manto protector sobre sus espaldas, que ella atribuía a su ángel de la montaña que, seguramente, estaba acompañado por Martín. Había sentido más miedo los primeros meses sola, en su departamento de Buenos Aires, de lo que sintió allí arriba. El cansancio del camino hacía su parte, y apenas metía el cuerpo en la bolsa de dormir caía en un sueño profundo.

Preparó la mochila, se ajustó los zapatos de escalador, se acomodó las gafas, el cinturón de dónde pendían todos los accesorios que necesitaría como el aire las próximas horas, y con la determinación más férrea que nunca estableció que nada la detendría hasta llegar a la gruta, ni siquiera la desafiante pared vertical de roca, con el precipicio debajo, que no había podido escalar sola siete semanas atrás.

El ruido de la cascada de agua sonaba como música en sus oídos, era el comienzo del último tramo en una mañana soleada y sin viento. Era perfecta para encontrarse con un ángel, y de esa manera encaró la dura prueba que la esperaba. Con la soga y el arnés en la mano, comenzó a escalar la roca; no quería mirar hacia arriba ni hacia abajo. Sólo se concentraba en el pedazo de roca que estaba justo frente a ella y el próximo soporte, ajustado a la piedra. Ajustaba la soga y su posición a medida que ascendía, y se quedaba un par de minutos para recuperar el aire y la fuerza de sus brazos, que hacían un esfuerzo supremo aguantando el peso de su cuerpo en varios pasajes.

A mitad de camino se tomó la licencia de avistar el paisaje desde su posición, lamentaba no tener la cámara. Era extraordinario: un mar de cimas nevadas, abismos, cielo. Descubrió a un grupo de escaladores que ascendía desde la ladera oeste, un camino más accesible a la cima pero que no llevaba

a la gruta donde ella quería llegar. Se sintió acompañada a pesar de que no había la más mínima posibilidad de que ellos pudieran llegar hasta su posición si fuera necesario. Saber que había otros humanos en la montaña fue suficiente para no sentirse tan sola.

Respiró hondo varias veces y se lanzó a la parte más difícil del duro trayecto, allí las estacas estaban más separadas entre sí, y el cuidado para ascender tenía que intensificarse si no quería quedar colgando del soporte. Miró la pared varios minutos antes de decidirse por algún saliente en el que pudiera apoyar sus manos para soportar el peso de su cuerpo y elevarse unos centímetros. Su mente se focalizaba solamente en seleccionar la mejor prominencia rocosa y nada más; no existía otra cosa en el mundo que el conocimiento de su cuerpo, sus manos y la roca. Concentradísima, Maylen escaló los cien metros que faltaban para llegar al descanso horizontal, y logró cumplirlo en un tiempo aceptable. Al llegar, se tendió de espaldas sobre la fría piedra y agradeció al creador haber llegado sin problemas. Allí, mirando el cielo más azul que en ningún otro sitio, se preguntaba qué estaría pensando Gabriel en aquel momento. No había hecho nada de lo que le había pedido, y encima se había alejado nuevamente del pueblo. ¿Estaría enojado por la falta de confianza de Maylen? Ella era quien estaba enojada por... por... por..., no pudo completar el pensamiento, así que se levantó del suelo, se cambió el calzado por uno de clavos para poder atravesar el glaciar, y con la respiración más aliviada caminó los metros que la separaban del altar que la esperaba con su ángel en la cima.

Descender era una tarea ruda pero más fácil. Las vías quedaron conectadas, así que no tendría problemas y sería mucho más rápido. Calculaba que, al día siguiente por la tarde, ya estaría nuevamente en el pueblo de Eugenio Bustos y sabría las novedades sobre Gabriel.

Comprendió, en los metros que la separaban de su objetivo, que no estaba enojada. Estaba confundida; sí, ésa era la definición exacta de sus sentimientos. Estaba confundida, por eso necesitaba esa distancia. Después de meditar durante varios días, había llegado a la conclusión de que Gabriel era

inocente; él no podía haber asesinado a Perla. Sonrió ante el recuerdo de haberlo creído capaz de cometer un acto semejante. Lo que aquejaba a Maylen, después de aquella revelación íntima, era la certeza de saber que había alguien dispuesto a matar con tal de mantener a la pareja separada y arruinar su vida. Eso era grave y peligroso. ¿Quién los odiaba tanto como para asesinar?

Ella habló con Juan Palacios y le había creído. Había visto reflejado en sus ojos un dolor imposible de fingir, pero ahora dudaba de todos menos de Gabriel.

El día anterior había querido comunicarse con él, pero al móvil se le acabó la batería. Como no tenía previsto hacer ese ascenso, había cosas que no había calculado cuando decidió emprender semejante odisea sola. Leandro se avergonzaría de su alumna si alguna vez llegaba a enterarse de que usó la linterna del móvil porque no se acordaba de dónde había dejado la linterna de mano al armar la tienda; ésa había sido la causa de la falta posterior de energía para poder comunicarse. Él era metódico, ordenado, y les había enseñado, y recalado hasta el hartazgo, que era la única manera de sobrevivir allí arriba. Maylen se sentía la peor de la clase al recordar aquellas palabras aleccionadoras de Leandro, y seguramente lo era. En aquellas circunstancias, si llegaba a ocurrirle algo, no podría pedir ayuda gracias a su estupidez, y eso podía marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Ni siquiera eso la detuvo para llegar a la gruta. Había algo que la impulsaba a llegar hasta aquel lugar y le faltaba poco para lograrlo.

Las sensaciones eran muy distintas a las que había sentido cuando subió casi dos meses atrás; no la agobiaba la pena ni el reproche por lo que había hecho. No la inundaba la culpa ni el flagelo que la hostigaba por el destino de Paloma. Muchas cosas se habían revelado en ese corto tiempo que había pasado y le habían hecho revertir muchos de los sentimientos que la acompañaron durante siete años. En esa ocasión, ella había ascendido buscando claridad, más cerca del cielo, y la había hallado. La claridad mental para consolidar su amor por Gabriel; la seguridad de saber que sólo con él

podría ser feliz y que en él confiaba. Había alguien que quería destruirlos a ambos, y tenían que unirse para poder superar aquello y no salir malheridos por la persona resentida que estaba detrás de todo.

El aire frío de la montaña le pegaba en la cara con fuerza mientras avanzaba por el plano hacia la gruta. El tiempo estaba cambiando rápidamente: la calma de la mañana se iba perdiendo a medida que las horas del día avanzaban, y ella tenía que apresurarse para volver antes de que aquello empeorara.

A pocos metros el ángel iluminado por el sol la impactó con su imagen, y Maylen no pudo evitar las lágrimas; se sacó las gafas y el casco y se aproximó al altar. Era como una bienvenida; el mármol blanco brillaba como si se hubiera encendido. Ella se aproximó a él y levantó las manos para acariciar las mejillas encendidas y frías de la escultura.

—Hola, mi ángel —saludó sin reprimir las lágrimas, y besó los pies descalzos que estaban justo a la altura de sus ojos—. Me estabas llamando, te sentí —susurró, poniéndose de puntillas y levantando más los brazos para acariciar las alas extendidas—. Tú me protegerás, lo sé. Lo harás mejor que yo.

Maylen hablaba y caminaba alrededor del ángel, acariciando todas sus partes; las lágrimas iban remitiendo y podía ver con mayor claridad cada detalle de la escultura que no pudo apreciar la vez anterior. El angelito vestía una túnica de mangas amplias, el plisado esculpido era extraordinario, y tenía en el cuello una cadena esculpida que terminaba en una medalla igual a la que le había regalado Gabriel cuando ella cumplió veintiún años: un ángel de alas desplegadas, con la letra G en el medio. El ángel de mármol tenía las letras GM y la fecha de ese día. Día en que habían concebido a su hijo no nacido.

Levantó la vista y le sonrió al ángel, el sol jugaba ese día a ser el iluminador más eficiente. En aquel momento sólo la blanca y regordeta cara recibía su luz. El ángel también sonreía, parecía feliz. Maylen suspiró.

—Tú y Martín han de pasarlo a lo grande aquí arriba —miró alrededor y la placa de Martín brillaba con la fuerza del bronce; estaba muy lustrada y había

un ramo de flores que no eran tan antiguas. Muchos objetos pendían del pedestal de piedra que habían levantado. Los escaladores que por allí pasaban rendían tributo a las almas que se habían quedado en la montaña, dejando algo que les pertenecía. Por eso, arneses, sogas, botellas de agua, cintas, picas, cascos, guantes, gafas, pañuelos, bolsitas con almendras, maníes, uvas pasas..., y tantos otros objetos quedaban enclavados en la piedra como muestra de respeto de los aventureros que pasaban por aquel lugar. El pequeño altar, que estaba a unos metros de allí y recordaba a Paloma, también lucía las mismas ofrendas y eso alegró a Maylen. No se acercó, pero rezó una plegaria por su eterno descanso.

Volvió a leer las placas que dejaron los amigos de Martín, la vez anterior sólo las de la parte frontal había podido leer, pero no con la atención que prestaba en esa segunda oportunidad de estar cerca de ellas. Leandro, Gabriel y los amigos del pueblo le habían dejado placas alegres con anécdotas divertidas que habían vivido juntos; su madre, una muy emotiva. Había otras, de gente que era familiar, vecinos del pueblo o de San Carlos, o compañeros escaladores conocidos o no. Había una de Eleonora y, escondida detrás de varias ofrendas, encontró una de Silvia. La de Eleonora era dulce y agradecía las veces que la defendió ante Gabriel, y la de Silvia... fue una revelación.

Capítulo 32

La limitada libertad de Gabriel le confería más preocupaciones que el estar encerrado, aunque su estado de tensión era más exiguo.

La partida de Maylen no lo preocupaba, al menos no de momento; no podía padecer tanto por la inestabilidad emocional de ella. Si no confiaba en él, era mejor que se marchara sin ceremonias como había hecho en otra ocasión. Su situación era precaria, todas las pruebas lo señalaban como responsable y, además, encontraban motivos cada vez más fantásticos como móviles del hecho. Los colegas de Maylen tenían una imaginación desbordante a la hora de plantear hipótesis. La prensa no abandonaba el caso, ni tampoco el pueblo. Sus pasos eran monitorizados constantemente por un ejército de reporteros, y también por detectives de la policía. Sus hombres trabajaban sin descanso para encontrar indicios que ayudaran a revertir las pruebas y habían hallado uno.

Una de las cámaras nuevas de seguridad colocada sólo dos días antes del asesinato, en el predio de la finca, monitorizaba el movimiento en un camino alternativo a la cabaña; el aparato captó el momento en que Perla pasaba caminando sola por un oscuro pasadizo de tierra que bordeaba una acequia, hacia la cabaña. Eso no implicaba que Gabriel no la hubiera asesinado, ni le absolvía absolutamente de nada, pero se confirmó que Perla había estado en la cabaña esa noche, y por eso encontraron el suéter de ella en aquel lugar. La investigación de sus hombres se abocaba exclusivamente a averiguar cómo había llegado la mujer hasta allí. Aquella noche ella llegó en taxi hasta el lugar de encuentro en la ciudad, seguramente convencida de que se iría con Gabriel al terminar la noche.

Gabriel seguía otra investigación, su preocupación era saber quién estaba detrás de todo aquello, y si era peligroso para el resto de la familia. Con Maylen alejada, su preocupación remitía. Millaray no sabía cuál era su

destino, o no había querido decírselo por expreso pedido de Maylen, pero le había confirmado que ésta se encontraba bien y mantenía contacto sólo con ella. Gabriel deducía que si él no conocía su paradero, seguramente quien estaba detrás de todo tampoco. Él no podía abandonar el departamento de San Carlos, por lo tanto no pudo ir a Malargüe para hablar con Juan Palacios. Igualmente, al otro día de recuperar la libertad hizo que sus investigadores los trajeran a él y a su hijo al pueblo, y envió personas a que prestaran especial atención a la mujer de Palacios.

Gabriel creyó en las palabras del hombre cuando le aseguró que no tenía nada que ver con el hecho. Juan Palacios expuso cómo había sido su vida desde que había conseguido el empleo, y el poco tiempo que le quedaba para idear algún plan maquiavélico entre crisis y crisis de su hijo Mauricio, y el constante cuidado de su mujer, similar al cuidado de una planta que podía caminar. Le contó que se había enterado de lo que estaba ocurriendo en el pueblo por las noticias de la televisión y los periódicos. Estaba muy sorprendido por lo que estaba pasando con la gente del pueblo, sobre todo con Maylen, y ofreció las disculpas necesarias, igual que lo hiciera con la propia Maylen; y luego con la acusación de asesinato que pesaba sobre la cabeza de Gabriel.

Toda sospecha sobre Juan Palacios quedó desestimada; había respondido sin contradecirse a lo que ya respondió a sus hombres en un interrogatorio previo que había quedado grabado. No ocurría lo mismo con su hijo, quien se mantuvo inquietantemente silencioso en todo el interrogatorio al que lo sometió Gabriel. Su padre lo excusó, admitiendo que su hijo se había vuelto adicto a los psicofármacos, y tomó una buena cantidad de ellos en un descuido suyo antes de salir de la casa, de ahí que se encontrara en ese estado de sonambulismo psicótico que, por suerte, no había degenerado en sus habituales trastornos paranoides y violentos. Mauricio se mantenía en silencio, con los ojos desorbitados; a ratos reía con una sonora carcajada y a ratos suspiraba, haciendo más notorio su inquebrantable temblequeo corporal, y extendía las manos como queriendo tocar algo que se materializara en el aire.

Gabriel no estaba convencido de la supuesta ingesta de fármacos de Mauricio, pero sí lo estaba de la inocencia de su padre. Se despidió de ambos y los envió nuevamente a Malargüe. A la vigilancia de la vivienda y el trabajo de los Palacios, agregó una persona que investigara y controlara los contactos que Mauricio pudiera tener en el centro de rehabilitación.

Cuanto más pistas surgían, más convencido estaba que el hijo de Juan Palacios era culpable; la autopsia confirmó que Perla había sido golpeada lo suficientemente fuerte en la nuca, con un trozo de madera, para provocar la ruptura de la base del cráneo, hecho que le ocasionó una muerte casi instantánea. El golpe había sido recibido desde atrás, y no presentaba otros signos de violencia ni abuso. No había sido violada, ni le habían robado una sola moneda de la cartera. Se encontró a tres kilómetros de la finca, a un costado de la ruta, el posible tronco de araucaria utilizado como arma homicida. La policía halló sangre en un extremo del palo; aunque la mancha era muy pequeña, esperaban que las pruebas del laboratorio arrojaran un poco de luz sobre ese oscuro caso.

Tres días después de que Gabriel recuperara la libertad, descubrieron quién había llevado a Perla hasta el pueblo. Un taxista de Mendoza reconoció a la mujer que lo había sorprendido al pedirle que la dejara en medio de la ruta, un kilómetro antes de llegar a la entrada de la finca *Refugio del Sol*, pero como le dijo que la esperaban en ese lugar, y además todavía había sol en el momento en que la dejó, él sólo cobró por el viaje y se marchó. El taxista explicó que no se había presentado antes porque no estaba en la provincia de Mendoza; había viajado a la provincia de Santa Fe, al funeral de un familiar, y no tenía ni idea de lo que le había ocurrido a la muchacha. Al reconocerla el día anterior, en la foto que publicó el periódico matutino de Mendoza, se puso a disposición de la justicia.

Gabriel respiraba un poco más aliviado, la presentación del taxista dando testimonio de que había sido él quien trasladó a Perla hasta la finca, aportaba ese poco de luz que estaba necesitando. Quedaba claro y confirmaba su declaración, que aseguraba que Perla no había salido con él del restaurante. Y

también confirmaba que había salido sólo unos minutos después de que lo hiciera él, por alguna otra salida que no fuera la de automóviles. Ese día había llegado a casa de Maylen antes de las seis de la tarde, y el taxista declaró que aproximadamente a las seis y cuarto Perla se quedó frente a una acequia de la finca, camino que la cámara de seguridad de la finca había registrado que siguió hasta llegar a la cabaña. A esa hora los chacareros ya no trabajaban en la plantación, por eso nadie la vio ni tampoco quedó registrada en las cámaras de entrada a la finca. Eso contaba a su favor y legitimaba un poco más su libertad ante los medios de prensa, que seguían el caso y obtenían información de la causa increíblemente en el mismo momento que sus abogados.

El nuevo giro que dio la causa hizo que le levantaran la prohibición de salir de la ciudad. Gabriel comenzó a moverse para encontrar al responsable de lo ocurrido, investigando paralelamente con la policía y sus propios investigadores. Estaba claro que Perla no había sido asesinada en el lugar que la habían encontrado; era una de las primeras conclusiones ciertas que tuvo el caso y, luego, con el hallazgo de la posible arma con la que se había producido el golpe mortal no quedaron dudas de ello. El objetivo de todos era encontrar el vehículo donde fue llevado el cadáver de Perla hasta el lugar. Todos los vehículos de la finca habían sido examinados exhaustivamente durante los días que él estuvo detenido, y quedaron excluidos por no encontrarse ningún indicio de haber sido usados para el traslado. La camioneta de Gabriel era la única que todavía continuaba secuestrada, pero hasta el momento todas las pruebas que habían realizado dieron resultado negativo.

—Gabriel, soy Maylen. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias por preocuparte —respondió, sarcástico.

—Estoy en la base del Bravard, creo que puedo llegar a la finca en dos horas. ¿Estás ahí?

—Sí.

—Espérame, he descubierto algo importante —después de decir eso estuvo a punto de cortar, pero continuó—: Te extrañé mucho, nos vemos en unas horas.

Gabriel quedó tan sorprendido con la llamada de Maylen que estuvo mirando el móvil mucho tiempo después de cortar con la llamada; sobre todo, le sorprendía el modo cariñoso como le había dicho que le había extrañado. Nunca podría entender a Maylen, ni siquiera estaba seguro de querer hacerlo. Había pensado que Maylen había escapado, temerosa de la situación, y de repente se enteraba de que ella había encontrado algo importante. No podía dar crédito a lo que había oído, pero ella había dicho que en dos horas llegaría a finca. Él acababa de llegar de La Ciudad de Mendoza, había intentado hablar con los padres de Perla para aclarar la verdadera situación de la relación que mantenía con su hija, y además recabar información sobre las personas que se relacionaban con Perla. También intentó mantener una entrevista con el representante de modelos con el que trabajaba para indagar sobre las amistades de Perla en ese medio, pero todo había quedado en vanos intentos. Hasta el momento, como él era el principal imputado y, además, parecía que el preferido de la prensa para ser culpable, los que había elegido para interrogar no lo habían atendido y había vuelto al pueblo bastante frustrado hasta que la llamada de Maylen le había devuelto la sonrisa. Miró la pantalla del móvil, decidido a devolverle la llamada, y comprobó que le había hablado desde algún teléfono público; intentó con el móvil pero volvía a escuchar a la operadora.

La abrumadora semana se disolvió precisamente como la bruma, se sentía fortalecido por el simple hecho de escuchar la voz que tanto le hacía sufrir; sin embargo no podía evitar sonreír cuando lo hacía. Encerrado y solo en la biblioteca de la finca, con un desparramo de papeles, expedientes, notas de investigadores, cintas de vídeo y una renovada sonrisa en los labios, revisó nuevamente todo lo que había recabado hasta el momento; dos pares de ojos veían más que uno, y tres todavía más, eso pensaba cuando se le cruzaba por la mente que sus abogados estaban haciendo exactamente lo mismo que él, y también la policía, pero continuaba sin dar tregua al cansancio cuando pensaba que sólo su pellejo sufriría las consecuencias si pasaba por alto algún detalle importante que pudiera ser la punta del ovillo que tenían que desenrollar.

—Has decidido confiar en mí.

—Descubrí que siempre lo he hecho.

—¡Qué alivio! Porque si me dejas solo, aun confiando en mí, no quisiera saber qué harías si no lo hicier...

Maylen no le dejó continuar, lo tomó nuevamente del cuello y asaltó su boca. Gabriel la dejaba hacer y la abrazaba con fuerza. Maylen llegó dos horas y media después de la enigmática llamada y no bien vio a Gabriel, se prendió a él en un abrazo que incluía un beso tempestuoso que reclamaba cada vez más; pero en un momento de cordura, antes de perder el control, Gabriel la apartó para hacer las acotaciones que nuevamente interrumpía Maylen, retomando el beso suspendido.

—Maylen, vayamos a mi habitación —requirió Gabriel, jadeando, sus manos acariciaban los pechos de Maylen por debajo de la floreada blusa de liviano y fresco modal, y ella le abría los botones de la camisa para acariciar el duro tórax.

Las palabras de Gabriel rompieron el encanto de Maylen, ella sacudió la cabeza y con mucha fuerza de voluntad se propuso enfocar bien los ojos, empañados de la pasión que se desató como una tormenta de verano cuando sintió los brazos de Gabriel a su alrededor. Pocas veces se había dejado llevar por la ola que le provocaba en el cuerpo el contacto con Gabriel, ese día no tenía ganas de reprimirse y estaba cada vez más dispuesta a dejar de hacerlo en adelante.

—Primero tengo que contarte algo —balbuceó, y se alejó para sentarse en la cómoda silla de nogal que estaba frente al escritorio.

—Luego te marcharás y me dejarás así —reclamó enojado Gabriel, ante la distancia que Maylen había abierto y su notoria erección que estiraba la tela de sus pantalones de jeans.

—Me quedaré contigo.

—¿Cuándo?

—Siempre, desde ahora. Si quieres, claro.

—Claro que sí, nena —Gabriel era quien se acercaba a ella y la hacía

poner en pie para retomar el beso.

—¿Qué ocurre? ¿Estás embarazada? —preguntó de improviso, cortando con la tarea.

—No —respondió ella, sorprendida de la pregunta.

—¿Segura?

—Sí —dudó un momento ante el inesperado interrogante y volvió a repetir —: Sí...creo —agregó como de pasada.

Los dos se sentaron en la misma silla. Gabriel puso de pie a Maylen para sentarse y acomodarla en su regazo.

—Así que estabas investigando... Y yo creí que me habías abandonado nuevamente. ¿Adónde has ido y qué has descubierto? —preguntó con suspicacia, dudando de que la información que había descubierto Maylen pudiera ser importante para la causa.

—He ido a la grieta y...

—¿Qué grieta, Maylen? —preguntó, preocupado, ante la interrupción de ella.

—A la grieta del Bravard.

Gabriel saltó de la silla y casi la tira al suelo al hacerlo. Ella pegó un brinco y un alarido al mismo tiempo por la impetuosa reacción de Gabriel. Maylen sabía que no le gustaría esa parte de la historia, pero no pensaba que fuera para tanto.

—¿Subiste a la montaña? —preguntó gritando.

—Sí.

—¿Con quién lo hiciste? —preguntó iracundo, seguro de que conocería al guía que acompañó a Maylen, y estaba dispuesto a darle una paliza para que no volviera a ser cómplice de las locuras de su mujer.

—¡Gabriel! —Gritó ella para bajarle los aires—. No he subido con ningún guía.

—¿Leandro? Él se ha marchado al Aconcagua —preguntó y se respondió al mismo tiempo, y ya sabía que la respuesta que Maylen estaba por soltarle era

la que más le alteraba.

—Sola.

—¡Sola! ¿Sola? Maylen, ¿te has vuelto loca?

—Tú lo has hecho.

—Yo soy hombre.

—Y yo mujer. ¿Y qué?

—Dios, alguien tiene que meter cordura en esa cabeza obstinada y hueca que tienes.

—¿Lo harás tú?

—Sí, aunque tenga que atarte a mi cama no volverás a salir hasta que esté seguro de que dejarás de cometer locuras.

—No puedes hacer eso.

—No. No puedo —caminó dos pasos hasta la ventana—. ¡Dios! —Exclamó como desahogo, y se volvió hacia ella—: Maylen, prométeme que no volverás a hacerlo, ni tampoco desaparecerás sin dejar un mensaje, ni huirás a una ciudad desconocida ni...

—Son demasiadas promesas —dijo ella, parando la ráfaga de pedidos y acercándose a él para tranquilizarlo—: Te prometo que no volveré a la montaña sola.

—Y lo de desaparecer sin dejar aviso, por favor.

—Te prometo no volver a salir sin dejarte aviso.

—Gracias. En un solo día diría que he ganado diez años.

—¿Te cuento lo que descubrí?

Las palabras de Maylen le trajeron la visión de ella, escalando sola la montaña, pasando las noches heladas en las rocas; la visión olvidada de Paloma, cayendo por la grieta. Tomó a Maylen por los hombros y la atrajo en un abrazo desesperado.

—¡Dios, Maylen, estás loca! ¡No vuelvas a hacerlo nunca más!

—Nada me ha ocurrido, Gabriel, deja de regañarme —replicó ella, apretándolo fuerte por la espalda al sentir el intenso apretón de su abrazo—.

Ya me has dicho obstinada, cabeza hueca, loca y otras tantas insinuaciones nada alentadoras para alguien que viene a ayudarte. —Apremió Maylen, y por dentro pensaba que jamás le revelaría que su móvil se había quedado sin batería cuando todavía no había llegado al objetivo. Eso podría dejarla viuda antes de la boda.

—Está bien, lo dejaré, pero sólo por ahora; no pienso olvidarme fácilmente de esto. ¿Lo sabía tu madre?

—No. Si lo hubiera sabido, habría enviado a Libko a seguirme.

—Y como tú sabes que es peligroso... ¡No! Que digo peligroso, ¡es una locura!

—Dijiste que lo dejabas por ahora.

—Sólo por ahora —volvió a vaticinar Gabriel.

—Silvia estaba enamorada de Martín.

—¿Qué?

—Silvia subió a la montaña más veces de las que dijo y dejó placas metidas en el altar, donde nadie las pudiera ver.

—¿Qué estás insinuando, Maylen?

—Ella es mi amiga, y me duele pensar así, pero he meditado mucho y llegado a la conclusión de que quien está detrás de todo esto, lo hace exclusivamente desde que estamos juntos. Sabe nuestros pasos, conoce nuestros secretos y, sobre todo, está cerca.

—¿Qué fue exactamente lo que descubriste?

—En el altar hay una placa que dejó hace tres años; anteriormente no la había visto. Para ser sincera, aquel día no leí ninguna de las placas —aclaró ante la impaciencia de Gabriel—; en ella confiesa: «Te amaré por siempre. Fuiste, eres y serás el amor de mi vida. Jamás te olvidaré. Te esperaré por siempre.»

—¿Lo esperaría?

—Eso fue lo que más me llamó la atención; releí el mensaje unas cuantas veces y no podía creer que se hubiera guardado aquello para ella sola.

—Silvia enamorada de Martín... —repitió en voz baja Gabriel, asimilando la información—. Debió de haber sido un golpe muy duro para ella.

—Eso pensé yo al principio, y me enfadé porque nunca nos dijo lo que sentía. Se guardó ese secreto y su dolor para ella sola.

—Bueno, tú no eres muy diferente.

—Esto es distinto, Gabriel, éramos amigas; la placa reza que lo amó siempre, eso quiere decir que nos ocultó sus sentimientos desde que éramos pequeñas —se alejó de Gabriel y volvió a hablar—: Hasta aquel momento sólo estaba enfadada por el engaño; sin querer, toqué la placa adherida a la piedra, y aquélla cedió dejando lugar a un hueco.

Llegado a este punto del relato, Gabriel comenzó a sorprenderse de verdad.

—Allí encontré cartas, velas, restos de lo que parecían antiguas fogatas... Todo eran residuos de rituales.

—¿Leíste las cartas?

—Algunas —dijo, y miró la cara detractora que le puso Gabriel ante aquella violación de la privacidad. Sin embargo continuó sin alterarse—: En ellas ratificaba su amor incondicional, la promesa a la espera eterna de su espíritu, y la aún más inquietante promesa de no dejar pasar su muerte en vano; y no me ofende que pienses que soy «una usurpadora de la privacidad», si con ello puedo salvar tu pellejo —sonrió.

—No creo que seas «una usurpadora»; probablemente yo hubiera hecho lo mismo, y no es sólo mi pellejo lo que está en juego. Cada vez estoy más convencido de que alguien confundió a Perla. A los abogados también se les pasó por la cabeza esa posibilidad.

—¿Quieres decir que pensaron que era yo?

—Sí —confirmó Gabriel—. Perla me siguió hasta el pueblo y llegó a la cabaña. Falta confirmar que el asesinato fuera cometido allí, o muy cerca, y luego la llevaran hasta la ruta Interprovincial.

—No puedo creer que Silvia intentara asesinarme.

—No te adelantes a sacar conclusiones.

—¿No te das cuenta? Quien está detrás de esto sabe nuestros pasos. Sabía que tú pasarías por allí, y aunque no se confirme que era yo el objetivo, igualmente siguió con su intento de destruir nuestra relación. Silvia tiene pleno acceso a ambas casas, sabe casi todo lo que pasa en ellas.

—Iremos despacio con esto —declaró Gabriel, y tomó el móvil para hablar con uno de sus hombres.

Mientras Gabriel daba instrucciones nuevas a sus hombres, Maylen pensaba en voz alta:

—¿Por qué nunca nos dijo nada? Iré a hablar con Eleonora para saber si ella sabía algo de todo esto. Tal vez a ella le contara algo sobre Martín, o sobre los rituales —divagó antes de salir del despacho del padre de Gabriel, sin que éste pudiera detenerla.

Capítulo 33

—¿Adónde ha ido? ¿Con quién?

—¡Sola! —Vociferó María Teresa, fuera de sí—. Niña malcriada, le dije que me esperara, y cuando salí de arreglarme ya se había marchado a San Carlos.

—Avisaré a Gabriel.

—Debe de estar llegando, hablé con ella hace unos minutos y me dijo que estaba cerca ya; luego no volví a llamar porque estaba manejando y se oía dolorida, muy dolorida. No quise agobiarla más, pero espera a que llegue hasta ella: le pondré las orejas rojas del regaño que le voy a dar por no haberme esperado.

—Iré a hablar con Gabriel y saldremos en cinco minutos.

—Su padre va a matarme cuando se entere de que salí sola, con esos dolores.

—Eleonora ya no es una niña —consoló Maylen a la desesperada María Teresa.

—Pero se comporta como si lo fuera. Le dije que avisara a su hermano mientras me cambiaba, ¡y mira lo que ha hecho!

—Ve saliendo, Mari, yo hablo con Gabriel.

Maylen se apresuró a volver al despacho, junto a Gabriel, y en dos frases le informó de que Eleonora estaba con muchos dolores y se había marchado sola al hospital de San Carlos.

El acoso periodístico que días atrás no perdiera pisada a Gabriel se había disipado. Un nuevo escándalo alimentaba los canales chimenteros nacionales, cubriendo la desgracia de otra pobre infeliz que fue a caer en la misma red que Maylen, y los noticiarios locales que seguían el proceso judicial del productor agropecuario suspendieron las guardias porque se había producido la desaparición de varios andinistas en la zona cordillerana y la noticia pasaba

por la búsqueda de los jóvenes.

En el hospital se encontraron todos. Cada uno llegaba de un punto diferente, pero todos se congregaron, preocupados por el embarazo de Eleonora. Ella había sido internada sólo por precaución, había dicho el médico que la atendió. Sin embargo, nadie bajaba el nivel de su preocupación. Todo iba bien hasta entonces; según el médico, los dolorosos espasmos abdominales no tenían nada que ver con el bebé. No obstante, ninguno quería abandonar el lugar hasta que no llegara Leandro desde el Aconcagua, estaba en camino.

—¿Crees que es el momento adecuado para hablar con Silvia? —indagó por lo bajo Maylen a Gabriel.

Ambos estaban en un rincón de la sala de espera, refugiados tras una gran maceta, con una planta de grandes hojas verdes que llegaba hasta el techo.

—No, esperaremos a que su turno acabe; no olvides que está atendiendo a mi hermana.

—¡No le haría daño a Eleonora!

—Pregúntale eso a Perla.

—No puedo creer que se trate de Silvia, no lo entiendo.

—El amor es un sentimiento que puede mutar en tantas emociones diferentes como lo es cada uno que lo siente.

Dejaron de conversar al ver a Silvia acercarse hasta el grupo mayor, compuesto por el padre de Gabriel, María Teresa, Millaray, Rosa y Libko, que había llevado a las mujeres desde su casa al hospital.

—Ya está mejor —declaró Silvia, con una radiante sonrisa que le iluminaba las pequeñas pecas rojas de su cara—. Ya ha hecho efecto el sedante que le ha indicado el médico, y las pruebas del laboratorio dieron todas con índices normales —le tomó la mano al padre de Eleonora, que se veía muy cansado y le dijo—: Sólo ha sido un fuerte cólico, deberá cuidar más las comidas —advirtió, palmeando las manos de don Iriarte y mirando a María Teresa.

—Mientras esté en la finca podré vigilarla, pero no sé qué hará cuando

vuelva a su casa y a trabajar.

—El médico le indicará un reposo de treinta días, para que se cuide y se reponga por completo, y luego tendrá que consultar con él para que le dé el alta si quiere volver a trabajar en una actividad tan riesgosa como la que ella realiza.

—No volverá, puedo asegurarlo.

Estaban todos tan atentos a las palabras de Silvia que no vieron el raudo acercamiento de Leandro, que aseguraba que su mujer no volvería a trabajar. Al oírlo todos se voltearon a mirarlo.

—Me ha dado el susto de mi vida; no volverá hacerlo, al menos si puedo evitarlo —agregó, más aliviado.

—¿Has oído todo? —preguntó Silvia.

—Lo más importante, sí —le contestó, sonriendo, y la abrazó liberando en ese apretón parte de la tensión que venía conteniendo durante todo el camino, que se le había hecho interminable—. Gracias por cuidarla, he oído que ha sido un cólico por una mala alimentación, y que tiene que guardar reposo por treinta días; seguramente se harán extensivos a los siete meses que faltan de embarazo, y luego veremos. El niño seguramente jugará a mi favor, y la dejaremos en casa un tiempo más —sonrió a Silvia, le guiñó un ojo, la soltó, y se prendió en un abrazo con su amigo.

Los saludos eran relajados, a todos les aliviaron las palabras de Silvia, que venía a dar el parte definitivo que habían arrojado los análisis, anticipándose al médico que tuvo que recurrir a una emergencia y hubiera dejado a los parientes de Eleonora en una innecesaria e inquietante espera si ella no se ofrecía a comunicar el parte médico.

—Los dejo, voy a seguir trabajando —dijo Silvia, a modo de despedida.

—¿Puedo verla? —preguntó Leandro, impaciente.

—Por supuesto, sígueme.

—Silvia —la llamó Maylen, interrumpiendo el avance—: ¿A qué horas sales de trabajar? Queremos invitarte a cenar en la ciudad.

—No lo puedo creer: hoy que dije que no tenía planes y me ofrecí para quedarme con Eleonora, tú vienes a invitarme a cenar —tomó a Leandro del brazo y continuó su camino sin dejar de hablar—. Es cierto eso de que cuando viene, viene todo junto.

—Leandro querrá quedarse con su mujer —afirmó Gabriel, y miró de manera inquietante a Leandro, quien, a pesar de su total ignorancia sobre lo que habían descubierto de Silvia, aceptó las palabras de Gabriel.

—Por supuesto, yo me quedaré con mi mujer.

—No es necesario que nadie se quede, además es un ala de mujeres. No pueden quedarse hombres a cuidar a las pacientes. Yo sólo quiero hablar con ella, hacerle compañía hasta que se duerma.

—Entonces esperaremos a que Eleonora se duerma y luego te llevaremos a cenar —dictaminó Gabriel, que no quería que pasara un día más para aclarar la situación de Silvia.

—Si insisten de esa manera tan amable en agasajarme, está bien —dijo, más adusta; la sonrisa había disminuido ante el dictamen casi obligatorio de Gabriel—. En dos horas termina mi turno. Cenaré con ustedes y luego volveré.

—Te esperaremos —indicó Maylen, sonriente.

Silvia sabía que la esperaban en el restaurante más elegante de la ciudad; no esperaba menos de los Iriarte. Siempre haciendo gala de su dinero y su poder. Nunca nada les salía mal. Si no obtenían lo que querían por las buenas, lo hacían por las malas. Que ella estuviera dirigiéndose a esa estúpida cena, sin querer, era la prueba más fehaciente de ello. Así siempre fue, y seguiría siendo.

Eleonora y Maylen eran las amigas de Silvia, y las quería muchísimo pero nunca superó el hecho de que ella fuera la pobre del grupo; sentimiento que compartía con Martín. Ellos tenían a sus padres, y varios parientes más que trabajaban en las fincas de sus amigos; y eso, a pesar de no haberlo mencionado nunca, marcaba la diferencia. Eleonora había elegido la carrera de enfermería porque le gustaba, y su idea siempre fue trabajar en alguna base

de rescate. Maylen quiso ser periodista y lo fue. Ella estudió enfermería porque la docencia no le gustaba, y éstas eran las únicas dos carreras que su madre podía pagar con el sueldo que ganaba en la finca *El Paraíso* como una empleada más del servicio doméstico. Tenía que reconocer que, con el tiempo, su profesión le agradó y tuvo la suerte de un rápido ascenso gracias a la beca otorgada por el abuelo de Maylen, quien donó veinte becas completas para el departamento, a condición de que ella fuera una de las receptoras. Fue lo que le permitió estudiar la licenciatura de enfermería en Mendoza, con todos los gastos pagos. Sin embargo, ese hecho no borró el sentimiento de creerse la pordiosera del grupo, la que necesitaba la caridad de los adinerados estancieros para ser alguien.

Su ego mancillado, como su corazón después de la pérdida de Martín, encontró alivio al saber que no todo le salía bien a ellos. Gabriel era un amargado. Maylen era una solitaria. De los seis amigos, sólo dos habían encontrado la felicidad; los demás, a pesar de todo el dinero que poseían, eran tan desdichados como ella. Hasta que Maylen volvió al pueblo y ella se convirtió, nuevamente, en la única pordiosera en todos los sentidos.

—Silvia, te esperábamos —la recibió Maylen, con un inquieto fregar de manos.

Gabriel se levantó en cuanto Silvia se acercó, y le apartó la silla para que tomara asiento frente a ellos.

—Creí que la cena iba a ser con todos —exclamó Silvia, que se inquietó por el nerviosismo que exudaba Maylen aunque quisiera evitarlo. Le recordaba a las miradas asustadas y enfadadas que le dirigían los niños que formaban en fila, esperando a que sus madres lo colocaran en la guillotina del matadero: casi lo mismo que sentían los nenes al ir a vacunarse.

—No, mi padre y María Teresa tenían que volver a la finca.

—Pasaré mañana a controlar la presión de don Iriarte, ha sufrido una conmoción muy fuerte hoy.

—No te preocupes por el viejo, está fuerte como un toro.

—¿Y tu madre? —le preguntó a Maylen.

—Libko no quería quedarse un minuto más en la ciudad. Y ya sabes: ellas no quieren andar solas por la noche.

—Sí, lo comprendo. Libko no es el compañero ideal para una salida de mujeres —convino y, luego de dejar el fino suéter de hilo colgado en el respaldar de la silla y colocarse la cartera en el regazo, miró a ambos y habló con una sonrisa—: Bueno, ordenemos. Tengo que volver con mi paciente VIP.

—¿Se ha dormido?

—Sí, pasé a observarla antes de salir y seguía dormida; creo que los planes de conversar un poco con Eleonora no resultarán como esperaba.

—¿Y para qué vas a regresar, entonces?— preguntó Maylen, intentando pillar con la guardia baja a Silvia.

—Tengo la sensación de que no quieren que me quede con Eleonora. ¿Qué ocurre? —Preguntó, mirando a Maylen—. Yo no abandono a mis amigos en las buenas, mucho menos en las malas —acotó como colofón, atacando directamente la honorabilidad de Maylen... o la falta de ella.

—¿Por qué nunca nos contaste que estabas enamorada de Martín? Ni siquiera se lo dijiste a tus amigas —intervino Gabriel, para atajar el asalto contra Maylen, que ella ni siquiera se disponía a repeler.

Silvia giró hacia Gabriel, se puso tan morada como el suéter de hilo que llevaba puesto al entrar. Sus pecas se encendieron más de lo acostumbrado, y su cuello evidenció claramente la piel de gallina que le provocó el estremecimiento.

—¿Qué caso tendría eso? —Preguntó sin negar las palabras de Gabriel—. Para que ellas intentaran forzar algo que estaba destinado a no suceder.

—Todo podría haber sido diferente —murmuró Maylen.

—Si tú no hubieras sido tan egoísta, tal vez... —la enfrentó Silvia a la defensiva.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Ves? —Preguntó a Gabriel, señalando a Maylen—. Nunca te diste

cuenta de nada, porque estabas tan preocupada por tus problemas de conciencia que no podías ver lo que le ocurría a demás. Te puedo asegurar que Eleonora lo sabe y no ha dicho nada por el mismo motivo.

—¿Cuál es ese motivo?

—Ella es una buena amiga, supo que no tenía oportunidad con Martín. Primero fuiste tú, y luego Paloma. Es una pena que haya elegido a las dos mujeres equivocadas —Terminó su reproche mirando a Gabriel.

—¿Yo? Martín nunca me di....

—Y nunca te lo iba a decir, sabiendo que su gran amigo estaba loco por ti —interrumpió Silvia, y agregó—: Y luego, cuando llegó Paloma y se involucró contigo —le dijo a Gabriel y se dirigió nuevamente a Maylen—, pensé que lo de ustedes se concretaría. ¿Para qué iba a humillarme declarándole un amor que jamás sería correspondido?

—¿Por qué no lo hiciste después, cuando supiste que Gabriel y yo teníamos una relación?

—Él había decidido marcharse definitivamente a Buenos Aires para entonces, seguramente convencido de que Paloma retomaría sus estudios en aquella ciudad después de romper con Gabriel. Estaría allí esperándola.

—Eres una cobarde, Silvia, y una hipócrita: me culpas de tu cobardía.

—Y tú eres muy valiente, escapando siempre, ¿no?

—Silvia, ¿qué son esas cosas que había en el centro del altar, en la montaña? —preguntó Gabriel, cortando con la discusión desquiciante que estaban manteniendo las muchachas.

Otra vez Silvia enrojeció hasta las orejas y miró a Gabriel, totalmente desenchajada, y poniendo en evidencia que ella era la responsable de lo encontrado por Maylen. Ya no tenía posibilidad de negar su autoría; cuadró los hombros y bajó la cabeza al confesar:

—Me acerqué a un culto que hablaba de incorporaciones espirituales y contacto con los que abandonaban este mundo. Ese grupo trabaja la espiritualidad de los vivos y... de los muertos. En los tres años posteriores a

la muerte de Martín, no pude dejar de culparme por no haberle dicho cuánto lo amaba, a pesar de que sabía que, con toda la dulzura que solía hablarme, me rechazaría —apenada comenzó diciendo—. En el grupo me aceptaron de buena gana, y encontré en ellos el consuelo que no podía conseguir en ningún otro lugar. Tú te fuiste, Eleonora se refugió en Leandro, y yo me quedé sola —le reprochó a Maylen—. Ellos me entendieron, me consolaron; me tenían en cuenta para todos los actos que realizaban. En todo momento, alguno de los integrantes se acercaba a mi casa para saber cómo me encontraba. A mi madre no le gustaba esa gente, por eso en pocos meses mi participación en el culto se volvió secreta. Me sentía bien al estar con ellos. Me explicaron que podía tener una conexión espiritual con Martín y me pidieron que realizara los rituales que llevaba a la montaña, para que él supiera que lo estaba buscando, y su espíritu viniera a mí por siempre. No hay rechazos en el plano espiritual, eso me dijeron —comentó, y sonrió sin ganas a su afirmación.

Gabriel y Maylen escuchaban atentamente el relato de Silvia, intentando detectar fallos o evidencias que mostraran falsedad en el discurso; pero lo que pudieron escuchar y ver en el hablar de Silvia, cabizbajo y contrito, fue una actitud arrepentida. Le costaba encontrar las palabras para contar lo que vivió durante esos años.

—Dos años estuve con ellos, al principio era motivador y estimulante, pero después... —se quedó en silencio, evaluando si era conveniente seguir con el relato, o levantarse e irse.

—Conozco a muchas personas que han pasado por lo mismo; esos tipos te lavan la cabeza con las palabras que tú quieres y necesitas oír. Se aprovechan del momento vulnerable de las personas, y después se aprovechan de ellas —declaró Maylen, totalmente afligida por los comentarios de Silvia, que podía intuir eran reales, y sufría con el sufrimiento de las palabras que tanto le costaba pronunciar a su amiga.

—Me invitaron a participar en sus reuniones; empecé quedándome en un rincón y mirando sus actos rituales, después quisieron que me acercara a los «incorporados»: personas en trance que recibían a los espíritus, para saber si

alguno de ellos tenía a Martín en su cuerpo —dejó de hablar y se veía cómo la vergüenza atravesaba su cara—. No puedo creer que pensara aquello, pero estar ahí te potencia a creer cosas que sabes que no son ciertas, que en otro momento y otro lugar ni siquiera dudarías de la falsedad de actuación de quienes dicen llamarse líderes. Debo reconocer que durante las reuniones se bebe mucho alcohol, eso ayuda a los estafadores a apropiarse de la voluntad de los que asisten —agregó, y volvió a mostrar aquella sonrisa forzada—. Las últimas veces que participé en el culto, la cosa iba tomando otros matices. Me obligaron a participar, no me dejaron elegir. Dijeron que tenía que ser parte de ellos para que aquello que estaba esperando, finalmente se produjera. A esas alturas de mi descalabro mental, no puse objeción cuando hicieron que dejara todo el sueldo para fortalecer al grupo. Cada vez bebía más durante aquellas veladas: el whisky y la ginebra nunca acaban en las noches de rituales —dijo, sonriendo sin ganas—. Me alentaban a hacerlo desde que llegaba al templo. Al fin, una noche Martín se incorporó en el líder del culto, y desde aquel día, después de cada reunión, despertaba en su cama sin saber qué había ocurrido exactamente la noche anterior debido a la borrachera. Es muy vergonzoso confesar esto, y les juro que jamás lo hablé con otra persona que no fuera mi madre.

Gabriel no opinaba nada, sólo escuchaba. Estaba más inmóvil que una estatua, y silencioso como una tumba. Él estudiaba los movimientos de Silvia: sus gestos y sus miradas. En pocas ocasiones ella lo miró directamente, pero él no apartaba la vista de sus ojos cuando no hablaba. Quería descubrir si sus silencios se debían a lo difícil que era confesar aquellas calamidades que le había tocado vivir, o si lo hacía para inventar un poco más de historia triste y emotiva.

—Me costó mucho abandonar aquello. No porque no quisiera —mostró una sonrisa de lado y continuó—: Ellos no quieren que nadie se escape de sus garras, sobre todo si ese sueldo va en aumento; venían a buscarme al trabajo, y cuando me puse firme para aclararles que había abierto los ojos y me había dado cuenta de que todo era una gran farsa, me amenazaron con realizar todo

tipo de «trabajos» para hacerme volver. Cuando vieron la batalla perdida, me amenazaron de muerte.

—¿Qué pasó con ellos? —preguntó Maylen, intrigada.

—Se cansaron, comprendieron que era definitivo mi alejamiento. No hables de ellos como si se tratara de una raza distinta, o un grupo sectario reconocible fácilmente. No tienes ni idea de las personas que asisten a esos cultos: es gente como tú o yo. Allí encuentras personalidades que jamás hubieras imaginado y que conviven diariamente con todos nosotros.

—¿Cómo manejaste el miedo?

—Psicólogo, párroco, mi madre, mi trabajo. Todos pusieron su granito de arena para sacarme de aquel pozo en el que había caído, y pude reponerme. Durante meses me costó dormir por las noches, pero todo pasa, ¿no?

El mozo se acercó por tercera vez para tomar la orden, y Gabriel le mostró un menú de la carta. Esta vez más aliviado, el hombre se retiró con la orden realizada.

—¿Hace cuánto tiempo que dejaste el culto?

—Dos años, y no he vuelto a la montaña desde entonces. Ya no creo que el espíritu de Martín pueda llenar el vacío que tengo en el alma; me acostumbré a vivir con él.

Maylen recordó lo que había hallado, y reconocía que todo era muy viejo. No había cartas recientes ni residuos rituales que indicaran que habían sido recientemente realizados.

—¿Qué piensas de nuestra relación? —preguntó Gabriel imprevistamente, cambiando radicalmente de tema.

—¿De ustedes? —preguntó, sorprendida.

—Sí. ¿Qué opinas de nuestro reencuentro y futuro casamiento? Con sinceridad.

—No sé. No creí que fueran a verse nunca más, ni que tú le perdonaras lo que ella te hizo —le dijo a Gabriel.

El maître llegó con el vino, y todos se alejaron de la mesa para permitir

que lo sirviera en las copas. Al terminar, dejó el vino borgoña de etiqueta blanca, producción de la finca *Refugio del Sol*, sobre la mesa, y se retiró con el agradecimiento de los tres comensales.

Maylen denotó reproche hacia Gabriel en sus palabras, como si lo regañara por haber sido tan estúpido de aceptar de nuevo a la pérfida mujer que lo había abandonado años atrás. Enfadada, reconoció que su amiga no había perdido el toque de sinceridad fatal que siempre había sido su característica, salvo con el asunto de Martín; por eso estaba cada vez más convencida de que había sacado falsas conclusiones al culparla por lo de Perla, y sinceramente se sentía muy aliviada.

—¿Te afectó que lo hiciera?

—Me molestó un poco saber que, al final, todos tendrían un final feliz menos yo; pero bueno, cada uno con su cruz. ¿Por qué me preguntas esas cosas, Gabriel?

—Quiero descartarte como posible asesina de Perla antes de comunicarle a la policía los hallazgos que hemos hecho.

Capítulo 34

Silvia se quedó pasmada, mirando a Gabriel; no le salían las palabras. Su cara palideció y sus pecas se mimetizaron en un rostro blanco como la hoja de un papel de carta. Mecánicamente tomó la copa de vino y sorbió un trago que a punto estuvo de acabar con el contenido, y luego volvió a mirar a Gabriel.

—¿Que yo qué?

—Silvia, no queríamos ir directamente a la policía con lo que hemos descubierto, porque eres nuestra amiga y preferimos hablar contigo primero — dijo Maylen.

—¿Cómo pueden pensar una cosa así de mí?

—De mí lo pueden pensar abiertamente. ¿Por qué no creer que tú también eres una asesina? —adujo Gabriel, sobre su propia situación.

—Nunca he dudado de tu inocencia —replicó Silvia.

—No lo pensamos, nunca se nos hubiera ocurrido pensar eso de ti —se defendió Maylen, y miró acusadoramente a Gabriel, que nada aportaba con el comentario—. Cuando unimos todas las piezas que fuimos encontrando estos días, nos llevaron a ti o, al menos, señalaban los motivos por los cuales teníamos que tomarte en cuenta. A pesar de todo, no podíamos creer que estuvieras detrás de todo esto y por eso estamos aquí.

—Mis abogados están preparando todo lo que tenemos hasta el momento para presentarlo mañana, a primera hora, en la fiscalía. Pretendemos ampliar el campo investigativo para no ser el único blanco. Seguramente, la carátula se ampliará y comenzará una nueva investigación que cierre con las pruebas que tenemos, y todo hace suponer que el asesino de Perla es una mujer —explicó Gabriel, tranquilamente, y remató con una advertencia—: Si revelamos lo que Maylen ha hallado en la montaña, estarás detenida antes de que comience tu turno de trabajo.

—Has sido tú —afirmó, mirando a Maylen—. ¿Cuándo subiste a la

montaña? —Sin dejarla contestar, afirmó—: No viajabas a Buenos Aires cuando hablamos hace unos días.

Sin hablar, Maylen negó con la cabeza.

—Yo pensé que fuiste a rogar que te devolvieran tu empleo de fotógrafa.

—No volveré a dejar a Gabriel, nos casaremos.

—Y eso era lo que yo quería arruinar: la felicidad de ustedes dos, y por eso voy matando gente por el mundo: para inculparte, y así mantenerlos separados e infelices como antes.

—Más o menos —dijo Gabriel.

—¿Todo eso sacaron como conclusión después de descubrir las cartas en la montaña?

—No, hay otros indicios que nos llevaron a esa conclusión; cosas que aparecieron en mi casa y en casa de Maylen. Sólo pudo haberlas dejado alguien que tuviera libre acceso a ambas casas; y además descubrimos que quien hizo el llamado a la producción del canal de Buenos Aires, para arreglar la entrevista con Mauricio, fue una mujer que llamó desde San Carlos: el mismo lugar desde dónde se subieron las fotos a internet.

—Y yo prácticamente vivo en San Carlos —se quedó callada unos segundos y coincidió—: Sí que es sospechoso, hasta yo comienzo a dudar.

Silvia sonrió, y esta vez no fue para amortiguar la tensión de su cara; sonreía con ganas y Gabriel la borró de la lista de sospechosos. Silvia volvía a ser la muchacha jocosa que hacía sonreír al grupo, aunque no tuvieran ganas.

—¿Qué hay de la madre de Mauricio? Esa mujer no está bien de la cabeza.

—Para alivio de tu conciencia, fue la primera mujer que se me vino a la mente.

—No, no hay alivio. Me gusta ser la primera en todo —interrumpió a Gabriel, quien la miró sonriente antes de continuar:

—Investigué cada lugar donde fue atendida y estuvo internada. Hablé con los médicos que la trataron aquí, y en Buenos Aires. En Malargüe el doctor de la clínica psiquiátrica que la atiende, cuando tiene sus crisis, me dijo que las

conexiones de sus neuronas van muriendo lentamente, y es irreversible. No tiene recuperación posible, cada vez se desconecta más de la realidad y del mundo.

—De mí se acordó el día que me vio.

—No me contaste que la habías visto.

—No pude contarte nada en esos días, estabas detenido.

—¿Te habló? —preguntó Silvia.

—¡Casi me mata!

—¿Te atacó? —preguntó preocupado Gabriel.

—Del susto. Yo creía que estaba muerta y la encontré al abrir la puerta de su casa. ¿Tú sabías que la mujer vivía? —le preguntó a Gabriel.

—Sí. ¿Por qué?

—Nada, yo malinterpreté a Juan Palacios cuando nos dijo que su mujer había abandonado este mundo.

—Lo recuerdo, en ese momento yo también creí que había muerto. Conversando con mi padre, luego de que te marcharas, él me aclaró la situación —dijo Gabriel, exclamando las palabras.

—¿Tu padre?

—Sí, un médico amigo le contó que encontró a la familia Palacios en un hospital de Malargüe. Cuando le hice el comentario que malinterpretamos, él me lo aclaró. No recordé ponerte al tanto cuando volvimos a encontrarnos.

—Tu falta de memoria casi me causa un infarto —lo amonestó, recordando el terror que había padecido aquel día en casa de Palacios.

El camarero llegó con la comida. Al momento que Gabriel realizó el pedido, los tres dudaban de la decisión de ordenar; la tensión y la sospecha llenaban todos los espacios, ninguno creía poder probar bocado. Contrariamente, y para beneficio de todos, al llegar la comida la comunicación fluía armoniosamente; ya no quedaban resquicios de duda sobre Silvia, y la amistad se alzó con la bandera de la victoria aquella noche.

—Cuando me vio, comenzó a gritar como un animal herido. Era espantoso

oírlo. Juan Palacios me contó que su hijo Mauricio sufre las mismas crisis, y cree que tendrá la misma enfermedad que afectó a su suegra, a su esposa y a su hija. —Maylen continuó el relato del encuentro con la madre de Mauricio, después de saborear los primeros bocados de la deliciosa trucha asada que estaban degustando los tres.

—Eso no lo sabía —dijo Silvia.

—¿Qué no sabías?

—Que Paloma sufría alguna enfermedad mental. Ahora que lo pienso, era bastante evidente, con aquellas escenas de llanto que te montó cuando decidiste romper con ella —le recordó a Gabriel—. Y las amenazas que te hizo a ti. ¿Lo recuerdas? —Indagó a Maylen, que asintió con la cabeza—. ¿Cómo pudo Martín enamorarse de una mujer así?

Gabriel dejó de comer, y le apretó la mano a Maylen antes de hablar con Silvia:

—Ella era muy liberal en la intimidad, y en esa edad que atravesaba Martín, las mujeres entendidas en la materia pueden volver loco a un hombre.

Maylen le sonrió, pero sacó la mano que descansaba bajo la de Gabriel, y tomó la copa de vino para ocultar en ella su cara. No podía esconder el malestar que le causaban las palabras de Gabriel.

Silvia notó la irritación y cambió de tema; no valía la pena revolcarse en recuerdos dolorosos.

—Si no has presentado esas pruebas todavía... Es porque Maylen puede verse comprometida.

La deducción de Silvia lo sorprendió, y puso nuevamente en guardia a Gabriel, pero no demostró ningún cambio en su semblante y dejó que continuara hablando.

—Dijiste que quien asesinó a Perla tiene un cómplice, el cual tiene acceso a sus hogares; y si salen esas pruebas a la luz es lógico pensar que... Si tú eres el culpable, ella es tu cómplice.

Gabriel se relajó, sólo estaba reverberando lo que su cabeza había

entendido del tema.

—No dije que fuera un cómplice, pudo haber sido el mismo asesino quien entró en las casas y dejó los elementos que me inculpan y, además, le indican a Maylen que estoy detrás de todo esto.

—Veamos —dijo Silvia, y dejó el tenedor para hacer ademanes con ambas manos—, al parecer el objetivo primordial de esta persona es que ustedes se separen, y no mide sus actos para lograrlo... Pero —se quedó pensando unos instantes, y luego prosiguió—: ¿Por qué se molesta en sacar de en medio a personas que nada tienen que ver con la situación? ¿Por qué no los elimina a ustedes, directamente, y se asegura de que no volverán a estar juntos? ...Al menos, en esta vida.

—Sinceridad brutal, ésa es mi Silvia —destacó Maylen, sonriendo.

—Lo digo en serio, Maylen —aclaró la pelirroja, cambiando el tono de las palabras—. Gabriel dice que él no ha matado a la muchacha.

Gabriel puso los ojos en blanco al oírla, pero no la detuvo.

—Estoy segura de que yo no la maté; entonces, ustedes están en peligro porque siguen juntos. Y no sólo ustedes, toda su familia. Si lo que tiene en mente esa persona es hacerles daño indirectamente, puede agredir a cualquiera que esté ligado a ustedes —terminó sus deducciones notablemente preocupada por el destino de todos los integrantes de las familias de Maylen y Gabriel.

—Eso ya lo hemos previsto —aclaró Gabriel para aligerar la preocupación de Silvia.

—Claro, tendría que haberlo imaginado, eres un Iriarte —aseveró, frunciendo el ceño hasta que la ristra de pecas que le cruzaba el puente de la nariz se convirtió en un trazo oscuro—. Me ha dado un terrible dolor de cabeza con todo esto.

—Termina de comer y te llevo a casa. Deja dormir a Eleonora; mañana podrán hablar de todo lo que no lo han hecho hoy.

—Olvidas que ya no soy aquella chica de pocos recursos, tengo mi propio auto afuera —objetó Silvia, presumiendo de propiedad.

La cena siguió por veinte minutos más. Silvia volvió a hablar de todos los estudios y observaciones que le habían realizado a Eleonora aquel día. Y Gabriel se terminó de convencer de que Silvia no tenía nada que ver con el asunto. Tal vez fuera culpable de una envidia no muy sana con respecto a la nueva relación entre él y Maylen, pero definitivamente no era quien estaba detrás de todo, ni formaba parte de aquel macabro plan. Y eso lo dejó terriblemente aliviado.

Gabriel pensaba en lo mal que lo había expuesto Silvia, pero en lo acertado de su deducción. Estaban en peligro. Había alguien dispuesto a acabar con su felicidad, sino con su misma vida.

—Quiero hacerlo, sólo será un momento. Llamaré a la madre de Martín y podré ingresar para la guardia.

—¿No se ha jubilado esa mujer todavía?

—No, Silvia dijo que seguía en el mismo puesto y en el mismo turno que hace veinte años. Así que debe de estar aquí.

—¿Y si está dormida y no atiende al móvil?

—Prometo que no la molestaré. Le dejaré una nota por si despierta en la madrugada, y luego caminaré hasta el hotel donde se hospeda Vicente Jerez. Sólo queda a una calle de aquí.

—Haremos una cosa —le propuso Gabriel, acercándose a ella a pesar de que el volante de la camioneta le dificultaba la movilidad—: Iré hasta el hotel, y antes de reunirme con Vicente reservaré un cuarto. Tú irás a ver a Eleonora y yo hablaré con mi abogado. Nos vemos en una hora en el Hotel San Carlos de la Cordillera; dejaré un mensaje en recepción con tu nombre. Si llegas antes que yo, podrás solicitar la llave. ¿Qué me dices?

—Me encanta —respondió ella a la propuesta de Gabriel—. Pero no prometo nada; estoy muy cansada, he subido a una montaña.

—Ni me lo recuerdes, volveremos a ese tema en otro momento —advirtió con el ceño adusto—. Dos hombres esperarán aquí fuera y te protegerán hasta que llegues al hotel, sólo por eso cedo en ese capricho.

—¿Me estarán vigilando?

—Son custodios, te protegen.

—¿Han estado toda la noche?

—Sí, y lo seguirán haciendo mientras dure esta locura. Tú no pienses en ellos, no los verás pero estarán cerca de ti si los necesitas. Llámame cuando salgas del hospital, así sabré si tengo que interrumpir la reunión.

Maylen digería lentamente la nueva noticia de los custodios y asentía a las palabras de Gabriel. No le gustaba la situación, pero sabía que nada de lo que pudiera decirle a Gabriel le haría cambiar de parecer con respecto a dejarla sin carceleros. Los sentía como una invasión a su intimidad, pero sabía que era absolutamente necesaria hasta que todo se aclarara y atraparan al que había provocado esa situación.

—No demores demasiado con los abogados, yo no lo haré con Eleonora.

—Serán sólo cuatro palabras que no quiero decir por teléfono; ya no se puede confiar en nada ni en nadie —tomó la cara de Maylen y se acercó hasta ella para besarla; sólo dos segundos y había una chispa prometedora entre ellos—. No puedo hacer esto sin terminar en una cama; te he extrañado demasiado esta semana, ni hablar de los horrorosos y célibes días que nos hizo pasar tu familia —le dio un rápido beso y volvió a su posición de chofer—. Regresa rápido nena, antes de que me consuma.

—Lo haré, tú no te demores con los detalles.

—Descuida, no lo haré.

Se había detenido en la puerta del hospital. Maylen bajó del vehículo, giró para mirar la despoblada ruta, y vio el destello de las luces de un auto que se apagaban varios metros atrás. Supuso que se trataba de los custodios de los que Gabriel le había hablado, volvió la vista al interior de la camioneta, le guiñó un ojo a su apuesto chófer y cerró la puerta del acompañante para que pudiera continuar hasta el hotel que se encontraba a sólo unos metros cruzando una calle angosta.

Gabriel le había pedido que le acompañara a hablar con Vicente Jerez, pero a ella se le ocurrió que podía pasar por lo de Eleonora para comprobar

que todo estaba bien. Si estaba despierta, la avisaría de que Silvia no pasaría la noche con ella, y si no lo estaba, la dejaría descansar. Motivada con la idea de Gabriel de quedarse en la ciudad esa noche, se acordó de su madre y, antes de dirigirse a la entrada de guardia del hospital, sacó el móvil para comunicarle que Gabriel y ella pasarían la noche en San Carlos y que no se preocupara. Cortó la llamada a su madre no sin antes explicarle que dos custodios se habían quedado con ella, y que en pocos minutos volvería a estar al lado de su héroe, Gabriel, y sonriendo se aproximó a la puerta de emergencias: la única habilitada a las diez de la noche. Buscó el uniforme marrón claro, de letras amarillas, que indicaba que se trataba de un integrante de la seguridad privada del hospital, para que su ingreso no fuera detenido a causa de una confusión; ella conocía el lugar y sabía dónde encontrar a Sara, la madre de Martín, pero si la veían deambular sin haberse anunciado la detendrían, y sería muy bochornoso explicar el motivo de su falta de respeto a las normas del hospital.

Componiendo el rostro y ajustándose la ropa, como hiciera tantas veces antes de salir al aire, al detectar a su blanco, con firmeza se acercó a él, y con la determinación de un reportero decidido a realizar la entrevista a como diera lugar, le habló claro y firme:

—Buenas noches —saludó, y esperó la respuesta del uniformado, que no debía de llegar a los treinta años y la miraba con ojos seductores. Él respondió suavemente al saludo no sin antes hacer un paneo, sin desperdicio de tiempo, a todo el cuerpo de Maylen—. Busco a la enfermera Sara Higgins por un tema personal.

—¿No es usted la periodista que... —el joven hombre de seguridad interrumpió la pregunta al ver el rostro de Maylen.

El tono escarlata que adquirió el blanco y delgado rostro del empleado confirmó a Maylen que había visto sus fotos en internet. El muchacho tosió para despejar el rubor o darle un fundamento más loable al menos, y continuó:

—¿La que está comprometida con el estanciero de la finca *Refugio del Sol*?

—Sí, soy Maylen Timerman —confirmó ella, quien, poco a poco, volvía a

tener la tez de su color.

—Es un placer conocerla... personalmente —agregó sin dejar lugar a dudas de que la conocía por otras vías.

—Necesito dejarle a la enfermera algo para mi cuñada, que se encuentra internada en este hospital. Puedo llegar hasta ella, conozco el lugar.

El uniformado que había tomado el intercomunicador para avisar a su colega del primer piso, donde se encontraba el sector de internación, dejó el aparato y le permitió pasar libremente, sin siquiera anotarla en los libros de ingresos. Maylen le dedicó una coqueta sonrisa que la acompañó hasta la escalera que la llevaría hasta el corredor que tenía que atravesar en su totalidad para llegar hasta Eleonora. Al perder de vista al guardia de seguridad, pensó que no tenía caso molestar a Sara. La entrada había sido demasiado fácil.

No bien se asomó al corredor donde terminaba la escalera, unos jadeos y gritos dolorosos, mezclados con un llanto angustioso, le estremecieron el cuerpo. Aquello era un hospital, y seguramente esos sonidos eran frecuentes; pero no por eso dejaba de ser conmovedor escuchar el sufrimiento de otra persona, a pesar de que su razón intentara darle ánimos deduciendo que en ese lugar estaban para ayudarla. Maylen atravesó varias salas, tenía que llegar a la última. A ambos lados del pasillo las puertas de las habitaciones estaban cerradas, protegiendo a los pacientes que dormían tranquilamente, pero la agonía de la paciente que sufría no cesaba, y cada vez se la oía más cercana. El ruido provocado por la paciente dolorida amortiguaba el que producía ella con el pequeño y chato taco de las botas que, de otra manera, habría retumbado en aquel pasillo estrecho y desierto como si se tratara de un bombo legüero. Maylen pensó que podía ser la compañera de Eleonora o una del cuarto contiguo, por eso tenía esperanzas de que su amiga estuviera despierta y esperando a Silvia.

El pabellón estaba desierto, nada de enfermeras recorriendo las salas, y Maylen comprobó, al pasar por allí, que tampoco se encontraban en su habitual cubículo, que quedaba frente a la sala que ocupaba Eleonora. No

había mucamas ordenando los cuartos, ni médicos haciendo su ronda; aquello era de esperar, dada la hora, pero ni el guardia de seguridad que ocupaba su puesto al final del pasillo estaba en su lugar. Desde que se emergía del hueco de la escalera, la cara vigilante de algún miembro de seguridad detectaba a todos los visitantes extraños; esa noche no había nadie, claro que ella nunca había deambulando como una visitante nocturna.

La puerta de la sala en la que se encontraba su amiga estaba semi-abierta. Maylen aminoró la marcha antes de llegar, y con sigilo tomó el picaporte para terminar de abrirla lentamente para no molestar el descanso de las pacientes. El lamento se había detenido; eso fue lo último que verificó antes de impulsar la puerta y encontrarse de cara con la enfermera que, con los guantes de látex ensangrentados, estaba justo delante de ella, aparentemente saliendo de la sala.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo entraste? —la enfermera, arrugando el rostro y de mal humor, preguntó a una paralizada Maylen, que se sorprendió del cuadro de película de terror que tenía delante.

—Soy Maylen —sólo respondió, sin poder cambiar su expresión de asombro.

—Ya sé quién eres, ¿crees que no puedo reconocer esa cara de...? —se detuvo y sus ojos miraron los de Maylen, pero su mirada se escondió hacia dentro, igual que un faro apagado, buscando imágenes dentro de su propia cabeza y no fuera. Unos segundos después, el reseteo mental pareció haber concluido porque la mirada, siempre enfocada en los ojos de Maylen, retomó el brillo, y una sonrisa de lado apareció en la cara enfurruñada con que la recibió—. Disculpa, Maylen, es una noche muy ardua: tengo mucho trabajo y estoy sola.

—No quiero molestarte, Sara, sólo vine a ver si Eleonora dormía.

—No, no duerme.

—Serán sólo cinco minutos y me retiro —dijo a la enfermera, intentando no mirar las manos enguantadas y llenas de sangre que le producían un escalofrío tras otro, y jamás se le ocurriría preguntar de quién era, pero estaba casi

segura de que había acertado al deducir que la paciente que se quejaba por los dolores era la compañera de cuarto de Eleonora.

En aquel momento, Sara se los estaba sacando de las manos para arrojarlos al cesto de residuos patológicos que estaba justo detrás de la puerta.

Maylen no podía ver a Eleonora; una vez dentro de la sala, ésta se dividía en dos mediante un biombo. Ella ocupaba el espacio más alejado de la puerta, quedando sólo un pasillo pequeño de un metro antes de entrar al lugar en el que estaba.

—Entra —dijo Sara—, vuelvo en un segundo.

La cama vecina a la de Eleonora, que era la primera que se encontraban las visitas, estaba vacía; el guante ensangrentado de la enfermera se le cruzó por la mente y Maylen apuró el paso para frenarse abruptamente al llegar a los pies de la cama de Eleonora. Ella estaba acostada, con la cara vuelta hacia la ventana cerrada, que mantenía las floreadas cortinas blancas descorridas, y le mostraba la persiana que la cubría. Maylen no sabía si estaba despierta o dormida. Sara le había dicho que no dormía, pero Eleonora no daba señales de estar despierta. Caminó con cautela los dos pasos que la hacían quedar a la otra punta de la cama de altos laterales, y notó que parpadeaba.

—Eli —la llamó Maylen.

Maylen dio un paso más y, al quedar frente al cuerpo de su amiga, se llevó las manos a la boca para acallar el grito que surgió del susto.

Capítulo 35

Estaban en cero nuevamente. Esa situación lo tenía irritado y cada vez más alterado. Había un loco dando vueltas, y todo hacía suponer que Maylen o él mismo era su próximo blanco. Vicente Jerez le dio nuevas rutas de investigación, y una de ellas a esa altura era casi una certeza: quien mató a Perla, lo hizo creyendo que se trataba de Maylen. El abogado también le dio la odiosa noticia de que tenía que presentarse en tres días para una indagatoria que incluía rueda de reconocimiento de testigos. De esa situación, el abogado no pudo asegurarle que volvería a salir en libertad. El testigo lo había presentado la fiscalía, y según constaba en el expediente era un automovilista que vio a Gabriel parado en la ruta a San Luis, en medio del campo, cerca del lugar donde encontraron el cadáver de Perla.

Gabriel se pasó enérgicamente la toalla blanca, que sacó del espacioso cuarto de baño que tenía la acogedora habitación del hotel, y se la refregó para eliminar el agua de su cabeza. Con una toalla envuelta en la cintura caminó hacia la habitación principal y se arrojó de espaldas sobre la cama; tomó el control remoto y encendió el televisor que colgaba de un soporte en la pared opuesta a la cabecera. La reunión con Vicente Jerez había durado sólo veinte minutos, el abogado se encontraba en el mismo piso que la habitación que había reservado y no perdió el tiempo en instalarse en el pequeño departamento que rentó para pasar la noche. Al tomar posesión del lugar, corrió a la ducha. Ese largo día, lleno de sorpresas, le estaba ganando la pulseada. Pero luego de una ducha reparadora, sus energías se revitalizaron para esperar a Maylen. Tenía tantas ganas de hacerle el amor, que sólo con pensar en ella su erección se volvía dolorosa.

Medianoche. En el mensaje que Maylen le había enviado le informaba de que llegaría al comenzar el nuevo día, sólo quedaban quince minutos para que se cumpliera. Los hombres de la seguridad privada la escoltarían hasta el

hotel, y en poco tiempo, pero con mucha pasión, podrían compensar las horas perdidas. Pensar que en sólo tres días podía volver a quedar detenido injustamente en la comisaría lo atormentaba, y más cuando recordó que Vicente le avisó de que, si quedaba nuevamente detenido, podía acabar en un correccional, entre verdaderos delincuentes; eso era peor que pensar que acabaría en el peor de los infiernos. Instintivamente apretó los botones del mando a distancia para que la secuencia de canales y sonidos confusos le distrajera del curso que estaban tomando sus pensamientos. Se volvió a concentrar en el cuerpo de Maylen y lo delgada que la había encontrado. No se lo había dicho, pero esos días había bajado mucho de peso. ¡Cómo no iba a hacerlo si la muy inconsciente había escalado una montaña! ¡Sola!

Se levantó de la cama y caminó hasta la ventana, que no había querido abrir cuando salió de la ducha, pero la ansiedad lo estaba carcomiendo. Corrió las cortinas color bordó, abrió una hoja de vidrio, y corrió el cerrojo de las persianas que se abrían hacia ambos laterales de la ventana; sólo abrió una hoja. Por pedido expreso, la ventana de la habitación tenía vistas a la calle, justamente para mirar en la dirección que Maylen tenía que aparecer. No pudo ver más que dos perros corriendo por la acera, seguidos de una pareja que caminaba abrazada. Las luces de la ciudad refulgían en una noche agradable, pero Gabriel no podía disfrutarlas. Se recostó en el marco, con los antebrazos apoyados en él, y la cabeza sobresaliendo apenas de la ventana; siempre mirando en la misma dirección. El aire fresco le revolvía el cabello húmedo, y sus pensamientos volvieron al caso.

Una mujer. Todo hacía pensar que se trataba de una mujer. Había sido una locura pensar en Silvia como artífice de esa aberración, pero ya no quedaban dudas de que el culpable era alguien muy cercano, que tenía acceso sin restricciones a ambos hogares. Gabriel, con su padre y sus abogados, había repasado, una por una, todas las personas que aparecían en las cámaras de seguridad de la finca, además de los empleados en todos los niveles. En casa de Maylen, comandados por Libko y su padre, hicieron lo mismo con las personas de su finca.

San Carlos. La conexión estaba allí. La ciudad, con sus casas antiguas, convocaba a convivir con la historia; contaba con pocos pero modernos edificios destinados al turismo y, entre ellos, mezclados con la gente que fue poblando el lugar, también estaban los descendientes de aquellos pioneros que habían fundado la ciudad; y entre todos ellos se encontraba la persona que quería dañarlos: a Maylen y a él. El lazo más íntimo de San Carlos con el pueblo de Eugenio Bustos, y con las fincas, era Silvia. ¡Cómo no sospechar de ella después de que Maylen descubriera aquellos vestigios rituales y las cartas que le dejó a Martín! Sin embargo, quedó descartada después de la cena que compartieron esa noche.

Martín... Gabriel recordó el gran amigo que fue durante toda su infancia, y lo dolorosa que resultó su pérdida. Recordaba sus escapadas de la casa. Él vivía sólo con su madre, en una casa humilde en el centro del pueblo. Su padre se marchó del pueblo para formar una nueva familia, pero rompió toda relación con la anterior, incluyendo el trato con el mayor de sus hijos. Su madre, enfermera de oficio, trabajaba de noche, y cuando era adolescente le prohibía salir cuando ella no estaba; pero no había prohibición que impidiera que los tres amigos se encontraran para revolotear las faldas de las muchachas de la ciudad de San Carlos. Su madre lo castigaba, igual que la madre de Leandro a su hijo, y su padre a él mismo, pero nunca dejaron de hacer aquello que al trío le vino en gana. La madre de Martín era una mujer sobreprotectora y exagerada, las veces que llegó hasta el padre de Gabriel, o hasta los padres de Leandro, para quejarse por los promiscuos hijos que llevaban por el mal camino al ángel Martín se repitieron en toda la adolescencia, y un poco más allá de los dieciocho años de Martín. Gabriel sonrió ante el recuerdo de su amigo, que le hizo olvidar por... Miró el reloj, sólo habían pasado tres minutos, y miró al cielo en un gesto de saludo.

En ese momento Maylen estaría con la madre de Martín. Gabriel había creído que ya no trabajaba; hacía dos o tres años que no la veía. Aquella pobre mujer perdió la alegría cuando perdió a Martín, y no volvió a recuperarla jamás. Unos años atrás, luego del episodio cardíaco que sufrió su

padre, ella y Silvia se alternaban para hacer los rigurosos controles semanales en la finca; pero luego Reynaldo pasó a ser atendido sólo por Silvia.

Un haz de luz apareció en el cielo, y su cabeza se revolucionó como si la estrella fugaz hubiera atravesado su cabeza y hubiese girado su cerebro ciento ochenta grados allí dentro. De un salto llegó hasta la salita que estaba delante de la habitación, y tomó el móvil.

—Papá, ¿recuerdas a Sara, la madre de Martín? —preguntó a su padre, quien, sorprendido por la pregunta, tardó varios segundos en responder:

—Sí, hijo, ¿por qué? —respondió el padre de Gabriel desde el otro lado de la línea.

—¿Recuerdas cuándo fue la última vez que estuvo en casa?

—Hace un par de semanas —fue la respuesta de su padre, que perturbó su tranquilidad.

Gabriel se vestía a medida que hablaba con su padre; se puso el pantalón de jeans y entró a la pieza para tomar la camisa azul que había dejado sobre el respaldo de una silla que había a los pies de la cama.

—Fue el día que Perla vino a buscarte, ¿lo recuerdas? —le aclaró su padre.

—Sí, el día que fuiste a la cabaña.

—Exacto, ella vino aquí porque Silvia se sentía descompuesta o algo así, y no podía traer una autorización que debía firmar. ¿Qué ocurre, hijo?

—Nada, por ahora. Sólo estoy haciendo averiguaciones. No te preocupes, viejo; te llamaré si tengo novedades —cortó rápidamente antes de que su padre notara la impaciencia en su voz.

Bajó las escaleras corriendo, y se detuvo en el vestíbulo del hotel para hablar con el abuelo de Maylen, que era el siguiente en su lista.

—Tim, ¿qué tal? —lo saludó con toda la normalidad que le fue posible mientras atravesaba, con la mirada, el cristal del edificio para observar la calle. Con la mano saludó a la recepcionista, que seguía detrás de su cubículo para recibir a los pasajeros del lugar. El abuelo de Maylen no lo saludó como

él esperaba; los años, la experiencia y la perspicacia del viejo Tim eran infalibles.

—¿Qué ocurre, muchacho? ¿Qué ha pasado?

—No ocurre nada, sólo quería saber si en las semanas anteriores vio a Sara. ¿Recuerda a Sara, la madre de Martín?

—Sé perfectamente quién es Sara, muchacho. Vino a casa la semana pasada; no tenía que hacerlo pero, según ella, entendió mal a Silvia. Sólo estuvo de paso, no demoró más de cinco minutos en marcharse.

—Gracias —la llamada terminó abruptamente, y Gabriel echó a correr por la vereda.

No quería pensar en nada, sólo quería llegar. Como pudo, llamó a Leandro, a quien no le ocultó su desesperación. Le hablaba mientras corría, pidiéndole que llegara a San Carlos lo más rápido que le fuera posible, y llamara a Libko. Acto seguido llamó a la policía.

En la puerta de emergencias del hospital, el mismo guardia de seguridad que dejó libre el paso para Maylen, vio cómo Gabriel entraba corriendo sin mirarlo, y salió corriendo detrás, para detenerlo. Por el intercomunicador, quiso alarmar a su compañero de la planta superior, y no recibió respuesta de nadie. Algunas enfermeras, y dos médicos de guardia que tomaban mate en el cuarto destinado a los médicos cuando no tenían pacientes, al escuchar el alboroto salieron al pasillo para ver la ráfaga que dejaron los dos hombres que pasaron corriendo, y también los siguieron. Los tranquilos y silenciosos corredores se llenaron de gritos y de gente que se asomaba desde sus puertas; nadie pudo detener a Gabriel hasta que no se detuvo frente a la cama donde se encontraba Eleonora. Ella abrió los ojos en cuanto escuchó el ruido de la puerta, y miró a su hermano. No dijo nada, ya no podía.

Eleonora peleó contra su propio cuerpo para mantener los ojos abiertos y tratar de balbucear algo, pero no pudo. Lentamente, sus ojos se cerraron de nuevo.

—¡Eli! —gritó Gabriel, desesperado, y sus peores predicciones se materializaron para golpearlo con toda su furia.

Llegó hasta su hermana y la abrazó; ella se desvaneció en sus brazos.

—Eleonora, ¿qué ocurrió? —indagó Maylen cuando pudo recuperarse de la impresión que le causó ver cómo la sangre de su cuñada cubría lentamente el cobertor a la altura de las caderas.

Eleonora lloraba, apenas enfocó la vista en Maylen, y volvió a desviar la mirada.

—Lo perdí —murmuró entre sollozos.

—¿Cómo que lo has perdido? El médico dijo que nada tenía que ver el dolor abdominal con el bebé.

—Estaba todo bien, me dormí apenas se retiró Leandro, y luego desperté con unos dolores terribles y comencé a sangrar —gimoteó entre sollozos.

—Todavía sangras mucho, llamaré a Sara.

Eleonora gimió: un agónico alarido de dolor, y Maylen descubrió que habían sido los gritos de su amiga los que se escucharon por el corredor. Una angustia lacerante le apretaba el pecho; ella había pasado por una situación similar, y a pesar de no saber nada del embarazo, el vacío y la culpa que sintió luego fue asfixiante. No quería estar en el corazón de Eleonora, que sabía del bebé y lo esperaba junto a Leandro con tantas ganas.

—¿Avisaron a Leandro?

—No, creo que no.

—Llamaré a Leandro... y a Gabriel.

Maylen tomó el móvil y llegó a marcar el número de Leandro en el momento que Sara apareció con una jeringa hipodérmica preparada en las manos. Maylen, que esperaba a que Leandro le contestara, se apartó de su camino para dejar el espacio libre a la enfermera y que continuara atendiendo a su cuñada. Fue tan grande la sorpresa cuando sintió el pinchazo en el cuello, que dejó caer el móvil al suelo. El aparato se desarmó al chocar contra la baldosa dura, la tapa saltó hacia un lado y la batería fue a parar debajo de la cama de Eleonora. Maylen giró para enfrentarse a Sara, pero la visión se volvía borrosa y se bifurcaba en direcciones cambiantes.

Una imagen apareció en la mente de Maylen y todo se aclaró para luego diluirse como una gota de tinta en el agua. Una frase grabada en bronce, colocada en el altar, a más de cuatro mil metros de altura. Ahora la comprendía en su esencia, no en su literalidad.

«Mis ojos no podrán verte feliz, mis ojos ya no verán felicidad». ¡Estaba tan claro, cómo podía haber sido tan tonta! Sara no, no estaba claro. Nada estaba claro, todo era muy confuso. Fue el último pensamiento coherente que pudo hilvanar Maylen antes de que el compuesto que le aplicó Sara devastara su voluntad y el control de su cuerpo.

—Al fin la justicia divina se hace presente —dijo Sara, descorriendo la mampara que disponía de ruedas para su mejor manipulación.

Levantó a Maylen y la colocó en la cama vacía del cuarto.

—Te aplicaré una dosis letal de morfina, sólo es cuestión de tiempo, Maylen. Nadie podrá salvarte —con poco esfuerzo la acostó en posición, y la tapó de manera correcta como solía hacerlo con todos sus pacientes—. No te he aplicado una sola dosis mortal porque quería que supieras que he sido yo quien ha vengado a Martín, sólo por eso. Ya tendrías que estar asándote en el infierno si aquella otra buscona, igual que tú, no se hubiese interpuesto en mi camino; pero todo lo que tarda en llegar se disfruta con mayor intensidad cuando se alcanza. ¿Verdad? —le preguntó a Eleonora, quien en ese momento comprendió que no había sufrido un aborto espontáneo como le había hecho creer.

—¡Tú mataste a mi bebé! —La acusó, reaccionando a lo que acontecía en aquella sala—. ¡Maldita, mataste a mi bebé! —gritó, y una fuerza proveniente de la ira la apuntaló para que pudiera atacar a Sara.

En la refriega, la segunda jeringa con la que intentaba inyectar a Maylen, terminó en el brazo de Eleonora; en pocos segundos se tambaleó y se echó para atrás, perdiendo la estabilidad del cuerpo. La dosis de morfina preparada en la jeringa era alta, y la pérdida de sangre que estaba sufriendo a causa del aborto condenaba a Eleonora a sufrir la misma muerte que Maylen.

—Tú te habías escapado, pero tuviste que regresar —regañó Sara a

Eleonora, a la vez que volvía a acomodarla en la cama—. ¿Te das cuenta de que esta putita y tu hermano son la desgracia de todos los que están cerca de ellos? —Con la voz reducida recordó a su hijo—: Mira lo que le ocurrió a mi Martincito, era el perro de tu hermano —agregó después de su primera frase casi dulce—. Me cansé de decirle que no se dejara utilizar por los ricachones del pueblo, pero él los defendía —hizo una pausa y volvió a decir más alto—: Siempre los defendía, él fue leal y esas hienas se rieron de mi hijito.

Dejó a Eleonora acostada, le tapó el cuerpo ensangrentado, que se manchó mucho más después de levantarse, y caminó hacia la cama de Maylen.

Con una potente cachetada le cruzó la cara.

—¡Tú, la puta del pueblo! —le gritó, acercando su cara hasta casi dejarla pegada a la de Maylen, quien lo único que podía controlar era el movimiento de sus ojos y erráticamente intentaba empujarla con las manos—. Mi hijo te amaba y nunca te fijaste en él. ¡Nunca! ¡Abrías las piernas para todos, menos para mi hijo! —la sacudió cuando le gritó lo último—. Pero hasta aquí llega tu carrera de prostituta, y me he encargado de que todo el mundo lo sepa. Nadie llorará a una atorranta cuando se entere de tu muerte.

Dejó la cama de Maylen y se agachó para levantar el teléfono desarmado de Maylen.

—Sabía que eras tú —continuó describiendo el pretexto que fundamentaba, a su entender, tanto odio—. La mirada de Gabriel era oscura, me había acostumbrado a verlo de esa manera y me agradaba. Pero aquella noche... —se recostó en la cama de Eleonora para quedar frente a Maylen, que era el verdadero objeto de su inquina—. Aquella noche su mirada recuperó el brillo; era otra persona. Pude verlo a través de la ventana espejada del viejo Iriarte. Él no tenía ni idea de que lo observaba zarandear a la muchacha para meterla en su propio auto, y que uno de sus custodios la sacaba de la propiedad. En ese momento me dije: «Sara, tienes que averiguar si la mujer que le devolvió el brillo a los ojos de Iriarte hijo tiene algo que ver con la putita que estuvo unos días de vacaciones en el pueblo.» Me escabullí por la salida trasera de la casa y subí a la colina. Allí estaba tu aguantadero —al terminar esa parte del

relato había ensamblado nuevamente el teléfono de Maylen; lo encendió y envió un mensaje de texto a Gabriel donde le decía que Eleonora estaba despierta y se quedaría con ella hasta medianoche. No le costó encontrar el número de Gabriel en el directorio del teléfono de Maylen. Después lo apagó y lo dejó dentro del cajón de la mesita, que se encontraba pegada a la cama que ella ocupaba—. Ver esas imágenes pornográficas que tú disfrutabas tanto, mirando por el televisor, me asquearon de tal manera que cuando salí de allí vomité. Y la determinación de borrar de este mundo a una escoria como tú sólo se intensificó.

Se había parado cerca de la cabeza de Maylen y acariciaba su cabello; ella entendía algunas palabras que se mezclaban en la nebulosa en la que se encontraba su cabeza. Las imágenes se movían, confundándose entre ellas, y la voz de Sara sonaba como de ultratumba en sus oídos: un sonido lejano, persistente, que la lastimaba. Tenía la sensación de que su cuerpo ardía en llamas, e inmóvil se veía consumida por el fuego. Quería gritar, pero su voz estaba apagada. Quería sacudirse para apagar el fuego, y su cuerpo no respondía. Quería callar aquella voz que lastimaba más que el fuego pero no la encontraba.

—No tuve que esperar mucho para poder sacar la cámara de la casucha que usan tú y Gabriel como burdel barato. Las fotos se difundieron más rápido que el humo con viento zonda. Tampoco tuve que insistir mucho para que el canal de Buenos Aires aceptara una entrevista con Mauricio. Él estaba encantado de poder contarle al mundo todas las cosas que sufrió y sigue sufriendo gracias a ti.

Sara maldijo al notar que se había manchado de sangre la parte baja de su uniforme de enfermera. Entre insultos y maldiciones salió de la habitación, dejando a Eleonora y a Maylen solas en el cuarto.

—Maylen —pronunció Eleonora con mucho esfuerzo, y apenas llegó hasta los oídos de su amiga—, May... May —apenas gimoteaba intentando darle fuerza a su voz, pero no le quedaba—. No es verdad —murmuró, apenas audible—. No es verdad —volvió a repetir.

Maylen notaba que había un cambio en la voz que llegaba a su cabeza; ésta no la lastimaba. Sonrió y quiso contestar. Ya no sabía dónde se encontraba ni con quién estaba en aquel lugar... Blanco, muy blanco; translúcido, y cada vez brillaba más, y se desdibujaban con más rapidez los objetos, pero sabía que se dirigían a ella. Ella era Maylen.

En el cuarto de enfermeras, Sara volvió a preparar la dosis que sería letal para Maylen. Mascullaba entre dientes lo estúpida que había sido Eleonora al levantarse de aquella manera. Ambas mujeres estaban condenadas a morir esa noche. Sólo que una lo tenía que haber hecho desangrada, y la otra con una sobredosis de morfina. Sara sólo se repetía a si misma que sus dioses habían oído sus reclamos y, por fin, la justicia divina se estaba cumpliendo en la tierra. Primero el día que Silvia le pidió que pasara por la casa de Reynaldo Iriarte, porque necesitaba una firma que la autorizara a cobrar el cheque con la donación para el hospital, y ella no podría pasar por allí. Esa noche, casualmente, vio a Gabriel después de mucho tiempo y notó su cambio. Más tarde, sus deidades guiaron sus pasos y le señalaron las fotos; después la ayudaron en la destrucción de la carrera de Maylen. Hasta la confusión al asaltar a aquella mujer, pensando que era Maylen, había resultado a su favor. Aquel era el día de su descanso semanal, y había ido hasta el lago Cristal, como siempre hacía en sus días libres antes del ocaso. Caminó por sus costas, y cuando llegó a la altura de la cabaña de Gabriel Iriarte vio a una mujer rondando la casita. El odio reverberó en su cabeza al creer que era Maylen quien estaba rodeando la cabaña, y pensó que era el momento de hacer aquello por lo que esperó siete años. Si Maylen no se hubiera marchado, lo hubiera hecho mucho tiempo atrás. Para su satisfacción, Gabriel quedó directamente implicado en el asesinato y su venganza le iba saliendo mucho mejor de lo que había planeado, y eso se lo atribuía a la ayuda de sus dioses. Para terminar con la intervención divina, que Sara aseguraba estar recibiendo como consenso de sus actos, la aparición de Maylen aquella noche en el hospital era el cierre sublime. La última señal celestial que indicaba que tenía que ser de aquella manera; era momento de equilibrar la balanza y equiparar las

pérdidas. Ya estaba eufórica con el hecho de saber que haría muy infeliz a Leandro aquella noche; sin embargo, el hecho de que Maylen entrara en la jugada la dejaba plenamente satisfecha. No encontraba palabras para describir su éxtasis. La tarea estaba cumplida.

A Sara no le importaba la justicia de la tierra, hacía años que había dejado de vivir. Desde que Martín partió, ella sólo dedicó su tiempo a esperar aquel momento, y estaba a punto de concretarse. Con la jeringa en la mano, estaba a punto de salir de la salita de enfermeras cuando el conmutador sonó.

Capítulo 36

Un parto complicado en otra área del hospital la retrasó en sus tareas particulares dentro del nosocomio. No le importaba porque estaba segura de que nadie más que ella tenía la exclusividad del corredor de internación de mujeres en el turno de noche desde hacía quince años. El empleado de seguridad dormiría tres horas más, sólo dos más de lo que habitualmente dormía sin ningún somnífero en el té, y ella abandonaría el lugar después de concluir su tarea con Maylen. Se había cambiado, habían pasado muchos años desde la última vez que abandonó el hospital sin el uniforme de enfermera; era una ocasión especial: aquella noche abandonaba su carrera. Encontró en su casillero, donde guardaba exclusivamente ropa de trabajo, detrás de una cantidad de chaquetas limpias y pantalones prolijamente planchados, una vieja pollera larga, una camisa blanca y un par de botas de invierno. Las sacó de la percha y, desestimando el aroma a guardado que destilaban, se vistió con ellas. Lo importante no era el atuendo, era el significado que tenía. Faltaba poco tiempo para que comenzara un nuevo día, y quería estar fuera del hospital cuando ocurriese. Un nuevo día, una nueva vida, una nueva muerte.

Le quedaban por realizar pocas cosas en aquel lugar en el que, habitualmente, pasaba diez horas diarias de su vida; y muchas veces, días enteros en los últimos seis años. Pasaría por el cuarto de las mujeres, inyectaría la sobredosis a Maylen e iría a su casa a preparar las cosas para el día siguiente. No quería que la policía encontrara algunas cosas privadas, ni tampoco la plata que tenía ahorrada y escondida en un viejo jarrón. Si en el trabajo, esa noche, les parecía extraña su actitud, no tardarían en saber el motivo. No le importaba que la descubrieran: quería que la descubrieran, sólo necesitaba el tiempo necesario para realizar los preparativos antes de partir. Colgó en una percha el uniforme que se había puesto antes de ir a ayudar en la sala de parto; ocultó el que estaba manchado con la sangre de Eleonora en una bolsa plástica, que luego tiró en una caja de residuos patológicos; colocó la

carta de despedida que había escrito a sus compañeros en la mesita de la sala, debajo de un viejo jarrón de cerámica con flores artificiales descoloridas; dejó las planillas de trabajo ordenadas, y los informes de las pacientes internadas en la repisa que correspondía. Abrió un nuevo informe para la cama veintiséis, donde se encontraba Maylen; en él sólo decía: llevar a la morgue. Lo mismo había escrito en el de Eleonora.

Despegó todas las fotos de Martín que tenía allí, y después de observarlas por un buen rato, llorar sobre los retratos y darse ánimos para continuar, las guardó en su cartera y salió rumbo al último cuarto del corredor, con la jeringa hipodérmica nuevamente preparada.

Sara pensó, con satisfacción, que había sido atinado por su parte mover a la paciente que compartía cuarto con Eleonora. Eso también se lo agradeció a sus santos guías; lo atribuyó a la señal que avalaba sus actos y apoyaba en su decisión, convirtiendo sus fundamentos en la única verdad.

Si alguien miraba por la puerta, las mujeres parecían dos pacientes del hospital, descansando cada cual en su lugar. Nadie que viniera de fuera —o de otro sector— notaría la diferencia, ni tampoco lo que estaba ocurriendo con ellas. Aquello le daba el tiempo necesario para que ambas murieran lentamente, sin que nadie pudiera evitarlo. Sara estimaba que, en una hora más, todo acabaría: su venganza se habría cumplido y por fin Martín podría descansar en paz. Dos mujeres enterradas, dos hombres muertos en vida, que, como ella sabía, era mucho peor que estar muerto.

Llegó parsimoniosamente hasta Maylen, y aplicó la segunda dosis de morfina; a los pocos segundos, el cuerpo de Maylen comenzó a convulsionar hasta que se tensó y quedó tieso en la cama. Sara se giró hacia Eleonora, quien ya estaba dormida, y decidió que ella llegaría a su fin sin la ayuda extra de la morfina. La cantidad de sangre perdida en el aborto inducido era peligrosa sin tener una transfusión inmediata; además, a eso había que agregarle la morfina, que no era nociva en la dosis que había recibido, pues había perdido la mitad del contenido en el forcejeo antes de poder suministrar la sustancia en el cuerpo de Eleonora, pero en el estado general de la paciente, y teniendo en

cuenta que no había tomado ningún medicamento contra la hemorragia, ni antibióticos para contrarrestar la infección que, en su patología, era altamente probable, la muchacha no tenía salvación.

Como una madre tierna y considerada, al terminar con su tarea besó la frente de ambas mujeres y abandonó la habitación y el hospital para dirigirse a su casa. Al salir, saludó al guardia de seguridad, que se sorprendió de ver a la enfermera retirarse a esas horas, siendo que su horario habitual eran las seis de la mañana. También le extrañó el hecho de verla sin el uniforme de enfermera: hacía tres años que él trabajaba en aquel hospital, y nunca había visto a aquella mujer vestida de falda larga, botas y saco de lanilla, que cubría la camisa blanca. No obstante su sorpresa, devolvió el saludo y se quedó mirando la puerta por la que se había retirado. Intentó comunicarse con su compañero del primer piso, pero no contestaba; seguramente estaba durmiendo, como lo hacía todas las noches, pero al menos tenía el tupé de despertar al tercer o cuarto llamado, cosa que no ocurrió esa noche. Gruñendo, pensó que tendría que subir al piso que lo separaba de su compañero para regresarlo al mundo de los trabajadores. En eso estaba cuando, de repente, como un rayo entró un hombre que pasó corriendo frente a él. Quiso detenerlo mediante un grito de alto, pero el hombre ni siquiera lo oyó. Los médicos de guardia, que hacía sólo diez minutos habían dejado de atender a una parturienta, salieron de sus salas, alertados por los gritos del personal de seguridad.

—¡Un médico! —gritó Gabriel, desesperado, e intentó despertar a su hermana.

Los dos médicos que venían corriendo tras él se adelantaron, apartando a Gabriel para revisar a la paciente: le tomaron el pulso y revisaron sus reflejos oculares. Dos enfermeras vestidas de blanco llegaron detrás, también corriendo, y fueron detenidas bruscamente ante la orden del más joven de los médicos, que, levantando el dedo índice, le indicó a la que iba más adelante preparar las vías para la aplicación del suero; y a la otra, que encontrara a la enfermera que tenía a cargo a las pacientes de esa área.

—Busca a Sara —dijo la enfermera que aparentaba más edad.

—¡Ella no! ¡No quiero a esa mujer cerca de mi hermana!

Gabriel no entendía lo que ocurría. Maylen no estaba por ningún lado, y su hermana estaba bañada en sangre. El griterío de los médicos y las personas que iban llegando, a causa de la conmoción que había causado su intromisión intempestiva, lo confundían cada vez más.

El agente de seguridad se unió a un compañero del segundo piso, que había sido alertado, y con el chófer de la ambulancia llegaron en grupo para reducir a Gabriel, quien, desesperado, había salido al pasillo. Una enfermera corría con otra camilla de traslado, y el médico cirujano de turno —que había subido detrás de él— anunció que prepararan inmediatamente la sala de cirugía.

—¡Ella está embarazada! —gritó Gabriel, antes de que los médicos la levantaran.

—¡Llaman a la obstetra! —pidió el cirujano, también a los gritos para que no quedaran dudas sobre la orden.

Gabriel pudo ver el cuerpo totalmente ensangrentado de su hermana cuando la pasaron de camilla, y su cuerpo quedó laxo; ya no era necesario que los tres hombres lo contuvieran para que no destrozara todo el edificio, al contrario: tenían que sostenerlo para que no cayera.

—¿Dónde está Sara? —Preguntaba el médico que estaba junto al cirujano —. Tráigame la planilla de la paciente. ¡Ahora! —gritaba con desesperación a la enfermera más joven.

Para Gabriel, las cosas ocurrían a cámara lenta. Los hombres ya no forcejeaban para detenerlo; lo habían sentado en uno de los bancos de madera de los pasillos de espera, a la salida del pabellón, cerca de la puerta del cuarto de Eleonora. La visión de su hermana lo desestabilizó, pero no olvidó que tenía que encontrar a Maylen. En pocos segundos estaba nuevamente de pie y alerta, dispuesto a revisar cada rincón de aquel hospital para encontrarla; llamó a los hombres que estaban fuera para preguntarles si la habían visto salir, y ellos contestaron negativamente. Estaba cortando con la llamada cuando oyó hablar a uno de los médicos que se llevaba a Eleonora.

—¡Revisa a la paciente que está en la cama de al lado, no despierta! —fue lo último que gritó antes de perderse por el pasillo; el médico fue el único que notó que la paciente de la cama junto a Eleonora, pese al griterío y alboroto que produjo toda la gente que irrumpió en la habitación, no había dado señales de despertar.

El otro médico, que salía junto con el cirujano, se volvió para revisar a la otra paciente; pero Gabriel, como una tromba, después de oír lo que dijo el cirujano, se adelantó al médico para encontrar a Maylen aparentemente dormida bajo el cobertor. Sus fuerzas flaquearon cuando observó que se estaba casi azul. Nuevamente, los hombres de seguridad lo sacaron, pero esta vez con menos ímpetu. Comenzaban a comprender que el hombre había tenido buenos motivos para entrar de esa manera al hospital, y si alguna de las mujeres se salvaba sería gracias a él.

El médico levantó la mano inerte de Maylen, en busca del pulso; después le tocó el cuello y, haciendo un gesto negativo, comenzó el griterío nuevamente.

Todo el personal de guardia del hospital fue llamado para ayudar a recuperar a las dos mujeres, que encontraron en su interior la trampa mortal que había tejido Sara. La policía llegó sólo diez minutos después y, con la declaración del guardia de seguridad y las últimas notas en los informes que había dejado Sara, dispusieron la detención de la mujer.

Gabriel esperaba sentado en el piso, en la puerta del área de cirugía, cuando Leandro hizo su aparición, con el rostro desencajado y la expresión asombrada de angustia.

—¿Qué ocurre, Gabriel? ¿Qué pasó con Eli? —preguntó en un murmullo, sin estar seguro de querer escuchar la respuesta.

Leandro miraba a su cuñado, implorando que no le dijera lo que él no quería oír. Veía los ojos negros de Gabriel, irritados por el llanto, y una mano cruzando parte del rostro y la boca para ocultar sus gestos de dolor.

—Está en cirugía —susurró, carraspeando, para infundir fuerza en la voz—. Ha perdido el bebé.

—¡No! ¿Por qué? ¡No! —decía Leandro, y no paraba de dar vueltas en círculos, maldiciendo e insultando a todos y a nadie en particular. De repente paró de lanzar improperios y miró nuevamente a Gabriel, quien no se había movido de su sitio—. ¿Qué más ocurre, Gabriel? ¿Cómo está Eleonora?

Fueron los segundos más largos que le tocó vivir a Leandro en la vida. Gabriel no era capaz de levantar la vista del suelo nuevamente; y, cuando lo hizo, Leandro leyó la gravedad de la situación en sus ojos. Una expresión de profundo dolor que Gabriel no podía, ni quería disimular, y la desesperación contenida con un hilo muy fino y débil, que hasta ese momento le permitía mantener la calma.

En el corredor de cirugía, una nueva horda frenética de médicos y enfermeras corrían detrás de una camilla, después de salir de un gran ascensor. Gabriel se levantó de un salto y quiso hablar con el médico, pero una enfermera le gritó que no obstruyera el paso. Aturdido, dejó que la camilla siguiera su apresurado paso. Se acercó a Leandro, y juntos los vieron desaparecer detrás de la puerta blanca, con ojos de buey, que daba paso a la sala de intervenciones quirúrgicas.

—¡Vive! ¡Vive! —a los gritos, Gabriel se abrazó a Leandro, que no entendía nada de lo que ocurría.

—La que iba en la camilla era Maylen —murmuró más para sí mismo que para Gabriel—. ¿Dónde está Eleonora? ¿Qué le pasó a Maylen? Tengo una llamada perdida de ella en el móvil —el comentario de Leandro hizo reaccionar a Gabriel, que seguía prendido a él.

—¿A qué hora fue?

—Unos veinte minutos antes de recibir tu llamada. ¿Por qué? —Dijo Leandro, que estaba comenzando a perder el control ante tanta incertidumbre—. Iré a ver a Eleonora.

—Ella está siendo operada en este momento, hay que esperar.

Las palabras de Gabriel lo detuvieron en su marcha.

—Gabriel, mírame y dime qué ocurrió.

Libko llegaba en ese momento y se reunía con los hombres.

—Los busqué por todo el hospital. Está lleno de policías abajo. ¿Qué ocurre?

—¿Policías? —preguntó Leandro. Nervioso como estaba, en el momento de ingresar en el hospital no prestó atención a nada, salvo llegar lo más rápido posible a la sala de espera de cirugía donde Gabriel le había indicado, por mensaje de texto, que le esperaba.

Gabriel se puso delante de los dos hombres, y componiendo el habla como pudo les contó lo que había ocurrido aquella noche... Hasta donde él sabía.

—Sara, la madre de Martín, asesinó a Perla.

—¿Sara? ¿La enfermera? —preguntó Libko, incrédulo.

—Al parecer esperó, paciente como la araña, a que nos enredáramos en su tela.

—¡Dios! ¿Qué le ha hecho a Eleonora?

—No lo sé. Los médicos intentan detener la hemorragia que le causó el aborto y, hasta ahora, es lo único que sé.

—Leandro giró sobre sí mismo y propinó un fuerte puñetazo a la pared, al tiempo que insultaba a gritos a Sara.

—¿Dónde está mi hermana?

El silencio de Gabriel incrementó la desesperación de Libko, que lo tomó con ambas manos de la camisa y volvió a preguntar más fuerte:

—¿Dónde está mi hermana, Gabriel?

—Ella... Ella, no sé qué tiene. No saben qué le ha suministrado... — Gabriel dejó de hablar durante varios minutos mientras Libko iba asimilando la información, y entendiendo cómo Gabriel se lo contaba, su desconsuelo crecía como la fuerza con que apretaba la camisa de Gabriel—. Cuando la vi, no respiraba —declaró llorando, y Libko lo soltó, impactado por la noticia.

—Pero recién la llevaron a cirugía —anunció Leandro, quien, a pesar de la oleada de ira que lo sacudía, escuchaba lo que había sucedido con Maylen.

—Sí —aseveró Gabriel, sonriendo y pasándose la mano por la cara para apartar las lágrimas que corrían por sus mejillas—. Me sacaron los de

seguridad cuando los médicos comenzaron con la reanimación —a su pesar volvió a sollozar y agregó—: Habían pasado cuarenta minutos cuando tú entraste —le dijo a Leandro, que se acercó a su amigo—. Pensé que ella... — no pudo terminar.

Leandro se abrazó a Gabriel, y ambos quedaron comprendiendo el dolor, que era el mismo para ambos. Libko salió disparado del lugar y nadie pudo detenerlo ni preguntar adónde se dirigía.

Capítulo 37

No tendría que haber salido de esa manera, no tan rápido. No pudo llegar a su casa. La maldita urgencia y la estúpida Iriarte arruinaron sus planes. Sentada en una silla de la comisaría de San Carlos: la misma en la que estuvo sentado Gabriel semanas atrás, Sara escuchaba a los policías interrogarla sobre las muchachas y lo que había hecho con ellas.

La exhortaban, la amenazaban, le imploraban, y luego volvían a amenazar para que revelara qué había suministrado a cada mujer, y en qué cantidad. Ella se mantenía imperturbable e inquebrantable; no diría una sola palabra, el destino de ambas estaba sellado. Ella lo había escrito de esa manera y así sería.

El llamado a los policías, desde el hospital, para saber si la mujer había hablado era constante; y cada vez que sonaba un móvil, Sara sabía que aparecería un uniformado para volver sobre las mismas preguntas que ella se negaba a contestar. Sólo faltaba que comenzaran a torturarla para que dijese algo.

La enfermera miraba la hora de su reloj de pulsera y calculaba que a esa hora había pasado media hora desde el nuevo día; una de las dos mujeres ya habría muerto. Lo que preocupaba a Sara en aquel momento era no poder abandonar este mundo sin encomendarse al espíritu, que la guiaría en el camino oscuro que ella pensaba tomar para reunirse con su hijo. No podía partir sin abrir la puerta hacia la luz, o su alma vagaría por siempre en el limbo de las almas olvidadas: destinadas a una eternidad solitaria.

Una voz grave irrumpió en la comisaría. Libko conocía el lugar a la perfección. En su adolescencia, muchas veces visitó el lugar acompañando a su mejor amigo para llevarle algún mensaje, o sólo para visitar a su padre: el comisario de San Carlos. Desde la última vez que estuvo allí, de visita, habían pasado tres años y nada había cambiado, sólo el comisario después de la

muerte de Rogelio Zárate.

Sara conocía esa voz y lamentó que los actos de esa lujuriosa mujer, de la que ella había librado al mundo, afectaran a aquellas personas buenas que, en su momento, le habían tendido una mano para ayudarla. Pero los actos desinteresados e indulgentes de la familia de la muchacha no redimían las culpas de ésta. Lamentaba el dolor que les iba a causar, pero era inevitable que sucediera.

Libko, seguido de una junta de policías que tironeaban de él para alejarlo de la sala, entró como un huracán en la estancia donde estaba Sara y, sin mediar palabra, la tomó del cuello y la alzó por los aires.

No le dio tiempo a nada. La mujer intentaba sacar las manos del muchacho de su garganta, pero era muy fuerte y su altura permitía que el cuerpo de Sara se elevara diez centímetros del piso.

—¡Di qué le diste a mi hermana! O será mi horrible cara lo último que veas en esta vida. ¡Lo juro por Dios! —amenazó Libko, que no aflojaba el apretón mientras la cara de Sara cada vez se tornaba más azul por la falta de aire.

—¿Hablarás? —preguntó sin preocuparse por que un policía lograra colocar las esposas en una de sus muñecas. Con una sola mano le bastaba para romperle el cuello a aquella mujer con facilidad, y era lo que pensaba hacer si no respondía lo que quería saber.

Sara se sentía morir y no quería que aquél fuera el momento, no sin convocar al espíritu; no quería una eternidad en soledad. No permitiría que volvieran a separarla de Martín. Sin aire, y a punto de entrar en la inconsciencia, levantó una mano para pedir aire.

Los policías no aprovecharon la ocasión para terminar de esposar a Libko, sino que esperaron a que la mujer recuperara el aire y se pusieron a la par del joven, que esperaba una respuesta.

—¡Habla, maldita bruja! —le gritó Libko, al ver que la mujer se fregaba el cuello, tomaba aire pero no decía nada.

—Sólo morfina.

Con el móvil en la mano, marcando el número de Gabriel, Libko se paró

tan pegado a la mujer, bajando la cara hasta dejarla a la altura de la de ella, que podía ver el nacimiento de las pestañas, de tan cerca cómo se encontraba.

—Si llegas a mentir, te partiré el cuello como si fuese una rama de araucaria. ¿Me has oído?

—¿Acaso crees que me importa?

—Te importará, juro que te importará —amenazó Libko, que era empujado por los policías hacia afuera de la sala.

—No podrán salvarla —predijo Sara, y el policía más cercano a Libko agradeció no haber soltado la esposa que tenía enganchada a la muñeca izquierda porque, de otra manera, hubiera cumplido su promesa allí y en aquel mismo instante.

El llamado del oficial, anunciando que habían informado a los médicos de la declaración de Sara, no alcanzó siquiera para componer un suspiro de alivio en Gabriel, que estaba al límite de su resistencia lúcida. Maylen había vuelto a tener un paro cardíaco; los médicos pudieron reanimarla, pero no daban ninguna esperanza. La probabilidad de que Maylen saliera con vida y sin secuelas de aquella situación era mínima... Siendo muy optimistas. Su hermana Eleonora sólo tenía una minúscula ventaja con respecto a su esperanza de vida, si podía llamarse ventaja el estar «un poco menos grave» que Maylen. Habían hecho falta varias transfusiones de sangre para poder estabilizar a Eleonora. Ambas estaban en coma.

Leandro, en una esquina de la sala, no dejaba de mirar la puerta de acceso al quirófano. Quería que saliera alguien para preguntarle cómo seguía su mujer, pero al mismo tiempo lo aterrorizaba pensar que la persona que saliera de ese lugar pudiera ser portadora de la noticia que nadie quería escuchar.

Gabriel rezaba, maldecía, rogaba, volvía a maldecir, y luego a rezar por las dos mujeres que estaban luchando por su vida. Amaba a las dos, no le entraba en la cabeza la posibilidad de perder a ninguna de las dos mujeres que eran su vida. Estaba destrozado. En cualquier momento llegaría su padre, María Teresa y los padres de Maylen, quienes ya habían sido informados de lo que estaba pasando en San Carlos, y era inminente su llegada. Gabriel sabía que

tenía que hablar con todos ellos y contarles lo que había ocurrido, pero hubiese dado un brazo porque alguien lo sacara de aquella penosa obligación. También tenía que comunicarles que Libko estaba detenido por agredir a Sara. Todo era surrealista.

Millaray llegó, junto a su familia, en el momento en que uno de los cirujanos salía para pedirle a Leandro que consiguiera donantes de sangre de manera urgente. Sin detenerse para hablar con Gabriel o consultar a su esposo, ella se ofreció para ser donante. Conocía el tipo de sangre de Eleonora y el de Maylen, y sabía que las dos muchachas tenían el mismo grupo y factor que ella. La madre de Maylen entró con una enfermera que, gentilmente, la escoltó mientras le comunicaba las últimas novedades sobre el estado de las dos mujeres. Millaray no se derrumbó cuando, con toda la tranquilidad que le fue posible, la enfermera la informó de lo que ocurría con todo lujo de detalles y las bajas probabilidades de recuperación de las mujeres, poniendo especial énfasis en que el equipo médico estaba dando todo de sí para poder salvarlas. Millaray no dudó ni un momento de aquellas palabras, pero su atención estaba en la puerta blanca que la separaba de su hija.

A la hora de conocerse la noticia, el hospital bullía de personas a la espera del parte médico que los profesionales prometieron dar, como excepción, fuera del horario habitual. Más de una docena de personas habían llegado desde ambas fincas, familiares y amigos de las dos mujeres; también los padres de Leandro y sus dos hermanas con sus maridos. Silvia se unió al equipo médico que luchaba sin descanso para sacar a Maylen del estado crítico en que se encontraba; en dos horas había sufrido tres paros cardíacos y todavía no pasaba lo peor.

Millaray, situada en una cama pegada a la de Eleonora, imploraba a todos los dioses de ella conocidos por la salud de las dos muchachas que tanto amaba. Recitaba oraciones paganas y, en un estado de trance y debilidad por la sangre que era directamente transfundida desde su cuerpo hacia el de Eleonora, susurraba cantos rituales mapuches. El procedimiento de transfusión a Eleonora no era convencional, pero era la única alternativa para salvarle la

vida, y Leandro, junto a Iriarte padre y Gabriel, lo autorizaron.

Al llegar la mañana, la desesperanza no había abandonado a quienes esperaban por la salud de las mujeres. No era consuelo para Gabriel, ni para ninguno de ellos, que el médico les dijera que si hubiera llegado diez minutos más tarde, Maylen hubiese muerto, y Eleonora tal vez hubiese entrado en un coma irrecuperable.

No había consuelo ni explicación para tanta maldad. En primer lugar, nadie podía creer que Sara, la madre de Martín, hubiera sido la autora de aquella atrocidad. No entraba en la cabeza de nadie que aquella mujer, por la cual las dos familias se habían preocupado tanto cuando ocurrió la tragedia que enlutó a todo el pueblo, guardara un rencor tan obsesivo contra los jóvenes que sobrevivieron, y lo hubiera mantenido y alimentado durante tanto tiempo. Un odio que creció día a día y no la dejó vivir más que para encontrar el momento oportuno de su venganza.

Silvia habló con Gabriel unos pocos minutos, y le confesó que quien le habló del culto al que se unió después de la muerte de Martín había sido Sara. La mujer era una participante activa en el templo, y cuando ella se alejó definitivamente del grupo, Sara se enfadó mucho y le retiró la palabra durante varios meses.

Al tercer día pudieron estabilizar el corazón de Maylen, pero no daba señales de actividad neurológica. Los médicos se dividían entre quienes querían informar a la familia sobre una muerte cerebral y quienes guardaban un hilo de esperanza. Sólo por eso seguía conectada al respirador artificial que la mantenía con vida. Esperaban a un neurocirujano, eminencia en Mendoza, para que dictaminara la situación definitiva de Maylen.

A Eleonora la pasaron a una sala común, después de diez días en terapia intensiva; la felicidad de dar ese pequeño paso hacia la recuperación era empañada por la consciencia de saber que había perdido a su bebé, y el estado grave en que seguía Maylen.

Gabriel se había quedado con el departamento que había alquilado la noche

que Maylen fue atacada, y pasaba por allí para bañarse y dormir dos horas por día los últimos días. Anteriormente había estado más de setenta y dos horas seguidas sin salir del hospital.

Sus abogados se reunieron con él para informarle de que había quedado libre de todo cargo por el asesinato de Perla. También le dijeron que quien había trasladado el cuerpo de Perla había sido Mauricio Palacios. Después de que Sara confesara cómo había asesinado a Perla, creyendo que era Maylen, habló sobre el traslado del cuerpo por el canal de la acequia hasta la ruta. Por eso, las cámaras no tuvieron registro del movimiento: no llegaban hasta el agua que corría por allí, y Mauricio la esperó con el vehículo de su padre para llevar el cuerpo lejos del lugar. Mauricio Palacios se encontraba en ese momento internado en una clínica psiquiátrica. Toda aquella información debería haber alegrado a Gabriel, sin embargo él sólo demostró haber entendido lo que le decían cuando miró por dos segundos seguidos a Vicente, y con la mirada exhibió entendimiento.

Su aspecto había cambiado notablemente: con una barba de diez días, el pelo revuelto, y las ojeras oscuras que le colgaban bajo los ojos negros, de mirada cansada y triste, esperaba a que Silvia le autorizara a entrar, para estar cerca de Maylen y hablarle bajo al oído. En ocasiones sólo la miraba y le acariciaba la mano, buscando encontrar el apretón que por momentos imaginaba que iba a ocurrir. Dentro de la sala, no podía dejar de controlar el monitor que describía con líneas y puntos la actividad cardíaca de Maylen, y rogaba por que no se detuviera nunca.

Había estado siete años sin Maylen; no podía imaginar vivir un día más sin ella, sin acariciar aquella piel color canela, clara y dorada que brillaba más que el sol cuando le sonreía. Por su cabeza pasaban las imágenes de Maylen entregándole su cuerpo aquella primera vez, en la fría montaña: tan suave, tan tibia, tan apasionada. Gabriel recordó haber buscado cuerpos parecidos al de Maylen, y encontró muchos durante todo el tiempo que estuvieron separados. Pero ninguno le llegó al alma como su malcriada Maylen. Era eso, era suya, y ni la muerte podría arrebatársela porque estaba dispuesto a ir tras ella. Esta

vez nada lo separaría de Maylen.

Al mes, la desolación de todos los familiares de Maylen y, en especial la de Gabriel, era devastadora. No había cambios en el estado de la joven. No obstante, el médico que había venido desde la ciudad había descubierto una mínima actividad cerebral, «como una llama piloto», había dicho el neurocirujano, para describir con un ejemplo práctico la situación. «Tan tenue y débil como la llama de una vela que puede ser apagada por la más suave brisa. Pero lo importante es que existe», había dicho y, prometiendo volver semanas después, dejó a la familia con aquella pequeña llama de esperanza que, a medida que pasaban los días, se iba convirtiendo en desolación.

Eleonora había vuelto a ser intervenida por el rebrote de una infección en la zona uterina, y los temores se agudizaron nuevamente, llevando al límite de sus fuerzas a todos. No se hablaban entre ellos, y la tolerancia pasó a ser un recuerdo. No había un solo momento en el que alguno de los familiares de Gabriel o Maylen no mencionara que todo se hubiera evitado si Maylen se hubiera quedado en Buenos Aires. Si no hubiera regresado, estaría disfrutando de su trabajo y de su vida sin problemas.

Al escuchar aquella afirmación, que cada vez se hacía sentir con más fuerza, Gabriel salía enfurecido del hospital y volvía cuando se aseguraba de que no quedaba más que una o dos personas, y podía evitarlas si se lo proponía. En la sala en que se encontraba Maylen sólo podía entrar uno a la vez, lo que provocaba encuentros en la sala de espera que evitaba Gabriel.

Hasta Leandro había dado a entender aquello sin pensar que, tal vez, Eleonora hubiera sufrido lo mismo, independientemente de Maylen, porque la autora de los crímenes era una mujer obsesionada con la venganza.

Con el único miembro de la familia de Maylen que mantenía una relación amable era con el viejo Tim, que sufría por la situación de su nieta, y comprendía el dolor que estaba pasando Gabriel; le sugirió que despejase la mente y el cuerpo, alejándose del lugar y preparando algo grande para cuando Maylen se recuperara.

Gabriel tomó en cuenta las palabras del abuelo Timerman a pesar de que

sabía que se lo había dicho para evitar encontronazos con el resto de la familia. A los veinte días de la internación de Maylen, dejó el hotel para volver a la finca y sólo aparecía en el hospital por la noche, cuando todos habían regresado a casa, y se quedaba con Maylen hasta medianoche.

Silvia se había convertido en el ángel protector de Maylen. Permanecía días enteros en el hospital, junto a Gabriel, para estar atenta a cualquier cambio que surgiera, y gracias a ella las reanimaciones de su corazón, cuando dejaba de funcionar, eran tan inmediatas que podían recuperarla.

A los sesenta días de internación, y habiendo reanimado a Maylen de innumerables paros cardíacos, un comité médico reunió a la familia para solicitar la autorización para desconectarla del respirador artificial. Esa primera junta tuvo la respuesta vehemente y negativa de todos los familiares.

Después de un poco más de dos meses de permanecer internada en el hospital de San Carlos, Eleonora, con su familia, abandonaba la institución acariciando la demacrada cara blanca y pálida de su hermano, en lo que podía verse allí donde no tenía barba. El invierno estaba por llegar, y Eleonora abandonó el hospital junto con la caída de la primera nevada de la temporada. El día era frío y gris, pero no podía competir con el ánimo frío y gris de Gabriel, quien —después de tantos días— seguía llegando todas las noches al hospital, para quedarse hasta los primeros minutos del nuevo día.

—Te espero en la mañana —dijo Eleonora en un susurro cuando le besó en la mejilla.

Gabriel asintió con la cabeza y abrazó a su hermana; la retuvo largo rato en sus brazos y, con un tierno beso en la cabeza, la dejó en manos de Leandro, que la abrazó no bien Gabriel apartó las manos.

—Te veré en casa, hermano —saludó Leandro a su cuñado, y los dos abandonaron el hospital.

Aquel día Gabriel había llegado más temprano, enterado del alta de su hermana; acompañó a Leandro a hacer los trámites necesarios para que dejaran ir a su mujer, y luego los dos fueron a buscarla a la sala en la que ella estaba esperándolos con el bolso preparado para abandonar el lugar. Los

conflictos que se habían iniciado, intentando buscar un culpable en quien arrojar el dolor, quedaron atrás después del segundo mes de tener a las mujeres al borde de la muerte diariamente. Todos volvieron a unirse para consolarse mutuamente, reconociendo que era inútil buscar culpables. Eso sólo los llevaría a padecer más dolor.

Cuando Silvia le abrió la puerta de la sala para que entrara a ver a Maylen, Gabriel dijo la misma frase que todas las noches decía.

—¡Hoy va a despertar!

—¡Eso espero! —respondía Silvia, y los dejaba solos.

Maylen estaba sola en aquel cuarto reducido, conectada a un sistema de aparatos que la mantenían con vida. En todo aquel tiempo, cada vez que entró para estar con ella, nunca había abierto la ventana que daba a la calle. Esa noche, apenas entró, fue hasta ella, corrió las cortinas y levantó las blancas persianas plásticas enrollables.

—¡No puedes perderte la primera nevada de la temporada! —Dijo, sin mirarla—. Hace mucho frío afuera —comentó, y se volvió hacia ella.

A Maylen le había crecido el cabello en esos meses, y su madre se esmeraba en dejarle el pelo bien cepillado y las uñas pintadas. Esa noche lucía camisolín nuevo, que Rosa confeccionaba exclusivamente para ella; tenían la misma practicidad que los camisolines abiertos de los hospitales. Por eso, nadie se hubiera atrevido a negarle a Millaray ni a Rosa que le colocasen esos camisolines bordados y con puntillas.

—¿Dónde estás, amor? —Era la pregunta obligada que le hacía todas las noches—. Hoy le dieron el alta a Eli, seguro que tu madre ya te lo comentó, pero igual yo te lo cuento —comentó, sonriendo—. Estaba muy bien; algo triste, tú sabes lo del bebé —se sentó en la silla que estaba a un lado de la cama y le tomó la mano—. Sueño con el día en que salgamos de aquí: abrazados como lo hicieron ellos. Vuelve, Maylen —se llevó los dedos de ella hasta los labios y los besó uno a uno—. No me rendiré amor, no me daré por vencido; quiero compartir el resto de mi vida contigo, Maylen. Esperaré lo que sea necesario, sé que vale la pena. Pronto te veré suspirar, el destino

me dará la señal que necesito. Te recuperarás, amor y yo estaré esperando a tu lado. No me cansaré, no me rendiré, pero tú tampoco debes hacerlo, Maylen. Sé que vamos a salir por esa puerta abrazados. Lo sé, lo siento.

Tres días después de darle el alta a Eleonora, una nueva junta médica reunió a la familia de Maylen para volver a hablar sobre la posibilidad de desconectar el respirador artificial. Y esta vez, la negativa ya no fue tan efusiva. Los hombres de la familia de Maylen estaban cansados de padecer la agonía de ver a Maylen en aquel estado; su tío y sus hermanos creían que lo mejor era dejarla en manos de Dios. Millaray no cedió un milímetro en su postura: no se desconectaría. Maylen iba a volver.

Capítulo 38

Blanco, todo lo que veía era blanco y brillante. Le pesaban las piernas y los ojos. No reconocía el lugar, giraba la cabeza y estaba sola en aquel espacio: llano, frío y muy blanco. Era frío, tenía frío, y la sensación le agradaba; su piel se estremecía y su vello se erizaba. Bajó los ojos hacia la piel de su antebrazo, que se encrespaba ante la sensación. Estaba vestida con un camisón rosa. ¡Abierto en la espalda! ¡Oh Dios! Se había vuelto loca y había salido a la calle sin vestir. Caminó por aquel valle blanco, esperando encontrar el origen del sonido que la había traído hasta allí: una eufonía que la llevó hasta aquel lugar. No sabía de dónde venía, pero llegó a ese lugar buscando la fuente de la que provenía el sonido. Era un llamado, un lamento, un susurro dulce. Se sentía bien al escucharlo: era una melodía que nunca había escuchado con los oídos pero había sentido con el alma. Ella conocía esa música.

El sonido de niños jugando a su espalda la detuvo, y recordó que estaba cuidando niños. La abuela le había encomendado quedarse con los niños, y ella, hipnotizada, caminó hacia la voz. Volvió. No dejaría a los pequeños solos. Se miró el cuerpo; al regresar, ya no vestía el camisón rosa y el sonido armónico se había diluido.

Gabriel salió corriendo para llamar al médico cuando notó que el brazo de Maylen se estremecía, y se le erizaban los minúsculos vellos dorados; quería que algún doctor lo viera para confirmarle que no había sido producto de su imaginación, anhelante de que se produjera algún cambio y le hubiera jugado una mala pasada.

La primera vez que lo notó estaba hablando del frío que hacía afuera, de la nieve que se había apoderado de la carretera, y le contaba que esa noche tenía que quedarse en la ciudad porque el temporal de nieve era muy intenso, y no quería arriesgarse a manejar de noche con aquella tormenta. Esperó a que su

visión le devolviera la realidad y no que le mostrara aquello que él quería ver; continuó su relato, pero minutos después volvió a notar el estremecimiento en la piel de Maylen.

El médico de las rondas nocturnas, que habitualmente se retiraba con él del hospital, estaba justo en la puerta y entró para ver lo que desesperadamente le mostraba Gabriel y, sonriendo, confirmó que se trataba de pequeñas señales de una posible recuperación. No quiso adelantar mucho más, pero prometió que al día siguiente harían una nueva tomografía computada para observar si se registraban cambios en la actividad cerebral.

Él lo había visto, y el médico confirmó que no se trataba de su imaginación; pero al día siguiente, el estudio que realizaron no arrojó ningún cambio perceptible en Maylen. El neurocirujano afirmó que se habían revisado minuciosamente todas las gráficas que había arrojado el tomógrafo, y nada había variado con respecto a los días anteriores: no había mejoras, pero tampoco se registraban deterioros del sistema neurológico.

Aquella noche, al quedarse a solas con Maylen como todas las noches, se sacó la campera de grueso abrigo de lana de cordero en su parte interna; fuera, la temperatura bajaba hasta los cinco grados bajo cero: un contraste significativo con los veinticuatro grados en los que se mantenía la sala del hospital donde estaba Maylen. Allí podía tranquilamente quedarse en remera de mangas cortas, que estaría cómodo. Se sentó y comenzó a contarle cómo fue su día, y cómo crecía día a día el proyecto que iniciara tres meses atrás, gracias a las palabras del viejo Tim.

No le sacaba ojo de encima, tratando de notar cambios en su piel. Pero el tiempo ese día iba acabándose, y no pasaba nada. El día anterior le habló del frío cuando la piel de Maylen reaccionó, estremeciéndose; aquel día intentó lo mismo, pero no tuvo la misma reacción.

Se levantó, furioso; no podía dominar la impotencia de no poder ayudar a Maylen. Había días en que la desesperación lo agobiaba y lo sofocaba, al extremo de querer romper todo lo que tuviera a su alcance para liberarse del ahogo. Aquél era uno de esos momentos; su control se desbocaba ante la

frustración, sobre todo ese día, que había llegado tan ilusionado al hospital para saber los resultados de la resonancia, que no había mostrado ningún cambio. Su esperanza cayó en picada y lo arrastró por el piso, y allí se quedó su ánimo, como un felpudo pisoteado y humillado; y cuánto más abatido estaba su ánimo, más grande era su desaliento.

Levantó la persiana, y corrió un poco la pequeña ventana de vidrio para aspirar una ráfaga de aire helado, que no pidió permiso ni demoró en colarse intrépidamente por la pequeña rendija que había abierto. La cerró de golpe, recuperando la cordura.

—Perdóname, amor, no quise... —giró para mirar a Maylen en aquel instante, y sus palabras murieron al notar que ella volvía a tener erizados el vello del brazo.

Más de cien días llevaba Maylen en aquel estado, y durante ese tiempo le habían realizado estudios de todo tipo y habían intentado que su cuerpo reaccionara ante diferentes estímulos como el calor, el frío, la luz, el dolor, y nada había dado resultado positivo; el cuerpo de Maylen no reaccionaba a nada. Por eso, la alegría del día anterior y la terrible decepción de esa tarde al conocer el resultado de la nueva prueba.

Gabriel se quedó quieto donde estaba y continuó hablando, empujando nuevamente la ventana para que volviera a colarse el aire congelado del exterior.

—Amor, estás cerca —le susurraba con voz queda—. Regresa aquí, Maylen; vuelve conmigo, por favor —el ruego y el aire helado parecieron surgir el efecto que deseaba porque la piel de Maylen volvió a demostrar la reacción anterior—. Maylen, Maylen —la llamaba, pegado a su oreja en un suspiro, y ella también suspiró.

Maylen sintió frío nuevamente. Era como si una ráfaga proveniente de algún hueco en el cielo azul fuera dirigida sólo a ella y se asustó. El sonido encantador la envolvía y la llevaba hacia el frío; quería dejarse llevar, quería que la piel le diera esos escalofríos.

—Maylen, tienes que ir —la voz de Martín, que caminaba hacia ella con calma y una sonrisa tranquila, la hizo volverse hacia él.

—No, los niños... Tengo que estar con ellos.

—Ellos estarán con sus abuelas, no tienes que preocuparte por ellos. Él volverá a ti, pero tienes que regresar.

—Martín, quiero quedarme aquí.

—No, hija. No puedes —anunció una mujer llena de ternura, a la que llamó abuela nada más verla.

—¡Pero ellos están aquí por mi culpa!

—No, no, eso no es verdad —declaró la mujer con voz dulce—. Ésa es tu verdad. Todos los que están aquí han sido llamados, y era su destino. Tú tienes el tuyo, y es hora de que regreses para cumplirlo.

—Tienes suerte, Maylen, el amor verdadero te está llamando y te espera —declaró Martín—. Ve, Maylen, nosotros tenemos que volver.

Maylen caminó hacia la nieve blanca, tenía cada vez más frío, y sentía sus pies descalzos arder por el contacto con la nieve; la voz apacible que la invitaba a continuar se interrumpió de golpe y ella retrocedió.

Gabriel sintió el suspiro y, en un ataque de desesperación, abrió las ventanas de par en par para dejar pasar todo el aire frío que fuera posible. Miró a Maylen y ella abrió los ojos. A gritos, desde la puerta, llamó al médico de guardia. No era el mismo que la noche anterior; le explicó lo que había sucedido. El profesional, un tanto escéptico, comenzó con las pruebas de reflejos y ordenó cerrar las ventanas.

—¡El frío la hizo reaccionar!

—Pudo haber sido un movimiento muscular involuntario —explicaba el médico—. Sus músculos ya tienen severos daños por la inmovilidad, y pueden provocar esos espasmos que parecen movimientos conscientes pero son sólo contracciones de las fibras elásticas.

La explicación científica que le dio el médico exasperó a Gabriel, que tenía ganas de darle un puñetazo y hacerle tragar el estetoscopio para que se callara.

Gabriel cerró las ventanas y prometió no volver a abrirlas después de que el médico se marchara. Sólo cuando prometió, por tercera vez, que no volvería a hacerlo, el médico se retiró de la sala, dejando la advertencia de que le quedaban cinco minutos a su visita de esa noche.

Maylen retrocedió, el sonido agradable que la arrastraba hacia el camino blanco se había detenido, y ella no quería seguir si no escuchaba el son hipnótico esperándola. El sonido de un niño la distrajo de su concentración, miró hacia atrás, y en el camino celeste no estaba la abuela ni Martín. Sólo el niño.

—Ya se han marchado —le dijo el pequeño de ojos negros, cabello enortijado, con oscuros y brillantes rizos, y un adorable hoyuelo en el mentón. Maylen calculaba que tendría unos seis años.

—¿Por qué? ¿Dónde han ido?

—Tuvieron que regresar, estaban aquí sólo por ti; tú también tienes que regresar —determinó el pequeño, que hablaba tan seguro como un adulto.

—No quiero dejarte solo, te conozco y necesito protegerte.

—Estaré bien aquí, me cuidan mucho. Y tú tienes que volver con mi padre. Necesitaré un ángel que me proteja cuando yo también regrese.

Gabriel esperó a que el médico se alejara y volvió a hablar con Maylen:

—Amor —la llamó, pegado a su oreja—. Tengo que hacerlo y, si no funciona, nos marcharemos juntos —le besó la frente y volvió hacia la ventana.

Con mucho cuidado levantó la persiana, cuidándose de no hacer ruido. A esa hora de la noche cualquier sonido insignificante parecía potenciado por un megáfono, y estaba seguro de que el médico vigilaría sus pasos hasta verlo salir del hospital. Tenía que apresurarse, no le quedaba mucho tiempo y estaba seguro de que, después de esa noche, ya no le dejarían quedarse a velarla. Con lo que iba a hacer, estaba seguro de que tampoco le dejarían volver a entrar en el hospital; incluso era posible que lo llevaran detenido, pero no podía dejarla como estaba. Era a todo o nada.

Gabriel se volvió hacia Maylen, sacó los cobertores que la tapaban hasta el pecho y, con decisión, gritando, llegó hasta la ventana y la abrió todo lo que pudo.

—¡Maylen! ¡Regresa, Maylen! ¡Te estoy esperando, amor! ¡Por favor, Maylen, vuelve!

Maylen mostró el estremecimiento de antes, y en el mismo momento en que el médico volvía hecho una furia, con el personal de seguridad, para sacar a Gabriel de las solapas del cuarto de terapia intensiva, Maylen abrió los ojos y giró la cabeza hacia Gabriel, quien levantó los brazos para detener al médico y al hombre de seguridad antes de que rodearan la cama para tomarlo, y les señaló a Maylen.

El hombre de seguridad privada del hospital retrocedió, y el médico se acercó a Maylen sigilosamente.

Gabriel seguía hablando, a pesar del llanto:

—Quédate conmigo, amor, no te vayas, no me dejes —rogaba sollozando, con un terror evidente en la vibración temblorosa de su voz. Se acercó despacio a Maylen, con la mano extendida hacia el médico, pidiéndole que esperara para comprobar que no se trataba de un espasmo muscular como él había diagnosticado.

Maylen no sabía quién era; quería volver al lugar donde no tenía sensación de temor. Sólo el sonido de aquellas palabras sonoras, que seguía reverberando en su cabeza, la mantenía en aquel lugar que la asustaba. En un instante dejó de oírlas y sus ojos se fueron cerrando lentamente.

—No, no, no. ¡Maylen! ¡No! ¡No cierres los ojos amor, no los cierres!

Con pesadez, Maylen levantó los ojos nuevamente, y el médico tomó el móvil para llamar al neurocirujano; lo que estaba ocurriendo era casi milagroso.

Gabriel se acercó a ella, que miraba sin enfocar la mirada. Era como si buscara algo pero no era su cara, ni sus ojos; la mirada de la joven se centraba en sus palabras y acompañaba la salida de cada una, buscándola en el aire. La tocó, la tomó de los brazos que estaban helados, y al primer contacto la piel de

gallina desapareció. Gabriel no dejó de hablarle en ningún momento; se había dado cuenta de que, en la fracción de segundo en que se instalaba el silencio, los párpados de Maylen comenzaban a caer.

—Déjeme revisarla —indicó el médico, y los párpados de Maylen oscilaron.

—No, todavía no ha regresado. ¿No lo nota? —las palabras de Gabriel, a pesar de no estar dirigidas a Maylen, eran pronunciadas con dulzura como si estuviera contándole un cuento a un niño pequeño.

—Lo que noto es que se ha ganado una orden de detención.

—No me importa cumplir condena, pero no me moveré de aquí hasta no estar seguro de que ella no volverá a marcharse.

—Es una cuestión clínica. Evidentemente, ha recuperado parte de la consciencia, por eso responde a su pedido.

—Maylen, ¿puedes oírme? —preguntó en un susurro, pero ella no contestó. Seguía mirando sus labios, y seguía con la mirada una estela invisible de aire que ella parecía ver.

El viento frío que entraba por la ventana, completamente abierta, los estaba congelando a todos, pero Gabriel detuvo con la mirada al hombre de seguridad, que intentó obedecer el mandato del médico que le ordenó cerrarla.

—Va a coger una neumonía, y todos nosotros con ella —dijo el médico de forma brusca, y Maylen cerró los ojos nuevamente.

Las palabras se volvieron oscuras, el arco iris que flotaba en el aire que surgía de la música alegre, radiante y franca se borró con un ventarrón oscuro; ella retrocedió, no quería ver esa oscuridad. Le daba mucho miedo. Se estaba volviendo, la nieve blanca le gustaba mucho, pero el cielo no era celeste como el que tenía a sus espaldas. Giró para regresar y se encontró con Sara; los demás se habían marchado, y el espacio celeste que tanto le gustaba se iba poniendo gris lentamente.

—¡Qué sorpresa encontrarme aquí contigo! —Comentó con sarcasmo—. Es realmente un castigo ejemplar: pasar toda la eternidad con la persona que más

odié en mi vida.

La figura de Sara se iba oscureciendo a medida que hablaba, y todo el lugar se oscurecía con ella. Pero no era un color negro, era un vacío oscuro. En él se perdía el cielo, y los colores que había compartido con aquella gente angelada que siempre estaba radiantemente blanca, que tampoco tenía que ver con el color sino con la luz brillante que los envolvía. Luz y Vacío. Miedo.

En un ataque de furia, Gabriel empujó al médico fuera del cuarto, y puso los pasadores de seguridad para que nadie entrara; aquéllos que estaban como medida de protección ante familiares dolidos que querían irrumpir en el lugar. En aquel momento servía para dejar fuera al médico.

Después de más de cien días de vivir y convivir con la gente y las cosas del hospital, Gabriel conocía dónde se ubicaban los elementos esenciales dentro del cuarto. De un alto aparador, sujeto a la pared, tomó un bisturí y amenazó al guardia.

—No te muevas —lo advirtió, levantando en alto el elemento que podía rebanar el cuello del hombre sin que él lo notara siquiera.

El guardia podía comprender la desesperación de Gabriel, lo había visto llegar al hospital todos los días, sin que ninguna inclemencia del tiempo lo detuviera, para sentarse cerca de la cabeza de la mujer, y quedarse durante horas hablándole, con la esperanza de que abriera los ojos. Él levantó las manos en muestra de acatamiento y Gabriel volvió a hablar con Maylen:

A pesar del frío que entraba, el cuerpo de Maylen no presentaba estremecimientos, y aquello asustó a Gabriel; parecía que el frío ya no provocaba ninguna reacción, y comenzó a temblar.

—Cierra las ventanas —ordenó al hombre parado al lado de la abertura, e inmediatamente aquél obedeció.

—¿No es gracioso? —Preguntó Sara a Maylen—. Tú, yo.

—No, no me quedaré aquí —negó Maylen con determinación.

Sara rio con ganas, las carcajadas rebotaban en la nada y abrían cada vez

más el hoyo negro y vacío.

—No han venido a buscarte, niña estúpida, por eso estás aquí; y por lo que veo, nadie te quiere de vuelta de dónde has venido. No tienes alternativa, Maylen, te quedarás aquí, conmigo.

—¡No! ¡No! ¡No!

A cada negación, el abismo se agrandaba más; no le hablaría a Sara de las abuelas y los niños. Su miedo crecía con la misma fuerza, y a la misma velocidad que el sendero vacío y oscuro, pero volvió a escuchar el sonido melodioso de la nieve, y corrió hacia ella.

Gabriel se sacó la camisa y quedó en mangas de remera; el frío no lo afectaba. Impulsado por la opresión, el dolor y la agonía, intentó con el último aliento de sus fuerzas recuperar a Maylen. Sus palabras no provocaban nada, al igual que el frío había dejado de surtir efecto. Estaba comenzando a creer en las palabras del doctor. Eran sólo espasmos musculares que provocaban el movimiento.

Abatido, y con la gente del hospital a punto de romper el cerrojo, Gabriel se abrazó a Maylen. Le soltó las vías intravenosas por las que pasaban los nutrientes necesarios para mantenerla con vida y desconectó el respirador. Todo acabaría esa noche. Había tomado una decisión, y con el bisturí apoyado en su propio cuello para que el hombre de seguridad no interviniera, sentó a Maylen en su regazo y le habló al oído, despidiéndose de ella. No la oía respirar, su corazón seguramente ya se había detenido. Le dio un dulce beso en los labios: fríos y morados, y la abrazó con fuerza; sus brazos gruesos y fuertes la envolvieron totalmente.

—Pide perdón, por mí, a sus padres —rogó al guardia de seguridad.

—¡No lo haga! —gritó el hombre, que intuía las intenciones de Gabriel.

La puerta se abrió, dejando ver al médico y a Silvia, que había sido alertada de la conducta alterada de Gabriel, y también al neurocirujano, que ya había llegado. Todos ellos en primera fila, seguidos de otras personas que Gabriel no podía distinguir.

Todos se quedaron paralizados por la escena, tan ocupados estaban destrabando la puerta, que no habían notado lo que pasaba adentro; no observaron los últimos movimientos de Gabriel, que en pocos segundos se alzó con Maylen.

Gabriel aflojó el abrazo para tomar con fuerza el bisturí y asegurarse de que no resbalara su mano del mango en el momento de cortarse el cuello. En el instante en que el cuerpo de Maylen se liberó de la presión de los brazos de Gabriel, tuvo espacio para tomar aire.

Se oyó un adiós y un suspiro.

Capítulo 39

Se escuchó un ruido metálico chocar contra las baldosas del piso de la habitación, el cuerpo de Gabriel quedó inerte, inmóvil. Sus ojos se cerraron y lentamente su cabeza bajó hasta quedar apoyada en el corazón de Maylen.

El neurocirujano corrió con el estetoscopio en la mano para medir el ritmo de los latidos de Maylen, y Silvia entró detrás de él para llevarse a Gabriel.

—Respira —jadeó Gabriel en un sollozo, abrazado a Silvia—. Oí su corazón latir.

—No lo aleje —ordenó el médico especialista que, ayudado por el médico de guardia, colocaba a Maylen nuevamente en la cama, y con presteza volvía a colocar las vías en las venas de Maylen.

Silvia estaba saliendo con Gabriel, totalmente abatido mentalmente al oír al médico. Se volvió y lo dejó sentado en la misma silla que siempre ocupaba.

—Háblele —volvió a ordenar el médico—. Evidentemente, su voz es el mejor estímulo para hacer volver a la dama —agregó, sonriéndole. Se apartó de Gabriel para dejar el espacio necesario para que éste se acercara.

Maylen tenía los ojos abiertos y respiraba apaciblemente; no hablaba. Escuchaba las palabras dulces que Gabriel le susurraba al oído y buscaba con la mirada como si intentara encontrar algún resquicio perdido.

Los médicos volvieron a reacondicionar el lugar, y le pidieron a Gabriel que se quedara hasta que estuviera listo el tomógrafo para una nueva prueba. Ellos probaron los reflejos y sentidos de Maylen, y todos parecían funcionar con normalidad. Atendía a los ruidos, gimió cuando le pincharon la punta del dedo gordo del pie y seguía el dedo del médico con la mirada, pero no hablaba ni mostraba emociones; sólo miraba a Gabriel y buscaba en el aire.

Gabriel lloraba y reía al mismo tiempo, los médicos los dejaron unos momentos a solas. Todos habían vuelto a su cotidiana actividad. Gabriel aprovechó aquel tiempo para abrazar a Maylen nuevamente, sin cables

conectados al cuerpo ni tubos ingresando por su bella boca. Sólo la vía del brazo quedaba como vestigio de los días duros que le había tocado vivir. Él pudo envolverla en sus brazos.

—¡Dios! ¡Maylen, tuve tanto miedo! Debo de haber envejecido treinta años en estos meses —susurraba en su oído, pegando la mejilla barbuda a la cara fría de Maylen—. El médico dice que no podrás hablar en los próximos días. Tendrás que perdonarme porque soy el culpable de que tardes un poco más en pronunciar tus primeras palabras; me ha dicho que, por la forma brusca en que arranqué el respirador, seguramente he dañado tus cuerdas vocales —le explicó, alejándose un poco para mirarle los ojos—. ¿Me perdonarás?

Maylen no se movía, sólo lo miraba. El médico comprobó que podía oír; sin embargo, no respondía a los comentarios de Gabriel, y eso le empañaba un poco la alegría que sentía.

—¿Me conoces, Maylen? ¿Sabes quién soy? —preguntó, susurrando.

Ella no respondió; quiso levantar una mano y no pudo. Gabriel notó el movimiento y la ayudó, sosteniéndole la mano que ella llevó hasta la mejilla de Gabriel.

Maylen no podía recordar el nombre del hombre que estaba delante de ella, pero sentía una conexión que casi podía ver como una cuerda que los ataba muy juntos. Se sintió segura en sus brazos y ya no tuvo miedo. Los ojos negros que la miraban con tanto amor eran los mismos que había visto en otro lugar, que tampoco recordaba, pero que le generaba paz y confianza. Sí lo conocía, no sabía su nombre o no lo recordaba, pero su aura era amigable, y el sentimiento de tranquilidad a su lado le indicaba que estaba bien que él la abrazara. Sus brazos tibios y gruesos la reconfortaron; era agradable estar así: tan pegada a ese hombre. No quería que la soltara.

—Te dejaré en la cama antes de que regrese tu médico —dijo en tono confidencial—. Hoy estoy al borde de la expulsión permanente de este lugar —agregó sonriendo—. Me has salvado; si no llegas a despertar, seguro que terminaba en la cárcel.

Terminó de hablar al momento que volvía a cubrirla con el cobertor, y

llevaba la mano de ella nuevamente hacia su cara. Intentó bromear para distenderse, pero en el instante en que pronunció la frase, recordó adónde hubiera ido a parar si Maylen no hubiese suspirado en el momento que lo hizo, y las lágrimas volvieron a llenarle los ojos.

—Silvia dijo que iba a avisar a tu familia —le comentó minutos después—. ¿Recuerdas a Silvia?

Maylen no hizo ningún movimiento por lo que dedujo que no la recordaba.

—Seguramente, dentro de pocos minutos un batallón de la finca *El Paraíso* se hará presente en este lugar. Todos deben de estar muy felices.

Maylen lo miraba hablar y le parecía escuchar música. No entendía lo que le estaba diciendo, pero encontraba candencia en las palabras y no quería dejar de tocarlo. Los pelos largos y suaves de la cara le producían un agradable cosquilleo en la palma de la mano. Ella extendía los dedos para propagar la sensación a cada milímetro de su piel, y él le sostenía el brazo al sentir que la mano de ella buscaba tocarlo.

—Amor, estoy tan feliz. Te extrañé tanto. Cuando puedas hablar tienes que contarme a dónde has ido, y qué has estado haciendo allí donde estabas, que demoraste tanto en volver. ¿De acuerdo?

El neurocirujano volvió con Silvia y otras enfermeras, que llevarían a Maylen hasta el tomógrafo.

—Ya avisé a sus padres —indicó Silvia—. Vienen para acá, en patota —dijo al salir del cuarto, empujando la camilla a la que fue trasladada Maylen.

—Lo imagino, ¿les has dicho lo que hice? —preguntó preocupado porque alguno de los hombres lo saludara con un puñetazo que lo dejara inconsciente.

—Eso te lo dejo a ti.

—Gracias, eres un ángel.

—No, no es un favor; quiero ver la cara de los hombres de la familia de Maylen cuando les cuentes que desconectaste el respirador. Apártate de Libko —le advirtió cuando se perdía por la puerta del ascensor, que estaba frente a la salida de la terapia.

Diez minutos después de perder de vista a Silvia, los ruidos provenientes del hueco de la escalera indicaban que los Timerman habían llegado. Eran diez personas, incluidos su padre, Leandro, Eleonora y María Teresa.

Los ojos de Millaray, al ver a Gabriel, no pudieron evitar llenarse de lágrimas de nuevo. Notablemente acongojada, se veían los rastros de llanto desde lejos. Corrió hacia él y lo abrazó.

—Dime que es verdad, dime que mi niña despertó.

—Sí, Maylen ha despertado —afirmó Gabriel a Millaray, y luego miró al padre de Maylen y a su abuelo.

Todo fueron abrazos, besos y euforia en la sala de espera. Silvia sólo había dicho que se produjo un cambio favorable en el estado de Maylen. No quiso dar más detalles hasta no estar segura de que era una mejoría permanente y no sólo un espejismo que provocaba la mente en aquel tipo de pacientes; pero Gabriel comenzó a dar detalles de todo lo que había hecho en esa hora que llevaba despierta, y para todos fue una hazaña mucho mayor que subir una montaña.

—No te creo —escribió Maylen en una pizarra.

Era su nueva manera de comunicarse desde que la habían operado de la garganta, cuatro días atrás, y el médico le prohibió hacer ningún esfuerzo si no quería quedar muda para siempre. Todos los integrantes de la familia sabían que tenía que cumplir con la indicación médica a rajatabla. Cuatro semanas atrás, Maylen salió del coma profundo en el que había caído cuatro meses antes. Según el especialista, la infección en la garganta y el daño en las paredes de la tráquea eran muy habituales en pacientes que habían sido intubados en numerosas ocasiones. La operación había sido exitosa, y esperaban que después de cinco o seis días de recuperación —que constaba de un mutismo absoluto— Maylen volviera a hablar normalmente, sin ningún tipo de molestia ni dolor. No recordaba nada de su pasado. Su memoria había quedado en blanco, pero no dudaba ni un segundo del amor de todas las personas que, diariamente, venían a visitarla, la mimaban y lloraban en

silencio cuando la veían sonreír; sobre todo su madre y Rosa. Tampoco dudó de que Gabriel fuese su amor en el pasado, porque sólo de verlo su estómago bullía de alegría.

Los neurocirujanos dijeron que, con el tiempo, los recuerdos irían apareciendo. Tal vez lentamente, tal vez todos juntos. Pero volverían o eso aseguraron los tres profesionales que habían ido a revisar a Maylen.

—¿Por qué no me crees? Estoy loco por ti desde que eras una mocosa —respondió Gabriel a la pregunta escrita, que dudaba de su declaración de amor anterior.

—Eres muy guapo —escribió Maylen—. Distinto al que vi por primera vez.

—Estuve muy deprimido esos días, no tenía ganas de afeitarme ni de peinarme. ¿Te parezco guapo?

—Muy guapo.

—Mejor, no sea que tu gusto cambie después de tu viaje y pongas como excusa que no quieres ser mi esposa porque no te agrado.

Mientras Gabriel hablaba, ella anotaba en la pizarra.

—Ya no tienes marcas en los ojos.

—No, lo he notado. Tus hermanos son dos bestias.

—¡¡Sí!! —escribió sonriente—. Lo merecías.

—No, nena. Una tal vez, pero no dos. El puñetazo de Libko me lo venía venir, a medida que contaba lo que había hecho en mi ataque de locura —aclaró Gabriel. Se sentó en la orilla de la cama y siguió recordando la reacción de la familia de Maylen dos días después de que recuperara la conciencia—. Silvia me lo había advertido muchas veces; por eso no pudo darme de lleno, pero Lautaro... De él no me lo esperaba.

Una semana entera Gabriel mostró orgulloso los dos ojos negros, producto de la reacción sorprendida e impotente de los dos hermanos de Maylen, al contarle cómo la había desconectado de todos los aparatos que hasta aquel momento la mantenían con vida. Sólo el grito de su madre, recordándoles que

su hermana estaba viva y consciente, pudo salvar a Gabriel de no recibir una paliza en reemplazo de los puñetazos. Varios días más le llevó borrar la marca de los golpes.

Aquel día Maylen estaba de un humor brillante, no tenía dolores ni malestares por la medicación que le suministraban, y había perdido el disgusto y la irritación por no acordarse de nada. La primera semana, a pesar de que podía hacerlo con algún dolor a causa de la infección, no había hablado porque no recordaba las palabras para hacerlo. Parecía broma, pero ella no se acordaba de las palabras para hablar. Con ayuda de terapeutas, y después de dos semanas de constantes visitas que le hablaban hasta por los codos, recuperó la capacidad de comprender el significado de las palabras. Algunas porque se las enseñaron nuevamente, y otras porque iban surgiendo del rincón oculto donde las había guardado su propia mente. Sólo hacía dos días que usaba la pizarra y, por momentos, se quedaba pensando en cómo escribir ciertas frases.

—Sí me agradas —respondió, y se quedó mirándolo seriamente.

Gabriel notaba la vacilación de Maylen. Puso una cara distinta, diferente a cuando no se acordaba de algo.

—El médico dice que en una semana más podremos ir a casa. No veo la hora de que llegue ese momento —puso los ojos en blanco y continuó—: Tendré que pelear con toda tu familia o raptarte para llevarte a casa, pero te aseguro que vendrás conmigo —afirmó con determinación—. ¿Qué ocurre, Maylen? ¿Quieres preguntar algo y no sabes cómo hacerlo?

Maylen negó con la cabeza.

—¿No te animas? —indagó, sonriente.

Ella asintió con la cabeza, y estuvo pensando un rato con la cabeza gacha y los ojos puestos en la punta de la fibra que apoyaba en su pizarra.

—¿Hicimos el amor? —escribió después de varios minutos de duda.

—Sí, muchas veces.

—¿Te gusta?

—Me fascina.

—¿A mí... me gusta?

—Te enloquece, sueles decir que soy un semental lujurioso.

—Di la verdad.

—Te gusta, mucho, mucho... mucho.

El tema que estaba tocando Maylen ponía duro a Gabriel; se giró para acomodarse el jeans que le apretaba la entrepierna, y aprovechó para respirar hondo y calmar las agitadas palpitations que provenían de imaginarse que le hacía el amor a Maylen allí: en el hospital. Levantándole el fino camisón lila con flores bordadas que tenía puesto, Gabriel más que aplacar la lujuria, sólo podía pensar con qué facilidad lo abriría a la mitad si se lo propusiera.

Se volteó hacia Maylen, dispuesto a cambiar de tema, y lo que había anotado en la pizarra lo jaqueó.

—Acuéstate a mi lado.

—No, Maylen, no puedo —se negó de pleno—. Y será mejor que hablemos de otra cosa.

—No quieres —escribió, y su cara alegre cambió.

—No es eso, Maylen, no te hago el amor desde hace más de seis meses; si me acostara cerca de ti, no respondería.

—Por favor, sólo un momento.

—¡¿Cómo demonios escribes tan rápido?!

—Nadie más vendrá hoy.

—No me digas, esperé dos horas en el pasillo hasta que se fue la última de tus visitas.

—¿Por qué no entraste con ellos?

—Me vuelven loco, y no puedo besarte como lo hice, si hubiera estado este lugar lleno de Timerman.

—También estaban los Iriarte.

—No me lo recuerdes, la que más tardó en irse fue Eli.

—Ven —escribió, y se corrió hacia un lado para dejar espacio a Gabriel.

—No, Maylen.

—Ya lo has hecho.

—Pero tú no estabas tan... tan... tan...

—¿Tan qué?

—Recuperada. No hablabas de hacer el amor ni esas cosas. ¿No te duele la garganta?

—No —respondió, y palmeó las sábanas en el espacio que quedó desocupado.

Gabriel se sentó, primero tímidamente, y pasó un brazo por los hombros de Maylen para pegarla bien a su cuerpo, cuidando de no estirar la vía del suero que todavía utilizaba.

Maylen colocó una mano sobre el pecho de Gabriel y abrió los primeros botones de la camisa celeste que llevaba ese día. Su mano caliente comenzó un lento recorrido por el pecho desnudo de Gabriel, enredando los dedos en el vello oscuro que poblaba la parte central.

En silencio, la caricia se extendía cada vez más abajo. Maylen estaba extasiada con el cuerpo grande y duro de Gabriel, y quería recorrer todos sus rincones.

—Maylen, no es buena idea —carraspeó jadeando—. Será mejor que me levante.

Como respuesta, ella tomó una de sus manos y la colocó en su pecho, invitando a la caricia.

—No, Maylen, no me hagas esto.

Ella movió su mano sobre la de él para que siguiera el movimiento. Con cuidado, al principio Gabriel acarició un pecho suave y tibio; se demoró jugando con el pezón y apretándolo para deleitarse, sintiendo cómo se endurecía. Su mano, en poco tiempo, tomó el otro pecho con un poco más de fuerza y, sin saber cómo, su cabeza llegó al hombro de Maylen para arrasarlo a besos. En menos de cinco minutos, ambas manos de Gabriel acariciaban con frenesí sus pechos erguidos. Y un jadeo, que más se parecía a un grito, lo hizo

recuperar el control bruscamente y salir disparado de la cama.

—¡No puedo creer que haya hecho eso! —exclamó, abrumado por la situación y por la terrible excitación que sufría.

—Sí me gusta —escribió Maylen, que había vuelto a acomodarse en la cama y también padecía los signos de estar afectada por lo que estaban haciendo.

—Tápate, Maylen, no puedo controlarme si te veo medio desnuda.

Ella obedeció y tomó nuevamente la pizarra. Gabriel le dio nuevamente la espalda, intentando encontrar sosiego mirando por la ventana.

—Tendría que salir a revolcarme un poco en la nieve, para calmar la calentura que tengo.

Después de hablar, cerró nuevamente las cortinas floreadas y enfrentó otra vez a su verdugo.

—¿Estás segura? —preguntó al ver la nota que le esperaba en la pizarra de Maylen—. Tendré que pelear contra viento y marea, pero lo haré si estás segura.

—Sí —agregó debajo de la frase que decía: «Iré contigo.»

Gabriel se olvidó del enfado que sentía, y se acercó a Maylen para abrazarla y repetirle cuánto la amaba.

—Te amo, extraño —escribió ella cuando él la dejó escribir.

Capítulo 40

—Más de seis meses, no lo puedo creer.

—Tú llevaste la parte fácil de los seis meses.

—¡Estaba en coma!

—Hubiese entregado mis ojos por estarlo yo también y no sufrir lo que sufrí.

—Lo siento.

—No, nena, no lo sientas. Olvidémonos de todo.

—¡Basta de olvido, quiero recordar!

—Ya has avanzado bastante —la elogió Gabriel—. Te acuerdas de mí y de que me amas; eso es lo único importante.

—Todavía falta mucho. No recuerdo mi trabajo en Buenos Aires, ni siquiera Buenos Aires.

—Eso es porque no te gustaba —bromeó Gabriel mientras doblaba las últimas prendas que quedaban en el angosto placar del hospital—. Tus ex compañeros de Buenos Aires estuvieron muy atentos a tu estado; llamaban una vez por semana para saber cómo seguías, e informaron de todo lo que había sucedido contigo desde que publicaron las fotos aquellas en internet.

—No me acuerdo de ellos, ni de las fotos, ni del escándalo que me contaste.

—¿Qué piensas de eso?

—No me importa, no es importante, ¿verdad?

—Claro que no, amor, no es importante. —Se acercó a ella para tomarla de la cintura—. Además, aquel día la pasamos tan bien tú y yo, que es más una celebración que un acto impúdico.

—Igualmente, no quiero que se repita. Dejaremos las celebraciones para la intimidad.

Ese día abandonaron el hospital. Maylen se encontraba físicamente recuperada aunque todavía hablaba con un poco de afonía, pero sin dolor. Para los médicos, era un milagro que no le hubieran quedado secuelas físicas después de tantos días de inconsciencia, con una minúscula actividad cerebral, pero así fue. Se retiraría caminando y sonriendo. Lo único que quedaba por hacer era terminar de recuperar los recuerdos perdidos en su mente; lo iba logrando moderadamente. Los recuerdos alegres y divertidos fueron los primeros en acudir a su memoria; luego, algunos tristes e importantes; pero los que se negaron a regresar fueron los trágicos, y nadie en la familia hizo mención de ellos. Si la cabeza de Maylen quería anularlos para siempre de su vida, que así fuera, habían determinado por mayoría. Para que no alteraran a los otros pacientes que estaban internados, los familiares de Maylen y de

Gabriel, y los amigos que fueron a saludar a Maylen aquel día tan importante, esperaban abajo: en el hall central del Hospital San Carlos. La única que estaba con ellos era Millaray, que en ese momento había ido a avisar al guardia de seguridad de que en cinco minutos bajaban para que chequeara la orden de alta médica con sus planillas y autorizara el retiro.

El problema comenzaría al llegar el final de la bienvenida que le prepararon en la finca *El Paraíso*. Allí se había dispuesto una gran celebración, con mucha gente que esperaba el regreso de Maylen. Risas, recuerdos, anécdotas, pullas de los hermanos de Maylen hacia Gabriel, y momentos de verdadera emoción vivieron todos los presentes, entre los cuales se incluía la familia de Gabriel, la de Leandro y la de Silvia, junto a todos los familiares de Maylen y los trabajadores de la finca *El Paraíso* y algunos de la finca *Refugio del Sol*. También asistían dos antiguos compañeros de trabajo de Maylen, desde Buenos Aires; ellos habían cubierto en vivo la noticia de su alta médica. Una gran comilona se organizó en el restaurante de la finca. Cerrado al público general, desde hacía dos días los cocineros del lugar preparaban la comida para el gran acontecimiento. El luminoso sol de la naciente primavera acompañaba los festejos con un cielo limpio de nubes. El frío todavía era intenso, pero la algarabía de todos los que esperaban en el lugar entibiaba el ambiente más que cualquier sistema de calefacción.

Las mesas fueron servidas con la más abundante variedad de comidas, desde bocadillos pequeños hasta trozos de cordero con estofado, que presentaban en cazuelas de barro; y los que gustaban, podía saborear el exquisito asado de ternera que se dejaba para el final de la comilona, que cerraría su triunfal despliegue culinario con masas dulces rellenas con las conservas frutales de la casa.

Gabriel mantenía una contienda aparte con el padre y el abuelo de Maylen, estaba tranquilo: sabía que al final del día Maylen iría a casa con él, pero la insistencia de los dos hombres, que aseguraban que Maylen se quedaría en la finca, lo fastidiaba; más si Lautaro o Libko andaban cerca, mostrando cómo crecía el dinero de la apuesta sobre lo que sucedería al caer la tarde.

—Ven, nena, Eleonora quiere enseñarte algo —dijo Gabriel al oído de Maylen, que hablaba con Rosa y María Teresa.

Maylen se excusó con las mujeres mayores y se dejó guiar por Gabriel, quien la sacó del restaurante para llevarla a la casa grande y a su antigua habitación.

—¿Qué es lo que va a mostrarme?

—Es una sorpresa.

—¿Me va a gustar?

—Claro que sí.

Eleonora la esperaba en su habitación, y sólo habló con Maylen cuando Gabriel las dejó a solas.

—Maylen, no tienes idea de lo feliz que me siento al verte aquí —susurró, y se abrazó a su amiga. Era como el abrazo número cien que le daba, pero todos tenían el mismo sentimiento.

—Mira —dijo, limpiándose una lágrima, y volviéndose hacia la cama sacó la tapa de una caja de madera, y levantó un vestido de satén plateado con una capa de tul también plateado, bordado con pequeñas flores con hilos de plata a lo largo de toda la falda.

—¡Qué belleza! —exclamó Maylen, tomando el vestido de las manos de Eleonora.

—Es para ti, póntelo.

—¿Ahora?

—Sí, no querrás casarte en jeans y zapatillas —dijo Eleonora.

—¿Casarme?

—Es la única manera en que podrás irte de esta casa con Gabriel hoy; él ya lo ha preparado todo. A las tres de la tarde llega el funcionario del registro civil, que llevará a cabo la ceremonia.

—¿Mi familia lo sabe?

—No, yo me acabo de enterar —confesó Eleonora—. Gabriel me trajo hasta aquí y me pidió que te ayudara a vestir para la boda. ¡Casi me da un

infarto cuando me lo dijo!

Maylen sonrió y acarició el bordado corsé plateado. No se acordaba de las veces que anteriormente la boda no se realizó, pero Gabriel le había contado que habían sido dos veces. Los recuerdos iban apareciendo continuamente, pero todavía le quedaba mucho por recordar. La suave tela estaba fría y le provocó un estremecimiento que comenzó en la punta de los dedos y se extendió por todo su cuerpo como una corriente eléctrica.

—Paloma —dijo de repente—. No me casé con Gabriel por Paloma.

—Maylen, ¿recuerdas a Paloma?

—Comienzo a hacerlo, ella estaba embarazada de Martín —murmuró aquellos recuerdos que surgían en su memoria—. Ellos cayeron por el abismo que se abrió en la montaña —dijo un poco más alto—. Yo también estaba embarazada y perdí el bebé al golpear contra la roca, después de que Paloma me empujara.

Eleonora miraba asustada a Maylen, que se había concentrado en el cristal de la ventana de la habitación pero no miraba el paisaje de afuera; su mente le estaba revelando los hechos tristes y trágicos que desencadenaron que ella abandonara a Gabriel en el pasado, y tenía miedo de que saliera corriendo de la habitación.

—Eso pasó hace mucho tiempo, Maylen —se atrevió a decir Eleonora, que no quería desmentir los hechos ni que se alterara con ellos.

—Me fui, lo abandoné. Por eso no nos casamos.

—Tú amas a mi hermano, siempre lo has amado. Estabas confundida; por eso te marchaste, pero regresaste.

—Lo hice sufrir mucho.

—Ambos sufrieron mucho, Maylen, y se perdonaron mutuamente.

Eleonora tomó el vestido de manos de Maylen y abrió el cierre de la espalda.

—Vístete, Maylen, que acaben los sufrimientos y las separaciones.

—Fui una tonta, ¿verdad? —preguntó, girando hacia su amiga y sonriendo.

—Sí.

—No volveré a serlo. Hoy me casaré con el hombre al que amo y estaré junto a él, pase lo que pase.

—Maylen, me sacas un peso de encima. Estaba por salir corriendo a pedir ayuda a tu madre —exclamó Eleonora, visiblemente aliviada, suspirando por el cambio en la mirada y en la actitud de Maylen.

—¿Siempre he sido tan impredecible? ¡Tienes una terrible cara de susto y confusión por lo que voy a hacer!

—Todo lo contrario, Maylen —le aclaró Eleonora—. Siempre has sido absolutamente previsible, y todos sabemos que cuando algo te asusta o lastima, huyes —confesó—. No sabía cómo te afectarían esos recuerdos, por eso casi me largo a llorar cuando comenzaste a tenerlos.

—Ya no me asustan. Lo recuerdo, recuerdo todo lo que pasó en la montaña —se quedó un momento callada y continuó—: Y también lo que pasó después: viajé a Buenos Aires.

—¿Recuerdas algo más? —indagó Eleonora, dubitativa.

—No... Sí —dijo de repente—. Toda mi vida estuve enamorada de Gabriel.

—Creo que sí.

Maylen se abrazó a Eleonora, le dio un beso en la mejilla y descansó su mentón en el hombro de su amiga; se quedó unos instantes allí y antes de apartarse, le dijo:

—Recuerdo lo que pasó en el hospital... Eli, lo siento tanto.

—No te aflijas, pasó hace muchos meses. Hemos estado muy tristes, pero la vida siempre da segundas oportunidades.

Maylen se apartó de Eleonora y la miró a los ojos, ella sólo asintió con la cabeza y Maylen volvió a abrazarla.

—Todavía esperaremos un tiempo para anunciarlo.

—Entiendo —convino Maylen—. ¡A partir de hoy seremos cuñadas!

—Serás mi cuñada preferida, además de hermana de la vida.

—¿A qué tanto abrazo, señoras? ¿Acaso querían dejarme fuera de algo? — reclamó Silvia, quien las vio desde la puerta que abría para entrar a la habitación de Maylen.

—Tú eres mi ángel protector en la tierra, eso no me lo niega nadie. Alguien te envió para cuidarme. —Maylen caminó hasta Silvia y llegó el turno de abrazarla a ella.

Las tres, con los ojos llenos de lágrimas, se abrazaron.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Millaray, asomando la cabeza por la puerta.

—Ven, mamá, ayúdame a vestirme para la boda.

—¡Qué alivio! Creí que te estaban deteniendo, entre las dos, para que no huyeras.

—Qué estimulante que todos tengan esa imagen de mí. Espero que el resto de mi vida alcance para revertirla.

—Tienes un arduo trabajo que hacer para lograrlo, hija, pero confío en ti —dijo su madre, y llegó hasta ella para abrazar a la novia—. Vamos, niñas, comencemos, que el funcionario del registro está llegando, y afuera hay una guerra.

Millaray les contó cómo los hombres Timerman pusieron el grito en el cielo cuando Gabriel les pidió que se vistieran adecuadamente para la boda que tendría lugar en su propia casa, con lo único que pudo hacer bajar los ánimos y los gritos de Libko, y Fernando fue diciéndoles que ellos podrían pagar la boda por la Iglesia, pero la cuestión no había terminado allí. Afuera seguían discutiendo, pero con Reynaldo Iriarte porque Gabriel se había ido a vestir para la ocasión.

—Gabriel sabía que de la única manera que se llevaría a Maylen hoy de aquí, sería con el anillo de bodas en el dedo —dijo Eleonora.

—¿Mi opinión no cuenta? —Exclamó Maylen, irritada por la actitud de los hombres—. Yo había decidido irme con Gabriel.

—Ya están aquí —anunció Silvia, que comenzó a escuchar las voces de los

hombres que entraban en la casa.

—Mamá, siguen gritando.

—No te inquietes, Maylen, no puedes negarles a los hombres el placer de una buena discusión y de unos gritos alocados después de tantos meses de silencio y voces susurradas —musitó Millaray, y luego exclamó—: ¡Déjalos que griten! ¡Están felices!

—¿Estás seguro de que funciona el generador?

—Sí, lo he revisado personalmente —contestó Gabriel, que manejaba la nueva camioneta blanca hacia la cabaña, detrás de la finca, donde pasarían la noche de bodas.

Finalmente se casaron ese día a las 4.45h de la tarde. La ceremonia, organizada y ordenada rápidamente por Rosa y María Teresa, fue por demás emotiva, y ninguno de los presentes pudo evitar las lágrimas. Después todos volvieron al restaurante de *El Paraíso* para continuar con los festejos. Gabriel había apartado a sus cuñados, y les sacó toda la plata de la apuesta, que había sumado un dinero importante.

—No sabía que hubieras vendido el hotel.

—No podía hacerme cargo de él, además ése era el plan inicial. Comprar la casona, construir el hotel y venderlo. He tardado algo más del tiempo que había previsto para hacerlo, pero está hecho.

—¿Por qué te detienes?

—Tengo que hacer algo.

Gabriel detuvo la camioneta mucho antes de llegar a la cabaña, tomó en brazos a Maylen para besarla con ardor y recorrer su cuerpo con sus grandes manos.

Maylen se acopló rápidamente al abrazo, y devolvió el beso con la misma pasión que lo recibía, y en pocos segundos ambos jadeaban descontrolados. Gabriel se desprendió del cinturón de seguridad para acercarse a más a ella y poder acariciar mejor su cuerpo; se tomó su tiempo para acariciarla con

esmerada suavidad, que contrastaba con la fogosidad con que se besaban. Maylen también desplegó todas las ganas acumuladas durante los últimos días de internación; era momento de recorrer aquel cuerpo para explorarlo en su totalidad: sus durezas, sus debilidades, y su miembro suave y erguido como se encontraba en ese instante. Sus manos no dejaron de recorrer cada fibra del cuerpo de Gabriel, corriendo las prendas por donde pasaban.

—Nuestra noche de bodas es muy prometedora —susurró Gabriel, pegado a la boca de Maylen—. ¿Estás segura de que no te duele nada?

—No —carraspeó ella, sin querer interrumpir el beso.

—Sigamos, ya está oscuro —dijo Gabriel, y comenzó a vestirse. Maylen lo había despojado de toda la ropa, mientras ella sólo debía prender los botones delanteros del corsé.

El alto que hicieron en el camino duró poco más de veinte minutos. Gabriel pretendía esperar a que la noche se cerrara sobre la colina antes de llegar a la casa, pero en sus planes no había previsto que Maylen lo llevara a ese estado doloroso de excitación. Apenas pudo moverse para vestirse a medias.

—¿Otra vez? —preguntó Maylen, risueña, al notar que Gabriel detenía la camioneta nuevamente—. Te advierto que la camisa terminará como tu linda chaqueta del traje —bromeó, y señaló la prenda de la que hablaba, que había quedado en la parte posterior de la cabina, tirada en el suelo.

—Tu vestido correrá la misma suerte —dijo Gabriel, riendo.

—Y no me quejaré —contestó a la pulla.

Gabriel dejó de hablar y asaltó nuevamente la boca de Maylen; la segunda detención fue sólo para darle un beso y comprobar que no se trataba de un sueño. Necesitaba tocarla cada minuto.

Estaban cerca de la cabaña, pero aún no podían distinguirla en la penumbra; hacía una noche cerrada, sin estrellas, y estaba inusualmente oscuro afuera. Se detuvieron un par de metros antes del lugar habitual de estacionamiento, y Maylen se estiró hacia el asiento de Gabriel, segura de que recibiría otro beso arrasador, pero a cambio del beso, Gabriel le pasó un pañuelo alrededor de su cabeza y se lo subió a la altura de los ojos para

impedirle la visión; luego la hizo girar, y ató la tela para que no se cayera.

—¿De qué se trata esto?

—Tengo una sorpresa para ti.

—¡Otra! Te has esmerado para sorprenderme en el día de hoy —dijo en tono de burla.

—¿Te ha gustado la primera?

—Muchísimo, será difícil que puedas superarla.

—Eso ya lo veremos —la desafío Gabriel.

—¿Es necesario que esté ciega para que puedas dármela?

—Sí —sólo dijo Gabriel, y bajó de la camioneta—. No te quites el pañuelo de los ojos y no te muevas.

Maylen sintió cómo Gabriel bajaba del vehículo y luego abría la puerta de su lado para alzarla en brazos. Entre beso y beso llegaron hasta el interior de la cabaña, y cuando la apoyó en el piso le sacó la venda de los ojos.

—¡No veo nada! —exclamó al encontrarse con la oscuridad que había en el lugar.

—Tengo que ir a encender la luz, sólo dame un beso más y lo haré.

Maylen se puso de puntillas y lo besó.

Gabriel estiró una mano y presionó la perilla para que se prendieran las luces eléctricas del lugar.

—¡Hay luz eléctrica! —gritó sorprendida Maylen, y luego se quedó muda de la sorpresa.

Sólo podía recorrer con los ojos el lugar; no le salían las palabras por la boca abierta, a causa del asombro. Gabriel la miraba, encantado, con la expresión azorada con que Maylen reconocía los cambios. La dejó vagar por la estancia con la mirada durante varios minutos.

—La acompaño a recorrer su casa, señora Iriarte.

—¡Gabriel, esto es precioso! —alabó Maylen el lugar, que había cambiado mucho.

La sala en la que se encontraba era inmensa. Los pisos de madera estaban

brillantes, y los muebles impecablemente nuevos. Una araña de retorcidos brazos de metal desparramaba la luz de sus decenas de pequeños focos por todo el lugar, dando mayor brillo a los tres sillones de cuero de color marfil que estaban frente a una nueva chimenea, revestida de coloradas piedras lajas, que tenía el doble de tamaño que la anterior.

Gabriel le tomó la mano y la llevó a recorrer la cocina, que prácticamente tenía el tamaño de la antigua cabaña; los cuatro dormitorios, los dos cuartos de baño y un lugar especial que hizo que Maylen volcara lágrimas. En la parte trasera de la cabaña, donde antes había un galpón que servía para guardar vehículos, el generador de electricidad y algunas máquinas, para lo cual había que rodear la casa por afuera para llegar hasta allí, ahora quedaba atravesando una puerta doble de madera, de vidrios repartidos en pequeños cuadros, y Gabriel la había convertido en una sala con paredes de cristal que miraban al lago. La habitación ocupaba todo el ancho de la enorme casa, y medía unos cuatro metros de largo; era inmenso, y el único mueble que estaba en aquel lugar era el sillón bordó muy oscuro con la mullida alfombra de moradas fibras frente a él.

—Creí que te habías deshecho de ellos —dijo Maylen, acariciando el frío cuero del viejo sillón y caminado sobre la espesa alfombra.

—¿Los recuerdas?

—Cómo olvidarlos.

—Los guardé en el galpón, quise quemarlos pero no pude, y allí quedaron por más de siete años.

—¡Sí que te superaste! —Elogió Maylen, que giró para quedar frente a su esposo—. La casa es preciosa.

—Te dije que podía hacerlo —declaró con una sonrisa de satisfacción, pero luego preguntó seriamente—: ¿Quieres vivir aquí? Si es muy solitaria para ti, podemos ir a vivir adónde tú quieras, nena.

—Me quedaré aquí contigo, para siempre. Te amo, Gabriel.

—Y yo a ti, nena.

Como en otros tiempos, las fibras de la alfombra cedieron ante el peso de

los amantes que se entregaron al amor en su suave lecho.

Epílogo

El bello lugar le resultaba conocido pero extraño. Sabía que había estado allí alguna vez, pero no se acordaba de cuándo, ni si lo había hecho sola o con Gabriel. Miró a su alrededor para buscar a su esposo con la mirada, y no lo encontró. Buscó a Milagros, y tampoco estaba. Dedujo que su pequeña beba, de dieciocho meses, estaba con su padre. Caminó por el verde prado, buscando a alguna persona que pudiera decirle dónde estaba. El cielo era muy azul y el sol, una esfera brillante que iluminaba el día de una manera radiante. Su calma comenzaba a flaquear cuando divisó a la distancia una silueta que sobresalía detrás de un árbol y caminaba, alejándose. Intentó correr detrás de él pero se dio cuenta de que no podía hacerlo; su gran vientre hinchado se lo impedía. Lo llamó con un grito y la figura se detuvo.

—¡Espérame! —gritó Maylen cuando notó que no seguía avanzando.

—No puedo, tengo que ir con mis padres.

Sólo al escuchar aquellas palabras, Maylen notó que se trataba de una criatura y además reconoció aquella tierna voz.

—Sólo dime dónde estoy —pidió ella, mirando la espalda del niño que estaba delante de ella.

—Has venido a buscarme, e iré contigo —dijo el niño, que giró hacia ella y la miró con sus grandes ojos negros de arqueadas y gruesas pestañas, y el adorable hoyuelo en el mentón, tan característico de los Iriarte.

—¿Tú?

—Sí. Despierta, llegó la hora —dijo el pequeño y se alejó rápidamente.

Maylen se despertó, sintiendo el estómago endurecido, con un fuerte dolor en la cadera y una sonrisa en los labios. Sacudió a su esposo, que dormía a su lado para despertarlo.

—Gabriel, llegó la hora.

—¿Ya?

De un solo salto, Gabriel se levantó de la cama y comenzó a vestirse apresuradamente.

—Despertaré a Myriam.

—No hace falta que te desesperes, ni que alteres a la pobre muchacha —lo tranquilizó ella, que no podía parar de sonreír—. Deja que Myriam siga descansando, son las tres de la madrugada. Ya tendrá mucho trabajo cuidando a Milagros todo el día.

Maylen se levantó lentamente, tomándose el gran vientre, y comenzó los preparativos para ir al hospital. Una vez que todo estuvo preparado, pasó por el cuarto de su pequeña hija, que todavía dormía, besó su suave cabecita, perfumada con aroma a bebé, y salió apoyada en los brazos de su marido.

Gabriel manejó como un poseso hasta el hospital de San Carlos. Aunque lo quería evitar, Maylen no podía dejar de poner cara de dolor cuando le venían las dolorosas contracciones, y eso desesperaba más a Gabriel, que miraba a su mujer cada dos segundos. A la frase: «Ya llegamos, amor», que repetía cada diez segundos seguía la pregunta: «¿Te duele?» A todo Maylen respondía agitando la cabeza, afirmativamente, pero sin abandonar la sonrisa que la acompañó desde que despertó.

—Avísale a mi familia y a la productora del programa.

—Lo haré, nena, tú quédate tranquila.

Finalmente, a pocas semanas de que naciera su primera hija, Maylen comenzó a trabajar como conductora del programa de noticias que salía al aire desde San Carlos, actividad que había interrumpido sólo dos semana atrás, obligada por los directivos del canal, por su familia, y sobre todo por Gabriel, que no podía creer que su mujer fuera a trabajar con semejante panza de embarazo.

Ya en el hospital, una de las enfermeras tomó con una mano el bolso que habían preparado con las cosas para el bebé y el que tenía las cosas de la madre, y con la otra en los hombros de Maylen, comenzó a guiarla hasta la puerta que la llevaría a la sala de partos. Maylen hizo dos pasos acompañada por la enfermera, pero se detuvo y se volvió hacia Gabriel, que la miró

intrigado. Ella le acarició la mejilla y le dio un suave beso antes de hablar.

—¿Te acuerdas de que cuando salí del hospital, después de estar en coma, siempre me preguntabas dónde había estado todo ese tiempo?

Gabriel sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Por qué lo preguntas, nena?

—Ya lo sé.

—¿De veras?

—Sí.

—Dime —la alentó Gabriel, que le tomó la ancha cintura con ambos brazos para acercarla más a él.

—Estuve dando un paseo por el paraíso.

Gabriel le besó la punta de la nariz y luego los labios.

El parto fue rápido, los preparativos llevaron una hora, y antes de las ocho de la mañana Maylen y Gabriel recibían a su segundo hijo: un niño regordete que no bien apoyaron en el pecho de su madre, después del nacimiento, levantó los párpados para mirar con sus bellos ojos negros las cabezas unidas de sus padres.

Fin.